



PAULA COHEN
Gramercy Park

Umbriel

PAULA COHEN
GRAMERCY PARK

A mi madre,
EDNA RAE GOLDMAN;
Siempre amante, siempre amada, siempre conmigo.

Índice

[RESUMEN 6](#)

[AGRADECIMIENTOS 7](#)

[LIBRO I 8](#)

[Prólogo 9](#)

[1 14](#)

[2 21](#)

[3 29](#)

[4 40](#)

[5 48](#)

[6 55](#)

[7 63](#)

[8 72](#)

[9 82](#)

[10 88](#)

[11 94](#)

[12 98](#)

[13 103](#)

[14 111](#)

[15 121](#)

[LIBRO II 127](#)

[16 128](#)

[17 138](#)

[18 144](#)

[19 156](#)

[20 163](#)

[21 172](#)

[22 178](#)

[23 188](#)

[24 196](#)

[25 206](#)

[26 215](#)

[27 224](#)

[28 229](#)

[29 235](#)

[LIBRO III 245](#)

[30 246](#)

[31 255](#)

[32 266](#)

[33 274](#)

[34 280](#)

[35 289](#)

[36 299](#)

[37 304](#)

[38 311](#)

[39 321](#)

[Epilogo 326](#)

RESUMEN

Nueva York, 1894. Hasta Gramercy Park, bordeado de elegantes mansiones, protegido por una alta verja de hierro, se acerca Mario Alfieri, el mejor tenor del mundo. A punto de hacer su debut en el Metropolitan Opera House, cumbre de la alta sociedad, Alfieri necesita un lugar en el que refugiarse del revuelo que causa entre la flor y nata de la ciudad y entre las mujeres que en ella gobiernan.

Y cree encontrarlo en Gramercy Park, en la elegante mansión del recientemente fallecido Henry Odgen Slade. La casa está disponible, aunque no vacía del todo. Clara Adler, la ahijada del difunto Slade, aún vive en ella, sola, sin amigos. ¿Quién es esta mujer encantadora? ¿Por qué la acogió Slade bajo su techo, para dejarla a su muerte sin un céntimo? ¿Y qué tragedias y terrores han convertido a la joven en poco más que en un espectro pálido y asustado que vaga por la casona desierta? Primero perplejo, y luego hechizado, Alfieri se ve pronto involucrado en una intriga.

AGRADECIMIENTOS

Debo dar las gracias al señor Donald T. Rave por la inestimable ayuda que me ha prestado en las cuestiones de testamentos y fideicomisos y a mi querida amiga Susan E. B. Dahlinger, por su conocimiento del mundo católico. Cualquier error que pudiera hallarse en este libro con relación a estos dos temas se debe exclusivamente a una mala interpretación mía de la excelente información que me han proporcionado.

También quiero dar las gracias a Elizabeth Ayres, poeta extraordinaria, maestra y persona que me ayudó a tener confianza en mí misma, porque leyó una versión incipiente del manuscrito y me dio esperanzas. Además, me proporcionó un público al que, año tras año, he ido leyendo los capítulos que iba escribiendo. Ese público, claro está, lo forman mis compañeros del taller de escritura al que pertenezco. El taller sigue funcionando a la perfección, y sigue siendo fuente de inspiración. Nunca podría haber escrito el libro sin todos vosotros.

Estaré siempre agradecida a Meredith Bernstein, mi agente literaria, y a Jennifer Enderlin, mi editora de St. Martin's Press. Le han dado un oportunidad a una principiante y han hecho que un sueño se convirtiera en realidad. Ojalá todos los escritores tuvieran unos consejeros y aliados tan sabios y tan honestos.

Gracias en especial a Ava Pennington —amiga, alter ego, mi principal admiradora, alma gemela y baño de realidad— que siempre ha comprendido lo que intentaba decir, siempre me ha formulado las preguntas adecuadas, y siempre ha hecho que el éxito pareciera algo real y posible, mucho antes de que lo fuera. Sabe que la fe mueve montañas, y la que ella depositó en mí tiene mucho que ver con que pueda ella tener ahora el libro en sus manos.

Y, ocupando un último lugar en esta página, pero el primero en mi vida, gracias a mi esposo, Roger Cohen, mejor amigo y centro absoluto de mi mundo, por tener la paciencia que ha tenido con una mujer que ha vivido en dos siglos a la vez. Su gran amor por los libros, su inteligencia y claridad de miras, su don especial para hacer las críticas de manera reposada, sincera y justa, y su inquebrantable apoyo no tienen precio. Pero, sobre todo... gracias por hacerme reír.

LIBRO I

MARIO

Prólogo

La muerte es un interesante tema de conversación. La fascinación que ejerce parece estar grabada en lo más profundo del ser humano, y pocos actos hay en la vida de la mayoría de las personas de los que se hable tan largo y tendido y que se diseccionen con tanto detalle como el de abandonarla. Un recato natural sella los labios de hasta los más habladores cuando se menciona la procreación o el nacimiento, y hay aspectos íntimos del matrimonio, la educación de los hijos y la vida familiar que, en el mejor de los casos, se reservan para los amigos más cercanos.

Pero con la muerte es distinto. La enfermedad última, la agonía y todos sus síntomas, se recrean con morbosa fruición, y cuanto mayor es el sufrimiento, cuanto más larga es la agonía, cuanto más terrible es el final, más interés despierta.

Por tanto, el tránsito de un hombre ya mayor que muere tranquilamente en la cama no debería, en condiciones normales, llamar mucho la atención. Pero es un hecho comprobado que hay otro tema de conversación en que a la gente le gusta demorarse más si cabe que en el de la muerte. Y ese tema es el dinero. Si el señor es rico, entonces los gestos de preocupación no son menores, aunque el interés que suscita se debe en ese caso al volumen de su fortuna, al modo en que la amasó, y (lo más importante) a cómo —y a quién— la repartirá.

Eso fue lo que pasó con la muerte de Henry Ogden Slade —financiero, filántropo, pilar de la comunidad— a finales del invierno de 1894. Muerto a los sesenta y seis años, Slade era conocido en muchos círculos de Nueva York por ser una persona recta y temerosa de Dios, si bien algo peculiar. Que era recto lo demostraba el hecho de sus negocios —que habían sido muchos y muy lucrativos, y llevados a cabo con una aptitud y una determinación excepcionales— no se habían visto nunca salpicados por el escándalo. Que era temeroso de Dios lo demostraba su propio éxito. Y de su peculiaridad daba fe la presencia en su casa de una pupila, una joven a la que Slade prohió cuando tenía quince años y a la que alimentó y educó durante cuatro, hasta el día de su muerte, como si se tratara de su propia hija.

Lo que convertía aquella situación, por lo demás bastante corriente, en algo lo suficientemente atípico como para que Slade tuviera fama de hombre peculiar eran tres hechos. Hecho número uno: Henry Ogden Slade era soltero y llevaba más de cuarenta años viviendo solo. Hecho número dos: Clara (porque así se llamaba su pupila), no tenía ninguna relación de parentesco con Slade ni era la hija huérfana y pobre de algún amigo de juventud. Hecho número tres: el padre de la chica, que supuestamente seguía vivo y al que las cosas le iban bastante bien, era un inmigrante alemán que abrazaba, también supuestamente, la fe hebrea.

Todo aquello, claro está, bastaba para mantener vivas durante años esporádicas llamaradas de conversación en los selectos círculos sociales de Nueva York porque, además, otro de los rasgos de la excentricidad de aquel hombre era el extremo secretismo con el que manejaba sus asuntos domésticos. Eran pocos los que en realidad habían conocido a Clara, pues Slade la mantenía prácticamente enclaustrada en su casa de Gramercy Park; y los que habían tenido la ocasión, casi todos hombres mayores como él, acudían allí para tratar temas de negocios durante la cena, y no podían decir gran cosa de la chica, además de constatar que era pequeña, bonita (a la manera semítica: piel oscura y ojos muy grandes, con un aire de melancolía), y con un don especial para esfumarse en cuanto oía los pasos y las voces de personas desconocidas.

Por tanto, las razones que hubiera podido tener Slade para prohibirla seguían siendo un misterio. Lo único que se sabía con seguridad era que él y el padre de la chica, un tal Reuben Adler, habían hecho negocios juntos y que, en el verano de 1887 se habían reunido en casa de Adler en la costa de Jersey, para tratar de algún asunto de trabajo lejos del sofocante calor de la ciudad. Y allí era donde había conocido a Clara. A cabo de tres meses, poco después de que cumpliera quince años, ésta se había trasladado a casa de Slade.

Tal vez habían creído que la joven señorita Adler se beneficiaría de residir en la gran metrópoli, donde podría asistir con asiduidad a la ópera, al ballet, a los conciertos y al teatro, y donde tendría la ocasión de conocer a gente de un espectro más amplio de la alta sociedad. Pero tal vez Slade, que no podía ignorar algo así, no les dijo ni a la chica ni a sus familiares que su ascendencia era un impedimento absoluto que habría de negarle el acceso a la sociedad más respetable, por más influyente que fuera su valedor. O tal vez sí lo hizo, más tarde, porque lo cierto es que aquella respetable sociedad no tuvo nunca ni que molestarse en negarle una invitación para tomar el té ni en declinar una visita. En absoluto. Clara pasó aquellos cuatro años con Slade casi totalmente recluida. Y si sus apariciones en el ballet o la ópera eran tan sonadas era sencillamente por su misma excepcionalidad.

Como en el caso del cometa Halley, parecían transcurrir vastos espacios de tiempo entre una de sus apariciones y la siguiente. La diferencia era que las de Clara no seguían un patrón fijo. Aquella misma imposibilidad para preverlas (además de su mirada siempre fija en el suelo y de su manera tan característica de aferrarse al brazo de Slade como si le diera miedo que la multitud la arrastrara y acabara ahogándola) era la que hacía que la gente se acordara tanto de sus apariciones en escena, la que ponía en marcha un sinfín de especulaciones sobre su persona que se susurraban al oído.

Pero si aquello de «Ojos que no ven, corazón que no siente» se ha convertido en un refrán es por algo. Durante los largos periodos en que el palco de Slade permanecía cerrado, la mente colectiva de Nueva York atendía otros asuntos más inmediatos, aunque también menos exóticos, y el misterio que envolvía a la señorita Adler, la razón por la que estaba donde estaba, permanecían como aletargados.

Hasta aquella noche fatídica de febrero de 1894.

Según la información que facilitaron los sirvientes, a la señorita Adler la habían despertado de madrugada unos gritos que provenían de la habitación de un Slade agonizante. Había atravesado el pasillo a toda prisa y había entrado en la estancia justo a tiempo para ver cómo se le cerraban los ojos. Los chillidos de la joven habían despertado al servicio. Enviaron a un criado a buscar al médico.

Las desgracias nunca vienen solas. La peor ventisca de aquel invierno, ya de por sí muy frío, retrasó la llegada del doctor que finalmente apareció, papado y sin aliento, cuando Slade ya llevaba casi una hora muerto. Por el difunto ya no se podía nada más que bajarle los párpados, cruzarle los brazos sobre el pecho y cubrirle el rostro con la sábana. Pero la chica no había abandonado la habitación, y seguía sentada a su lado, sosteniéndole la mano. Cuando se la había cogido aún estaba caliente, pero ahora que el doctor intentaba que sus dedos nerviosos la soltaran, ya se estaba enfriando y agarrotándose.

Hizo falta que el médico y la criada de la chica vieran sus fuerzas para lograr que regresara a su habitación. Ella había opuesto muchísima resistencia, porque no quería apartarse de su mentor, del que no quería o no podía creer que estuviera en verdad muerto. Incluso después de

que la obligaran a tenderse en la cama y le dieran un calmante, la joven seguía llorando. Pero lo más horrible, la señal inequívoca del trastorno que aquel hecho le había provocado, eran los estallidos de risa que alternaba con el llanto. El doctor, hombre prudente, se había quedado a su lado hasta que se quedó dormida, y la mantuvo fuertemente sedada durante los días siguientes. También dio órdenes para que no le permitieran asistir al funeral.

Así fue como a Nueva York se le privó de ver de cerca y sin el escudo protector del brazo de su guardián, a la pequeña judía que, se suponía, iba a heredar su inmensa fortuna.

Tan afectada estaba por la muerte de Slade que la lectura del testamento tuvo que ser pospuesta un mes entero, porque había verdadera preocupación por su estado de salud. No fue hasta fines de marzo, una mañana fría y gris, cuando los abogados, presididos por Thaddeus Chadwick, último representante legal y viejo amigo del señor Slade, entraron en la biblioteca de la casa para leer las últimas voluntades del finado y para anunciar a la expectante sociedad neoyorquina el advenimiento de una heredera, la última y una de las más ricas, si había que hacer caso a los rumores sobre el tamaño de su hacienda.

Clara fue la última en entrar. Casi a punto de cumplir los veinte años, aún no se había recuperado del impacto que había causado en ella la muerte de su tutor, y la enfermiza palidez de su rostro de tiza se acentuaba a causa del luto del vestido y del negro de su pelo. Parecía incomprendible, por no decir otra cosa, que aquella mujer estuviera a punto de convertirse en una de las mujeres más ricas del mundo. No había nada en ella que sirviera para explicar el interés que había despertado en Slade. Y mucho menos aquella mañana, cuando se sentó discretamente en su silla. Su aspecto era tan normal y anodino que podría haber pasado por dependiente de algún comercio, de cara chupada y uñas mordidas. Sólo sus ojos, enormes y bañados por el brillo de unas lágrimas que asomaban a sus ojos, la elevaban por encima de lo común.

Inmediatamente después de su entrada, las puertas se cerraron, impidiendo así presenciar los trámites al servicio, que de pronto había encontrado más cosas que hacer en las proximidades de aquella sala de lo que era habitual en su ronda matutina. Durante veinte minutos, lo único que escucharon tras las pesadas puertas de ébano fue el zumbido seco de la voz de Chadwick. Luego, de repente, tras un silencio expectante se oyó otro sonido; un sonido tan fuera de lugar, tan inadecuado en aquella casa sometida a los rigores del luto, que los criados, inmóviles, se miraron desconcertados y una camarera irlandesa, más devota que el resto, se santiguó.

Era una risa. Una risa infantil, que pronto dejó de serlo. Baja al principio, más musical a medida que aumentaba el volumen hasta hacerse fuerte y estridente; cada vez más imparable, más histérica en su tristeza y su desgarramiento.

Las pesadas puertas volvieron a abrirse. Chadwick y sus colegas, con los rostros desencajados, salieron de la sala. En la biblioteca, la minúscula, la tímida, la tranquila Clara Adler seguía sentada, meciéndose adelante y atrás, con el rostro surcado por las lágrimas, riéndose con risa de loca.

Una vez más se envió a un mensajero para que avisara al médico; una vez más se le dieron calmantes. Los abogados se marcharon, meneando la cabeza en señal de preocupación. Los criados fueron dispersándose y retomaron sus tareas, y empezaron a contar lo que habían visto y oído a los criados de otras casas. Al día siguiente todo Nueva York sabía que la pupila de Slade había tenido una crisis nerviosa y también sabía qué la había causado.

Pero lo que muchos no llegaban a entender era la risa. Lágrimas, tal vez, pero nunca risas. Clara Adler, prohijada por Henry Ogden Slade de la tierna edad de quince años, criada y educada como si fuera su propia hija durante cuatro más, hasta su muerte, había sido desposeída de todo. Su nombre ni siquiera se mencionaba en el testamento. Como si nunca hubiera existido.

Pero perder treinta millones de dólares no tenía nada de gracioso.

La muerte es un buen tema de conversación y, si hay dinero de por medio, la combinación es insuperable. La última enfermedad, la agonía y todos sus tormentos se recrean con morbosa fruición, y cuanto mayor es el sufrimiento, cuanto más joven es la víctima, más interés suscita.

Así, el posible fallecimiento de una joven inocente tendría que generar muchos comentarios, hacer brotar palabras en voz baja y solemne sobre las vicisitudes de la vida y los designios inexplicables del Destino. Y si sobre la chica se alzaba un velo de misterio y además carecía del consuelo de la fe cristiana para apoyarla en sus horas postreras, los píos lugares comunes tendrían que ser muchos y muy variados, recordando que hasta en la plenitud de la vida la muerte habita entre nosotros.

Nueva York supo así del fin de Clara Adler, que había contraído unas fiebres cerebrales a la edad de diecinueve años, en la primavera de 1894. Las fiebres se las habían causado dos disgustos casi simultáneos: la pérdida de su tutor y la de su patrimonio. La histeria con la que había recibido la segunda noticia había sido el desencadenante de la enfermedad. No se esperaba que pudiera recuperarse.

Todo fue muy triste, y muy interesante, y la ciudad se entregó, con melancólica expectación, a esperar su fallecimiento. Morirse era, ni más ni menos, lo que cualquier joven bien educada habría hecho en su lugar. Y era evidente que a ella no le quedaba otra alternativa. El único problema fue que los días se convirtieron en semanas, las semanas en meses, y ella no se moría...

La Quinta Avenida, llena de carruajes brillantes y grandes mansiones nuevas, con su olor a dinero reciente aunque aún no asimilado del todo por sus poseedores, está a un paso de Gramercy Park.

Allí, cercado en sus cuatro costados por una alta verja de hierro, un pequeño oasis atrae al paseante: un agradable rectángulo verde surcado de senderos umbrosos y algunos bancos bajos y espaciosos dispuestos bajo unos árboles que el tiempo ha hecho grandes. El espectáculo no es corriente. Es la naturaleza que surge de pronto entre un bosque de piedra y ladrillo, y el forastero, inocente, tal vez sienta la tentación de atravesar la puerta de negros barrotes y pasar una hora contemplando tranquilamente esa maravilla. Pero la puerta está cerrada y sólo los pocos privilegiados que viven en torno al pequeño parque tienen la llave que la abre.

La vida parece ser amable con los propietarios de las llaves de ese minúsculo jardín del Edén, y es evidente que los trabajos más penosos no forman parte de su vida cotidiana. En las cálidas tardes de verano, las niñeras empujan, por los senderos arbolados, los cochecitos de las pequeñas damas y los señoritos de esta gran república, y los niños, vestidos con primor, juegan bajo la atenta mirada de las tatas.

Pero aquí no se ve por ningún lado la ostentosa riqueza de la Quinta Avenida; estas casas son, en su mayor parte, vestigios de un tiempo anterior. De ladrillo rojo y piedra blanca, se alzan pegadas las unas a las otras, sin siquiera un palmo de separación entre sus muros, formando un sólido cuadrado de dignidad. Los que habitan en ellas no tienen ninguna necesidad de proclamar lo que valen al transeúnte casual. Al igual que sus casas, sus riquezas y su poder vienen de tiempos remotos, y poseerlos se ha convertido para ellos en parte del orden natural de las cosas, algo en lo que, como el sueño o la respiración, uno ni se para a pensar. Ellos sí saben lo que tienen, y eso es lo que importa.

Cerca del ángulo suroriental de ese lugar tan parecido al paraíso hay una casa que no se parece a las demás. Totalmente construida en ladrillo rojo, cuadrada y discreta, su puerta principal es la única que no da al parque sino que se abre a una de las callejuelas empedradas que parten del rectángulo verde como los radios de una rueda; parece que quisiera proclamarse aún menos culpable de ostentación que sus vecinas al negarse a reconocer el centro de su universo común.

Sombría y encerrada en sí misma, con las ventanas demasiado estrechas con relación a las fachadas a las que se abren, es una casa que no da la bienvenida; montaña de piedra enorme, enclaustrada, indiferente, se guarda lo que tiene para sí y no se fija en nada más.

A los dos hombres que se acercan a ella como si vinieran de la Quinta Avenida esta tarde de finales de mayo, la casa les parece del todo anodina, aunque las muchas personas que se encuentran disfrutando del sol de primavera en el parque y en sus inmediaciones no comparten su indiferencia.

Esos dos hombres presentan un interesante contraste de tipos, porque si uno de ellos, pálido, de mediana estatura y compleción normal, destaca por algo, es precisamente por su absoluta normalidad, mientras que el otro parece captar la atención de todas las miradas cuando pasa, especialmente de las mujeres, que parecen encontrarlo muy interesante. La fascinación que ejerce podría deberse a su altura, pues sobrepasa con creces el metro ochenta, a la excepcional amplitud de su pecho y sus hombros, o incluso al corte impecable de la ropa que lleva. De unos cuarenta años, ojos negros, piel oscura, va recién afeitado y arreglado, y todas las miradas, como imanes, se desvían hacia él, que parece acostumbrado a recibirlas y no es del todo ajeno a ellas; por el contrario, parece sentirse cómodo expuesto a los ojos de los demás.

—Le agradezco mucho el tiempo que me dedica, *signor* Alfieri —dice el hombre anodino a su moreno acompañante cuando ya están cerca de su destino—. No malgastaré ni un minuto del suyo, porque supongo que debe de tener muchas cosas que hacer.

—Al contrario, señor Upton —el marcado acento del *signor* Alfieri al hablar no hace más que corroborar lo que su aspecto y su nombre sugerían—, es la primera vez en muchos años que estoy totalmente libre y sin nada que hacer, al menos hasta mediados de julio. Hasta entonces, mi tiempo es mío.

—¿Y va a estar en Nueva York todas estas semanas?

—Y más. Debo estar en Filadelfia desde mediados de julio hasta mediados de septiembre, pero después volveré.

—Para la temporada de ópera.

—Para la temporada de ópera, claro —asiente el *signor* sonriendo.

—¿Y se hospeda en el Fifth Avenue Hotel desde que llegó?

—Hace una semana, sí. En un principio, había pensado hacer del hotel mi hogar durante mi estancia en Nueva York.

—Pero es que un año es mucho tiempo para vivir en un hotel, *signor*.

—Sí, señor Upton, eso mismo me dice el señor Grau, y por eso me ha puesto en contacto con usted. Y como no sería correcto por mi parte rechazar la amable sugerencia del director general del Metropolitan Opera House, por eso estoy aquí con usted. Además, tanto a él como a mí nos parece que mi prolongada estancia en el hotel podría causar molestias a los demás huéspedes...

—Su consideración dice mucho de usted.

—... y estoy seguro de que en poco tiempo esos mismos huéspedes empezarán a molestarme a mí. — Su sonrisa es afectuosa—. Eso ha sonado muy mal, ¿verdad? Qué desagradecido soy. Pero es que no se imagina usted lo que son capaces de hacer los admiradores. Me temo señor Upton, que la intimidad se ha convertido en necesidad para mí.

Siendo como es agente de propiedad, el señor Upton se pone en el lugar de su interlocutor y, además, se dispone de inmediato a sacar partido de esa confesión.

—Aquí no hay peligro de que vayan a molestarle, eso se lo aseguro —le dice—. Y me resulta imposible imaginar que usted pueda causar molestias a los demás. La casa del difunto señor Slade está muy bien construida y es espaciosa, y tiene todo lo que el señor Grau me dijo que usted necesita. Lo más importante, claro, la sala de música, con un soberbio piano de cola, y hasta con un pequeño órgano del siglo XVIII que el señor Slade adquirió en Alemania y se hizo traer y empotrar en una de las paredes. Además —añade, contando con los dedos enfundados en unos guantes— la casa tiene un salón de recepciones, dos salitas, salón de baile, invernadero y sala de billares. En el comedor caben veinte personas holgadamente. Eso aparte de los diez dormitorios, claro. El difunto señor Slade vivió una vida de lujo en su juventud.

Alfieri sonríe.

—Por lo que veo, señor Upton —comenta mientras contempla las hileras de ventanas—, tal vez esta casa resulte un poco... demasiado espaciosa para mis necesidades. Entre todas las cosas que le habría dicho el señor Grau, seguro que no ha omitido que soy un hombre soltero que viaja solamente con un criado.  Qu  demonios voy a hacer yo con dos salas, un comedor para veinte personas —holgadas o no— y un salón de baile?

—Tenga en cuenta, *signore*, que ha sido precisamente el señor Grau el que me ha sugerido que le enseñara esta casa. A él le parece que la sala de música le va a gustar mucho. Y bueno, eso de que sea demasiado espaciosa..., el señor Slade también era soltero..., aunque, para serle sincero —añade en tono de confidencia— la verdad es que no recuerdo haber oído que le diera mucho uso a los salones públicos en sus últimos años.

—Ni a los diez dormitorios.

—Ni a los diez dormitorios —coincide Upton—. Gran parte de la casa se pasaba casi todo el tiempo cerrada —añade, mientras mete la llave en la cerradura y empieza a forcejear con los mecanismos oxidados—, una de las razones por las que todo se ha conservado en tan buen estado.

—Por lo que cuenta, parece que el señor Slade vivía recluso.

—Eso no puedo decírselo con seguridad, *signore*, porque no tuve el placer de conocerlo. Pero es del dominio público que a medida que fue haciéndose mayor, fue cerrándose cada vez más en sí mismo.

—Claro —insiste Alfieri—. Tal vez a él también le molestaba la gente.

—Tal vez, señor. Todo es posible.

Upton saca la llave de la cerradura, lee la etiqueta que cuelga de ella y sonríe, disculpándose. Vuelve a meterla y sigue intentando abrir la puerta.

— Y cuándo murió el señor Slade exactamente?

—El invierno pasado, *signore*, de forma repentina.

— No tenía herederos?  Nadie que heredara una casa tan notable?

El agente se queda por un momento en silencio mientras busca las palabras adecuadas.

—El señor Slade murió soltero, señor, y no tenía herederos. —En ese momento vacila unos instantes, antes de proseguir—. En sus últimos años se volvió algo excéntrico. Hizo algunas donaciones, claro, la mayoría a organizaciones de beneficencia. Pero gran parte de su fortuna personal, y esta casa, siguen siendo parte del patrimonio que dejó al morir. Sus abogados desean que la casa se mantenga intacta y amueblada como estaba en vida del difunto hasta que les parezca oportuno venderla, algo para lo que no tienen prisa. Por eso está en disposición de alquilarse. Según los albaceas, mantener al personal de servicio en una casa deshabitada sería malgastar el patrimonio del señor Slade.

— S ?  Es que acaso se había empobrecido antes de morir?

—De ninguna manera, *signore*. Pero a los albaceas, que me han contratado para que le muestre esta casa, no les parece bien gastar el dinero del señor Slade siempre que se pueda evitar. Por más que los gastos est n causados por el mantenimiento de una casa que era suya. Er cambio, si la alquilan, los ingresos por el alquiler compensarán los del mantenimiento.

—Una idea muy razonable, señor Upton. Ojalá consigamos entrar, y así podrá ver con mis propios ojos esta mansión de diez dormitorios y la que vivía un hombre solo. —El *signore* sonríe—. Señor Upton, me temo que no se ganaría usted la vida como ladrón de casas.

Como en respuesta a sus palabras, se oye un ligero chasquido y la llave gira un poco en la mano del agente.

— Ya est !  Ladr n de casas!  Muy bueno! —dice, riéndose—. Entre, *signor* Alfieri, por favor.

Los dos hombres cruzan el vestíbulo y acceden a un recibidor oscuro. Upton cierra la puerta y, por un momento, los ciega totalmente la falta de luz. La  nica que entra en la casa lo hace por unas estancias lejanas en las que las cortinas est n corridas. Pero, aun para unos ojos no adaptados a esa noche repentina, el suelo, las paredes, el techo, recubiertos de m rmar, brillan en la penumbra. Hay unos arcos enormes flanqueados por pilares de  nice, que separan los espacios a izquierda y derecha, y al fondo de la brillante estancia, una escalera de alabastro que asciende pálidamente hasta desaparecer en ese obligado crepúsculo.

Upton pasa la mano por una pared hasta dar con un interruptor sobrepuesto. Lo presiona. La  nica respuesta es un clic en la oscuridad.

—El señor Slade fue uno de los primeros en instalar el sistema eléctrico en su casa —dice—, pero está claro que lo han desconectado por razones de seguridad.  Seguimos? Podemos descorrer las cortinas de las otras salas.

El agente de la propiedad habla en voz baja, movido por el respeto que le inspira lo que vive más allá de los sonidos en las casas silenciosas, deshabitadas, pero aun así su voz resuena con un eco sordo. Alfieri le sigue a través de una puerta que hay a la izquierda, y entran en la primera de las dos salas, una estancia tan grande que el otro extremo apenas se intuye en la semipenumbra. Los muebles, cubiertos con sábanas de muselina, parecen deformes, extraños; por lo que las sábanas dejan ver, se trata de piezas que estuvieron de moda hace veinte años. Upton descorre las pesadas cortinas y al momento los colores —marquetería de marfil con incrustaciones doradas, frisos y pedestales de rojo pompeyano— saltan de las paredes, para volver a las sombras grises cuando las cortinas vuelven de nuevo a su posición anterior.

Dos enormes puertas correderas dan acceso a la biblioteca y a la contigua galería de las pinturas. Upton descorre un cortinaje de terciopelo carmesí, y ante sus ojos surgen unas paredes tapizadas de seda verde y dorada sobre las que descansan unas estanterías de  bano que contienen volúmenes excepcionales por su rareza. La entrada a la galería está enmarcada por dos esbeltas columnas de m rmar. Las obras de arte ya no est n colgadas de las paredes, sino que descansan en el suelo, apoyadas a ambos lados, y también envueltas en sábanas. En el tapizado se aprecian las marcas que delatan el lugar que ocupaban.

— Le gustaría seguir viendo la casa, *signore*?

El *signore* no responde. Est  de pie, a oscuras en medio de la estancia, y la expresión de su rostro es de vaga distracción, como si intentara recordar algo que se encuentra justo en los márgenes de su memoria.

— *Signore*?

Alfieri sale de su enso naci n.

—Sí, me gustaría seguir viendo la casa, señor Upton, pero preferiría que hubiera algo de luz para apreciarla mejor.

—En ese caso, permítame que me ausente unos minutos. Voy a buscar al lacayo. Tiene que estar por aquí. Sé que hay un generador de uso privado, y si conseguimos ponerlo en marcha, iluminaremos toda la casa. No hace falta que me espere aquí. Explore lo que quiera mientras salgo un momento, si le apetece. No tenga miedo, ya lo encontraré.

Pero no es miedo lo que siente Alfieri. Esa casona no encierra terrores para él, a pesar de la oscuridad; lo que le invade, más bien, es una sensación de algo casi recordado, como una vieja melodía conocida que suena en la distancia y que no consigue reconocer.

Cuando Upton sale en busca del generador, Alfieri regresa sobre sus pasos hasta el vestíbulo principal. No ha dejado de pensar en la sala de música desde que el agente se la ha mencionado por primera vez, y es muy comprensible que esté impaciente por verla. Florentino de nacimiento, hijo de médico, el gran don que posee se hizo evidente cuando tenía cuatro años. Sentado al piano, había tocado sin equivocarse tres preludios de *El clave bien temperado*, que había aprendido él solo a base de escuchar a su madre, aficionada a la música y que solía practicar mientras su hijo jugaba en un rincón de la sala. A partir de aquel momento, había empezado a recibir lecciones y, cuando tuvo la edad adecuada, se incorporó al coro de la iglesia, ampliando así sus estudios musicales.

Cuando tenía catorce años, le cambió la voz.

Por algún motivo que, incluso años después, nunca ha sido capaz de explicar, más allá del hecho de que se ha dejado llevar, sube las escaleras de alabastro y llega al primer piso. Aquí la oscuridad es casi absoluta, pues las paredes ya no son de mármol y no reflejan la poca luz que pueda haber, sino de madera, según deduce al pasar los dedos por su superficie. Y todas las puertas que dan al amplio rellano están cerradas.

Es la primera vez que entra en esta casa. En realidad, hasta hace una semana nunca había estado en esta ciudad, en este continente. Pero aun así se acerca sin vacilar a la segunda puerta que queda a mano izquierda y la abre. La estancia es también enorme y está en penumbra, porque las cortinas impiden que el glorioso sol del mediodía la invada. Pero después de la opresiva oscuridad que acaba de dejar atrás, sus ojos se adaptan de inmediato a aquella luz difusa.

Es la sala de música.

Aquí, también, todo está cubierto por sábanas de muselina, y la lámpara del techo, con sus innumerables brazos y pantallas, envuelta en una malla, apunta hacia abajo como un monstruoso nido de avispas. La pálida alfombra de Aubusson, sin embargo, sigue cubriendo el suelo y amortigua sus pasos cuando se acerca al piano de cola que está junto a las ventanas; de paso, deja el sombrero sobre una mesa. Se sienta en la banqueta, levanta la tapa del teclado y toca unos acordes de prueba. Al principio, las cuerdas están frías, y el sonido es inseguro, como una voz que llevara mucho tiempo callada, pero a medida que va tocando va haciéndose más cálido, más sonoro.

Tras unos minutos, empieza a cantar.

«*Una furtiva lagrima negl'occhi suoi spuntò...*»

Dulcemente, deliciosamente. Es el Nemorino de Donizetti, que habla de su amada y de la furtiva lágrima que asoma en sus ojos.

Abajo, en la parte trasera de la casa, Upton, de pie junto al generador, oye la música lejana y se queda un poco embobado. Él es agente de la propiedad, no poeta, y las palabras no son lo suyo. No sería capaz de describir el sonido de la voz que está escuchando si alguien se lo pidiera. De todos modos, otros ya lo han hecho en su lugar.

Es miel, es nata, es oro. Es terciopelo oscuro y luz del sol. Es incomparable. Mientras dura el canto, Upton permanece inmóvil, se olvida de tiempo, se olvida del trabajo, se olvida de todo lo que no es el sonido de esa voz. Cuando finalmente cesa, él se queda un momento de pie, aturdido, y suspira mientras el mundo cotidiano vuelve a instalarse a su alrededor. Cuando se agacha para ayudar al lacayo, tiene los ojos bañados en lágrimas.

Alfieri no sabe nada del llanto de Upton, y no le daría mucha importancia si lo supiera. Veinte años cantando por toda Europa han hecho que se acostumbre a ese fenómeno, y se muestra bastante indiferente ante su propio poder para hacer llorar a los hombres. El público mismo le parece de escasa importancia; le proporciona una excusa para cantar y le permite dedicar la vida a lo que le gusta, pues le recompensa grandemente por hacerlo, pero no es la razón por la que canta.

El público sí es, con todo, la razón de que esté aquí. París le ha bautizado como *Le Rossignol*, el Ruiseñor; en Londres se le llama «el Señor de Canto», y en toda Italia se le conoce como *Maestro Orfeo*. Su fama ha llegado a ser tal que caminar tranquilamente por la calle de cualquier ciudad, especialmente si tiene teatro de ópera, se le hace prácticamente imposible. Y por eso se ha ido de Europa, para recuperar, al menos por un tiempo, cierta paz de espíritu. Así que, aun si se enterara de que Upton ha llorado al oírle cantar, daría mucha menos importancia a ese dato que a lo que va a cenar esa noche.

Alzándose al fin de la banqueteta, más satisfecho con su voz de lo que ha estado en meses, descorre del todo las cortinas y se da cuenta, con admiración, de que las ventanas dan a Gramercy Park. Los árboles bailan mecidos por los vientos de mayo, ya muy verdes y llenos de esplendor, y él suelta el cierre de una de las altas puertas-ventanas y empuja hacia fuera sus dos batientes. El aire fresco que invade la estancia, cerrada durante mucho tiempo, se impregna del color de las hojas y lanza destellos en su claridad.

Él aspira profundamente, con las manos apoyadas en el alféizar de la ventana, y observa distraídamente a una pareja que camina del brazo por el parque, mientras dos niñas juegan a perseguirse por entre los árboles. De pronto se da cuenta de que la felicidad pura y efervescente de la juventud le hace feliz, muy feliz; que es más feliz en esta casa de lo que lo ha sido en años. Hasta las paredes parecen acogerlo amablemente, extenderle los brazos como si llevaran mucho, mucho tiempo esperándole.

Al otro lado de la puerta no hay nadie que lo aguarde, nadie que lo vitoree, que lo agarre, que le rece, que le lleve regalos, flores, notas. Si Dios ha querido que esté solo, entonces que le dejen solo. Hace más de veinte años que no conoce una sensación de alivio como la que está experimentando ahora, una ligereza de espíritu como la que le invade. En esta casa puede estar solo y ser feliz. Las paredes que le rodean forman en torno suyo un caparazón impenetrable. Hasta que regrese a Europa, quiere disfrutar de su soledad, hundirse en ella, libre de parásitos, de las aglomeraciones de gente que siempre le rodea sonriéndole, llorando, adulándole; ávidos de venderse a la más mínima ocasión, de traficar con sus maridos, sus mujeres, sus hijos o sus hijas ante cualquier posibilidad remota de escalar peldaños, ganar poder, influencia, fama..., dispuestos a absorberle el aire de los pulmones si hiciera falta, y hasta el alma del cuerpo si los dejara...

La brisa, que vuelve a soplar, le enfría de nuevo el rostro y le trae una música desde el otro extremo del parque..., el sonido alegre y estridente de un organillo que vaga por el aire. Escucha con atención...

«*Libiam' —repica— ne' dolci fremiti che suscita l'amore...*» el brillante brindis en tiempo de vals de *La Traviata*.

«Bebamos por los dulces temblores que despierta el amor —dice—, por esos ojos que se clavan en el corazón...»

Es Verdi, que suena en una calle de Nueva York..., la melodía es una respuesta a las notas que él mismo ha tocado al piano. Él no es de los que ignoran los presagios: la casa solitaria que le ha dado la bienvenida, la sensación de recordar algo que no sabe, su descubrimiento de la sala de música, su aria y la que le ha llegado en respuesta, son indicios que le auguran una feliz estancia en Estados Unidos. No hace falta que busque nada más. Tanto él como la casa se han escogido mutuamente y allí mismo va ser donde empezará a hacérsela suya, como corresponde. Con las dos manos agarra la sábana que cubre el piano y la hace caer al suelo. Sin detenerse, arranca las telas de todas las sillas y de la mesa.

La única ventana abierta no alcanza a iluminar los rincones más alejados, que permanecen en la oscuridad, pero Alfieri no se da cuenta; su mente está poseída por una nueva euforia, y ese ímpetu le lleva a seguir, sin aflojar el paso, hasta que al girarse para tirar de la sábana que cubre un sillón apoyado contra una de las paredes más distantes, se detiene para tomar aliento.

Algo —o alguien— está acurrucado sobre el cojín.

Además de Upton, que en ese momento está en las catacumbas de la casa, se supone que allí no hay nadie más, y por eso, durante unos instantes, se queda ahí mirando en silencio, incrédulo. Pero la figura no se desvanece ante su mirada, sino que se hunde aún más en el sillón y obliga a Alfieri a confirmar la evidencia que sus ojos le indican. Alarga una mano para tocar lo que sabe que no puede estar ahí, y la figura alarga otra con la que protegerse de la suya. En ese momento, Alfieri toca los dedos de...

Una niña. Pequeña, pálida, vestida de negro, más parecida al fantasma de una joven que a una criatura viva. De no ser por sus dedos, que son reales, diminutos, muy fríos y con las uñas mordidas. La niña levanta la cabeza y le mira a los ojos sólo un segundo, antes de apartar la mirada.

Pero ese segundo basta.

La blancura del rostro brilla en la penumbra, y en él Alfieri ve los signos evidentes de la enfermedad. Se adivinan unas pecas que debían de salpicarle el rostro pero que ahora se han difuminado, como todo el resto, y tiene unas ojeras que parecen morados de golpes pasados. Los mismos ojos, de un verde grisáceo, muy claro, parecen aún más viejos, ventanas abiertas a un dolor antiguo y sin final que, en el rostro de una joven, constituyen una visión perturbadora.

La alegría que sentía hace sólo un momento se diluye ante la magnitud de ese dolor. Le cubre la mano con la suya, sin palabras ante tanta tristeza, y se la lleva a los labios.

La habitación en penumbra, la casa silenciosa, la niña con ojos de vieja: hay en todo ello un halo de ensañación, como si Alfieri se hubiera apartado del curso del tiempo y hubiera ido a dar en un momento que siempre hubiera estado ahí, esperándole, y del que él siempre hubiera sabido que podría presentársele. Y ya no volverá a abandonarle del todo; durante el resto de su vida, una parte de él permanecerá ahí, en la habitación oscura, en el instante en que ella alza la mirada, con los labios rozándole la mano.

El momento pasa. La niña baja los párpados y le retira la mano de la suya. Se ha roto el hechizo. El tiempo retoma su curso allí donde se había detenido. El viento agita las cortinas. El sonido de un carruaje asciende desde la calle. No ha pasado nada, pero la vida de Alfieri ha cambiado para siempre, y él lo sabe.

—¿Quién eres? —le pregunta cuando consigue articular de nuevo las palabras.

—Vivo aquí.

Habla con la cabeza gacha, y dirige sus palabras hacia las manos, que reposan en su regazo.

—¿Aquí? Pero si esta casa está vacía.

—No está vacía. Yo vivo aquí.

—¿Con todos los muebles cubiertos y sin luz? ¿Estás sola?

—Hay dos criados que se han quedado. Y usamos velas para todo. —Sus palabras, casi inaudibles, le resultan inconexas e incomprensibles—. No me mire, por favor. Déjeme salir. Esta parte de la casa está cerrada y no tienen que saber que estoy aquí. Estaba caminando, porque tengo que hacer ejercicio, pero me cansé y me he quedado dormida. La música me ha despertado.

—Tú no eres una de las criadas. No es posible.

Las pálidas mejillas se le enrojecen apenas cuando se incorpora de las profundidades del sillón y levanta la barbilla por primera vez.

—Es la casa de mi tutor.

—¿De verdad? Me habían dicho que el propietario de esta casa había muerto.

La valentía momentánea desaparece. La niña vuelve a hundirse en el asiento y le tiembla la voz.

—Murió. Pero era mi tutor.

Él baja la mirada y sus ojos se posan en su cabeza gacha.

—Lo siento mucho. No creía que...

Ella no se mueve.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta con dulzura.

—Clara. Clara Adler.

—En ese caso, señorita Adler, como no hay nadie aquí para presentarnos, permítame que lo haga yo mismo. Soy Mario Alfieri.

—¿Cómo está, señor Alfieri?

—Bien, gracias, muy bien. ¿Y usted, señorita Adler?

—Mejor —dice—, ya estoy mejor. He estado enferma. —Sus propias palabras hacen que cobre conciencia de sí misma—. Oh, pero no debe mirarme —añade, encogiéndose en el sillón.

—¿Por qué?

—El pelo... —Al decirlo, Alfieri se da cuenta de que se lo han cortado excesivamente, como el de un chico. Como no puede taparse el desastre que le han hecho en la cabeza, opta por cubrirse la cara con las manos—. Por favor, no me mire.

—¿Me creerías si te dijera que hasta que lo has mencionado no me había dado cuenta? —Le tira de una manga—. Prometo que es verdad.

—Eso no es posible —dice ella separando un poco los dedos de la cara—. Yo soy muy fea.

—Tú no eres fea. Fea, nunca. Sólo te estás recuperando de una enfermedad. Y el pelo te crecerá.

—Tardará años.

Alfieri se ríe.

—¿Quieres saber por qué no me he fijado en el pelo? No podía dejar de mirar tus preciosos ojos.

Aparta las manos de la cara. De esos preciosos ojos caen dos lagrimones, que se limpia con el pañuelo que él le ofrece.

—Lo siento —dice ella—. Por favor, no piense mal de mí.

—¿Mal? ¿De ti? —dice Alfieri meneando la cabeza—. Aún estás débil y te has asustado, por mi culpa. No me sorprende que llores. ¿Tienes fuerzas para volver a... en qué parte de esta gran casa vives?

—Mis habitaciones están en la planta de arriba. Estoy bien. Soy más fuerte de lo que parezco.

—¿Seguro que podrás con todos esos escalones? Permíteme ayudarte.

Le toma la mano de nuevo y la ayuda a levantarse. La cabeza de la chica, llena de negros rizos mal cortados, no le llega ni a la mitad del pecho.

—No es necesario —dice—. Puedo ir sola.

—Ningún caballero permitiría que una dama a la que conoce volviera a casa sola —replica él—. Ahora que nos han presentado, tengo que asegurarme de que llegues sana y salva.

Suben juntos la escalera. Se detienen cada cuatro o cinco peldaños para que ella pueda descansar y recobrar el aliento.

—Es usted muy amable —dice ella. Espero no haberlo asustado mucho cuando me ha visto.

—No, pasada la sorpresa inicial, me he recuperado rápido. Debo admitir que, en un primer momento, he creído haber topado con un fantasma, cosa que habría resultado muy interesante, porque no creo en ellos, y por unos instantes me ha parecido que tendría que replantearme mis ideas más arraigadas. Pero en realidad la valiente eres tú. Despertar y encontrarse con un completo desconocido en casa, quitando las sábanas de los muebles..., eso sí que tiene que haberte asustado.

—No —replica ella—. Le he oído cantar. Sabía que no iba a hacerme daño.

Cuando llegan al piso de arriba, Alfieri abre la puerta y se aparta para dejarla pasar.

Ella vacila, pues no está segura de qué es lo que exige el decoro en una situación como esa. Quedarse a solas con un desconocido no puede ser correcto. Pero ha sido tan amable con ella que sin duda sería muy desconsiderado despedirse de él sin más.

—¿Le gustaría entrar? —le propone con voz tímida—. ¿Le apetece una taza de té?

Alfieri detesta el té. Como buen italiano, su bebida es el café: espeso, fuerte y sin leche.

—Me encantaría.

Su «casa» se reduce a dos estancias: un dormitorio y una sala que dan al sur y al este del jardín trasero de la mansión. La sala es una estancia agradable y bien aireada. La luz del sol la inunda como si fuera agua que se filtrara a través de las cortinas de encaje, y los objetos que hacen de ella un espacio cómodo parecen tocados por un encanto mágico que basta por sí solo para alejarla del oscuro encantamiento que ha sumido el resto de la casa en un sueño profundo. Contribuye a esa sensación de hechizo una mesa junto a una de las ventanas. Encima, parte de una vajilla, una taza con su platillo, una tetera azul, y un recipiente en el que el agua hierve a borbotones sobre un hornillo de alcohol, como si unas manos invisibles acabaran de estar ahí instantes antes. Mientras Clara se ocupa del té, y se reserva para ella un vaso que tiene en la mesilla de noche, Alfieri examina el espacio.

Sus ojos se pasean por las mullidas alfombras que cubren el suelo, por las pilas de libros de las mesas, por la labor de bordado a medio hacer que descansa sobre el alféizar de la ventana, por la repisa de la chimenea, de mármol blanco y con una cenefa de rosas cinceladas. Sobre ella, un florero con tulipanes y anémonas, fuente de rojos, azules y amarillos brillantes. En la pared, encima de la chimenea, el retrato de una niña de pelo castaño que le llega a los hombros. Parece una flor más con su vestido azul celeste. El pintor, con mano y ojos expertos, la ha captado en ese momento mágico: ya no es una niña, pero todavía no es una mujer. Alfieri contempla el retrato y una vez más siente algo que no sabe explicar..., la cabeza erguida, los ojos entornados, esa expresión extraña de madurez, esa sonrisa de infinita tristeza..., todo le resulta dolorosamente familiar. Y entonces vuelve a la realidad y se da cuenta de que esa pálida criatura que le está sirviendo el té no es ni la sombra de la que captó el retratista.

—Mi tutor quiso que posara para el retrato, hace dos años —dice Clara, que lo ha visto mirarlo—. Yo entonces era muy joven.

—Ah. ¿Y qué edad tenías, si me permites la pregunta?

—Diecisiete.

—Ahora ya eres muy vieja —replica él con falsa gravedad, y oblicué como recompensa una de sus escasas sonrisas.

—A veces me siento muy vieja. Me canso tan de prisa.

—listas cosas requieren tiempo.

—Me está costando mucho.

—Ya lo sé, pero te pondrás fuerte y sana. Si no me crees, te lo mostraré.

Sostiene la taza que ella le ha ofrecido y se bebe todo el té de un tirón, dejando sólo un poso al fondo. Remueve un poco el líquido y lo vierte en el platillo. Ahora es él quien le tiende la taza para que la inspeccione.

Clara mira el fondo.

—¿Sabe leer los posos del té?

—Y tengo fama. En mi familia soy el único al que permiten hacerlo. Es una norma inquebrantable.

—¿Y a quién se los lee?

—A mis hermanos y hermanas, y a sus hijos.

—¿Y lo que lee siempre se cumple?

—Siempre.

—¿Qué ve en éstos?

Alfieri levanta la taza, la dirige a la luz y la hace girar entre las manos.

—Veo a una joven muy bella, llena de salud, con el pelo largo y castaño, en un parque. No en un parque pequeño como este de aquí delante; en uno muy grande, como el Bois de Boulogne, en París. ¿Ves esto? —Le señala un trozo de hoja.

—¿Qué es?

—Un barco. Y veo olas y gaviotas.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que vas a crecer sana y fuerte, que vas a viajar por mar.

—Es muy amable —le dice ella, apartando la mirada—. Pero creo que no. Yo no.

—Señorita Adler, ¿acaso pone en duda mis palabras? Está cometiendo una injusticia conmigo. Acabo de hacer una predicción y, como le diría cualquier miembro de mi familia, mis predicciones nunca fallan.

—Pero es que... —Se interrumpe, desconcertada ante una nueva idea—. Señor Alfieri. Creo que se equivoca.

—Con los posos del té, imposible. Nunca me equivoco.

—Pero es que esta es su taza. Para leer mi futuro tendría que haber leído los posos de mi vaso, ¿no? Lo que acaba de predecir es su propio futuro.

Alfieri sonríe cortésmente y deja la taza en la mesa.

Como Juno en el Monte Olimpo, la señora de William Backhouse Astor se encuentra en la cúspide de la sociedad neoyorquina. Desde es lugar de privilegio, de inigualables vistas, decide sin ayuda de nadie el destino de esos inmortales aspirantes que luchan sin descanso para ocupar un sitio en la montaña sagrada. Arbitro autocoronado del mérito en su enrarecido universo, en las filas de los elegidos admite sólo a los que más se lo merecen. En esos asuntos su poder es absoluto, y su palabra, ley.

En consonancia con ese arduo esfuerzo para organizar la sociedad en una jerarquía tan finamente calibrada, y para conseguir elevarla a nuevas cotas de distinción, la vida de la señora Astor se ha medido no en días, semanas y meses, sino en cotillones, bailes y recepciones. Durante veinte años, los recién llegados dignos de acceder a los peldaños más bajos de la escalera celestial pueden haber sido invitados a alguna reunión de tarde, una de las menos importantes en el ritual de la señora Astor; pero sólo a los que ocupan los lugares más preeminentes del panteón invitaría a una de sus cenas semanales.

Pero, ¡ah, Nueva York! El esposo de la diosa lleva dos años muerto. Cuando el señor Astor vivía, el año de su señora empezaba en otoño cuando la élite, tras la diáspora del verano, se reunía de nuevo en la ciudad; adquiría consistencia a lo largo de esa estación y entrado el invierno, cuando se celebraban los bailes de los mayores, los bailes de asamblea, y se tomaban clases para las danzas en círculo, se asistía a la ópera los lunes y a cientos de exquisitas cenas en Delmonico's; seguía su ascenso durante la Navidad y el Año Nuevo; y alcanzaba su apogeo el día de su baile anual, que se celebraba el tercer lunes de enero —el acontecimiento social más sagrado del año—. Sin embargo, desde el tránsito del señor Astor a una esfera aún más alta, su viuda ha dejado de proporcionar a las demás ocasiones para el entretenimiento. Hace dos años que el imponente salón de baile, carmesí y dorado, de su mansión de la Quinta Avenida, no alberga ningún aliento de vida.

Hasta esta noche.

La noche de hoy brinda una ocasión suprema, tanto que va a hacer que la reina de la sociedad se salte el luto; no se trata sólo de un divertimento; es un presagio de glorias venideras..., un baile para dar la bienvenida a Nueva York al maestro Mario Alfieri, *primo tenore assoluto*. Es más, se trata de una desviación radical de las estrictas costumbres de la señora Astor, una anomalía que, por sí sola, debería bastar para atraer la atención de toda la alta sociedad. Y es que la señora siempre ha defendido que los artistas de cualquier tipo —pintores, escritores, actores y demás— no merecen reconocimiento alguno a menos que estén muertos y enterrados, y que tratarlos supone arriesgarse sin necesidad a ser víctimas de la fatiga mental y de la contaminación social.

Pero Mario Alfieri no es un artista como los demás. Ha reinado como único dios en los escenarios de ópera europeos mientras la señora Astor se mantenía como diosa en los salones de la alta sociedad neoyorquina. Y sigue mejorando en su arte, cada vez más fuerte, cada vez más triunfante. Y, además, se dice que puede remontarse quinientos años sin interrupciones en su árbol genealógico, algo asombroso en un país en el que el conocimiento de cuatro generaciones de ancestros constituye por sí solo un rasgo aristocrático. Por último, se sabe que come con frecuencia con el Príncipe de Gales, dato que constituye el colofón de una personalidad excepcional. De hecho, Alfieri es conocido por compartir algunos gustos con su Alteza Real que no pueden mencionarse en sociedad, y corre el rumor de que los dos han puesto más de una vez el broche de oro a sus cenas con visitas a ciertos establecimientos privados en los que jóvenes exquisitas emplean asombrosos artes para satisfacer otros tipos de apetitos.

Verdadero o no, lo cierto es que no importa. El continente entero se rinde a los pies del tenor, y los pocos privilegiados estadounidenses que le han visto y oído en las temporadas de Londres, París y Milán llevan años negociando sin descanso el honor de poder rendirse a sus pies en su suelo patrio.

Y al fin lo han logrado. El diecinueve de noviembre, dentro de poco menos de seis meses a partir de esta noche, el Maestro Alfieri hará su debut en el Metropolitan Opera House de Nueva York e iniciará así la conquista de otro continente. Para disponer de tiempo suficiente ante esa importante ocasión, ha llegado hace una semana, y de la reverencia con que la ciudad de Nueva York le trata da una idea que la señora Astor decidiera hacerle una visita al día siguiente para llevarle, personalmente, la invitación a la recepción de esta noche.

En un principio Alfieri se había mostrado algo reacio a asistir, escudándose en el cansancio del viaje, pero la señora Astor se salió con la suya..., y ahora él está ahí, como un príncipe de las tinieblas, del brazo de su diablesa vestida de malva y púrpura: la señora Astor en persona.

Impresionante en su atuendo, formidable en su majestad, la señora Astor está de pie en su lugar de siempre, junto al retrato de tamaño natural que le pintó Carolus-Duran, dando la bienvenida a la larga cola de dioses menores que se acercan a saludarla. Las perlas y los diamantes, gruesos como las estrellas del firmamento, brillan en su corpiño de encaje y descienden por la larga cola de terciopelo. Coronando el tocado negro, la fabulosa diadema de diamantes y amatistas que perteneció a la emperatriz Eugenia.

Pero, aun con todo su esplendor, la señora Astor se ve eclipsada esta noche. Es en ese hombre alto y sonriente en quien convergen instintivamente todas las miradas. Su rostro es conocido entre los asiduos a los grandes teatros de ópera europeos: la frente despejada, los ojos negros y brillantes, las cejas pobladas, la nariz prominente, el labio inferior carnosos. También conocen el característico gesto que se le dibuja en la comisura derecha de la boca cuando sonríe, que traza unas arrugas que le llegan prácticamente hasta el ojo, que cierra casi del todo, como si la calidez de su sonrisa, parecida al sol de su tierra natal, se reflejara en todo y le deslumbrara.

La señora Astor, con las manos enlazadas en torno al brazo de su acompañante, revolotea a la luz de esa sonrisa como una polilla dentro de un cazamariposas. Y si a Alfieri le divierte que ella haya olvidado por un momento su dignidad imperial en su presencia, no es un divertimento cruel; esos lapsus los tiene todo el mundo y ya está acostumbrado; en una ocasión, una princesa alemana perdió hasta tal punto la compostura al verlo que se arrodilló ante él.

—Son ustedes muy amables con un extranjero en tierra extraña —dice finalmente cuando la cola, a causa de la emoción del momento, se convierte en multitud desordenada que forma un corro en torno a él—. Gracias por invitarme. —Su voz es pausada y muy fina, y en ella no se aprecia el rastro de sus triunfos pasados.

—Le aseguramos que el honor es de Nueva York, Maestro —dice una dama—. Sólo esperamos que disfrute de su estancia y llegue a sentirse como en casa.

—Señora, si todo el mundo es como usted, seguro que así será.

Parece que esa noche todo vaya a serle concedido. Al verle, Nueva York parece perder un poco el juicio y sus ciudadanos más exaltados se

disputan el honor de su presencia. El se ríe mientras estrecha las manos de los caballeros, se inclina ante las de las damas, y pronuncia las palabras adecuadas en cada caso ante un público entregado que le observa con los ojos brillantes. Dice, por ejemplo, que recuerda perfectamente a la señora Dobson, con la que coincidió hace dos años en una recepción en Roma, y que espera que la boda de su hija haya sido todo un éxito; que tiene muy presente al señor Martindale, porque juntos asistieron a una cena para unas pocas personas que se celebró tras la representación del *Fausto*, el otoño anterior, en París; que no, que no tiene el placer de conocerla, pero que está seguro de que la señora Pennington debe de ser prima cercana de la encantadora condesa de la Mercier-Trouville, porque son prácticamente idénticas...

La ciudad, claro, cae rendida a sus pies.

Thaddeus Chadwick lo contempla todo desde su puesto de excepción, en un rincón de la sala de baile. Tres peldaños amplios y de poca altura conducen al invernadero, y él, desde el más alto, observa la debacle a través de sus lentes, y esboza una discreta sonrisa digna de un Buda. Es un hombre gordo, de redonda barbilla y gran papada, con los dedos rechonchos enfundados en unos guantes blancos y un modo de moverse peculiar, pues sus piernas, muy delgadas, y sus pies, demasiado pequeños, parecen, más que sostener su peso, anclarlo en el suelo, como el hilo que mantiene sujeto un globo.

«... Increíble, tan elegante —dice una dama voluminosa que lleva un vestido de seda azul con un bordado de zafiros, mientras se abre paso entre un corrillo emocionado al que acaban de presentar al invitado de honor—, y nada vulgar. Yo me temía que pudiera ser algo ordinario, pero parece todo un caballero, y eso a pesar de ser un libertino tan notorio...»

Su propio atrevimiento la hace ruborizarse y lanza un suspiro.

Sus acompañantes se ríen y asienten en voz baja. Pero una señora delgada que lleva un vestido de satén gris con perlas bordadas le replica:

—No, mi hermano me ha escrito desde Florencia y me dice que su familia es respetabilísima y conocida desde el siglo XV. Descienden de los Médici.

—¿De los Médici? —pregunta Chadwick, tomando al vuelo una copa de vino de la bandeja que lleva un camarero—. ¿Qué pasa con ellos señora Hadcock? Si eso es cierto —cosa que dudo—, no parecen haberle hecho mucho bien. Su gran Maestro no vale mucho más que un juglar cualquiera; también canta para pagarse la cena.

Es el esposo de la dama quien recoge el guante.

—Tal vez sea una vulgar cena para usted, Chadwick, pero, entonces, simples abogados ponen mesas mucho más ricas que algunos banqueros, que es, ¡ay de mí!, mi profesión. A mí me parece más bien que la cena que se paga el Maestro Alfieri con su canto es un banquete de doce platos. Y con un gran reserva para acompañar cada plato. —Hadcock esboza una sonrisa—. Gana dos mil quinientos dólares por representación. Una cena en verdad muy cara.

Chadwick chasquea la lengua en señal de desaprobación.

—¿Habla de dinero delante de las señoras, Hadcock? ¡Qué horror! ¡Cómo se le ocurre!

—Sólo si el sucio dinero es de uno, buen hombre —añade otro miembro del corrillo—. ¿Son esos sus honorarios? ¿Por cada función?

—Sí, además del veinticinco por ciento del ingreso bruto a partir de cinco mil... cada vez que sube al escenario.

Otro caballero hace sus cálculos.

—¡Pero eso suma como mínimo cinco mil dólares por noche! Multiplicado por veinte representaciones... ¡cien mil dólares! Usted está de broma. Grau nunca se gastaría tanto dinero y, aunque lo pretendiera, Morgan y los demás accionistas no se lo permitirían.

—Sí lo harían. En realidad, ya lo han hecho. Creo que Morgan y los otros lo llevarán a hombros. Grau sabe lo que gusta, y está dispuesto a invertir para obtener beneficios. Alfieri llenará las arcas del teatro como no lo ha hecho nadie.

—¿Y dónde ha oído todas esas cosas?

—Beeson me lo contó el otro día en el club, mientras comíamos. Grau le llamó mientras tenían lugar las negociaciones. Les hacía falta su consejo en tanto que experto en divisa extranjera y valores de cambio. Por cierto que Alfieri no es ningún tonto. Se hace pagar en libras esterlinas, y el dinero va directamente a su cuenta de Londres.

—Aconsejado por Beeson, claro —apunta otro integrante del grupo.

—Eso creía yo —prosigue Hadcock—, pero él dice que no, que esa ha sido una de las cláusulas del propio Alfieri, y añadió que ojalá sus compatriotas tuvieran el mismo ojo que él para los negocios.

—Todo un cumplido, viniendo de Beeson —dice otro—. Pero seguro que alguien le asesora. Se dedica a cantar, no a las finanzas.

—Quién sabe —prosigue Hadcock—, pero al parecer se encarga personalmente de todos sus asuntos financieros, y hoy mismo Beeson me ha comentado que, aunque Alfieri sólo lleva una semana aquí, ya ha hecho averiguaciones sobre algunas inversiones muy serias.

—Entonces a lo mejor sí que es descendiente de los Médici —murmura la señora Hadcock. Al menos para estos invitados de la señora Asto sólo queda por demostrar si el tenor puede hacer andar a los inválidos y devolver la vista a los ciegos, pues parece que no haya nada más que no sea capaz de hacer.

Sin dejar de seguir hablando del ser prodigioso al que acaban de conocer, el grupo se pone de nuevo en marcha. Chadwick los mira alejarse mientras da pequeños sorbos al vino. Cansado del ruido y el calor, se refugia en el invernadero y se sienta a la sombra fresca de la vegetación para fumarse un cigarro. Si le sorprende ver a alguien que se sienta a su lado cuando ya se ha fumado medio puro, no da ninguna muestra de ello.

—¿Señor Chadwick?

—¿Sí?

—Señor Chadwick. Creo que es usted el único hombre de Nueva York a quien no he tenido el gusto de conocer. Soy Mario Alfieri.

—Sé muy bien quién es, *signore*, aunque no me haya unido a las filas de los que aguardaban para estrecharle la mano. No me gustan las aglomeraciones.

—En noches calurosas, incluso a mí me resultan cansadas, señor Chadwick. No tiene por qué disculparse.

—¿Disculparme? No me estaba disculpando, *signore*. Me limitaba a explicárselo.

El tenor sonríe en la oscuridad.

—Entonces déjeme exponerle, tan brevemente como pueda, la razón que me ha hecho intentar encontrarlo. En realidad, usted es la razón principal de mi presencia aquí esta noche, aunque espero que no se lo diga a la señora Astor. Por el señor Upton he sabido que usted fue el último abogado del señor Slade.

—Si se trata de negocios, *signor* Alfieri, ¿podríamos esperar a mañana? Tal vez a usted no le importe ponerse a cantar en cualquier parte, pero para mí es una norma no hablar de trabajo fuera de mis horas de oficina o cuando no me encuentre en el bufete. —Se levanta y le hace una ligera reverencia—. Con su permiso, voy a retirarme para no molestarlo.

—Señor Chadwick, me gustaría comprar la casa del señor Slade.

Se hace un silencio que dura unos instantes.

—¿Ha dicho usted «comprar», *signore*?

—Eso he dicho.

—Curioso. No tenía constancia de que esa propiedad estuviera en venta.

—Yo tampoco. Obviamente, por eso es por lo que estoy hablando con usted.

—Pero sí sabe que la casa está en alquiler. ¿Le ha informado el señor Upton del motivo?

—Me ha dicho que no tienen prisa por vender, pero que no desean usar dinero del patrimonio del señor Slade para su mantenimiento.

—El señor Upton no se distingue por su gran inteligencia, *signor* Alfieri, pero es bueno enseñando casas y tiene muy buena memoria. Lo que le ha dicho es absolutamente cierto. ¿Qué le hace creer entonces que estamos dispuestos a vender la casa en este momento, a usted o a cualquier otro especulador?

—Porque la venta de la casa, por la que pagaría al contado, les serviría tanto para librarse de la carga de responsabilidad que implica mantenerla como para incrementar sustancialmente el patrimonio del señor Slade. Y seguro que un hombre tan responsable como usted dará la bienvenida a cualquier oportunidad de ahorrar tiempo y dinero.

—Está siendo usted presuntuoso, *signore*, algo impropio de quien se tiene a sí mismo por caballero. ¿Y tiene usted alguna idea del precio que podría alcanzar la casa si estuviera en venta?

—Tengo una idea, señor Chadwick. He visitado la casa hoy mismo. Tengo algunas propiedades en Europa: una casa en la ciudad de Londres un apartamento en París, una residencia campestre a las afueras de Florencia. Por cierto que me gustaría adquirir la casa del señor Slade tal como está. Absolutamente intacta —dice con voz amable—. Igual que cuando él estaba con vida.

—¿Cómo inversión?

—Como vivienda. Voy a estar aquí más de un año.

—¿Y qué pretende de mí, *signore*? No supondrá que voy a darle un precio aquí y ahora, ¿verdad?

—No, claro. Lo único que quiero es que me diga si la casa está en venta y, de ser así, si aceptaría reunirse con mi abogado.

En la penumbra del invernadero se hace otro silencio.

—Recibiré a su abogado, *Signor* Alfieri.

—Gracias. Se lo agradezco mucho.

—Yo no he dicho que la casa esté en venta, *signore*. Sólo que recibiré a su abogado.

—Pero tampoco ha dicho que no lo esté, señor Chadwick, y yo soy un optimista incorregible.

—Entonces me retiro —corta Chadwick haciendo otra inclinación de cabeza.

—Discúlpeme, señor Chadwick —dice Alfieri mientras el abogado se gira para irse—. Hay algo más que debo preguntarle.

—Sí, claro.

—Hoy he conocido a la señorita Adler.

De nuevo se hace el silencio.

—Eso no es una pregunta, *signore*.

—No, señor Chadwick, no lo es.

—¿Le importaría relatarme las circunstancias de su encuentro?

—Con mucho gusto. La señorita Adler se sentía bastante mejor que de costumbre esta mañana, o al menos eso me dijo. Le pareció que le haría bien dar un paseo para ir recobrando fuerzas. De todos modos, como usted sabe, ella no sale de casa, ni siquiera para ir al jardín, por temor a que alguien pueda verla con ese desafortunado corte de pelo. Por eso decidió caminar por lo que ella llama la «parte cerrada de la casa». Pero me temo que no está tan bien como intenta estar, porque se sintió cansada y, como no podía seguir andando, entró en la sala de música y se quedó dormida. Allí fue donde la encontré.

—Sería usted un excelente testigo en un juicio, *signore*. Sucinto a la vez que claro. ¿Y habló con ella?

—Me invitó a tomar el té, señor Chadwick, y hablamos, sí.

—¿En su habitación?

—En su salita.

—Claro. ¿Y qué es exactamente lo que quiere saber de ella?

—Sólo una cosa. Estoy dispuesto a habilitar toda un ala de la casa para su uso exclusivo, y a contratar para ella personal de servicio y una señora de compañía —un aya o una carabina, como quiera llamarla— para que no tenga que abandonar la casa a la que está acostumbrada. Me ha dicho que han dispuesto que abandone la casa en cuanto tenga fuerzas para hacerlo. Está asustada, señor Chadwick, y muy sola. Y no desea marcharse. Es demasiado joven, y usted es el abogado de su difunto tutor. Por eso recurro a usted. ¿Me permitiría hacerlo así?

—*Signor* Alfieri, si su abogado viene a verme, si decidimos que la casa está, en efecto, en venta; si se establecen unos términos y resulta que usted está en disposición de satisfacerlos; si usted, finalmente, compra la casa, entonces podrá hacer con ella lo que quiera, incluso echarla

abajo con usted dentro, si es lo que desea. Pero la señorita Adler ya es otro asunto totalmente distinto que no tengo ninguna intención de tratar con usted, ni ahora ni en el futuro. Tenga usted buenas noches, señor.

Alfieri se queda escuchando los pasos de Chadwick, que se aleja, hasta que se confunden con los sonidos de un vals que proviene del salón de baile. Tras varios minutos, otra silueta surge entre las sombras y ocupa el asiento que el abogado ha dejado vacante.

—Disculpa mi intromisión, Mario, pero como le he visto salir y tú no le has seguido... —Alfieri no responde, y su interlocutor insiste, con voz queda—. ¿Tan mal ha ido?

Alfieri menea la cabeza.

—Me temo que el señor Chadwick y yo nunca llegaremos a ser amigos, Stafford. No es una persona muy amable, y yo soy tan tonto que dejo que me provoque. —Habla con amargura—. ¿Me has dicho que tu abogado tiene el don de la elocuencia? Pues tendrá que ser Cicerón para obtener lo que quiero.

—Has hecho lo que has podido, Mario.

—Y no he tenido éxito.

—Eso no lo sabes.

—Sí lo sé. Me ha dicho que no piensa tratar el tema conmigo sean cuales sean las circunstancias. Eso es lo que he conseguido.

—Entonces deja que sea Buchan quien lleve el asunto. Le he visto ganar las batallas más difíciles. Déjalo para mañana.

—A veces me cortarían la lengua.

—Mario, Buchan lo conoce. Deja que sea él quien se ocupe del tema.

—No le importa lo más mínimo que esté asustada. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede ser que alguien la trate con dureza? Es tan pequeña Stafford. ¿Te he hablado de sus ojos?

—Toda la tarde, Mario.

Alfieri se gira para mirar a su amigo. La sonrisa le ha vuelto al rostro.

—Seguro que crees que me he vuelto loco.

—Creo que te ha abatido un rayo, como dicen en Italia. ¿Estás enamorado de ella?

Alfieri se ríe, incrédulo.

—¿Yo? ¿Enamorado de una niña? Dios mío, Stafford. Como si no hubiera bastantes mujeres en el mundo. ¿Crees que ahora voy a dedicarme a las niñas?

—No es tan niña, Mario. Creo que tiene casi veinte años.

—Sí, claro, es una vieja, sobre todo si se tiene tu edad, *ragazzo*. —Alfieri vuelve a menear la cabeza—. Stafford, tú conoces a mi familia. Mi hermana pequeña, la niña, Fiorina, está a punto de cumplir los veinte. Cuando nació, yo tenía la edad que tiene ella ahora, y ya hacía papeles de protagonista. ¿Cómo podría ver a la señorita Adler de otro modo? Para mí es una niña, y una niña muy joven...; cuando la vi por primera vez me pareció que tendría, como máximo, catorce años.

—Y entonces, ¿a qué viene toda esa preocupación por ella?

Alfieri se encoge de hombros y su sonrisa se desvanece.

—¿Se puede ver sufrir a un niño y no intentar ayudarlo? Hay quien lo hace..., el señor Chadwick, tal vez. Pero yo no. Y además... —Hace una pausa, se queda pensativo un instante, mueve la cabeza—. Hay algo más, Stafford, como ya te dije. Se parece tanto a..., pero sin llegar a...

Levanta las manos y las deja caer, desistiendo de su intento.

—Déjalo para mañana, Mario. Espera a ver qué consigue Buchan. No puedes hacer nada más, y menos esta noche. Además, todo Nuev York se estará preguntando dónde se ha metido el invitado de honor de la señora Astor.

—Tienes razón, amigo mío —dice el tenor mientras entran juntos en el salón de baile—. Al menos sé que en este momento la señorita Adler no sufre. Sólo los músicos, y las personas más ricas, convierten la noche en día. ¿Qué hora es? ¿Las dos? A las dos de la mañana, casi todo el mundo, y en especial los niños, están en la cama y duermen tranquilamente.

Pasa un camarero con una bandeja llena de copas de vino. Él toma dos y le alarga una a su amigo.

—Por nuestro triunfo, Stafford, y por los dulces sueños de ella.

El descanso, ya sea de mente o de cuerpo, siempre le ha sido esquivo a Clara. No recuerda que le haya resultado nunca fácil conciliar el sueño; seguramente no lo ha sido nunca. Incluso durante su infancia, en las muchas camas de las muchas habitaciones de las muchas casas en las que ha pasado los años —más que una simple visitante, menos que una invitada—, el sueño le ha resultado siempre un desconocido. Así, no es raro que hoy, en esta cama prestada, en esa estancia que ya no es suya, en una casa que pronto deberá abandonar para siempre, el sueño siga pasando de largo sin detenerse.

Hace mucho tiempo que dejó atrás la juventud. Pero hoy está tendida en la cama igual que entonces, cuando lo hacía bajo las mantas y las sábanas zurcidas, en habitaciones calurosas o desangeladas; despierta y con la mirada puesta en el resquicio de la cortina, donde el amanecer brilla como una estrella. Oye el canto de los pájaros que ya se han despertado; qué sonido tan triste.

¿Qué es lo que él le ha dicho esta mañana? «Te mereces una vida mejor.» Ella también lo creía, antes.

—Mi querida niña —le ha dicho— ¿es que no tienes familia que te acoja? ¿Absolutamente a nadie?

—A nadie.

—¿No tienes padres, hermanos? ¿Ningún pariente? ¿Todos están muertos?

—Sí. Todos están muertos.

—¿Y adónde vas a ir? ¿Te lo ha dicho alguien?

—No.

—¿Y cómo puedes soportar no saberlo?

—Ya me lo dirán cuando sea el momento.

—¿Y no lo has preguntado?

—No. No tiene importancia.

—Querida, si eso no tiene importancia, dime tú qué la tiene.

—Nada.

Él la ha mirado con compasión. Ha sido tan amable. Comprará la casa —eso le ha dicho— y ella podrá volver a vivir entre sus muros.

Ahora se le ocurre, ahí tendida en la luz grisácea del amanecer, que seguramente él piensa que no está bien de la cabeza; que su desesperación es a la vez síntoma y prueba de su locura.

Pero no. Su mente ya ha pasado por ese reino tenebroso, como un alma que se hundiera en el infierno, y ha salido por el otro extremo. Volver a la locura, para ella, sería elevarse, emprender un viaje ascendente; pero al abandonar la locura ha ido a parar a una planicie de claridad despiadada, y de ahí no hay escapatoria.

La locura sería un alivio. La locura, al menos, al ser tenebrosa, le ofrecía rincones en los que ocultarse. Pero ahora todo ha vuelto, como una muerte que resucitara otra muerte, como una pena que reviviera otra pena..., y aquí, en esta desolación sin límites, la vista no alcanza a ver el horizonte; recuerda el pasado con claridad, vive el presente con claridad, ve el futuro —no, no el de los posos del té— con claridad.

Lo que ha hecho la acompaña siempre, así como lo que le queda por hacer: las dos cosas se confunden inextricablemente, una engendra a la otra, y ella es el eslabón que las une. Es como ser el punto en que dos líneas se cruzan; como mirar por el otro extremo de un telescopio y ver, al mismo tiempo, las distancias remotas de su vida; como mirar a la vez hacia delante y hacia atrás.

En ninguna de las dos direcciones hay perdón. Ni piedad. Ni esperanza.

Se frota los ojos. Al despertar al sonido de su voz, en un primer momento creyó que había muerto y sintió una gran alegría, pues le pareció que su desgracia había terminado al fin. Pero entonces abrió los ojos y le vio, y era su voz hecha carne, oscura y hermosa, y se alegró de no estar muerta...; olvidó, mientras miraba y escuchaba, que a ella ya le daba lo mismo estar viva o estar muerta. Si fuera distinta, si no fuera quién es...

No importa. Había sido amable con ella. Le había besado la mano y leído los posos del té. ¿Cómo iba a saber que no había nada que ver en ellos porque su vida había dejado de ser hacía mucho tiempo?

Si fuera distinta, si no fuera quien es...

Sola, a la luz del alba, Clara se acurruca y llora.

La luz grisácea se hace más cálida y se vuelve dorada. Las criaturas de la noche se derriten como el rocío, y el ritmo de la ciudad se acelera con el avance del nuevo día. Clara duerme al fin en su habitación caldeada por el sol y, por suerte, no sueña.

Thaddeus Chadwick, a pesar de haberse despedido de la señora Astor poco antes del amanecer, se levanta a su hora de siempre, es decir, a las ocho. No le hace falta dormir mucho —una ventaja, tal vez la única, de la edad—, aunque ya de joven el sueño era un lujo del que podía prescindir a voluntad. Para él es mucho más importante el control del tiempo. Si la vida de la señora Astor se mide por los cotillones, los bailes y las recepciones, la suya está sujeta a las horas, los minutos, los segundos, y organiza cada día con tal precisión que cualquiera puede saber dónde se encuentra en un momento determinado con tan sólo consultar el reloj.

A las nueve está desayunando en la salita que utiliza por las mañanas. Su casa es una de las que se alinean frente al lado norte de Washington Square. El paso del tiempo ha dado al rojo intenso del ladrillo una tonalidad más pálida. La salita da al pequeño jardín privado donde los cerezos silvestres, que han estado en su mejor momento hasta hace poco, empiezan a perder sus flores rosadas y blancas.

Esta es su habitación preferida de la casa. Una estancia soleada llena de muebles oscuros y brillantes salpicados por los destellos del bronce, y con una mesa cubierta por un paño blanco immaculado en el que reposan hermosas piezas de porcelana. Es un espacio que tiene la conciencia tranquila, una pieza que habla de gran apetito y buenas digestiones, y que ilustra el principio básico que anima todos los aspectos de la existencia del señor Chadwick: la serenidad. Es soltero, y puede modelarse la vida a su antojo, que es precisamente lo que hace. En su presencia nunca se levanta una voz; no hay emociones extremas que alteren sus días ni se entrometan en sus noches. Pasa de puntillas por la vida, con una sonrisa plácida en los labios y una mirada bonachona hacia el mundo. Las desgracias ocasionales, como la muerte repentina de su amigo Slade o la no menos repentina enfermedad de su joven ahijada, no tienen más efecto en su vida que un guijarro arrojado a un lago de aguas remansadas: las ondas cesan al poco tiempo y la superficie vuelve a su quietud anterior.

Tomemos, por ejemplo, el encuentro inesperado que tuvo ayer noche con el tenor que le hizo aquella oferta ridícula sobre la venta de la casa de Slade. A él, sí, a él, Chadwick, aquello le irritó al principio, es cierto, aunque su enfado fue tanto una reacción a lo imperioso de los modales de aquel hombre como a la proposición misma. Pero esta mañana, mientras desayuna sus huevos y sus tostadas y piensa en esa escena tranquilamente, llega a la conclusión de que el italiano le ha hecho un gran favor. La venta servirá para algo más que para hacer que las arcas del difunto Slade rebosen y para liberarlo a él de una carga innecesaria (como Alfieri le señaló con astucia la noche anterior; había que reconocer el mérito de aquel diablo italiano); le proporcionará además la ocasión de llevar a cabo un plan —de la mayor importancia— que ha estado esperando a que las circunstancias fueran propicias para ponerse en marcha.

Y este es el momento. Si se ha hecho rico sirviendo a los demás ha sido precisamente porque no se le ha pasado por alto que en la vida hay un momento adecuado para cada cosa, que la fruta hay que recogerla cuando está madura. El deseo del tenor de comprar la casa de Slade indica con exactitud que ese fruto está a punto de caer del árbol. Chadwick está satisfecho, tanto consigo mismo como con el rumbo de los acontecimientos. La arrogancia de Alfieri, y en especial su insolencia en el tema de la niña, son cosas que puede dejar de lado, por el momento. Sin embargo, es importante mantener el equilibrio mental, porque la mente funciona mejor si no se ve nublada por detalles molestos ni malos humores; además, como dicen los propios italianos, la venganza es un plato que se sirve mejor frío.

Pero no tiene prisa. Nada debe alterar la rutina —serenidad, serenidad ante todo—, y un vistazo al reloj le informa de que aún dispone de casi una hora antes de su llegada a la oficina. Los documentos que necesita para llevar a cabo su plan ya están listos desde hace meses, dispuestos para su entrega a los tribunales. Sólo le falta estampar su firma.

Con un leve suspiro de satisfacción, Chadwick abre el periódico, se sirve más café y, llevándose la taza a los labios, saluda mentalmente a Alfieri. Por causa del tenor, la mejor jugada de su vida —o de la de cualquiera— está casi al alcance de su mano. Y si aún ha de tardar un poco en atraparla, bueno, ¿qué importa eso? Enciende el primer puro de la mañana y contempla el jardín lleno de flores. Es un hombre feliz con todo el tiempo del mundo.

Las manecillas del reloj siguen avanzando, y el mediodía encuentra a Alfieri de camino a su cita con el abogado que va a negociar, en su nombre, la compra de la casa del difunto señor Slade. La mañana no ha sido fácil para él. Ha tenido la extraña sensación, desde que se ha despertado de un sueño profundo —y breve, porque él también se despidió de madrugada de casa de la señora Astor—, de que cada minuto que pasa supone una amenaza mayor para esa criatura solitaria en la enorme casa vacía, y mientras se dirige al centro mantiene un silencio lleno de preocupación.

Le acompaña el mismo amigo de la noche anterior, Stafford Dyckman, que lo conoce lo bastante como para saber cuándo es mejor no darle conversación, lo bastante como para no sentirse incómodo entre tanto silencio. Va sentado a su lado, sin decir nada, y el carruaje avanza ese mediodía por la parte baja de Broadway, pero él sólo interrumpe los pensamientos de su amigo para indicarle alguna escena de interés en las aceras de Nueva York.

Su destino, el bufete de Daniel Buchan, está al lado de Wall Street, y tan cerca del camposanto que rodea Trinity Church que desde las ventanas del segundo piso se ven perfectamente sus lápidas gastadas y ladeadas. Dyckman hace las presentaciones de rigor mientras las campanas de la iglesia dan las doce y cuarto.

—Tiene usted una vista magnífica, señor Buchan —dice Alfieri mientras estrecha la mano del abogado—, aunque tal vez no demasiado adecuada para sus clientes.

—En realidad, *signor* Alfieri, la vista me beneficia a mí. No me cabe la menor duda. Me resulta de gran ayuda. Siempre que gano un caso para alguno de mis clientes, esta vista me ayuda a mantener el sentido de la proporción. Cumple la misma función que la del esclavo que, en la antigua Roma, acompañaba a los héroes arriba de un carro durante la celebración de sus triunfos y le susurraba: «Recuerda que eres mortal».

Es de piel tan oscura como la de Alfieri, pero bajito y medio calvo. Los ojos, castaños y muy brillantes, hablan de su sagacidad.

—Por otra parte —añade, mientras los invita a sentarse—, en las ocasiones en las que pierdo algún caso, miro por la ventana y me consuelo al pensar que, ganadores o perdedores, todos nos enfrentamos al final con el mismo destino.

—Sentimiento tranquilizador, sin duda —dice Alfieri con una sonrisa en los labios—. Pero como tengo la intención de contratar sus servicios señor Buchan, estaría mucho más contento si me asegurara de que lo primero le sucede con mucha mayor frecuencia que lo segundo.

—Con la suficiente frecuencia como para poder pagar el alquiler —responde el abogado en tono jocoso—. El señor Dyckman me ha expuesto brevemente cuáles son sus intenciones. ¿Puedo pedirle que me amplíe un poco los detalles?

Alfieri lo hace en pocas palabras.

—Todo esto me resulta muy raro. Conozco bien al señor Chadwick —afirma Buchan, que se reclina en el respaldo y apoya los codos en los brazos de su sillón, uniendo las yemas de los dedos para formar un tejado con las manos—. Nos hemos enfrentado en los tribunales muchas veces, y me consta que no es de trato fácil. ¿Pero aun así me dice que le pareció abierto a una negociación?

—Sobre la compra de la casa, sí.

—Pero eso es lo más importante, ¿no?

—Es importante, sí, pero no más que su actual ocupante. No deseo molestarla, ni ser la causa de su traslado.

—¿Y está dispuesto a hacer de ello una condición indispensable para la compra?

—¿Quiere decir que si deseo comunicar al señor Chadwick que si insiste en trasladar a la niña retiraré mi oferta? Si a usted le parece que eso tendrá algún efecto en él, señor Buchan, hagamos de ello una condición indispensable.

—¿Y si él insiste, *signor* Alfieri? ¿Y si no se traga su farol? ¿Retirá usted su oferta?

—Sí, señor Buchan, la retiraré.

—Pero me dice que la casa le interesa mucho.

—Muchísimo. Pero no lo bastante como para dejar sin hogar a una criatura inválida.

Buchan se incorpora un poco en su asiento.

—*Signor* Alfieri, hay un punto que debo aclarar, y espero que no se ofenda si entro en un asunto... de naturaleza delicada.

—He venido en busca de su ayuda, señor Buchan. Hágame las preguntas que desee.

—Gracias —dice el abogado—. Pero tal vez el señor Dyckman quiere salir a comer. Lamento haber tenido que citarlos a una hora tan inconveniente, pero no veo razón alguna para negarle a él el sustento, *signore*, aunque usted y yo aún tengamos que estar aquí un tiempo más.

Alfieri asiente.

—Si Stafford desea irse, ciertamente no seré yo quien le detenga. Pero no tengo nada que ocultarle, señor Buchan. Nos conocemos desde hace años.

—Como usted quiera, por supuesto. No me andaré por las ramas entonces. Antes de aceptar representarle, debo tener plena confianza en sus intenciones en relación con este asunto. Verá —duda, escogiendo las palabras con cuidado—, su reputación le precede desde la otra orilla del Atlántico, y no sólo por sus dotes para el canto. Los rumores sobre su, digamos, vasta experiencia con las damas han formado parte durante semanas de las tertulias de todos los clubs de caballeros de esta ciudad.

—¿Y usted desea saber si son ciertos, señor Buchan? —pregunta Alfieri sin inmutarse.

—Deseo saber si tienen algo que ver con su interés porque la prohijada del difunto señor Slade permanezca en la casa.

Dyckman, que hasta el momento ha permanecido en silencio, se pone rojo hasta las orejas y abre la boca para intervenir, pero un gesto de Alfieri lo detiene.

—Entre mis gustos no se encuentran las niñas, señor Buchan, si eso es lo que le preocupa.

—La señorita Adler no es una niña, *signor* Alfieri, es una mujer joven, por lo que sus gustos sí me preocupan, en especial si tenemos en cuenta que su rectitud moral se ha convertido en tema de conversación general. —Hace una pausa y menea la cabeza, antes de proseguir—. Lo siento mucho, de verdad —prosigue más tranquilo—. No me gusta entrar en terrenos tan delicados, ni es mi intención causarle una vergüenza innecesaria. Pero si voy que tener que pelear para que la señorita Adler se quede en su casa debo estar totalmente seguro de que no se le causará daño alguno.

—No se le causará ningún daño, se lo prometo —replica Alfieri. Pero sus propias palabras le hacen recordar lo incómodo que se ha sentido durante toda la mañana—. Usted dice que no es una niña, señor Buchan, pero yo la he visto y he hablado con ella, y puedo decirle que he conocido a niños con la mitad de sus años que eran más capaces de cuidar de sí mismos que ella —prosigue turbado y con voz pausada.

—No lo dudo. Pero es deber de otros responsabilizarse de ella. Ese, francamente, no es su sitio.

—¿Ah, no?

—No. —Buchan se mantiene firme—. Aunque desee hacerlo por la menos egoísta de las razones, su decisión se vería como algo de lo más inapropiado. Es, sencillamente, inaceptable, *signore*.

—No, según las enseñanzas de Nuestro Señor. ¿Acaso es inaceptable dar cobijo a una niña desvalida?

—Se lo repito, no es una niña.

—A una joven desvalida, entonces. Yo le permitiría seguir a salvo bajo su propio techo, en su propio entorno, con sus propias cosas. ¿Y usted me está diciendo que eso no es apropiado?

—No, lo que le digo es que no se vería como algo apropiado.

Piense en los rumores que circulan sobre usted. La comprometería de por vida a los ojos del mundo.

—¿Y qué le parece a usted un mundo, señor Buchan, que pueda ver algo indecente en el deseo de hacer el bien, o que sospeche lo peor de un ser desvalido sólo porque lo ha aceptado?

—El mundo es así, *signore*. Usted lo conoce, seguramente mejor que yo. ¿Por qué niega algo que sabe que es verdad? —pregunta, casi con tristeza.

—Porque —y ahora la expresión de Alfieri se ha hecho más sombría, más dura—, porque el mundo está lleno de hipocresía, señor Buchan, eso lo sabemos muy bien los dos, y no creo que sea ninguna virtud celebrarlo.

Buchan se le acerca más.

—¿Y usted habla de virtud, *signor* Alfieri?

Dyckman suspira con fuerza. Los ojos del tenor se agrandan y empieza a incorporarse, aunque desiste a medio camino y vuelve a hundirse en la butaca, mirando al abogado y sonriéndole desconcertado, con el ceño medio fruncido.

—Vaya, señor Buchan —prosigue tras una pausa—, creo que está usted intentando que me enfade.

—¿Y por qué habría de intentar yo algo así?

—Tal vez para hacerme confesar, en un momento de descuido, que soy Donjuán, Lothario y Casanova en una sola persona, y que estoy planeando la seducción de la pequeña señorita Adler. Pero siento decepcionarlo, señor Buchan, de veras que lo siento. Pero es tan pequeña, y está tan sola. Sólo un monstruo se aprovecharía de ella. Y yo puedo ser muchas cosas, pero no soy un monstruo. Mis presas no son seres indefensos. —Extiende las manos, en un gesto de desesperación—. No sé qué más puedo decirle para convencerle, y está claro que debe decidir por usted mismo. Pero si su conciencia le dicta que tiene que ayudarla, yo le estaré enormemente agradecido.

Los dos hombres se estudian en un silencio sostenido, que termina cuando el rostro de Buchan se relaja y le tiende la mano al tenor.

—*Signore*, me encantará hablar con el señor Chadwick en su nombre.

La expresión de Alfieri denota su alivio.

—Gracias, señor Buchan, se lo agradezco mucho. No se imagina cuánto me alegra.

—Pero no se haga demasiadas ilusiones —le advierte el abogado—. Supongo que no le pasará por alto que no tenemos las de ganar.

—Como le dije ayer noche al señor Chadwick, soy un optimista incurable.

—Esperemos entonces que su optimismo esté justificado.

—Amén a eso. —Alfieri se levanta y se dirige a la ventana, donde se queda inmóvil unos instantes contemplando la mole marrón de Trinity Church que se alza al otro lado de la estrecha calle—. Me gustaría hablarle un poco de esos rumores a los que ha hecho referencia, si no le importa.

Buchan parece sorprendido.

—No es necesario en absoluto. Sólo lo he mencionado porque...

—Sé por qué ha lo ha mencionado. Pero me quedaría más tranquilo si creyera que me entiende. Verá, señor Buchan, las mujeres se me insinúan constantemente. Se prestan a escenas embarazosas con una regularidad que me asombra incluso a mí. Pero no se engañe, señor Buchan. Yo no soy tan irresistible como esas escenitas dan a entender, aunque no sería sincero si no admitiera que a veces me halagan. Pero, sea como sea, lo que esas damas buscan es el equivalente carnal de un autógrafo; y aunque las más se engañan a sí mismas queriendo creer que están enamoradas de mí para justificar así sus actos, su deseo real no se dirige hacia mí, sino hacia la embriagadora experiencia de acostarse con una persona mundialmente famosa.

Se gira y mira al abogado.

—¿Qué pasa, señor Buchan? Parece sentirse incómodo. ¿Ya se está arrepintiendo de haber aceptado? Y eso que aún no he mencionado a las mujeres que se me entregan creyendo que soy Fausto, Hoffmann, Lohengrin u Otello. ¿Cree que debería declinar las ofertas de esas damas: entregadas y practicar la abstinencia en beneficio de sus pobres almas? A ellas sus almas no les importan lo más mínimo, y yo no soy tan tonto como para rechazar un regalo que me hacen libremente. De todas maneras, para que no piense que soy una persona que carece totalmente de control sobre sí misma, debo decirle que no acepto los favores de todas las mujeres que se me ofrecen, entre otras cosas porque no tendría tiempo material en esta vida; además, claro, de que como tengo donde escoger, me limito a las que me resultan más atractivas.

—¿Está seguro de que quiere contarme todo esto, *signore*?

—Ahora es usted mi abogado. Mis intimidades están a salvo con usted. Alguien más que Stafford debe saber la verdad. Y, a lo mejor, quién sabe, la próxima vez que participe en alguna tertulia, pueda romper una lanza a mi favor, contrarrestar todos esos rumores: tantas mujeres y no hay ninguna que en los ojos del pobre Mario Alfieri vea algo más que el propio reflejo de ellas.

—Disculpe, *signore* —dice Buchan en voz baja—, ¿pero no es eso lo que vemos todos en los ojos de los demás?

Alfieri meneaba la cabeza y sonríe.

—Es un tema interesante del que deberíamos seguir hablando en otra ocasión y con más calma, señor Buchan, a poder ser mientras comemos. —Se dirige al abogado y le tiende la mano—. Pero ahora le dejaré trabajar. Aquí aún no soy conocido y puedo andar por las calles como los demás. Tengo que aprovecharme de esta felicidad mientras dure.

—¿Y el resto de nuestra charla?

—Todo lo demás lo dejo en sus manos, señor Buchan. Confío plenamente en usted. Stafford se quedará un rato más y le facilitará cualquier información adicional que necesite. No, por favor, no se levanten. Hace un día estupendo, y últimamente he tenido tan poco tiempo para mí mismo...

La puerta se cierra tras él.

—Un hombre de lo más peculiar, Stafford —dice el abogado.

Dyckman censura a Buchan con la mirada, y finalmente rompe su silencio.

—Y muy desorientado en estos momentos. No está acostumbrado a que se le cuestionen los motivos, Daniel. En Europa lo tratan como si perteneciera a la realeza. ¡Nadie se atrevería a reprocharle la conducta de esa manera!

—Pues se lo ha tomado bastante bien.

—Como bien has dicho, es muy peculiar. Y además, todo un caballero, en el sentido antiguo de la palabra. ¿Hacía falta sacar a relucir esos temas?

—Por desgracia, sí. ¿Cómo si no iba a conocer sus intenciones en un encuentro tan breve?

—Podrías habérmelo preguntado a mí.

—Stafford —le mira con condescendencia—. Es amigo tuyo y tu opinión tiene que decantarse por fuerza a favor suyo. Me fío de ti, pero tenía que averiguar por mí mismo cómo es.

—¿Y eso lo has conseguido con tu pequeño examen?

—Más de lo que crees, sí. —Se apoya en el respaldo y se pone cómodo—. Cuéntame cómo le conociste. Esa historia nunca me la has explicado.

El recuerdo derrota al disgusto, y Dyckman cede finalmente. Es un hombre agraciado de veintiocho años, rubio, de ojos grises y alto, aunque no tanto como su amigo Alfieri. Ahora su sonrisa deja traslucir cierta vergüenza.

—Fue durante mi primer viaje a Italia, al terminar la universidad. Mario me rescató —añade, enrojando ligeramente— de una señora de la noche bastante entrada en años y muy ebria.

Buchan no se ríe, cosa que le honra.

—Una situación embarazosa. ¿Te importaría compartir conmigo el resto de la historia?

—Con una condición, Daniel, que no se lo cuentes a mi familia. He conseguido que no se enteren en todo este tiempo, y no tengo ningún interés en que lo sepan ahora.

—¿Tan indecente es la cosa?

—No seas ridículo. Pero mamá se quedaría muda, e incluso a mi padre no le haría ninguna gracia, el apellido de los Dyckman, ya sabes. Una lástima, de verdad —añade con una sonrisa maliciosa—, porque lo cierto es que fue muy divertido..., aunque a mí no me lo pareció en aquel momento.

»Yo sólo llevaba tres semanas en Italia. Estaba en Milán. Había adquirido el hábito de salir a pasear a altas horas de la noche, para empaparme al máximo del ambiente de la ciudad. Aquella noche, justo detrás de La Scala, el teatro de la ópera, alguien se me colgó del brazo y empezó a caminar a mi lado.

»Ten en cuenta que yo era muy joven y que no hablaba italiano. Intenté por todos los medios disculparme y decirle que no estaba interesado, pero ella no me hacía ni caso. Al final, presa de la desesperación, le di un empujón. Admito que no fue muy galante por mi parte, pero es que ya no sabía qué hacer. Bueno, el caso es que ella se tambaleó, porque no caminaba con mucha seguridad. Pero no llegó a caerse. Lo único que le quedó herido fue el orgullo, ya me entiendes, pero fue más que suficiente. Empezó a gritar, y se congregó una multitud considerable.

Stafford se ríe.

—No tenía ni idea de lo que estaba diciendo, claro, y la gente no me ayudaba mucho; seguro que algunos hablaban inglés, pero no querían que acabara la diversión. Cuando llegaron los guardias, empecé a verme a mí mismo pasando la noche en la cárcel, poniéndome en contacto con el consulado de Estados Unidos al día siguiente... Entrecierra los ojos, se deleita con el recuerdo.

—Y entonces, de pronto, ahí estaba Mario. Aquella noche había tenido función y acababa de salir del teatro, pero se detuvo para ver qué estaba pasando. Yo no tenía ni idea de quién era, claro, pero el corro de curiosos sí. La gente se separó como las aguas del Mar Rojo para dejarle pasar, mientras aplaudía a rabiar. Se ofreció para hacer de intérprete. Escuchó primero a la mujer, luego a mí, y lo arregló todo en cinco minutos. Por cierto, que parece que lo que la mujer había gritado a los cuatro vientos era que yo había gozado de sus servicios y luego me había negado a pagarle.

»Mario le pagó, claro, de su propio bolsillo...: no haberlo hecho habría sido dar a entender que la señora mentía, y Mario nunca la habría ofendido de aquella manera.

Stafford se queda un instante pensativo.

—Por cierto, ¿sabes qué hizo aquella mujer con el dinero? Besó los billetes, se los metió en el corpiño, junto al corazón, y dijo que los pondría a los pies de la Virgen María y que nunca se los gastaría, porque se los había dado *il signore con la voce degli angeli*.

El joven se encoge de hombros y sonrío.

—Eso Mario no me lo dijo nunca. Me lo contaron después. Lo único que me dijo fue que yo era una amenaza para su país, y acto seguido me invitó a cenar con él y con unos amigos la noche siguiente. Y esta es la verdadera historia de cómo conocí a Mario Alfieri.

Buchan asiente con la cabeza.

—Lo aprecias mucho.

—Es mi mejor amigo. Ha sido muy bueno conmigo. Y todo por pura amabilidad. Mario es así.

—¿Y cómo es su gente?

—Pues parecida a él; generosa, abierta. Tiene una familia muy numerosa, aunque entre los italianos las hay más numerosas aún. Su madre murió cuando era pequeño, de modo que no le dio más hijos al padre de Mario, pero el Dottore Alfieri se volvió a casar cuando él tenía unos diez años, y la actual *signora* del Dottore ha compensado con creces aquella pérdida. Mario tiene un batallón de hermanastros y hermanastras, cuatro chicos y tres chicas, para ser exactos, todos mucho más jóvenes que él, y un regimiento de sobrinitos y sobrinitas.

—¿Y los conoces bien?

—Los he visto a todos. A algunos los conozco mejor que a otros.

Dyckman se pone un poco rojo.

—¿Y has dicho, por cierto, que nunca ha estado casado?

—No, no te he dicho nada de eso, pero es verdad. No se ha casado nunca. Casi todo el mundo cree que no tiene ninguna necesidad... con todas esas señoras..., ya sabes...

El abogado levanta la cabeza y mira a Dyckman.

—Pero tú no lo crees.

—No.

—¿Por qué? ¿Es que conoces la razón verdadera?

—Tengo mi teoría, que tal vez sea cierta y tal vez no. Evidentemente, nunca hemos tocado el tema.

—¿Y cuál es tu teoría?

—Muy sencilla, que nunca ha encontrado una mujer con la que haya querido casarse.

El abogado arquea una ceja, incrédulo.

—¿Entre tantas?

Dyckman se encoge de hombros.

—Cada uno tiene su criterio. Tú mismo has dicho que es una persona peculiar. Tal vez esté buscando a un ser excepcional.

—¿Por ejemplo?

Dyckman vuelve a encogerse de hombros.

—A menos que lo encuentre, nunca lo sabremos.

—Stafford —dice Buchan, acercándose al joven por encima del escritorio—. Yo no soy el enemigo, y tu amigo es un hombre famoso. Cualquiera otra cosa que puedas decirme de él podría ayudarme en mis tratos con el señor Chadwick.

—Sigues interesado en las mujeres de Mario.

—Quiero saber por qué un hombre romántico hasta la extravagancia, capaz de comprar una casa para una joven que hasta el día de ayer no había visto nunca, sigue siendo soltero. Sencillamente, me niego a creer que se haya librado todos estos años. ¿Dices que puedes contarme cosas de él? Muy bien —vuelve a ponerse cómodo—, cuéntamelas.

—Bueno, no sé si te sorprenderá saber que desde siempre ha tenido predilección por las mujeres. Su madrastra... —Dyckman sonríe a recordar—. Su madrastra me dijo en una ocasión que a todas sus amigas les encantaba organizar tardes de costura o de música en su casa porque Mario iba de silla en silla, besando la mano de todas las invitadas y comentando lo guapas que estaban.

—Teniendo en cuenta de quién estamos hablando, no creo que sea algo digno de mención.

—Daniel, en esa época tenía doce años.

El abogado se ríe y levanta la cabeza.

—Así que no es algo que haya empezado a cultivar con la edad.

—No, es así desde siempre. En una ocasión me contó que, desde los trece años, se ha pasado más tiempo de rodillas en los confesionarios y haciendo penitencia que cualquier otro hombre..., y creo que sólo hablaba en broma a medias. A Mario le gustan mucho las mujeres.

—A mí también, Stafford. Pero cuando tenía trece años, nada me gustaba más que ir a nadar con mis amigos en verano, o ir a ver la llegada de los trenes a la estación. Supongo que eso es lo que marca la diferencia entre Mario Alfieri y yo.

—Eso —apostilla con una sonrisa el joven—, y el hecho de que él canta como los dioses.

—Supongo que lo que dejas implícito en tu frase es que yo no.

—Me han dicho que en la iglesia le pedían que no cantara los himnos, que se limitara a abrir y cerrar la boca, porque el organista perdía el tono. Por cierto —dice como sin darle importancia—, una de las hermanas de Mario me contó que una vez sí quiso casarse.

Buchan se incorpora un poco.

—¿Ah, sí?

—Fue un romance muy breve, muy intenso. Mario estaba loco por aquella chica. Era uno o dos años mayor que él. Y parece que también era cantante. Rechazó la oferta de matrimonio que él le hizo...; quería seguir con su carrera musical, y se largó con un aristócrata alemán que tenía un castillo en el Rin y varias cicatrices, además de un pequeño ejército propio, y que había prometido ayudarle. La familia de Mario se alegró cuando se fue. Él empezaba a ser famoso, cantaba por toda Italia, y ya había rechazado varios papeles importantes porque no quería separarse de ella. Cuando ella le dejó, se volvió medio loco e intentó recuperarla, pero el aristócrata no le dejaba ni acercarse. —Dyckman ya no sonríe—. No volvió a verla más.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará unos quince años. Fiorina —la hermana pequeña de Mario— tenía cinco años cuando pasó, y ella no se acuerda de nada, aunque la familia aún habla del tema de vez en cuando.

—¿Y te lo contó Fiorina?

—Sí. Es la favorita de Mario. —Baja la vista y la clava en las manos—. Y la mía también.

Buchan abre la boca, pero decide ignorar la confesión de Stafford.

—¿Y qué ha sido de la mujer con la que quería casarse?

—Le fue muy mal, o eso llegó a oídos de la familia, aunque intentaron mantenerla alejada de Mario. El aristócrata no hizo nada por su carrera musical, en realidad nunca tuvo intención de hacerlo...; aquello fue sólo un anzuelo para llevársela a la cama, nada más. Al cabo de un año se cansó de ella y se la pasó al capitán de su regimiento, que estuvo con ella unos meses. —Dyckman se encoge de hombros—. Después de aquello, desapareció. No sé si Mario ha llegado a saber qué fue de ella, o si aún le afectaría saberlo. Pasó hace mucho tiempo.

»Cuando ella se fue, él se dedicó al canto en cuerpo y alma. Cantaba por toda Italia: la Toscana y Umbría, Parma, Venecia, Módena, Turín, Nápoles, Génova, Bolonia, Roma..., en todas partes. Su nombre empezó a ser conocido en otras ciudades, Londres, París, San Petersburgo. entonces fue cuando conoció a Verdi.

»Hacia 1860, cuando Mario era niño, su padre había tenido un papel destacado en el *Risorgimento*, en Florencia. En su casa se reunían figuras locales y a veces de alcance nacional..., entre las cuales se encontraban Manzoni, el escritor, y Verdi. Mario se presentó a una audición en La Scala en 1880 para el papel de Alfredo de *La Traviata*. Verdi estaba presente. Verdi ya era un maestro consagrado y no se dejaba impresionar fácilmente. Pero al terminar la audición, quiso conocer a Mario. Cuando se lo presentaron y descubrió que era el hijo de su antiguo camarada... bueno, si no hubiera tenido la voz que tenía no le habría ayudado para nada, pero entre que cantaba como los ángeles y que era el hijo de su padre...

Dyckman sonríe.

—Y, como se dice por ahí, el resto es historia.

Las campanas de Trinity Church dan la una, y Buchan se levanta.

—Gracias —dice mientras da unos golpecitos en el hombro de su interlocutor—. Gracias, pero por hoy la lección de historia ya ha sido suficiente. ¿Quieres comer conmigo? Hay un pequeño restaurante cerca de aquí con una bodega magnífica. Me gustaría que me contaras qué se siente al ser un expatriado estadounidense que vive en Europa.

—Encantado. Y tú me cuentas lo que sepas de la ahijada de Slade —replica Dyckman mientras se pone los guantes—. Ya llevo cinco años fuera de casa, y hasta ayer no había oído hablar de ella. ¿Quién es?

—Esa, mi querido amigo, es una pregunta a la que mucha gente querría una respuesta. Ahora que Henry Slade ha muerto, sospecho que es el único que lo sabe de verdad es Thaddeus Chadwick.

—¿Y crees probable que lo cuente?

Buchan se ríe con soma.

—Thaddeus Chadwick no da nada. En todo lo que toca, incluidos los conocimientos, hay siempre una etiqueta con el precio. *Elsignor* Alfieri tendrá que pagar bastante por la casa si de verdad la quiere.

—La quiere, Daniel, nunca lo había visto así.

—Tal vez resulte muy costosa, incluso para él.

—El precio no será un obstáculo —dice Dyckman negando con la cabeza.

—No seas ingenuo. El precio siempre importa, aunque sólo sea por cuestión de orgullo. Por otra parte, el coste de algo no siempre se mide en dinero.

—Pagaré lo que haga falta para comprar la casa.

—Pero no si la señorita Adler no está en ella, o al menos eso es lo que ha dicho. Entonces, ¿qué precio le asignas a ella? ¿Cuál es su valor?

—Lo único que te digo —añade Dyckman mientras bajan por la escalera— es que Mario, que normalmente es una persona muy razonable se convierte en el ser más intratable del mundo cuando se le mete algo en la cabeza. No hay quien le detenga.

—Ah, Stafford, creo que en el señor Chadwick ha encontrado la horma de su zapato. Bueno, me parece que vamos a asistir a una interesante competición. Parece evidente que mi estimado colega ha decidido no incluir a la señorita Adler en el trato por la venta de la casa, y *elsignor* Alfieri se ha empeñado en tenerla bajo su techo. Me pregunto cuál de los dos será más resistente a largo plazo.

Dyckman se ríe mientras salen a la calle.

—¿Y qué pasará con la pobre chica, atrapada entre los dos?

—La romperán en pedazos, claro —responde Buchan no del todo en broma. Agarrando el brazo de Dyckman, le conduce por ese torrente de aguas bravas de Manhattan que llaman Broadway.

Si le hubieran preguntado adónde pensaba dirigirse al salir del bufete de Buchan, Alfieri no habría dado una respuesta precisa, aunque su vaguedad no habría sido una evasiva, ni el resultado del desconcierto que le hubiera podido producir Buchan, porque está mucho menos desconcertado de lo que Dyckman cree. Habría sido sencillamente el reflejo de su estado mental, que fluctúa entre la inmensa alegría que le produce pasar totalmente inadvertido en esta ciudad, hasta el punto de poder confundirse con la multitud que invade Wall Street a la hora del almuerzo, y una preocupación creciente por el bienestar de la niña —porque aún sigue considerándola así, a pesar de la opinión de Buchan— en casa de Slade.

Con todo, el mero acto de pasear es la respuesta perfecta a esos dos sentimientos, porque su embriagadora sensación de libertad se ve reforzada y, además, distrae su mente de lo que le preocupa. Así, al principio se limita a caminar, sin ningún destino concreto en mente. Y como el más simple de todos los placeres se le ha negado desde hace años, en su trayecto improvisado estudia con detalle todas las cosas y a todas las personas: edificios, escaparates, vestido, modales y gestos de los demás peatones, la corriente incesante de coches, omnibuses, carros que se agolpan en Broadway, con la avidez de un hambriento en un banquete y la sonrisa de un convicto liberado, cosa que hace que más de un desconocido le rehuya.

Pero tras unos minutos de andar a la deriva, enfila rumbo al norte a paso lento, saboreando su libertad. Se detiene aquí y allá para entrar en algún comercio y revolver la mercancía; hace un alto en el camino en medio de la multitud para admirar las enormes dimensiones del edificio de Correos —un inmenso pastel de boda que hace que la estructura sencilla, clásica y sobria del Ayuntamiento parezca minúscula—, y para maravillarse ante la marea humana que gira sin cesar en torno suyo sin prestarle la más mínima atención, excepto para empujarle con impaciencia cuando interrumpe el paso en los cruces más concurridos.

Su camino, Broadway arriba, lo llevaría, de seguir hasta el final, a la puerta del Fifth Avenue Hotel. Es una caminata de poco menos de cinco kilómetros, pero antes entra en un restaurante oscuro y pequeño que ocupa un semisótano y come solo. Luego sigue andando calle arriba. Sus frecuentes desvíos, sus pausas, sus breves incursiones en una u otra tienda para preguntar sobre algún objeto que ha visto en el escaparate o para comprar algún detalle que se hace enviar al hotel —no porque lo necesite, sino por el mero placer de entrar en un comercio, como el resto de los mortales— llevan su tiempo, y son casi las cuatro cuando llega a Union Square, donde Broadway se cruza con la calle Catorce.

Ahí, con una sensación de cansancio agradable, se sienta en un banco y contempla el tramo final de su recorrido. En la última semana, se ha ido familiarizando lo bastante con Nueva York como para recorrer sus calles más transitadas más o menos sin perderse. Sabe, por ejemplo, que seguir recto por Broadway, que pasa por el lado oeste de Union Square, significa llegar hasta el hotel, que ahora ya está a sólo nueve manzanas de allí. Pero también sabe que, si va hacia el este, cruzando la plaza hasta el otro extremo, si camina hasta el siguiente tramo de la calle, llegará a Irving Place y que, desde ahí, estará sólo a seis manzanas de Gramercy Park.

Tanto la sensatez como la prudencia le dictan que opte por la primera de las dos rutas, que le conducirá sin sobresaltos al hotel. Pero el paseo le ha embriagado de una espontaneidad que ya creía olvidada, y la escasa atención que ha despertado en las calles casi le ha convencido de que es invisible. Eso, unido a la preocupación que aún siente por el bienestar de la señorita Adler, además de la repentina conciencia de encontrarse tan cerca de ella, hacen que en su mente se desate un canto de sirena ante el cual las llamadas a la sensatez y a la prudencia tienen pocas posibilidades de ser atendidas. A Gramercy Park entonces, aunque sólo sea para dar descanso de una vez por todas a su preocupación por quien él solo ha decidido que sea su protegida.

Al menos entrar a la casa de Slade no le presenta ningún problema. El muy amable señor Upton, tal vez en gratitud por el sublime canto que tuvo el privilegio de escuchar, le había dejado la llave a Alfieri cuando los dos se despidieron el día anterior. Y si en aquel momento la dificultad había venido de la llave del agente, o tal vez sencillamente del óxido acumulado en la cerradura por falta de uso, lo cierto es que hoy la puerta principal no le da ningún trabajo.

Además, Upton ha dejado conectado el generador, por lo que basta con presionar un botón para ahuyentar la oscuridad del gran vestíbulo. Sin embargo, ahora Alfieri no se decide a acabar con la oscuridad, invadido de pronto por la sensación de que esa alteración del equilibrio callado de la casa —un vulgar estallido de luz en la resonante penumbra— podría romper el encantamiento y hacer que tanto la criatura mágica como su estancia desaparecieran en la nada antes de poder alcanzarlas. Así, avanza por el vestíbulo, arropado una vez más por una susurrante bienvenida y, sin alterar en nada esa oscuridad, empieza a subir la escalera.

Si una parte de él creyera que hoy volvería a encontrarla en la sala de música —como si en realidad se tratara de un fantasma, buscando siempre el refugio de la misma estancia—, esa parte de él se decepciona, igual que la que la busca en su dormitorio. Una vez más ha salido, ha ido a dar uno de sus paseos. La idea de buscar a alguien tan pequeña en una casa de semejante tamaño no es nada halagüeña. Pero ya que ha llegado hasta ahí, la posibilidad de irse sin verla se le hace de pronto inadmisibile; y al pensar un poco, se da cuenta de que ella aún no tiene las fuerzas suficientes como para haber llegado y haber vuelto de la planta baja, y empieza a buscarla por la primera.

Su razonamiento es correcto. Tras varios intentos, la encuentra en un estudio forrado de libros que se encuentra en el ala norte de la casa, cerca de la sala de música. Está sentada junto a la ventana y mira hacia Gramercy Park. Un libro abierto reposa olvidado sobre el escritorio que tiene delante. Al abrirse la puerta, ella gira la cabeza, desconcertada. La visión de Alfieri hace que la palidez de su rostro aumente, y se pone de pie, sujetándose en el canto de la mesa.

Toda ella es tal y como él la recuerda, incluso sus increíbles ojos llenos de pena. Ahora se posan en el rostro del tenor con una expresión entre sorprendida y admirada, dejándolo, una vez más, aturdido unos instantes.

—Perdóname —dice Alfieri al fin, porque el peso de su mirada le hace difícil encontrar las palabras—. He vuelto a asustarte. Parece destinado a aterrorizarte cada vez que nos encontramos.

—Ha vuelto —es toda su respuesta.

—¿Es que creías que no lo haría?

—No lo sabía. Creía que, a lo mejor, para ver la casa... —Y al reconocer que ella pudiera no ser, en efecto, el motivo de su visita, sus mejillas se pintan de rojo.

Pero Alfieri niega con la cabeza, incapaz de apartar los ojos de ella.

—La casa ya la he visto. *Piccina*, es a ti a quien tenía que ver de nuevo. Tenía miedo de que tal vez te hubiera asustado cuando te dije que compraría la casa.

—A nadie más que a usted me gustaría que le perteneciera.

—Eres muy amable. Pero si te he causado algún dolor...

—Eso ni lo piense.

—Pero —y perdóname otra vez—, ayer no tenías los ojos tan rojos. Has estado llorando.

—Ah, eso —dice, apartando al fin la mirada y retorciéndose, nerviosa, los dedos—. Eso no es nada. He dormido mal esta noche. Me pasa muchas veces.

La observa entrelazar las manos y desea estrechárselas para calmarlas.

—Querida, si he sido yo la causa de tu malestar, o si te he preocupado de algún modo, te ruego aceptes mis humildes excusas. Por nada de mundo te haría daño.

La lástima que ella ve en sus ojos casi se le hace insoportable.

—Estoy tan contenta de que haya venido —susurra.

—Yo también. Ayer nos lo pasamos muy bien charlando.

—Sí, claro.

—Hoy no tengo ninguna prisa. ¿Y tú? Si tampoco la tienes y no lo consideras una imposición a tu hospitalidad, y no me tomas por un maleducado por invitarme a mí mismo, tal vez podríamos tomarnos otro té juntos.

Deteniéndose a descansar en un rellano de la escalera, apoyándose en su brazo, ella le mira vacilante.

—¿Me perdonará usted también por una cosa? — pregunta.

—¿Perdonarte yo a ti? — responde él sonriendo—. ¿Qué es lo que puedes haber hecho tú para que te haga falta mi perdón?

—Ayer fui muy maleducada.

—¿Maleducada? ¿En qué sentido?

—Sólo al marcharse usted me acordé..., ni siquiera le pregunté a qué se dedica y qué le ha traído a Nueva York.

Alfieri echa atrás la cabeza y se ríe a carcajadas, y luego le toma la mano y se la besa... Aun así, ella no le tiene miedo, por más extraño que le parece.

No es tan ingenua, y sabe por qué ha vuelto: él siente remordimientos porque tengan que trasladarla..., y aliviar su soledad tal vez le ayude tanto a suavizar el golpe como a eliminar cualquier sentimiento de culpa que a él pueda asaltarle. Pero no importa la razón de su regreso. Nada importa, mientras pueda seguir viéndole y escuchándole, y, cuando él ya no la vea, apretarse la mano que él le ha besado contra la boca, o acariciarse con ella la mejilla.

Si ella no ha cambiado desde ayer, tampoco lo ha hecho su habitación; está a la espera hoy, igual que entonces, como si el tiempo allí no avanzara, y ella sirve el té y escucha, con los codos apoyados en la mesa y la cabeza en una mano. Hoy él le habla de su país y su familia, elaborando historias que ayer sólo dejó apuntadas, animado por el brillo y la expresión de su cara, porque Clara habla poco pero es un público elocuente, y sus gestos reflejan los de Alfieri hasta el más mínimo de los matices.

Los dos parecen, de hecho, escucharse tanto con los ojos como con los oídos. El rostro que ella contempla es alegre, melancólico, velado por los recuerdos que le transmite, y ella piensa que debe de estar más solo de lo que él mismo sabe, aquí, en una tierra extraña, y no deja de mirarle hasta que hace mucho tiempo que ya se han terminado el té y los dos se dan cuenta de repente de que el azul oscuro del atardecer ha trepado por las ventanas y casi no se ven las caras a pesar de estar separados tan sólo por una mesa.

Alfieri se apoya en el respaldo de la silla y le sonríe en la creciente oscuridad.

—Seguro que te parezco el ser más egocéntrico y arrogante de la tierra — dice—. Tendrías que haberme mandado callar hace siglos.

—Me ha encantado escucharle — responde ella—. Hace revivir a todas las personas de las que habla. Tengo la sensación de conocerlos a todos..., en especial a Fiorina. Me cae muy bien.

—La niña, sí. Seguro que os llevaríais muy bien. Es muy poquito mayor que tú, pero no mucho.

Clara levanta la barbilla y la sonrisa desaparece de su rostro.

—Yo no soy una niña — dice, levantándose de la silla.

Alfieri también se pone en pie.

—Señorita Adler, no era mi intención burlarme de tu edad — protesta.

Pero ella no responde y, cogiendo una caja de cerillas que hay encima de un armario bajo, va de mesa en mesa encendiendo las numerosas velas dispuestas por toda la habitación — diez, veinte, treinta —, hasta que la estancia brilla y titila como una cueva mágica.

Alfieri observa sus movimientos. A la suave luz de las velas, la ve por primera vez tal como debería ser: todos los signos de enfermedad parecen haber desaparecido, y su cuerpo, cuando se inclina para encender unas velas minúsculas o se pone de puntillas para llegar a las que reposan sobre un estante más alto, no es el de una niña.

—Si prometes perdonarme — prosigue él serenamente, perdido de nuevo en el hechizo de algo que le parece formar parte de su recuerdo —, prometo no volver a reírme de ti.

En un primer momento ella no le responde, y él ya se pregunta qué va a tener que hacer para que le disculpe, cuando ella le dice:

—Ha hablado mucho de sus hermanos y hermanas — sigue sin mirarlo, concentrada como está en las velas — y de sus padres, pero no ha mencionado ni una vez a su esposa.

—¿Ah, no? — le responde él sonriendo, mientras la ve encender la última vela que hay sobre la repisa de la chimenea, bajo el retrato—. Será porque no tengo esposa de la que hablar.

Clara no parece mostrar demasiada sorpresa y cruza la habitación para colocar de nuevo las cerillas en el armario. Se gira hacia él, pero sigue sin mirarlo directamente.

—Debo llamar a Margaret —dice— para que se lleve el servicio del té y ponga la mesa para la cena. Normalmente como sola, pero si quiere quedarse...

Alfieri niega con la cabeza, y ella retrocede un paso, como alterada, asintiendo repetidamente. Se recoge las faldas para poder girarse y se acerca al cordón del timbre que cuelga junto a la chimenea, pero él lo alcanza antes y, deteniéndola, la toma de la mano.

—No puedo quedarme —le dice amablemente—. Prometí estar en otro sitio, no imaginaba que...

Ella baja la cabeza, y su mano, entre las del tenor, se queda totalmente inmóvil. A la luz de las velas, la curva de su mejilla es tan dulce que le causa dolor.

—Me quedaría si pudiera.

Clara le mira a los ojos.

—¿Volverá a visitarme?

—Siempre que pueda. Tanto como pueda. Mañana.

—No —dice asustada, apartando la mirada—. Mañana no. Mañana vendrá otra persona.

—¿Quién? —pregunta él vehemente, y cuando se da cuenta de lo arrogante de su demanda, ya es demasiado tarde, porque la palabra ya ha salido de sus labios. Qué estúpido. ¿Qué derecho tiene él a preguntarle quién la visita?

Pero ella parece no darse cuenta.

—El abogado de mi tutor.

—¿El señor Chadwick?

Clara vuelve a levantar la cabeza, desconcertada.

—¿Lo conoce?

—Sólo de nombre —miente—. En tanto que vendedor de la casa.

—Sí, claro —responde ella—. Viene a almorzar dos veces por semana.

Algo en su voz hace que Alfieri la mire con más detalle.

—Para ver si me curo.

—¿Es amigo tuyo?

—De mi tutor. Pero ha sido muy bueno conmigo desde su muerte —responde—. Ha pagado a los médicos, a tantos médicos, y me ha permitido quedarme aquí.

—¿Cómo iba a ser de otro modo? Esta es tu casa.

—Ya no. —Su voz es poco más que un mero susurro—. No desde que murió mi tutor. El señor Chadwick dice que yo estoy aquí a expensas de su patrimonio, y que como albacea él podría echarme en cualquier momento si lo deseara. Pero deja que me quede, aunque no está obligado. Otro en su lugar, otro no tan amable o generoso, me habría enviado a un orfanato. O a un manicomio.

—¿Es él quien te ha dicho esas cosas? —le pregunta Alfieri, que se ha quedado inmóvil—. ¿Te lo ha dicho él personalmente?

—Todos me lo dicen. Los médicos..., hasta los criados. Lo agradecida que tengo que estar. Y lo estoy.

La conduce hasta el sofá, se sienta a su lado sin dejar de sostenerle la mano. Querría disipar sus miedos, hablarle de sus planes de dividir la casa, pero no le dice nada. Si Chadwick se niega, que es lo más probable, si los planes quedan en nada...

—*Madonna* —dice al fin—. Volveré. Pasado mañana, ¿de acuerdo? Y nos sentaremos juntos, tomaremos el té, y esta vez yo estaré callado y tú me contarás cosas de ti.

Incluso a la débil luz de las velas, se da cuenta de que en sus ojos se ha instalado el temor.

—Yo no tengo nada que contar —dice, y retira la mano de entre las suyas—. Nada. Todos en mi familia están muertos.

—Eso me dijiste ayer. Pero, ¿y tú?

—Yo no tengo nada que contar. — Las palabras salen de ella como si estuviera recitando una letanía muchas veces repetida—. Mi familia murió cuando tenía trece años. Estuve en un orfanato, mi tutor me vio allí y me acogió en esta casa. —Hace un pequeño gesto con la mano—. Me acogió porque era un hombre bueno y yo no tenía a nadie..., era mi última esperanza. Y ahora él también está muerto...

—*Piccola* —dice Alfieri, apartándole las manos de la cara—, no hace falta que digas nada más. Nos sentaremos tranquilamente, tú y yo, y si hablamos de algo será del tiempo, o de la última moda: qué locura, ¿has visto las mangas que llevan las señoras? Las llaman de «pata de cordero», y la verdad es que sí parece que a una pobre oveja le hayan quitado una extremidad...

Clara se ríe, se seca los ojos y apoya las manos en el regazo. Algo avergonzada, dice:

—Usted es un invitado. No tiene por qué oírme hablar de mis problemas... Lo siento. Le he molestado.

—Son tus problemas, más que los de ninguna otra persona, los que más me interesa oír. Y te ayudaría si pudiera. ¿Me dejarás intentarlo?

Ella alza sus ojos —confiados, candorosos— para encontrarse con los de él, y a Alfieri el corazón le da un vuelco.

—No puede ayudarme —le dice ella—, pero me haría muy feliz que volviera a visitarme. Me cae muy bien.

—Pasado mañana. A las tres en punto.

Se lleva una vela para alumbrarse en su salida, pero al llegar a la puerta se detiene y se gira.

—Y, *madonna*..., no hagas planes para cenar con nadie.

Durante los últimos veinte años, cada martes y cada viernes, Thaddeus Chadwick ha almorzado en el comedor de la casa de Gramercy Park. Es su costumbre. Es un hombre de hábitos muy arraigados, y aunque su antiguo anfitrión ya no está, la costumbre perdura. Así, está claro que si algo tan importante como la muerte de un gran amigo no ha provocado alteración alguna en la rutina establecida de ese hombre, parece evidente que una mera enfermedad, que por lo demás no es contagiosa, no le ha merecido ni un instante de consideración. Y así, incluso durante las semanas más negras del mal que aflige a Clara, Chadwick ha seguido haciendo acto de presencia, a las once y media, dos veces por semana, para departir con el médico, hacer una breve visita a la paciente y a continuación bajar al comedor a disfrutar de un almuerzo abundante y distendido.

Con todo, y a pesar de lo férreo de sus costumbres, Chadwick ha realizado una reciente modificación. Como Clara ya se está recuperando y vuelve a ser capaz de comer sentada a una mesa, el abogado, espontáneamente, ha decidido cambiar el emplazamiento de su almuerzo, del esplendor solitario del comedor al espacio más acogedor de la estancia de la joven. Ahora, cada martes y cada viernes, le sirven el almuerzo exactamente a las doce en punto, exactamente en la misma mesa donde le leyeron a Clara los posos del té.

Nunca se ha planteado siquiera si a Clara le agrada esa nueva disposición, porque a Chadwick no le pareció necesario consultársela antes de decidirlo, y dio por sentado, sin dudarle, que si a él sus comidas iban a resultarle más placenteras en su compañía, a ella tendría que pasarle lo mismo. Añadamos por tanto, solamente, que ella ha acatado esa decisión como hace con todo lo demás.

Sea como sea, tanto en lo que se refiere a las comidas como a las ocasiones de intercambio social, el éxito de esos encuentros se ha limitado, hasta la fecha, en exclusiva a uno de los dos bandos: Clara no come casi nada, y normalmente dice aún menos, dejando que sea su acompañante quien coma y hable por los dos. Pero hoy, con los restos de su copioso almuerzo aún extendidos frente a él, la conversación del señor Chadwick está salpicada de anécdotas sobre la gran fiesta de fin de temporada de la señora Astor, que se celebró anteayer por la noche. Como es un buen observador —en especial de los detalles que a los demás suelen pasárseles por alto— y un excelente narrador (a pesar de haber obviado el verdadero motivo de la celebración y la presencia de su invitado de honor), Clara le escucha, por una vez, arrobada, y se imagina todo lo que él le va contando.

—Debe de haber sido magnífica —susurra.

—¿Magnífica? ¡Querida niña! ¡Qué joyas, qué comida, qué música! Una lástima que no hayas podido estar allí para verlo con tus propios ojos. Pero bueno —se incorpora un poco y le da unas palmaditas en la mano, que ella retira discretamente y deja reposar en el regazo—, tú no eres de esas criaturas ligeras y superficiales que se deleitan con placeres frívolos. Tú eres más tranquila, más recatada. Tus alegrías son las de una velada tranquila pasada en tu cenador, con tus libros y tu labor de costura, ¿verdad? Desde que te conozco, siempre me has parecido tan seria y responsable que creo que la idea misma de la frivolidad te aburre.

—No —responde ella con la mirada perdida—. Cuando era muy joven, vi a dos de mis primas mayores vestirse para un baile. Fue tan mágico... como el cuento de la Cenicienta hecho realidad, y pensé en el vestido que un día yo también llevaría a un baile, y en que bailaríamos vales sin parar hasta que saliera el sol..

Por más que esté enferma y que lleve el pelo mal cortado y una existencia solitaria, por más que no sea dé ninguna parte, sigue siendo una chica joven como cualquier otra; como las demás, ella también soñó una vez con un vestido que brillara como la espuma a la luz de la luna; y se ha imaginado a sí misma, ligera como una burbuja, atrayendo todas las miradas.

Chadwick la mira mientras ella sigue perdida en su ensoñación. A diferencia de ella, él no es presa de visiones de perlas y claros de lima, y por eso puede observar con frialdad las señales aún visibles de su reciente dolencia; los dedos, infatigables, que doblan y desdoblán la servilleta que tiene en el regazo; el latido nervioso que le palpita en la comisura de los párpados...; pero, de todos modos, no hay duda de que hoy tiene mejor color, de que parece menos agotada, menos apagada. De repente parece que va a decir algo, pero se pone colorada y se retrae.

—Querida, ¿sucede algo? —le pregunta. Ella tarda aún un poco en responder.

—No, no..., nada, contesta ella, confundida, con la cabeza gacha y una mano en la garganta—. No pretendía sobresaltarlo. Sólo estaba...

—Soñando despierta. ¿Y era un sueño agradable?

—No era nada. Sólo... —Vuelve a ruborizarse—. Nada.

—Como quieras, querida. Espero que mis cuentos no te hayan excitado más de la cuenta. Lo que te hace falta es descansar. Paz y tranquilidad. Los bailes ya los organizaremos cuando estés buena, si eso es lo que quieres.

Pero no en los brazos de quién la sostenía hace un momento en su ensoñación. Aún le parece verlo, de pie en el quicio de la puerta, con la vela iluminándole la cara. Pero ella es lo que es, y él se escaparía corriendo si supiera la verdad...

—Vamos —dice Chadwick despreocupadamente—, cambiemos de tema. Hablemos de ti. —Apura la taza de té y la retira un poco—. ¿Y bien? ¿Cómo lo has pasado desde la última vez que te vi?

—Muy tranquila.

—Claro, querida, como siempre, ¿verdad?

—Sí —responde ella evitando mirarle a los ojos.

—Una vida tan constante como la de la Estrella Polar, tan apartada como la de una monja. Sin ningún cambio, ninguna compañía que no sea la mía.

—No.

La comida de su plato, que hasta ese momento ni ha tocado, parece de repente ejercer una nueva fascinación sobre ella, porque empieza a moverla de un lado a otro con el tenedor.

—Pobrecita. Cuánto debes de añorar a veces la compañía de alguien. Las horas deben de ser lentas para ti, aquí sola, sin diversiones.

—Margaret me hace compañía. Y tengo mi labor.

—Pero Margaret sólo es una criada, y tiene sus quehaceres. Además, la labor te entretiene los dedos, no el cerebro, y te deja mucho tiempo para pensar.

Hace una pausa.

—Cuéntame, querida, ¿aún estás preocupada por tu futuro? Ya te he dicho que no tienes nada que temer. Yo me encargaré de ti, pase lo que pase.

El tenedor de Clara se estrella contra el plato.

—Le estoy muy agradecida.

—No me cabe ninguna duda. Pero no hago todo esto buscando tu gratitud; lo hago porque hacer menos sería inconcebible. No es solamente cuestión de deber cristiano. Ya sabes, supongo, que desde que mi buen amigo Henry te trajo a esta casa, he ido desarrollando... afecto por ti.

—Sí —dice ella en un susurro.

—Y esperaba que, con el tiempo, tú también llegaras a sentir afecto por mí.

—Le tengo... afecto.

—¿De veras, querida? Gracias. Me haces muy feliz con tus palabras. Y me parece que tu tutor también se alegraría. Después de todo, era mi mejor amigo. Sin embargo, me he dado cuenta de que —se queda un instante pensando en lo que va a decir— desde su muerte, has dejado de llamarme como me llamabas antes: «tío Chadwick», solías llamarme hace mucho tiempo. «Tío Chadwick —decías— ¿quieres más té?», o «tío Chadwick, ¿te quedas a cenar?». —Repite las palabras —tío Chadwick, tío Chadwick— deleitándose, recreándose en su sonido—. Tengo que confesarte que, como hombre sin lazos familiares, nunca me habían llamado tío hasta que tú empezaste a hacerlo. Un hábito delicioso, querida, me gustaba mucho. ¿Por qué ya no me llamas así?

Como ella no le responde, insiste un poco más.

—¿Es que nos hemos convertido en dos desconocidos?

—No, desconocidos no.

Lo dice en voz tan baja que apenas puede oírlo.

—También me alegro de eso, querida. Por favor, entiende que no busco ni tu gratitud ni la aprobación del mundo por lo que he hecho. La bondad, como es sabido, no necesita recompensas, porque es una recompensa en sí misma, y me desagrada incluso referirme al tema. No quiero ni pensar en cuáles habrían sido las consecuencias para ti, pequeña, de no haber habido nadie que se hiciera cargo de tu persona y te aliviara de las cargas que mi pobre amigo, tu tutor, te dejó al morir, abandonándote (¿hace falta que te lo recuerde?) a tu suerte, sin nada. No hace falta, porque sé que lo sabes demasiado bien. Piensa nada más en dónde estarías tú en este momento si no hubiera conservado esta casa para que fuera tu refugio.

Clara baja la cabeza. Lleva meses oyendo sin cesar qué habría sido de ella en otras circunstancias, pero aún sigue sintiéndose totalmente en deuda con ese hombre, y el horror ante lo que, sin su ayuda constante, aún podría sucederle, no se ha diluido lo más mínimo.

Los males que le aguardan sin su protección le asustan tanto que casi se le para el corazón. No tiene amigos, no tiene casa, ni ingresos, ni bienes, ni modo alguno de ganarse el sustento. No posee nada excepto el contenido de su guardarropa, ni siquiera los muebles que decoran sus dos habitaciones. No le importaría trabajar, pero ¿haciendo qué? Ni sabe ni tiene la fuerza necesaria para servir o trabajar de dependiente, y tampoco tiene la educación necesaria para ser institutriz. ¿Quién la contrataría, además, para encargarse de sus hijos inocentes? En cuanto a las indispensables referencias...

Mira fijamente por la ventana. Las calles están siempre ahí, aguardándola. Se seca los ojos con las palmas de las manos, pero las lágrimas — que también están ahí siempre, justo detrás de los ojos — siguen brotando lenta pero constantemente, cayéndole como perlas sobre el encaje negro del corpiño.

Como antes, Chadwick la contempla, impertérrito, inmóvil.

—Siento perturbarte, querida —dice—, pero aunque es cierto que, como te he dicho, me desagrada mencionar este asunto, tal vez sea necesario recordarte, de vez en cuando, cuál es tu situación. Espero no tener que hacerlo a menudo. Nada me causaría un mayor dolor.

Clara, a la que el llanto aún impide hablar, asiente con la cabeza.

—¿Qué significa eso, querida? ¿Significa que estamos de acuerdo?

—Sí.

—No te oigo, querida.

—Sí, estamos de acuerdo.

—Repítelo, por favor, para asegurarme de que he oído bien.

—Estamos de acuerdo.

—Estamos de acuerdo... tío Chadwick —dice él.

—Estamos de acuerdo —se traga las lágrimas—, tío Chadwick.

—Bien. Entonces dime, querida niña —prosigue acercando mucho la cara a la de ella—, ¿cuánto tiempo piensas esperar para contarme la visita que tuviste hace un par de días? ¿O es que no pensabas decírmelo nunca?

Ella se echa hacia atrás en su silla. Las lágrimas no dejan de caerle por las mejillas.

—No me había parecido... parecido... que tuviera importancia.

—¿Ah, no? ¿O tal vez es que creías que no me enteraría nunca? No, querida, no apartes así la cabeza. Porque si ese era tu inocente pensamiento, déjame que te aclare una cosa, para que no vuelva a haber nunca un malentendido. A mí me importa todo lo tuyo. Todo lo que piensas, todo lo que haces, todo lo que te pasa es para mí motivo de la máxima preocupación. —Sonríe—. Porque me preocupo por ti.

Vuelve a acomodarse en la silla.

—Ahora estarás preguntándote cómo me he enterado, claro. Debería hacerte creer que soy capaz de leer tu mente y oír tus pensamientos, que soy un mago, pero me parece que ya no crees del todo en esas cosas. No. La explicación es mucho más sencilla. El visitante mismo me contó vuestro encuentro en el curso de una agradable conversación que tuvimos anteayer. ¿Sabes? Él era el invitado de honor en la recepción de la señora Astor.

Clara lo mira, sin entender.

—¿Qué sucede, querida? ¿Acaso desconoces la identidad del hombre con el que departiste tan galantemente? Pues es el mejor cantante del mundo. Pero a lo mejor os pasasteis tanto rato hablando de vuestra preocupación por el futuro que no le quedó tiempo de hablarte de él. —Agita una mano—. No importa. Fuera cual fuera el tema de vuestra conversación, lo cierto es que le impresionaste muy favorablemente.

¿Y la visita de ayer? ¿También tiene Chadwick conocimiento de ella? ¿Y si es así y ella no le dice nada? Pero, ¿y si no sabe nada y ella confiesa que el visitante ha estado ahí no una, sino dos veces? ¿Cuál de las dos posibilidades le irritará más? ¿Qué debe decir? Aterrada, casi enferma de miedo, balbucea:

—Se... quedó muy poco rato. Tomamos un té. Me preguntó un poco sobre mí...

—Y tú le contaste muy poca cosa, claro, con lo sensata que eres...

—... y él me habló un poco de su familia. Eso es todo, de verdad. No me dijo a qué se dedicaba.

Ni siquiera ayer por la noche, cuando ella se lo preguntó. Estaba claro que le había parecido innecesario decírselo. Seguro que ahora creía que era una tonta, piensa ella con una sensación súbita de vergüenza, ¡qué pobre ignorante!; ahora entendía que se hubiera reído de su pregunta; e incluso en medio de su pánico, las lágrimas le inundan los ojos de nuevo al pensar que ha pagado con semejante ofensa toda su amabilidad.

—Qué modesto de su parte —comenta Chadwick.

—Pero yo debería haberlo sabido —murmura Clara, aunque lo que dice también se lo está diciendo a sí misma—. Le oí cantar.

—¿En serio? En ese caso has sido la receptora de un honor muy especial, querida. Tienes suerte de que la señora Astor no lo sepa. Seguro que le daría un ataque si se enterara de que alguien más había sido el primero en oír cantar al gran Alfieri en Estados Unidos, en especial después de intentar convencerle por todos los medios para que lo hiciera en su fiesta, sin ningún éxito. Pero, volviendo a tu cantante, ¿sabías que pretende comprar esta casa? Ah, ya veo, así que no os limitasteis a hablar de su familia.

Se seca los ojos. El miedo a un inminente descubrimiento de su segundo encuentro empieza a remitir.

—Le gusta esta casa.

—Eso parece —replica Chadwick *secamente*—. Parece contener todo lo que quiere. Sea como sea, ojalá se hubiera mordido la lengua. Me habría gustado que las noticias que tengo hubieran sido una sorpresa para ti.

—¿Noticias? —pregunta en un susurro.

—Sobre el cambio radical en tu vida.

Nota que la trampa se va cerrando en torno a ella, quiere salir corriendo, volar hacia la calle gritando, alejarse de lo que le espera..., pero sigue sentada en silencio, pues no tiene ningún sitio adónde ir, y en cualquier caso no es más de lo que se merece. ¿Quién se acordará de ella cuando la encierren? Ah, el señor Alfieri..., ¿pensará en ella de vez en cuando? Eso ella nunca lo sabrá, pero al menos él estará ahí cuando ella falte..., él, y no cualquier desconocido sin rostro avanzando por los pasillos de lo que un día fue su hogar. Al menos a él le había gustado un poco, la había hecho reír, y sus relatos le habían abierto una ventana a otro mundo, un mundo de gente feliz que vivía vidas felices. Qué importaba que ella nunca llegara a vivir así..., el amor que siente por él le duele, y siempre le dolerá.

—¿Cuándo quiere que me vaya?

—¿Él? ¿Querer que te vayas? —Chadwick la corrige—. No, mi querida niña, eso es decisión mía. ¡Él quiere que te quedes! Le parece que esta casa es lo bastante grande como para que viváis los dos. Hasta me ha pedido si te permitiría quedarte, con una acompañante femenina, claro, una carabina. —Se detiene un instante, el suficiente para que en el rostro de Clara aflore primero la incredulidad, luego la gratitud y finalmente una alegría casi patética. Entonces prosigue, con una breve risa:

—No imaginarás que me lo he planteado ni por un momento, supongo. Entre otras cosas —añade, apoyándose en el respaldo y cruzando las manos sobre la barriga, como si estuviera argumentando un complejo caso judicial— porque tiene los modales de un campesino, y yo estaría faltando a mi deber si permitiera que los dos vivierais bajo el mismo techo. Cuando le pregunté, con toda la cortesía del mundo, si sabía cuánto costaba esta propiedad, creyó oportuno hacer alarde de sus casas en Londres, París y Florencia. Luego tuvo la desfachatez de sugerir que tú deberías estar incluida en el acuerdo por la casa, como si fueras parte del mobiliario. «Igual que en vida del difunto», creo que fueron sus palabras textuales.

—A mí me pareció tan amable y educado —dice Clara con un hilo de voz.

—Está claro que tú tienes encantos de los que yo carezco, querida. Pero tú no estabas presente durante nuestra conversación, ¿no es así? No, me temo que nuestro dulce cantor de melodías ha empezado —y se sonríe con el juego de palabras que está a punto de hacer— un poco desafinado conmigo. Aunque sólo fuera por eso, no te permitiría quedarte en esta casa con él, por más que contratara a cincuenta carabinas.

»Hablando de carabinas —prosigue—, ahora recuerdo que es tan famoso por su lascivia como por su voz. —Los ojos le brillan tras los cristales de los lentes—. Oh, mi pequeña, ni te imaginas la cantidad de historias que me han contado de sus mujeres. No son cosas aptas para tus delicados oídos, claro, pero estarás de acuerdo conmigo en que, a la luz de los pasados acontecimientos —dice Chadwick sonriendo—, incluso con una carabina sería de lo más insensato ponerte en el camino de la tentación.

Vuelve a acercarse por encima de la mesa, y baja la voz como haciendo una confidencia.

—Pero aunque esas cosas no fueran de mi incumbencia, aún tendría otro motivo para no dejarte permanecer en esta casa. ¿Qué motivo? Seguro que lo has adivinado, mi pequeña. Ya debes de ser consciente de que, una vez que estés lo bastante recuperada para marcharte, te llevaré conmigo. El deseo del señor Alfieri de comprar esta casa y los planes que tengo para ti han encajado oportunamente.

Clara se está asfixiando, se siente morir. Las paredes, de pronto, se van estrechando, una contraventana golpea al cerrarse, la cerradura de una puerta gira. Sabe que está a punto de sentirse indispueta...

—Veo que la felicidad te ha hecho palidecer —le dice él, mirando su blanco rostro—. Y tienes motivos. ¿Quién mejor que el mejor amigo y consejero de tu tutor para ser tu nuevo protector? ¿Quién sabría, quién *podría* saber, mejor que yo lo que él quería para ti? Y estoy seguro que

los tribunales también estarán de acuerdo, querida. La solicitud para prohijarte ya ha sido entregada, y espero que antes de quince días se haga pública la resolución. Y aunque mi casa no es tan magnífica como ésta, será más que suficiente para los dos. Allí podré atenderte y ver cómo vuelves a crecer sana y fuerte. Debes creerme, querida niña, cuando te digo que tu salud es para mí lo más importante de este mundo.

Chadwick se levanta para situarse tras ella y posa las pesadas manos en sus hombros. Uno de los pulgares le acaricia el cuello.

—Ahora ya ves lo mucho que me importas, ¿verdad, querida? —Se inclina para susurrárselo al oído, y su aliento le roza las mejillas—. ¡Qué felices seremos los dos bajo un mismo techo! La proximidad propicia la ternura, ya sabes. Volverás a llamarme tío otra vez, y un día, tal vez..., bueno, debemos esperar y ver qué nos depara el futuro.

Clara cierra los ojos.

—Por favor..., por favor, tío Chadwick, te estoy muy agradecida..., pero preferiría quedarme aquí.

—De eso estoy seguro. —Sus labios se mueven en dirección a su oreja; las manos le aprietan más los hombros y no la dejan moverse—. Y no me importa.

Finalmente, baja las manos y la deja libre. Hace sonar la campana para llamar al servicio y enciende un puro. Contempla las volutas azules que forma el humo al ascender por el aire.

—Quita la mesa, Margaret —dice cuando la criada aparece—. Yo salgo dentro de un momento. Y asegúrate de que tu tío me esté esperando en el vestíbulo. Tengo que hablar con él y no pienso ir buscándolo por toda la casa, como la última vez. Si no está en su puesto cuando baje, ya puede darse por despedido.

La criada hace una reverencia y desaparece para transmitir el mensaje. Chadwick se gira para mirar a Clara, que sigue sentada en silencio inmóvil y aturdida.

—Y ahora, mi pequeña, tengo que irme. El abogado de tu tenor me estará esperando en mi despacho para tratar de la compra de la casa. No quisiera hacerle esperar..., al menos no demasiado. Y, en cuanto al cantante, le diré a su abogado que se despida de él de tu parte. No creo que vuelvas a verlo más.

Tiene por costumbre darle un beso al llegar y al irse, y hoy no hace una excepción, de no ser porque hoy, también, hay un cambio de lugar. Sosteniéndole la cara entre las manos, la besa en la boca con fuerza, manteniendo la presión cuando ella se retrae e intenta zafarse.

—Dentro de dos semanas —dice, acariciándole la mejilla— vendrás a vivir conmigo. ¿No prometí que siempre me ocuparía de ti? Ya ves que cumplo con mi palabra. Ya te están preparando tu dormitorio..., una estancia agradable sólo para ti, mi pequeña..., y muy cerca de la mía. ¿Qué necesidad tenemos nosotros de carabinas? Me siento bien al pensar que debes sentirte aliviada, que ya no tienes nada más que temer.

La criada, que vuelve al cabo de unos minutos con una bandeja para llevarse los platos, encuentra a Clara acurrucada junto a la ventana, aspirando a bocanadas el aire fresco del jardín.

—Son esos enormes puros, señorita —dice Margaret mientras va amontonando la vajilla—. Apestan, ¿verdad? El olor se queda días y días en las cortinas. —Levanta la vista de la bandeja—. Vaya, sí que la ha afectado el humo, tiene los ojos muy irritados.

Clara, con la frente apoyada en el marco de la ventana, no ve razón alguna para contradecirla.

La noticia de la inminente salida de Clara Adler de Gramercy Park causa poco más que un ligero temblor entre los miembros de la sociedad neoyorquina que han seguido con tanto interés el curso de su enfermedad. Entre otras cosas, porque todos los que pueden han abandonado la ciudad y se han instalado en sus cuarteles de verano, dejando atrás sólo a unos pocos rezagados, que son los que se asombran de que Chadwick —que detesta toda forma de carga doméstica y no disfruta de la compañía de nadie tanto como de la suya propia— haya asumido de pronto la responsabilidad familiar que supone convertirse en tutor.

Y además, porque la joven en cuestión, desde que se ha visto reducida al estatus de huérfana sin patrimonio, ha dejado de suscitar más interés que el de una rareza que ya dura demasiado, y ha pasado a ser considerada como cualquier criatura exótica mantenida por su rico propietario con el fin de demostrar tanto su eclecticismo como lo desahogado de su renta. Uno puede extenderse a gusto sobre una heredera en potencia; pero no pierde el tiempo hablando de un mono o un pavo real domesticados, a menos que hayan hecho algo digno de mención, como atacar a algún criado, por ejemplo; y, a no ser que la señorita Adler cometa alguna acción de esa naturaleza (cosa que no resulta muy probable), no parece que la fascinación que en algún momento la sociedad sintió por ella vaya a volver a corto plazo.

Así, además de la propia interesada, hay sólo tres personas en el mundo a las que su pronto traslado a casa de Chadwick les importa: Danie Buchan, a quien, a pesar de no sorprenderse en absoluto ante ese desenlace, la intransigencia del abogado del señor Slade le resulta de lo más agotadora; Stafford Dyckman, que está preocupado porque Alfieri lo está, y además porque su joven espíritu caballeresco se emociona con la idea romántica de una dama en apuros; y el propio Mario Alfieri.

Pero el problema es más sencillo y directo para éste que para Buchan y para Dyckman. La soledad de la joven lo remece, despierta algo en él que ha estado en silencio muchos años.

Una vez hubo una mujer, una chica de la edad de Clara. ¿Hace cuánto? Antes de que cambiara el mundo, antes de que él se convirtiera en «el ruiseñor». En su mirada no había inocencia —había conocido muchas camas antes de llegar a la suya, y demasiadas traiciones—, pero se había acercado a él de todos modos, y él la había amado...

Ahora ya no es joven y el mundo ha cambiado, y Clara es tan niña que podría ser su hija; sólo la ha visto dos veces. Pero cuando le sostiene las manos, regresan los viejos tiempos y toda la dicha que se perdió con ellos, y se vuelve mejor y más amable..., un hombre más bondadoso y digno..., y la idea de perderla le hace sentirse como Lázaro: muerto por segunda vez. Ya no volverá a levantarse de entre los muertos. Dios le ha dado una última oportunidad.

Por eso, saber que Clara estará muy pronto fuera de su alcance —pues no existe la más mínima esperanza de que Chadwick le permita seguir visitándola— hace que se pase casi toda la noche mirando al vacío una vez que Buchan le comunica la noticia, y caminando sin descanso de habitación en habitación, y que se levante temprano a la mañana siguiente. Su regreso a Gramercy Park es a las tres en punto, y las horas que aún faltan para que llegue el momento se le hacen interminables.

Cómo se reirían de él los miembros de su sofisticado y selecto mundo, esos que lo saben todo y no se preocupan por nada. Ha dormido mal, se ha despertado hecho un manojo de nervios, él, que es capaz de enfrentarse cada noche a miles de ojos y oídos atentos con la naturalidad del que cruza una calle; y todo por una joven que no sabe quién es él pero que le dice «me cae muy bien» con el corazón y con la mirada.

Llena las horas muertas caminando, aunque el día ha amanecido lluvioso. Primero va a misa en la iglesia de Saint Stephen, luego al club de Stafford Dyckman, donde se pasa una o dos horas charlando de cosas intrascendentes, y luego come algo. Poco antes de las tres, se despide impaciente de su amigo y se acerca a pie, bajo la lluvia brumosa de primavera, hasta Gramercy Park.

Hoy la encuentra en su salita, acurrucada en un extremo del sofá. De la mejoría que había notado en su aspecto ayer, no queda nada. Cuando Alfieri llama a la puerta y la abre, ella levanta un poco la cabeza, y tiene los ojos tan enrojecidos que duda que pueda verle. Perc finalmente le extiende las manos frías y él se planta a su lado en un segundo y se las sostiene entre las suyas.

—¿Estás enferma, pequeña? —pregunta con la boca pegada a su pelo, porque ella le está apoyando la cara en el hombro para ocultar los ojos llorosos.

—Creía que ya no iba a venir.

—Te lo prometí.

—Él me dijo que no volvería a verle más. —Su voz suena apagada al contacto con su cuerpo.

—¿Quién te lo dijo?

—El señor Chadwick.

—*Madonna*, hace falta bastante más que el señor Chadwick para mantenerme alejado de ti.

—Me dijo que...

—¿Qué te dijo? —le pregunta con gran dulzura, esperando una respuesta que ya conoce: que pronto tendrá que irse a vivir a casa del abogado.

—Me dijo quién es usted —susurra.

Un abismo se abre bajo los pies de Alfieri.

—¿Ah, sí? —dice, cerrando los ojos presa de un dolor repentino.

—Siento no haberlo sabido antes. Soy una tonta. —Le tiembla la voz—. No se enfade conmigo.

—*Bambina*, ¿es eso lo que crees? ¿Qué voy a enfadarme contigo porque no sabías quién soy?

—No era mi intención ofenderle.

—Y no me has ofendido. ¿Por eso has llorado y se te han puesto rojos tus preciosos ojos? —Apoya los labios contra ella y aspira su fragancia—. Escúchame, mi ángel, no estoy enfadado contigo. En realidad, estaba muy contento de que no lo supieras.

—¿Por qué?

—El motivo ahora no importa. Ya te lo explicaré algún día. —La toma por los hombros y la aparta un poco—. ¿Y no te ha dicho nada más e señor Chadwick?

Clara se suelta de su abrazo, baja la cabeza y vuelve a apoyarla en su hombro.

—Tengo que irme con él.

—*Cara*, dime..., ¿tú quieres irte con él?

—No. —Aunque está muy cerca de ella, tiene que hacer un esfuerzo para oírla—. Me da miedo.

—*Grazie a Dio* —susurra él—. Eso es todo lo que quería saber.

—Y me dijo lo que usted quería hacer, que me dejaría quedarme aquí.

—¿Lo preferirías?

—Sí, claro, me gustaría quedarme. —Levanta la vista y lo mira por primera vez—. Con usted.

La nariz roja, los ojos irritados. Y a Alfieri le parece que nunca ha visto a nadie más hermoso.

—Entonces, quédate conmigo.

—No me lo permitirá.

—No tendrá elección. No le dejaremos alternativa.

—¿Cómo?

—Dejándole claro que nunca podrá alejarte de mí.

—¿Cómo? —insiste Clara.

—Cambiándote el apellido.

Ella lo mira.

—Sí, tu apellido, señorita Adler. Ah, querida —dice riendo, porque se da cuenta de su desconcierto—, ¿es que aún no lo entiendes? Te estoy pidiendo que te cases conmigo.

Clara se queda sin respiración y las lágrimas le bañan los ojos.

—¿Sería capaz de hacer eso por mí?

—No, *bambina*, lo hago por mí.

—¿Por qué?

—¿No lo sabes, niña? —la mira con una torpe sonrisa y le toca la mejilla—. Estoy enamorado de ti.

Ella, temblando, le devuelve la sonrisa, y niega con la cabeza.

—Pero si no me conoce. No sabe nada de mí. Yo no soy lista ni tengo talento ni soy maravillosa. —En sus ojos aparece la profunda tristeza que vio el día en que la conoció, y un miedo que no comprende—. Si ni siquiera sabía quién era usted. Le decepcionaría.

—Yo ya sé qué es lo que me decepciona. Y no eres tú.

—¿Cómo lo sabe? ¿Por qué está tan seguro? ¿Y si se equivoca?

Como respuesta, le rodea la cara con las dos manos y la besa, probando su sabor por primera vez. Su boca es joven y dulce, y de pronto es como recuperar todos los años perdidos. Cuando aparta la cabeza, ella se aprieta contra él. El corazón le late con furia, y encaja en el círculo de sus brazos como una llave en una cerradura; perfecta, inocente, más allá de toda alabanza.

—¿Me equivoco? —dice Alfieri.

Clara no es capaz de pensar, de razonar, al menos no allí, contra su pecho, sana y salva. Incluso antes de abrir los ojos y verlo por vez primera, cuando escuchó su voz se enamoró de él. ¿Qué tienen que ver el bien y el mal en todo esto? ¿Qué persona en su sano juicio rechazaría una liberación como la que él le propone? Lleva enferma desde ayer, mental y físicamente, debido a lo que la aguarda. Este indulto tiene que haberle llegado por algo, para darle otra oportunidad en la vida. Ella le dirá la verdad muy pronto, y a él no le importará; está enamorado de ella. Es un milagro, un milagro..., quiero ser digna de él...

—Le quiero tanto a usted —susurra—, tanto, tanto, tanto..., y me esforzaré al máximo para ser una buena esposa, para que se sienta orgulloso de mí. Por favor, tenga paciencia conmigo. Aprenderé lo más rápido que pueda. —Le roza la boca, sin estar del todo segura de si e milagro es real, si ha sucedido de veras.

»¿Es verdad que me quiere? —le pregunta.

La lluvia cae como una cortina incesante, y las farolas de la calle brillan el doble, porque su luz se refleja en el suelo mojado. En el estudio de Buchan hay una chimenea encendida para amortiguar un poco la humedad del ambiente. El abogado y su cliente están sentados cara a cara, cada uno a un lado de la lumbre. En una mesilla que descansa junto a Buchan hay dos vasos y una licorera con coñac, que brilla a la luz de las llamas como el dorado sol de un futuro prometedor.

—Gracias, señor Buchan, por atenderme tan rápido, en especial un sábado por la noche. Espero que su buena esposa me disculpará por apartarlo un momento de sus invitados.

—*Signore*, no le quepa duda de que su aparición en nuestra casa ha hecho que aumente de inmediato la consideración que nuestros invitados nos tienen a mi esposa y a mí. Pero, aparte de eso, ¿creía usted que no íbamos a atenderle? Y más si trae la noticia de que la señorita Adler ha aceptado convertirse en su esposa. —El abogado asiente con la cabeza sin dejar de mirarle a su invitado—. Estoy muy contento por usted, claro está, *signore*, pero debo admitir que también me encuentro asombrado. Perplejo, para ser más exacto.

—¿Por qué? ¿Sigue dudando de mis intenciones?

—No, no de sus intenciones. Acaba de proponer a esa joven un matrimonio honorable, y ha acudido a su abogado para comunicárselo. No habría hecho ninguna de las dos cosas si sus intenciones fueran otras.

—Pero con todo no lo aprueba. —La mirada de Alfieri es franca—. ¿Puedo preguntarle por qué?

Buchan extiende las manos.

—No es cuestión de que lo apruebe o lo desapruebe. Usted es un hombre adulto con mucha experiencia con las mujeres...

—Y la señorita Adler es una mujer muy joven. ¿Es eso lo que le inquieta?

—No exactamente, *signore*. Después de todo, no estamos hablando de que la chica vaya a quedar arruinada y abandonada.

—De eso nunca podrán acusarme. Con ninguna mujer.

—Nunca lo he insinuado. Pero ahora quiere casarse.

—Cuando usted lo dice, suena como si me hubiera abandonado la razón. Y en cierto sentido es así. Estoy enamorado, señor Buchan. ¿Es eso tan difícil de creer en mi caso?

La voz de Buchan se dulcifica.

—No, claro que no. Pero se ha visto con la joven un total de... ¿cuántas veces? ¿Tres? Han disfrutado mutuamente de su compañía poco menos de ocho horas. ¿Le parece bastante para determinar si van a ser felices para toda la vida? Y no hablo del juicio de ella, que tiene diecinueve años y, por tanto, no ha tenido tiempo de desarrollarlo plenamente. Pero, ¿y el suyo, *signore*? Usted ya es lo bastante mayor y parece saber lo que hace. Pero, ¿es así? ¿O tal vez podría suceder que, hallándose en un país extraño, en el que no tiene recuerdos ni afectos, y experimentando una libertad que hace años no conocía..., podría suceder, repito, que todo eso le haya llevado a ver a la señorita Adler como una joven damisela en apuros?

Alfieri sonríe.

—¿A la que sólo yo puedo salvar? ¿Cree usted, señor Buchan, que me he atribuido el papel de caballero que viene de una tierra lejana, que entra en escena cabalgando con el único propósito de rescatar a la princesita encerrada en su torre y de llevársela consigo?

—Es un papel agradecido, *signore*.

—Cierto, pero mis delirios no llegan a tanto, y no vivo en medio de esas fantasías ni ensoñaciones, y esto no es ni una ilusión ni un acto de enajenación. Me he enamorado. ¿Por qué? Todo hombre tiene sus razones para enamorarse de quien se enamora, razones que para los demás no significarían nada. Por lo que a usted respecta, debe bastarle con saber que le he pedido a la señorita Adler que se case conmigo, y que ella ha aceptado. Me desagrada, claro está, que la velocidad a la que ha sucedido todo le impida a usted mostrarse totalmente de acuerdo, pero necesito desesperadamente su ayuda si quiero casarme con ella... ¡No disponemos de mucho tiempo!

El abogado sonríe y levanta las manos en señal de rendición. Llena las dos copas de coñac y le acerca una a Alfieri. Propone un brindis:

—¡La señora Buchan y yo deseamos que sean felices!

Y bebe.

Alfieri hace lo propio.

—Gracias a ustedes dos. En cuanto a la necesidad de actuar con tanta urgencia —prosigue—, debe culpar al señor Chadwick. Me ha dejado sin tiempo para las tradicionales fases de cortejo y compromiso.

—Supongo que es consciente de que se está creando un gran enemigo, ¿verdad? No se va a tomar muy bien, por usar un eufemismo, que le robe a la señorita Adler delante de sus mismas narices, justo cuando estaba a punto de llevársela a su casa.

—¿Y cree que tengo motivos para tener miedo, señor Buchan? Dentro de un año, por estas mismas fechas, estaré preparando mi regreso a Europa. No puede hacerme nada, a menos que legalmente pueda quitármela, o hacer que me la quiten, anulando el matrimonio, por ejemplo, alegando que no tiene la edad suficiente, o que él no ha dado su consentimiento.

Buchan se levanta para llenar de nuevo la copa de Alfieri.

—Bueno, supongo que no dudará en consumir rápidamente el matrimonio. En ese caso, una vez que sea su mujer, tanto de hecho como de derecho, no habría tribunal que pudiera plantearse su anulación, con o sin el consentimiento del señor Chadwick. En ese sentido no debe temer nada. Pero hablemos de la boda en sí misma —prosigue, y se sienta de nuevo tras servirse otra copa—. ¿Han decidido ya cómo se va a celebrar? ¿Quién, por ejemplo, oficiará la ceremonia? —Vacila un momento, antes de soltar de un tirón—: Usted es católico, ¿verdad?

Alfieri se ríe.

—Soy italiano, señor Buchan, Italia es rica en muchas cosas, pero me temo que no en luteranos ni baptistas.

—¿Pero no le supone un problema que la señorita Adler —vacila de nuevo— no sea católica?

—Tal vez no soy tan buen católico como usted cree. La señorita Adler y yo no hemos tocado ese tema, y no considero importante el ritual en sí mismo. Lo que sé es que, disponiendo sólo de dos semanas antes de que el señor Chadwick se la lleve a su casa, tenemos que actuar con celeridad. No hay tiempo para instruírla en mi religión..., ni aunque ella mostrara la disposición de hacerlo, cosa que ignoro.

—En ese caso, ¿la ceremonia será civil?

—Si fuera usted tan amable de ponerse en contacto con un juez de paz, o con cualquier otra figura legal...

Buchan alza un poco la cabeza, pensativo.

—¿Y su Iglesia reconocerá un matrimonio civil con alguien de distinta fe?

—No, señor Buchan, no lo reconocerá. A los ojos de mi religión, yo no estaré casado. Pero no me preocupan tanto los ojos de mi religión

como las leyes de su país. Con tal de que esté casada conmigo legalmente y el señor Chadwick no pueda quitármela, me doy por satisfecho. — Vuelve a sonreír—. En cuanto al estado de mi alma inmortal..., eso ya es asunto de mi confesor, no de mi abogado. No se preocupe usted.

—¿Tanto le importa ella?

—Sí. Tanto.

Buchan se incorpora para avivar el fuego, y parpadea ante la poderosa luz de las llamas.

—Entonces debe hacerse rápidamente y en el más absoluto de los secretos. —Levanta la vista para mirar a Alfieri—. La discreción es vital supongo que es consciente de ello. ¿Qué hay de los criados de Slade? Va a necesitar su colaboración, claro, pero ¿está seguro de que no informarán al señor Chadwick de sus planes?

—Sí, estoy seguro. He hablado con los dos antes de venir aquí esta noche. No me ha sorprendido mucho descubrir que no sienten mucha simpatía por él..., creo que tiene algo que ver con la «educada» manera que tiene de dirigirse a ellos. Les he asegurado a los dos que a la señorita Adler —la futura señora Alfieri— le encantaría seguir contando con ellos en su nuevo hogar...; es una chica muy tímida, y demasiadas caras nuevas a su alrededor podrían alterarla. Me han dado a entender que tanto la criada, que en realidad ya le ha hecho las funciones de doncella de cámara, como el lacayo, seguirán complacidos a su joven señora en su nuevo hogar. Y creo que preferirían dejarse cortar la lengua antes que revelar el secreto.

—¿Pero tiene la absoluta certeza?

—Son fieles a la memoria de su difunto señor, y sienten un gran aprecio por su prohijada. Y con la promesa de un salario una vez y media superior al actual esperándoles en mi casa, eso sin contar con la oportunidad de librarse para siempre del señor Chadwick.. —Alfieri sonríe—. Sí, creo que podemos confiar en ellos. Y, si añadimos a Gennarino —mi ayudante de cámara—, creo que nuestro hogar de recién casados quedará bien cubierto por lo que a servicio se refiere.

—*Signore*, me deja sin habla. ¿Es siempre tan meticuloso y está tan bien preparado?

—Bueno, no vale la pena correr riesgos innecesarios, ¿no cree? Al menos, no con las cosas importantes. —Hace una pausa, se pone serio, y de pronto, vacila antes de hablar—. Por eso quería pedirle, aunque sé que es una imposición enorme, si aún puedo solicitar su ayuda en otro asunto.

—Hable.

—En realidad, sería para mi joven dama. —El tenor escoge con cuidado las palabras—. Está totalmente sola, señor Buchan. No tiene ni amigos ni familia que la asistan en estos momentos, nadie que la ayude a prepararse. No tiene a nadie a quien contar sus confidencias, no tiene una *mamma* con la que compartir esperanzas y temores, sentimientos normales de todas las novias, nadie que le cuente —y hace un leve gesto— qué les pasa a las jóvenes esposas en la noche de bodas. —Hace otra pausa—. Me preguntaba, y sé que es pedir mucho, si su amable mujer consentiría en ser esa amiga para ella. Cuando nos ha presentado hace un momento y he visto su expresión tan dulce, he sabido que con ella Clara no tendría miedo, y se me ha ocurrido que, quizá, si no fuera demasiado pedir...

Buchan le responde con su voz amable.

—*Signore*, considérelo hecho. En condiciones normales no hablaría en nombre de mi esposa, pero sé que en este punto nuestras opiniones coinciden. Si le soy sincero, creo que la conmoverá, como me conmueve a mí, que nos tenga a los dos en tan buena estima.

Alfieri se reclina en el respaldo y sonríe aliviado.

—Gracias, señor Buchan, y también a su esposa. Hay tantas cosas que hacer en tan poco tiempo, pero con su ayuda lo conseguiremos.

—¿Y después de la boda? Seguro que querrán irse de luna de miel. ¿Tienen idea de adónde?

—En este caso también dependo de su amabilidad, señor Buchan. Sólo llevo diez días en su ciudad. A mí me gustaría algún lugar tranquilo, en el campo. Clara ha estado enferma; necesita sol y aire puro, pero no puede ser muy lejos porque el cansancio de un viaje largo podría ser excesivo para ella. ¿Conoce algún sitio así?

—Conozco uno, pero es muy humilde. Sólo una pequeña granja, a unas dos horas en tren, hacia el norte, a las afueras de un pueblo agradable que se llama Hudson. La propietaria es una antigua cliente mía. Es viuda y tiene dos hijas, y con los huéspedes completa sus ingresos. Mi esposa y yo conocemos el lugar y sólo podemos cantar sus excelencias. Es una casa grande, limpia y muy tranquila, y la comida es deliciosa. La señora Noonan es una cocinera maravillosa. Pero tal vez ustedes deseen algo con más empaque, un hotel..., aunque seguramente muchos ya estarán llenos ahora en verano.

—No, nada de hoteles. Sobre todo quiero mantener mi intimidad, y mucha tranquilidad para Clara. Ese sitio del que habla suena ideal.

—En ese caso haré las diligencias oportunas. Conozco bien a la familia. La señora Noonan y sus hijas son muy discretas. Aquí nadie sabrá adónde han ido, y allí nadie dirá dónde están. Pero, ¿de qué fecha estamos hablando? Para la boda, quiero decir.

—El miércoles, seis de junio. El señor Chadwick le ha dicho a Clara que vendrá a buscarla el día ocho, y quiero que para esa fecha ella y yo ya estemos lejos.

—Eso nos da exactamente —Buchan hace el cálculo mental— once días antes de la boda. —En ese momento esboza una amplia sonrisa de complicidad, y menea la cabeza—. Dios mío, ¿a quién se le habría ocurrido? El famoso Mario Alfieri casándose con la prohijada desheredada de Henry Slade sólo dos semanas después de conocerla. Supongo que sabe que será el comentario de todo Nueva York, ¿verdad? Y no sé que pensarán en Europa cuando la noticia cruce el Atlántico. —Suelta una carcajada—. Me temo que muchos de los que, en otoño, acudan a la ópera, irán para algo más que para escuchar su actuación. Todo el mundo querrá ver cómo es el Mario Alfieri casado.

—Pero si es a su joven esposa a quien merece la pena contemplar, señor Buchan, no a Mario Alfieri. Aunque, si los hace felices, que me miren todo lo que quieran..., y yo le prometo que no permitiré que el señor Grau suba el precio de las localidades.

—¿Llego tarde? —dice Dyckman, colorado a causa de la carrera.

—No, señor. —Quien le responde es Peters, el lacayo del difunto señor Slade—. Los demás caballeros acaban de llegar. —Coge el sombrero y los guantes del joven—. Suba por aquí, señor, están esperándole. ¿Se acuerda del camino?

Dyckman lo recuerda. En los últimos diez días se ha familiarizado con la mansión. Pero sólo la ha conocido en su estado de constante penumbra, y no está preparado para el gran cambio que le trae esta mañana. Abre mucho los ojos, asombrado, cuando cruza el vestíbulo y enfila las escaleras.

Luz por todas partes. Han descorrido todas las cortinas, levantado todas las persianas, abierto todas las ventanas y las puertas. De un extremo a otro de la casa, desde la parte delantera a la trasera, desde arriba hasta abajo, el suave aire de junio inunda todas las estancias hace ondear las sábanas de muselina que aún ocultan los muebles y se lleva la oscuridad a otra parte. Lo que queda de ella se refugia en los vestíbulos de altos techos y en la escalera de alabastro, que está situada en el centro de la casa, aunque ahora es una oscuridad sorda; blanda, plateada, submarina, que se estanca en los rincones y se hace menos profunda hasta que desaparece al acercarse a las puertas y a las ventanas, abiertas al sol. Mirando a su alrededor, a Dyckman lo que ve le recuerda la catedral el día de Pascua, y se dirige a la sala de música —liberada ya de sus sábanas y sus mallas protectoras, recuperada ya su gloria de azules y dorados— con renovado entusiasmo.

Alfieri y Buchan le están esperando con un tercer hombre que lleva lentes y barba, un hombre al que Dyckman no conoce y al que presentar como el señor Wheeler. Alfieri está pálido pero muy sereno, y le estrecha la mano con calidez y aplomo.

—¿Los billetes del tren?

—Los tengo aquí, Mario —responde el joven dándose unas palmadas en el bolsillo de la pechera.

—¿Y el equipaje?

—En la estación, esperándoles.

—Entonces ya no queda nada por hacer. —Alfieri apoya una mano en el hombro de su amigo—. Excepto darte las gracias.

Dyckman se ruboriza.

—No tienes nada que agradecerme. Casi no he hecho nada. Además —sonríe—, soy yo quien debe estar agradecido. Gracias a esta historia empezarán a invitarme a todas partes; Mario, sabes que es así.

Alfieri se ríe y le hace una elaborada reverencia a Dyckman.

—En ese caso, que sienta usted tanto placer al relatarla como el que he tenido yo al confiársela.

Buchan mira el reloj y hace una señal al tenor.

—Son las diez, *signore*. Deberíamos empezar.

—Stafford, ¿sería tan amable de subir y decir a las damas que ya estamos listos?

Cuando Dyckman regresa, Alfieri está junto a la chimenea, al lado de los señores Buchan y Wheeler. Frente a este último hay una mesilla con un libro y dos copas. En una hay vino y la otra está vacía.

Al entrar, Dyckman asiente con la cabeza.

—Ya vienen.

Buchan aprieta la mano del tenor y se acerca a la puerta a esperar.

Los tres criados —los dos de la casa y el de Alfieri— entran discretamente en la sala y se colocan a una prudente distancia de los demás. De pronto se hace el silencio, y entonces se oye el frufrú de una falda en el pasillo. Una mujer rubia, de mediana edad, aparece en la puerta. De brazo lleva a una joven muy pequeña —casi una niña— vestida de gris perla y con el pelo cubierto con un velo de encaje que le cubre hasta los hombros. En la mano sostiene un ramillete formado por tres rosas blancas.

Soltándose del brazo de su acompañante y sin levantar la vista del suelo en ningún momento, la joven se agarra del brazo que Buchan le ofrece y camina lentamente hacia el pequeño grupo que forman Alfieri, Dyckman y Wheeler, pero antes de que lleguen, el tenor se les adelanta y le tiende las manos. Por primera vez, ella alza la mirada y sonríe.

Al verle la cara, vienen a la mente de Buchan los versos de un poema español que aprendió por razones prácticas en su época de pretendiente, y que hacía decenios que no recordaba: «Tan pálida de amor, chiquilla, que creo que la rosa no ha de volver jamás a tu mejilla...». Buchan hace el ademán de retirarse y Alfieri pone el brazo para que Clara se agarre de él. Así, juntos, avanzan hasta donde se encuentran Dyckman y Wheeler.

Éste da una palmada y los mira a los dos. Carraspea un poco y empieza.

—Queridos amigos: estamos aquí reunidos...

Se escancia vino, se dicen cosas hermosas. La voz de Alfieri, en sus respuestas, es limpia y tranquila; la de Clara, muy débil. Buchan entrega a la novia. Nadie se levanta para manifestar impedimento alguno ni para declarar que ese hombre y esa mujer no deben unirse en matrimonio. Dyckman extrae el anillo del bolsillo y se lo da al juez, quien a su vez se lo ofrece a Alfieri, que se lo pone a Clara.

Y ya está. Todo es tan rápido que parece un sueño, pero Mario Alfieri y Clara Adler son declarados marido y mujer.

El juez le recuerda al novio, innecesariamente:

—Puede besar a la novia.

—No —replica Alfieri—, aún no.

Y ante la mirada perpleja de los asistentes, toma la copa vacía que hay sobre la mesilla, la envuelve en su pañuelo, la coloca en el suelo y, poniéndole los dos pies encima, la rompe en pedazos. Dyckman y el juez de paz se limitan a mirarse, mudos, igual que los criados, y el señor y la señora Buchan —pues esa dama rubia no es otra que la esposa del abogado—, sin distinguirse en eso del resto, tal vez piensen, comprensiblemente, a la luz de un comportamiento tan insólito, que la tensión acumulada durante tantos días ha sido demasiado para el tenor.

Pero la pequeña novia lo contempla con los ojos muy abiertos y las manos apretadas contra la boca, como a punto de desmayarse, y cuando Alfieri rompe la copa con los pies, ella se pone de puntillas para rodearle el cuello con los brazos. Ahora parece que ya no hay razón para seguir esperando. Agarrándole la cara con las manos, el tenor hace caso al fin de las palabras del juez y besa a la novia, y el beso es tan profundo y tan prolongado que los invitados aprovechan para deslizarse silenciosamente fuera de la sala.

Después de ese beso, todo está borroso para Clara. El desayuno de celebración, que consigue soportar como puede, y durante el cual habla con normalidad y es capaz de comerse lo que le ponen delante y llevarse la copa a los labios, como si en realidad estuviera allí, cuando no es así; los brindis por la feliz pareja, que a sus oídos llegan como ristas de palabras que olvida antes de que se hayan pronunciado del todo; incluso el último y doloroso adiós a unas estancias que aprecia mucho y que siente suyas, y que emite en silencio mientras consiente sin decir nada que le pongan las ropas de viaje, para la luna de miel que será el principio —y el final— de su matrimonio.

Alfieri ha roto la copa. Cuando le preguntó, tan amablemente, si le importaba casarse fuera de su fe, ella le confesó —sin sospechar que se tomaría tan en serio sus palabras— que sólo echaría en falta esa antigua costumbre, porque siempre le había parecido que así se sellaban los votos matrimoniales ante Dios y que se marcaba el instante mismo del matrimonio..., y que, si no se hacía así, era como si la boda no se hubiera celebrado en realidad.

Y él lo ha hecho; ha roto la copa por ella. No sólo para, en su infinita bondad, complacerla en sus locuras, sino para asegurarle, como ninguna palabra podría hacerlo, que están casados de verdad, ante Dios. ¿Y cuál es el premio a tanta bondad? Ya muy pronto él va a saber lo que es ella... y lo que no es..., y cuánto dolor podría haberle ahorrado si hubiera sido decente y valerosa.

Había querido serlo. Esa era su intención, sinceramente. El arrebato de locura de la tarde en que él le propuso matrimonio se había amortiguado, día a día, y el temor se había ido haciendo su sitio..., porque cuando ella no estaba en sus brazos, con la cabeza apoyada en su hombro, cuando él no la besaba, entonces ella volvía a pensar con claridad, y entendía que era su deber decirle la verdad. Había querido contársela cada día, pero no podía, porque sabía qué conseguiría con ello. Un día más, se decía a sí misma, un día más. Y ahora ya es muy tarde, y pensar en el dolor que va a causarle la llena de tristeza. Pero sus remordimientos no harán bien a ninguno de los dos. Cuando lo sepa, la abandonará, asqueado de ella y de su silencio. En esas dos breves semanas, él se ha convertido en su luz, en su aire, en la sangre que le corre por las venas, y ella se morirá cuando él se vaya.

Pero tendrá que ser así, es lo justo, lo correcto, es como debe ser. Así se acabará lo que empezó hace tanto tiempo, cuando una parte de ella murió en el cuartucho de un cobertizo, mientras el sol avanzaba por la pared desconchada...

El suelo cruje a sus pies y ella se quita las manos de la cara.

—Amor mío —dice Alfieri, rodeándola con sus brazos y plantándole un beso en la frente—. Los invitados ya se han ido, y creo que nosotros deberíamos irnos también. ¿Ya te has despedido de la casa?

—Sí, Mario.

—Ojalá hubiera podido conservarla para ti, *sposa*, pero tenía que escoger entre la casa y tú..., y a ti no podía renunciar. Y, de todas maneras, no habrías podido quedarte. De un modo o de otro, parece que tu destino era irte de aquí. —Le acaricia el pelo—. ¿Te alegras de irte conmigo?

—Sí, Mario.

Aunque son sólo dos semanas, la conoce bien. Se sienta en el sofá, le da la vuelta y la atrae hacia sí sonriendo y arrugando la frente.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Qué tienes?

—Nada.

—Creo que te pasa algo. ¿Por qué no me lo cuentas?

Cobarde desde el principio. Aún cobarde. No ha callado estas dos semanas para contárselo ahora y ver el asco en su cara. Primero será su mujer, por una sola noche.

—No es nada, sólo los nervios.

—¿De veras? ¿No hay nada más?

—Nada más. ¿Qué más podría haber? —le responde Clara, más pálida que nunca.

Alfieri se encoge de hombros y se dedica a enderezarle la gargantilla.

—No sé, me ha parecido que a lo mejor estás asustada por lo rápido que ha cambiado todo.

Ella le mira.

—¿Estás asustada, mi pequeña?

—Sí —susurra ella—. ¿Y tú?

—¿Yo? —Le levanta la barbilla—. Aterrorizado. No he sido nunca el marido de nadie.

La risa de Clara suena como un quejido.

—Mario, escucha...

Pero él le pone un dedo sobre los labios para callarla.

—Corazón, todo esto es muy nuevo para los dos. Tengo que desaprender cuarenta años de malos hábitos para ser digno de mi nueva esposa, y tú tienes que saber que, en todas las cosas, soy tuyo. Debemos aprender a tener paciencia, ¿verdad? Aprender y desaprender llevará un tiempo. —Le besa la frente—. Y ahora el carruaje está esperándonos en la puerta. Supongo que no quieres perder el tren.

Se levanta, saca un sobre de un bolsillo y lo deja en la chimenea, apoyándolo contra la pared, junto al retrato.

—¿Qué es eso?

—Nada. Una carta.

—¿Para quién?

—Para el señor Chadwick. Me parece correcto que se entere por mí de lo que te ha pasado.

—¿Y la vas a dejar ahí para él?

—Sí, para cuando venga a buscarte el viernes y descubra que te has ido.

—¿Y qué dice?

—Le doy las gracias, creo que de manera muy educada, por no dejarme otra salida que casarme contigo. Es una carta correctísima. Sólo espero que la lea con el mismo espíritu con el que la he escrito.

Alfieri toma a Clara de la mano y la conduce fuera de la sala, cerrando la puerta tras él por última vez. Bajan las escaleras y llegan a un vestíbulo.

Ella duda sólo un momento. Traspasar el umbral y salir a un mundo del que se ha mantenido oculta tanto tiempo —para caminar serenamente hacia su propia extinción— es de pronto algo que va más allá de sus fuerzas, y da un paso atrás cuando siente el ruido, la luz y el calor que le llegan de la puerta abierta. Cuando Alfieri, algo más adelantado y ya fuera, se gira y le tiende la mano, Clara parece vacilar y desaparecer entre las sombras, ante sus propios ojos.

—Amor —le dice— no te derrumbes ahora. Has llegado tan lejos.

Clara está en el umbral de la puerta, como un pequeño fantasma de medio luto, mirando hacia la luz con los ojos llenos de anhelo.

—*Sposa*, esta ya no es tu casa. Ven conmigo. —Le habla en voz muy baja—. Ya se ha roto la copa. Ahora ya no se puede arreglar.

—Lo sé.

La copa ya está rota. Su hogar está con él hasta que él ya no la quiera, pero aun así no puede dar el último paso, y lo mira, desvalida.

—Ven conmigo, *madonna* —insiste Alfieri—. ¿Acaso no debemos iniciar nuestra bendición en un día tan hermoso?

Clara toma la mano que él le extiende y sale a la luz del sol.

El enorme reloj descansa sobre la repisa de la chimenea, en la salita de la señora Noonan. Cada vaivén del péndulo termina en un chasquido cortante y metálico, como una navaja al tocar hueso. Por lo demás, la habitación está en silencio, y la quietud de la casa de campo sólo la rompe el sonido ocasional de una página al girar, una silla que cruje, un cubito de hielo que choca débilmente contra un vaso..., y siempre, siempre el reloj que descuartiza el tiempo.

Clara baja la vista y se mira las manos. En cada una hay un anillo. Los dos son regalos de su esposo. En la derecha, el de compromiso, con un rubí flanqueado por dos perlas y un engastado muy elaborado; en la izquierda, el de casada, un aro de oro labrado de hojas y flores. Los hace girar una y otra vez, primero uno, luego el otro. El contacto con el duro metal es la única cosa cierta de ese día horrible e interminable.

A las tres han llegado a Westerly, que así es como se llama la granja de la señora Noonan, y la buena mujer les ha enseñado personalmente lo que va a ser su hogar durante los próximos dos meses: una estancia espaciosa y de techos altos en el último piso de la casa, con dormitorio, salón y baño, y con unos grandes ventanales orientados hacia el oeste, donde en primer término aparece el ancho río, y más allá las cumbres azules y frondosas de los montes Catskill perdiéndose, en ondulaciones, en la distancia. A Mario le ha encantado. Sólo ha habido tiempo de deshacer el equipaje —tarea que Ruth, la hija mayor de la señora Noonan, ha hecho por Clara—, darse un baño y cambiarse de ropa, antes de bajar a tomar una cena temprana, preparada especialmente para ellos, porque se sabe que los viajes dejan siempre a los viajeros algo aturridos y con hambre. Los Noonan, según parece, se rigen por los horarios del campo: la comida, en Westerly, se sirve al mediodía, y la cena, normalmente, a las siete.

A este viaje han venido sin servicio. Gennarino se ha quedado en Nueva York para organizado todo en la casa de Madison Avenue que Mario ha alquilado —gracias a las amables diligencias del señor Upton, el agente inmobiliario— para cuando vuelvan a la ciudad, y a los otros dos criados les han dado ese tiempo libre antes de incorporarse de nuevo a sus quehaceres. Mario se ocupará de sí mismo durante las ocho semanas que dure su estancia, y alguna de las hijas de la señora Noonan se hará cargo de las necesidades de Clara, como ya ha ocurrido con el equipaje.

Las hijas de la señora Noonan son dos, Ruth y Rebecca, ambas mayores que Clara. Ruth, que aparenta unos veintitrés o veinticuatro años es muy morena. El tono de piel de Rebecca se acerca más al de Clara, pero es pelirroja y el cabello le brilla al sol. Seguramente es un par de años más joven que su hermana. Las dos son todo lo que Clara no es: chicas altas, guapas, con espesas cabelleras largas y ese aspecto saludable, esas mejillas rojas que da la vida en el campo. A Clara le han caído mal desde el primer momento.

En realidad, a Clara le desagradaba todo lo que tiene que ver con ese lugar, incluso sus habitaciones, demasiado espartanas para ser cómodas. Los suelos están desprovistos de alfombras, de las paredes blancas no cuelga ningún cuadro. Le ha susurrado esta última queja a Mario, que se ha reído y le ha dicho que con unas vistas como esas no hace falta ninguna pintura. Es como la Toscana, le ha dicho, pero más grande y más salvaje; de todos modos, Clara apenas se ha fijado en el paisaje. Los ojos se le van una y otra vez hasta la cama alta y antigua que hace que la habitación, muy espaciosa, parezca pequeña. Su enorme estructura de hierro blanco está recubierta de un dosel lleno de tules, que emula los velos de una novia.

La cena ha sido otra dura prueba. La señora Noonan es la cocinera de Westerly. Es una mujer delgada, ligeramente encorvada, de cuerpo fibroso y manos grandes, que se ha ganado cierta reputación local —y varios premios en las ferias del condado— entre los fogones. Pero a pesar de los elogios que Mario ha hecho de los platos que les han servido, Clara apenas ha probado bocado (ni siquiera sabe qué son las cosas que le han puesto delante), y se ha limitado a escuchar sin mucho interés la animada conversación entre Mario y las hermanas, conversación que ya ha olvidado por completo.

Y después de la cena se han trasladado aquí, a la salita, donde la señora Noonan y sus hijas están cosiendo, y donde Mario lee interrumpiéndose en ocasiones para alzar la vista y sonreírle en señal de complicidad y preocupación. La cabeza está empezando a dolerle, pero de vez en cuando mira distraídamente la labor de las hermanas y se olvida lo bastante de su malestar como para sentir unos débiles deseos de subir a buscar su bordado, para que vean lo que es capaz de hacer. Pero su cesto de costura no está en la sala. Ir a buscarlo implica tener que entrar en el dormitorio, abrir la puerta y ver la enorme cama que parece un altar en medio de la habitación. Y así, con las sienes que le laten con fuerza, se retuerce los anillos y contempla las manecillas del reloj de la chimenea, que se mueven con inexorable y agónica lentitud. Los minutos no parecen pasar, aunque el tic-tac cercena un segundo más del tiempo que le queda.

Pero a las seis y media, cuando el sol aún está bastante alto sobre las montañas, Mario cierra el libro y alude al cansancio provocado por la larga jornada. Desea buenas noches a la señora Noonan y a sus hijas y le pregunta a Clara si está lista para retirarse. Con el rostro muy colorado, el corazón latándole con fuerza, Clara mira a todos los presentes, primero a uno, luego al otro, incapaz de creer que todos estén tan tranquilos, que todo sea tan correcto y formal, como si no supieran qué es lo que van a hacer allí arriba. Su marido abre la puerta y la espera, y sólo entonces Clara se levanta y se acerca a él. Los pies le pesan muchísimo, tiene las manos sudorosas pegadas a los lados, la mirada clavada en el suelo, y emite un «buenas noches» casi ininteligible para las tres mujeres que observan tranquilamente su partida como si nada muy especial estuviera a punto de sucederle, como si cada noche vieran a alguien que se dirige hacia su muerte.

Las escaleras surgen amenazadoras frente a ella. Sube despacio.

Los pies, que tanto le pesan, la arrastran hacia abajo, y el pánico se va apoderando de ella a cada peldaño, hasta que llegan al rellano. Su marido la guía dulcemente hasta la habitación, y cierra la puerta. El pasador resuena tras ella como una trampa que acabara de cerrarse, y queda presa en esta gran estancia, bañada por el sol, contemplando su lecho de muerte —alto, blanco, inundado de almohadones— con los ojos de una niña aterrorizada.

Está inmóvil, clavada en el desnudo suelo de madera, y mientras tanto Mario se mueve con soltura por la habitación, canturreando una melodía sin abrir la boca. Se quita la chaqueta, la corbata, el cuello de la camisa, se desabotona las mangas, se quita las botas y las deja debajo el armario. Todo lo hace con la mayor tranquilidad del mundo, como si se hubiera olvidado de que ella está ahí.

Pero no lo ha hecho. Cuando finalmente se vuelve para mirarla, le toma la mano y la lleva con delicadeza hasta una silla. Es él quien se sienta en el borde, y la atrae hacia sí como si fuera una colegiala, sujetándola entre las rodillas. Empieza a besarla dulcemente, en los ojos, en las orejas, en el cuello...

Las capas de ropa no la protegen lo más mínimo; él consigue traspasarlas con sus dedos de músico, que hábilmente consiguen desabrochar

los botones minúsculos de su vestido hasta hacerlo caer al suelo. El resto de ropa —las enaguas, las medias, el corsé— también caen lentamente, como pétalos en sus manos dulces y libres de remordimientos. Ella no protesta. Se queda ahí de pie, con los ojos fuertemente cerrados, hasta que por toda ropa sólo le queda su breve camisola.

Él se detiene y Clara abre los ojos para ver cómo le mira los contornos del cuerpo, claramente visible bajo la delgada tela. Mario levanta la vista para mirarla a la cara.

—*Amorosa* —dice con voz trémula—, ¿tú sabes qué pasa entre un hombre y una mujer?

—Sí —susurra—, lo sé. —Su miedo tiene sabor. Le llena la boca y le baja por la garganta, ahogándola—. Mario —dice con la voz rota—, ¿no podríamos esperar hasta mañana? Sólo un día más...

—¿Por qué, mi cielo? ¿Tan asustada estás?

Clara mueve los labios, pero de su boca no sale ningún sonido, y las lágrimas empiezan a resbalarle por las mejillas.

—Mi pequeña —exclama él, rodeándole la cintura con el brazo y atrayéndola hacia sí—. ¿Tú me amas?

—Oh, sí, mucho. —Oculta el rostro en su cuello.

—¿Y tú crees que yo te haría daño?

—No, Mario...

—Entonces, ¿de qué tienes miedo, *bambina*? —Alfieri le acaricia el pelo—. Te amaré con ternura.

—Por favor, por favor. —El corazón le tiembla de pesar—. Mañana, Mario..., podemos hacerlo mañana. Déjame estar contigo un día más. — Se aferra con los dedos a la camisa de él.

Mario la levanta del suelo, la lleva hasta la gran cama y la deja suavemente encima. Ella lo mira con los ojos llenos de lágrimas y el rostro atravesado por el miedo.

Alfieri menea la cabeza con tristeza.

—No, amor mío, no voy a forzarte. Cuando tú estés lista, *piccina*, no antes. —Se tumba a su lado y la abraza muy fuerte, pasándole los dedos por la cara—. El día de hoy ha sido muy largo, y en mi felicidad me he olvidado de que aún eres una niña. Ahora descansa, *amore*. *Dormi, mia stanca diletta*. Estás muy fatigada. Duerme...

Arropada contra él, Clara escucha el sonido suave de sus palabras, ya casi dormida, agotada por la emoción febril del día de su boda, por el viaje, por su terror y la amabilidad de él, por esta tregua, milagrosa. Desde el principio, lo suyo ha sido imposible, claro. Ella no es el tipo de persona que vive un final feliz. Nada de lo que ha soñado se ha hecho realidad. Pero durante un tiempo ha sido bonito fantasear que era su esposa. Y cuando él ya se haya ido y la calle la reclame para engullirla, ella seguirá teniendo algo que recordar.

—Duérmete —repite él, y le pone la mano sobre los ojos.

Y ella se duerme.

La despierta el sol, que se hunde entre montañas. Sus rayos agonizantes le acarician la cara y abre los ojos a una habitación bañada por una luz ambarina, rojiza, como la de una llama. Se queda muy quieta, hechizada por ese resplandor. Mario también parece embrujado. Está de pie apoyado en la ventana abierta que hay más cerca de la cama, contemplando la puesta de sol, con los ojos negros entrecerrados. Al verlo, Clara se olvida de la luz y se pone a mirarlo a él.

De repente le vienen a la memoria las caras de las hijas de la señora Noonan cuando lo miraban durante la cena. Y después, en la salita cuando no le quitaban la vista de encima, con cualquier excusa, y se reían y sonreían, encantadas de complacerle en todo, de agradarle, jugando con sus largas trenzas, alisándose las faldas, como las polillas alrededor de una llama, haciéndola sentirse fuera de lugar. El no ha dado muestras de darse por enterado, pero para ella ha sido una revelación, sólo eclipsada por el pánico, y ahora lo recuerda. Nunca lo ha visto en presencia de otras mujeres. ¿Por qué no se le ha ocurrido antes que a ellas ha de parecerles tan maravilloso como a ella?

Su breve siesta la ha calmado mucho; ahora, mientras lo mira, la emoción que siente, el nudo en la garganta, son mayores que su miedo. Dios mío, sí, entregarme en sus brazos, una sola vez. Y una vez que se haya entregado y él descubra lo que es, ¿qué importará entonces que la abandone hoy o lo haga mañana? ¿Qué se gana retrasando lo inevitable? Nada cambiará. Mejor enfrentarse al final con valentía.

Se mueve un poco y él gira despacio la cabeza. A la luz rojiza, el rostro de él es blando y sin expresión, y tiene los ojos casi cerrados. Por un instante, Clara se asusta al creer que es un extraño. Pero entonces él sonríe y se le acerca, y vuelve a ser Mario.

Se sienta en la cama, junto a ella, y le acaricia los rizos enredados. Ella lo mira y siente que le falta la respiración, que el nudo en la garganta es casi insoportable.

—Ahora —le dice.

Él sabe al instante a qué se refiere.

—¿Estás segura, *madonna*? No hay ninguna prisa. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—Ahora —repite ella, antes de perder de nuevo el valor, pero cierra los ojos cuando ve que él se inclina sobre ella, y Mario se ríe al verla tan asustada.

—Señor —murmura él con su boca en la boca de Clara—, deja que tu siervo se vaya en paz...

Es tierno, tan tierno como le ha prometido ser, pero en esto no se puede volver atrás y no hay quien lo detenga, aunque quisiera; se enrosca debajo de él en silencio, hasta que vuelve a ascender para encontrarse con sus manos y su boca, hasta que sus huesos se derriten y su temblor silencioso se convierte en otra cosa totalmente distinta. Sólo habla una vez, con una voz que no es la suya, para decirle:

—Mario, por favor, quiero decirte...

Pero ha esperado demasiado y él ya no la escucha, y al cabo de otro momento ni ella sabe ya qué quería decirle.

La hace suya despacio, susurrándole al oído, besándole el pelo, los ojos, la boca, el cuello, los pechos, hasta que al final ella empieza a gritar, alargando los brazos hacia los barrotes de la cama, que sujeta con manos frenéticas. La cabeza hacia atrás, el cuerpo arqueado, los pequeños

dedos agarrando la colcha, el único sonido que emite Clara es la respiración que se le entrecorta en la garganta; y Alfieri está tan hundido en su calor, en la dulzura de sus movimientos debajo de él, que sin darse cuenta ya está dentro de ella. En el instante anterior a la entrega final, Clara abre mucho los ojos implorantes y vuelve a cerrarlos mientras tiembla de nuevo, y entierra la cara en la almohada para ahogar el grito final.

Ha empezado a soplar una ligera brisa vespertina, que mece los cortinajes, y un resplandor dorado aún tiñe las nubes que flotan sobre las montañas lejanas. Alfieri contempla el ámbar convertirse en rojo y luego en púrpura, y el cielo pasa del azul pálido al verde manzana, y después a un profundo azul marino en el que una única estrella brilla y parpadea.

Su joven esposa está tendida a su lado, durmiendo, y respira pausadamente. Él es, a su manera, un estudiante del sueño, pues ha compartido su cama tantas veces que el sueño de los demás ya no es un misterio para él. Por eso, tiene la experiencia suficiente como para saber que, con la edad, el sueño cambia. Los niños, por ejemplo —y aquí piensa en sus hermanos y hermanas en su infancia, y en los hijos de éstos cuando crecieron—, duermen intensamente, y aplican a su reposo la misma energía que dedican a todo lo demás. Cierran los ojos con fuerza, como si estuvieran muy concentrados. Los niños trabajan cuando duermen. El suyo no es el sueño fácil de la vejez, el tránsito sin esfuerzo entre la vigilia y la ensoñación, y de ésta de nuevo a la vigilia, como si la una fuera una mera extensión de la otra, y las dos, a su vez, un simple entrenamiento para la noche eterna que ha de venir.

Clara aún duerme como una niña, con brazos y piernas muy extendidos y el ceño un poco fruncido. Mario la ha tapado para protegerla de la brisa nocturna, pero la fina colcha no consigue ocultar lo joven y desvalida que es. Duerme dándole la espalda, de costado, y cuando él le roza con los dedos el contorno del cuerpo hasta llegar al hombro, ella pronuncia unas palabras ininteligibles, suspira y se aparta un poco más. Sin previo aviso, los ojos del tenor se llenan de lágrimas.

No ha sido el primero... no es el primero...

No soporta la idea de completar ese pensamiento, pero no por incompleto es menos cierto. Y no es la ausencia de sangre en las sábanas la que la ha traicionado; lleva muchos años jugando a estos juegos como para saber lo poco fiable de esa prueba. Es, por decirlo de algún modo, su falta de ignorancia lo que la ha delatado. No es que sepa gran cosa. Se seca los ojos y casi se ríe ante la tremenda ironía de la situación; de haber tenido él menos experiencia, tal vez no se habría dado cuenta. Y de haber tenido ella más —pobre niña—, habría fingido su inocencia.

Pero aun así es un justo castigo el que ahora le llega. Qué perfecta y sublime retribución a los muchos hombres que llevan las frentes adornadas gracias a Mario Alfieri. Sólo un tonto dejaría de ver la justicia que se esconde en ese caso, y sólo un desconsiderado se quejaría de dolor. Dios sabe que no le ha importado lo más mínimo la angustia de los hombres a los que ha deshonrado.

Pero hay al menos algo a su favor: todas sus víctimas lo han sido de buen grado —mujeres experimentadas, que ya habían conocido otras camas—, y ninguna ha sufrido por su culpa más allá de unos dulces instantes de lamento cuando el idilio terminaba. ¿Por qué, entonces, Clara ha tenido que sufrir mucho más que ellas?

«Oh, Padre —piensa—: es tan pequeña; para hacer de ella el instrumento de mi corrección, ¿era necesario hacerle tanto daño?»

Le había parecido que su terror no era más que el pánico inocente de una novia joven ante lo desconocido. Pero si no desconoce el acto del amor —y no lo desconoce—, entonces ha sido el conocimiento de lo que estaba por venir, y no su ignorancia, lo que la aterrorizaba tanto. Y un miedo de esa magnitud sólo puede estar causado por... ¿qué?

Ahora, el cielo de poniente conserva sólo una levisima claridad y, en una oscuridad casi completa, la mente de Alfieri conjura imágenes crueles que lo hacen sacudirse y sudar. Se presiona los ojos con las manos, como para ahuyentarlas, pero las imágenes no remiten, ni con la presión de sus manos ni con las órdenes que les dicta su cerebro, y se incorpora, temblando, buscando a tientas la caja de cerillas que hay en la mesilla de noche. Si se queda ahí tumbado en la oscuridad, acosado por la imagen de una Clara atrapada bajo el cuerpo de otro hombre, acabará volviéndose loco.

El chasquido de la cerilla al encenderse rasga el silencio, la llama se hace más grande, la vela prende al momento e ilumina la calma de la estancia como un faro de cordura. Clara sigue durmiendo, acurrucada de lado, y él se fija en el ritmo tranquilo de su respiración.

Nunca ha sabido qué es sentirse totalmente impotente, pero ahora lo sabe. Cuando la llevó a la cama, ¿podría haberse negado a entregársela, si él hubiera decidido no esperar? Ambos saben la respuesta, pero su conocimiento viene sin duda de alguna experiencia brutal: el terror en sus ojos da fe de ello. Y si ella no pudo evitar que le sucediera lo que le sucedió, él tampoco puede hacer nada para impedir algo que pertenece al pasado. Y así, finalmente, él y su joven esposa están igualados: su impotencia es igual que la de ella.

Clara se mueve un poco a su lado. Mario se le acerca y la arroja con la colcha, que se le ha resbalado un poco. Ahora la brisa es más fuerte y trae consigo el olor a lluvia. El sonido de un trueno se prolonga en la distancia, y Alfieri se levanta instintivamente a cerrar las ventanas. Se lleva la vela, que deja en una mesa que hay bajo un saliente de cristal entre dos de los marcos de las ventanas. Ahora, la oscuridad es total, alterada sólo por algunos relámpagos que, de tarde en tarde, iluminan el horizonte hacia el sur, y por una minúscula luz que parpadea en el río, aparece y desaparece oculta por las ramas de los árboles que mece el viento.

Con las ventanas cerradas, Alfieri ve mejor el interior del dormitorio, reflejado en los cristales, que el exterior. La vela arde, y su brillo, que es reflejo del cristal aumenta, emite una esfera de luz pálida que abraza la cama. Mario contempla la habitación invertida que se refleja suavemente contra la noche; mira a su nueva esposa, acurrucada, pequeña, abrazada a una almohada. Él había querido demostrarle que no había nada que temer, observar su dicha mientras le enseñaba qué era el placer...

Ella tiene los ojos abiertos y le mira.

Desde que la conoce, ha descubierto que Clara carece de todas esas mañas femeninas de las que otras mujeres se sirven con normalidad para enfatizar su feminidad: miradas coquetas, risitas ingenuas, revolotear de manos. Ella está libre de todo artificio, hasta tal punto que a veces se pregunta si habrá pasado su juventud en la misma soledad en la que la encontró, con manos invisibles para asistirle y nadie a quien emular. Ahora, por ejemplo, cualquier otra mujer bajaría la mirada, fingiría seguir dormida, o que acaba de despertarse en ese mismo instante. Pero los ojos de Clara se mantienen fijos en él cuando se le acerca, y buscan su rostro con desesperada intensidad cuando él se arrodilla a su lado y le acaricia la mejilla.

«Corazón mío —piensa— ya sabes que lo sé, ¿verdad? Ese ha sido tu miedo durante todo este tiempo, no que fuera a hacerte daño, sino que te echara la culpa a ti, tanto por lo que no pudiste impedir como por no habérmelo dicho. Creías que nunca más te querría, una vez que lo supiera; y, al creerlo, *inocenza*, ¿cómo no ibas a estar asustada, sabiendo como sabías en todo momento que iba a descubrirlo por mí mismo... como así ha sido? Y ahora que ya lo sé, querida mía, y que tú sabes que lo sé, ¿sigues creyendo que podría dejar de quererte?»

Pero todo lo que dice es:

—*Sposa*, ¿te he despertado?

Clara niega con la cabeza, pero no habla, porque un solo sonido sería la grieta en la fortaleza de su rigidez, y por ella se escaparía todo su pesar...

«Lo siento mucho —quiere decir— pero estaba tan sola y tenía tanto miedo. Y te amaba. No hay otra excusa.»

Pero ella no va a ser la primera en hablar. Aguarda que su ira se manifieste, espera que le exija una explicación por esa desgracia. Algo debe decir él. Pero, ¿qué palabras puede usar? «Escúchame, cariño mío, no importa.» Pero es que sí importa. Le importa a ella, porque ahora se cree indigna; y a él, porque la ama. ¿Cómo podría no importar? Es algo que siempre va con ella, una cruz de la que no puede librarse.

«Escúchame, cariño mío —piensa él—. Ante tus propios ojos ya estás avergonzada, y obligarte a admitirlo ante mí sería una vergüenza mayor. Si yo lo saco a relucir, si hablo del tema, por más delicado que sea, mis palabras se interpondrán entre nosotros desde el principio de nuestra vida en común, y su sombra caerá sobre toda la felicidad que nos aguarda. *Cara*, si pudiera llevar yo la carga que soportas, lo haría, y no sabes con qué gusto. Pero este es tu secreto, amada mía, y eres tú la que debe decidir cuándo y cómo enfrentarlo, porque yo no puedo ayudarte, sólo estar siempre a tu lado. Hasta que decidas hablarme de ello, yo no diré nada. Sólo cuando tú estés lista, *piccina*, no antes.»

La lluvia golpea los cristales empujada por ráfagas de viento, los truenos resuenan en las montañas. La vieja estancia cruje y suspira en medio del viento que trae la noche oscura. Están ellos dos solos dentro del pálido círculo de luz, y más allá no hay nada. Alfieri sigue acariciándole el rostro, rozándole la curva de los labios con el pulgar. Se inclina hasta apoyar la cabeza en su cabeza, alejándolo todo menos el sonido de sus palabras.

—Llevo tanto tiempo esperándote, niña. Dime otra vez que me amas.

Durante un instante ella permanece tan inmóvil que parece que no le ha oído. Pero entonces se da la vuelta y le mira, separa los labios, asombrada, con el primer atisbo de esperanza dibujado en los ojos muy abiertos. Aunque ella no ha soltado aún la almohada, Mario la abraza.

Esta vez ya no está tan asustada. No tanto, al menos, como para no seguir mirándole con los párpados entrecerrados. Sólo deja de mirarle cuando los ojos de él se acercan mucho a los suyos. Pero sigue sin hablar, sigue teniendo los labios cerrados cuando él se desliza por su cuerpo, y sus dulces palabras no obtienen respuesta; el único sonido es el de su piel contra las sábanas y el chirriar acompasado y cada vez más acelerado de los muelles de la vieja cama.

Después, ella se duerme profundamente, con la cabeza apoyada en el hombro de Mario y las piernas aún enredadas en las suyas, mientras él oye la lluvia que cae repicando en los cristales, con la mejilla contra sus cabellos.

Es viernes, ocho de junio, y son las doce del mediodía. La casa de ladrillo rosado de Washington Square vuelve a la calma. En los últimos quince días han pasado por ella lo que en ocasiones parecían ejércitos enteros de desconocidos, porque por la puerta de servicio no han dejado de entrar y salir pintores, empapeladores, tapiceros, escayolistas, en perfectas e interminables formaciones, trayendo los materiales de sus respectivos oficios. Los que conocen la casa, y a su propietario, se asombrarían al tener noticia del revuelo y se preguntarían por el motivo, pues el cambio es la antítesis de una existencia plácida, así como la noche lo es del día, y en esa casa hace años que no se consiente ni una sola alteración. Pero son los primeros días de junio, y en Nueva York sólo quedan los que no han podido irse debido a la necesidad, la pobreza o la falta de otro lugar a donde ir y, de entre todos ellos, a nadie le importa nada de todo eso.

Es un desinterés general que viene muy bien a los propósitos de Thaddeus Chadwick. Algunos de los cambios que ha hecho en la casa harían arquear más de una ceja, si hubiera alguien allí para presenciarlos. Ha decidido, por ejemplo, abandonar su dormitorio, tranquilo y espacioso, así como la sala, que dan a la parte trasera de la casa, y trasladarse a unas estancias más pequeñas y más nuevas que se asoman a Washington Square. Las salas que ha desocupado han sido sometidas a una metamorfosis de pintura y papel y han resurgido espléndidas, como una crisálida que se convierte en mariposa.

Ahora las flores adornan las otrora sobrias paredes, y las ventanas están revestidas de cortinas de encaje. Contra una de las paredes, donde antes se hallaba su escritorio, una preciosa mesa nueva brilla a la luz, circundada por faldones de seda y llena de frasquitos de cristal con tapones de plata, de esos que tanto gustan a las damas jóvenes; y en vez de su seria cama de ébano, un lecho que parece salido de un cuento de hadas, de palo de rosa labrado con un dosel en satén azul. Todo lo que contienen esas dos habitaciones se ha comprado con una sola idea: satisfacer y hacer cómoda la estancia de su futura ocupante.

También se han adquirido e instalado otras cosas, pero éstas están fuera de esas dos estancias, y proporcionan comodidades de otro tipo a su propietario. Los nuevos barrotes de hierro que se han soldado a lo ancho de las ventanas, por ejemplo, o las cerraduras nuevas para las puertas, que sólo pueden accionarse desde fuera, son detalles promovidos por un elemental sentido de la prudencia. La futura ocupante de esas dependencias ha demostrado ser algo inestable en el pasado, y no hay que fiarse del todo. Es sensato tomar precauciones ante su comprobada tendencia a la locura.

Como para corroborar este punto, durante las últimas dos semanas, la chica ha estado más callada que de costumbre y casi no le ha mirado a la cara. Su ojo entrenado ha detectado un miedo creciente en sus gestos y sus respuestas, así como una excitación enfermiza al ver que ya se estaban empezando a realizar los preparativos para el traslado a su nuevo hogar. Es inevitable que sufra una recaída en la histeria bajo la presión de tener que adaptarse a un nuevo entorno, y ha ordenado al servicio que advierta al personal de las casas vecinas que no se sorprenda e ignore los ruidos extraños que provengan de las ventanas atravesadas de barrotes.

En realidad, Chadwick no ha dejado nada al azar, ni siquiera la supervisión del laborioso y complejo proceso del empaquetado y traslado de sus pertenencias. En menos de dos semanas, con la ayuda de lavanderas y costureras contratadas para la ocasión, se han inspeccionado, zurcido, lavado, planchado, doblado y empaquetado todas sus prendas de vestir, que han sido almacenadas en hondos baúles a la espera de su envío a Washington Square. En su última visita a Gramercy Park el pasado jueves, vio los baúles y las cajas apilados en su salita, esperando que los porteadores vinieran a recogerlos, cosa que va a suceder hoy mismo, un poco más tarde.

Chadwick suspira y se reclina en los almohadones del carruaje. Nervioso, abre y cierra la mano enguantada sobre el mango del bastón, y recuerda lo sucedido estas últimas dos semanas. En diez minutos llegará, puntual como siempre, a la casa de Slade por última vez, para recoger a la niña y llevársela consigo. No, no ha dejado nada al azar, y no se ha olvidado de nada ni de nadie.

Por supuesto que no se ha olvidado del tenor, reencarnación de Priápo, cuyo alegre interés por Clara ha hecho posible este día. Increíble le rapidez con la que el deseo de ese hombre por poseer la casa se había esfumado, una vez que supo que la joven no había de permanecer en ella. Chadwick, que ha oído que el italiano ya ha alquilado una insignificante casa en Madison Avenue, piensa con delectación en ese lugar abrasador que en el infierno tienen reservado a los hipócritas, y sonríe.

A pesar de haberle puesto palos en las ruedas, Chadwick sentiría casi lástima por él, si no lo despreciara tan profundamente. Claro que el tenor nunca ha supuesto una verdadera amenaza. Él, Chadwick, ya trabajaba para perfeccionar sus habilidades y su sutileza cuando Alfieri aún dormía en cuna. Teniendo en cuenta todo lo que ha hecho para llegar adónde ha llegado, no permitirá que nadie —y menos que nadie ese libertino arrogante— se interponga en su camino. Hoy culminan años de trabajo lento y concienzudo, un trabajo que ha requerido de un gran tacto y una gran delicadeza.

Cualquiera, por ejemplo, que creyera que le había sido fácil conseguir que Henry Slade se hiciera cargo de la joven, aun arriesgando su reputación, es que no sabía nada de aquel hombre. Al gran filántropo, como le gustaba considerarse a sí mismo, no le habría importado nada que la chica volviera con la familia de su madre, una miserable buscona que en cuestión de meses pasaba de una tormentosa relación a otra. Había sido un golpe de genio por su parte organizarlo todo para que Clara se alojara en casa de Fauvell y su esposa. Sólo poniéndola en el camino de Fauvell y dejando que la naturaleza siguiera su curso se aseguraría de poder convencer a Henry para que prohiciera a la niña.

Y las cosas habían salido exactamente tal como él las había planeado. ¿Acaso no le toca ya recoger el fruto de sus esfuerzos?

El carruaje cascabelea al detenerse ante la casa de Slade justo cuando las campanas de Saint Paul tocan las doce. Esta mañana se ha vestido con especial esmero, pues la ocasión lo merece, y baja a la calle con su bastón de mango dorado, como si portara el distintivo de un importante cargo. Las botas, los botones, los lentes le brillan al sol. Sin mirar ni a izquierda ni a derecha, sube los dos peldaños que le separan de la puerta principal y mete la llave en la cerradura, adentrándose en la cavernosa penumbra del zaguán.

Sube los dos tramos de la escalera sin dificultad, silbando bajito una alegre melodía. Conoce tan bien el camino que, aun a oscuras, nunca tropieza. Golpea con premura la puerta de la salita de Clara con el mango del bastón y, sin molestarse a esperar la respuesta, la abre y entra.

Pero está vacía.

Desnuda, silenciosa y en penumbra, se ve igual que las demás estancias de la casa; hundida en el mismo sueño, con los porticones cerrados tras las delgadas cortinas de encaje y las ventanas cerradas a cal y canto. Chadwick mira a su alrededor, boquiabierto, como si acabara de dar un paso hacia un precipicio. No queda nada, sólo los muebles desnudos y los cuadros de las paredes. Hasta los baúles apilados han desaparecido. Se acerca hasta donde estaban la última vez que los vio, sólidos, reales, y pasa la mano, incrédulo, por el aire, como si creyera

poder tocarlos.

Se acerca tambaleando hasta la puerta de la alcoba y, sin molestarse en llamar, la abre, aunque al hacerlo sabe que sólo hallará el mismo vacío; que se ha ido, que ha volado con sus cosas, que en el momento mismo de ir a recoger su premio, su mano se ha cerrado sobre la nada. Se queda un momento allí, entre las dos estancias. Respira con dificultad y sus ojos, que reflejan su confusión y su angustia, posan la mirada alternativamente en un sitio y en otro, hasta que se detienen en el retrato de la chica, encima de la chimenea.

Hay algo apoyado en la pared —un rectángulo blanco—, y Chadwick se acerca para ver mejor. Se trata de un sobre con su nombre en el anverso, escrito en una letra grande y corrida que no conoce. Temeroso de pronto, la sostiene un momento, rompe el lacre con dedos temblorosos, desdobra la única hoja de papel y empieza a leer.

No lleva más de dos líneas cuando se pone a gritar.

Son las seis de la tarde de ese viernes ocho de junio. La mansión de ladrillo de Gramercy Park vuelve a estar en calma. Antes ha habido sonidos, sonidos desconcertantes, estridentes y repetidos en la oscuridad, como temblores en el aire muerto, pero ya han cesado hace tiempo y el silencio susurrante ha regresado. El silencio no se rompe cuando la puerta se abre una vez más, porque el hombre que acaba de entrar a toda prisa es mucho más discreto que el visitante anterior, y se mueve por el vestíbulo como una sombra entre las sombras.

Es delgado y no muy alto, y los cabellos que refleja brevemente el sol al abrirse la puerta son grises como el acero. Tras una pausa para quitarse las botas, prosigue descalzo su camino silencioso y sube la escalera pisando con cautela, porque aunque está seguro de que el viejo ya ha estado ahí y ha vuelto a irse, prefiere evitar sorpresas.

Ha venido para asegurarse de que no se les ha pasado nada por alto. Debería haberlo hecho ayer tarde, dejando un margen de seguridad de veinticuatro horas entre él y Chadwick, pero la rotura de una tubería en la cocina de la casa nueva le desbarató los planes, y por eso está aquí ahora, para proteger a la joven *signora* que acaba de entrar en la vida del maestro Alfieri. Será una breve visita —una rápida inspección a los armarios y cómodas, un vistazo final por la alcoba y el baño— y volverá a irse, a salir de esa bóveda de mármol en la que todo resuena como un eco y a salir de nuevo a la luz del sol.

Cuando el maestro y la novia se fueron para iniciar su luna de miel, él y los otros dos criados habían ido piso por piso, habitación por habitación, cerrando todas las ventanas y los porticones, corriendo todas las cortinas, dejando la casa de nuevo en su estado de eterna tiniebla. Ahora, cuando llega al rellano del tercer piso, se gira en dirección a la habitación de la que fue señorita Adler, contando con la mano las puertas al pasar frente a ellas, para no desorientarse en la oscuridad del pasillo. Pero hay luz, y proviene de alguna ventana. La claridad entra hasta el pasillo desde el lugar donde debe de estar la puerta de la habitación que está buscando. En guardia, avanza de puntillas y mira hacia el interior.

Cinco minutos después, un Gennarino de gesto preocupado va en un carruaje de camino al centro de la ciudad, y con su inglés trufado de palabras italianas le pide al cochero que vaya más de prisa, más de prisa...

El día ha amanecido brumoso. El sol es una esfera plateada bajo las nubes color perla.

—Se disipará —ha dicho la señora Noonan, mirando el cielo con la mano sobre los ojos haciéndole visera—. Va a hacer un día magnífico. ¿Vendrán con nosotras a misa, *signore*?

—No, gracias —ha sido la sencilla respuesta de Mario—, Clara y yo no nos hemos casado por la Iglesia.

La casera, sin rastro alguno de censura en la voz, ha replicado:

—Entonces es el día ideal para ir al prado.

Y tiene razón.

Han salido hacia el mediodía y han extendido un mantel a cuadros sobre la hierba para el *picnic*, a la sombra de un roble viejo y retorcido, justo en el límite del bosque. Se escucha, muy lejano, el tañer de las campanas de la iglesia, que repican por la gloria del Señor, en su día. Alfieri sonríe. La tarde es calurosa y el aire se llena de zumbidos de los insectos que pueblan las hierbas altas. Si no va a poder volver nunca a una iglesia, hay sitios peores que éste, un campo de flores bajo el cielo azul, con su esposa descansando a su lado y su carita alzada al sol.

Ha acertado llevándola allí. La tranquilidad, la luz y el aire puro ya están obrando un pequeño milagro en ella. Está recuperando el apetito. Ha tenido bastante que ver en la desaparición del contenido de la cesta que la señora Noonan les ha preparado esta mañana, así que el empleado que han contratado para transportarla hasta el prado no tendrá que llevar mucho peso en el camino de vuelta. Por lo que se refiere al sueño, seguiría durmiendo indefinidamente de no ser porque él la despierta tantas veces, cada noche...

Alfieri apoya la espalda en el tronco, cierra los ojos y atrae a Clara hacia sí. Ella suspira y se acomoda a su lado, agarrándole la mano y entrelazando los dedos con sus dedos.

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí para siempre —dice Clara—. Así como ahora.

—¿Aquí? —le pregunta con fingida seriedad—. ¿Cómo ahora? Podemos intentarlo, amor mío, pero creo que dentro de unos días empezará a pensar que es mejor que tengamos baños separados...

Clara se ríe y él le besa en el pelo y la atrae más hacia él.

—Mi pequeña, hace sólo cuatro días te quejabas porque no había cuadros en las paredes de nuestro dormitorio.

—Ya lo sé —murmura— pero eso era antes...

Mario le levanta la barbilla y la mira desde arriba. Tiene el rostro sereno y relajado, y él le aparta los rizos de la frente, maravillado de que en sólo cuatro días el cambio haya sido tan espectacular: a sus mejillas ya está volviendo el color y le están saliendo algunas pecas sobre la nariz casi por arte de magia. Pero, más importante que lo que ha añadido a su cuerpo es lo que le ha abandonado: la rigidez de sus miembros, el miedo terrible que se asomaba a los ojos que ahora le sonríen. «Querida mía —piensa mientras le devuelve la sonrisa—, ¿cuándo ha sucedido? Finalmente te has librado de su carga.»

—¿En qué estás pensando? —le pregunta Clara.

—En que casi es la hora de volver.

—No, Mario —suplica ella—. Aún no. Aún es pronto.

El tenor menea la cabeza y sonríe.

—¿Es que no recuerdas que tenemos visita? El telegrama del señor Buchan decía que él y su esposa estarían aquí a la hora de la cena. Si queremos estar listos cuando lleguen, no podemos tardar mucho en volver.

Clara frunce el ceño al recordarlo y él le pregunta, sorprendido:

—¿Qué pasa, cariño? ¿Es que no te gustan?

—Claro que sí. Se han portado tan bien con nosotros. Pero llevamos tan poco tiempo aquí que aún no me apetece tener visitas.

—Sólo van a quedarse esta noche. El telegrama del señor Buchan decía que tiene que hablar conmigo urgentemente sobre un asunto..., y supongo que no serás tan poco amable, *madonna*, como para hacerle irse de inmediato, cuando viene desde tan lejos. Y la señora Buchan, que te aprecia tanto...

—No, claro que no. —Su suspiro, esta vez, es de sincero lamento—. Bueno, siempre podemos volver otro día, ¿no?

—Cuando tú quieras.

—¿A hacer otro *picnic*?

Alfieri le acaricia el pelo.

—Creo que tendríamos que dejar los *picnics* para los domingos.

El sol ya está bajo en el poniente cuando llegan los invitados. Alfieri los recibe al pie del sendero y ayuda a la señora Buchan a bajar de coche descubierto antes de estrechar la mano que le tiende su marido.

—Ha recibido mi telegrama —dice el abogado.

—Ayer. Me alegro de volver a verlos.

—Miente usted muy bien —replica Buchan secamente, mientras avanzan camino de la casa— pero no me lo creo. No tan pronto, al menos. A

mí no me gustaría que nadie interrumpiera mi luna de miel. Perdónenos y créame, *signore*, si le digo que no estaríamos aquí si no necesitara hablar con usted.

La señora Buchan pregunta, simplemente:

—Y díganos, ¿cómo está su esposa?

—Creo que bien. Pero prefiero que juzguen por ustedes mismos —responde Alfieri al ver que Clara aparece en el porche.

—¡Querida! —exclama la señora Buchan tendiéndole las manos—. ¡Tienes un aspecto estupendo! La lleva hacia la luz para verla mejor y la admira con asombro.

La joven lleva un vestido azul claro y una cinta de un tono más fuerte sobre el pelo oscuro y brillante. La señora Buchan le toca la cinta, le acaricia la cara con suavidad.

—Tienes un aspecto estupendo —repite.

—Veo que usted también nota la mejoría —comenta Alfieri sin apartar la vista de los ojos de su esposa—. Gracias. Tenía miedo de que sólo fuera producto de mi deseo de verla bien.

—Pues no, se nota a simple vista.

—Sí, se nota —coincide el señor Buchan, que recuerda a la novia pálida de hace menos de una semana.

—*Cara* —dice Alfieri —¿por qué no llevas a la señora Buchan a nuestra habitación? Estoy seguro de que estará cansada tras el largo viaje y querrá descansar un poco. El señor Buchan y yo estaremos unos minutos en la salita para hablar de este asunto urgente que le ha traído hasta aquí.

Libre del escrutinio de los demás, Clara entra en el vestíbulo mirando agradecida a su esposo y seguida de la señora Buchan. Alfieri y e abogado se dirigen a la salita.

—En honor a su visita —comenta el tenor— la señora Noonan está preparando lo que para ella es una cena tardía, así que aún tenemos un rato para conversar antes de pasar al comedor.

—Ya lo estoy deseando —responde Buchan, que mira a su alrededor complacido y suspira de alivio cuando por fin se sienta en una butaca.

—Si la señora Noonan atendiera a razones, le conseguiría un puesto de cocinera en casa de un abogado y de su esposa. Pero, por extraño que parezca, se niega a dejar este sitio y a volver a la ciudad.

Observa atentamente a Alfieri cuando éste le tiende una copa de coñac.

—Sé que no se ofenderá si le digo que tiene todo el aspecto de un recién casado: feliz, atento, y más que un poco fatigado.

Alfieri se ríe y se sienta a su lado.

—La fatiga es resultado de los largos paseos que hacemos para que Clara vaya recuperando fuerzas. Por eso sus mejillas han recuperado algo de color. Pero como yo soy mucho más viejo que ella, el mismo ejercicio a mí me agota.

Buchan también se ríe.

—Qué bien miente, *signore*, ya se lo he dicho. Pero no se olvide de que yo también he estado recién casado. De todos modos, si esa es la historia que desea contarle a la gente, adelante.

Levanta la copa a modo de brindis, da un buen trago de coñac y, acto seguido, se pone serio de golpe.

—Bien, vayamos al grano. Deseo acabar con esto cuanto antes, para que podamos disfrutar del resto de la velada. Pero déjeme empezar diciéndole que me alegro que se encuentren lejos de la ciudad y que vayan a seguir lejos un buen tiempo. Ha ocurrido un desagradable incidente.

Alfieri pregunta con voz pausada:

—Se trata del señor Chadwick, ¿verdad? Lo supe desde que recibí su telegrama. ¿Está bien Gennarino? ¿Y los demás?

—Todos están bien.

—¿Entonces?

—Hace dos días recibí una inesperada visita en mi despacho. Sí, tiene razón, era el señor Chadwick. Acababa de venir de casa del señor Slade, donde había descubierto que la señorita Adler había huido... y donde había encontrado su carta. —Buchan se inclina un poco hacia delante—. Oh, *signore, signore* —dice, meneando la cabeza—, eso ha sido un error.

—¿Fugarme con mi mujer? —pregunta Alfieri en broma, aunque el comentario no divierte a Buchan.

—¿Por qué no me comentó nada de la carta antes de escribirla? —dice el abogado—. Nunca quedamos en que haría algo así. Acordamos que dejaría que fuera yo quien se lo comunicara al señor Chadwick.

—A mí ese acuerdo nunca me gustó del todo, señor Buchan, y usted lo sabe. Ese era un asunto entre el señor Chadwick y yo.

—Y por eso le dejó una carta explicándole lo que había hecho.

—Sí, me pareció mejor que desaparecer sin más con mi esposa, como si casarnos fuera un acto vergonzante.

—¿De veras, *signore*? ¿Prefirió restregárselo por la cara en el mismo momento en que él descubría que la esposa de usted se había largado? ¿Le pareció que era una buena idea?

—Me pareció más cortés.

—Le pareció más cortés —repite Buchan con impaciencia—. Pues yo podría explicarle qué le pareció a él, pero no deseo ensuciar el aire de esta sala. Se lo advierto, *signore*. Este hombre va a ser un enemigo peligroso. ¿Sigue sonriendo? ¿Cree que exagero? Chadwick no es de los que encajan bien una derrota. En realidad, es de los que no la encajan en absoluto.

Alfieri sigue sin preocuparse.

—Está bien, señor Buchan, lo siento. Eso es lo que quiere que le diga, ¿no? Pues lo siento, lamento mucho haber dejado una carta para él...

—Eso es precisamente lo que me da miedo, que tenga que lamentarlo,—... pero me parece increíble que haya venido hasta aquí sólo para

reprenderme por haber sido algo brusco con el señor Chadwick, cuando si lo he hecho ha sido para librar a mi esposa de un hombre que la atormenta. ¿Qué es lo que puede hacerme? ¿Llevarme a juicio, tal vez? ¿Por qué? No le debo dinero a nadie. No he infringido ninguna ley. Me he enamorado y me he casado, cosas que, hasta donde me consta, no son delitos, ni siquiera en Estados Unidos, ni siquiera en Nueva York. Y aun a riesgo de parecerle vanidoso, le diré que si estoy en este país es por la invitación que me han hecho muchas personas relevantes, personas con las que estoy seguro que ni siquiera el señor Chadwick desea enfrentarse. Y, dentro de un año, volveré a Europa con mi mujer. ¿De qué manera puede perjudicarme?

Buchan lo mira fijamente.

—¿No lo sabe? —le pregunta en voz baja—. ¿No lo adivina? ¿Usted, tan clarividente, con tanto mundo? Me asombra, *signore*. Para hacerle daño a un hombre, se lo golpea allí donde es más vulnerable. ¿Qué es para usted la cosa más valiosa del mundo?

La sonrisa de Alfieri se disipa cuando entiende lo que le está insinuando su abogado.

—Pero eso no es posible —susurra—. Usted mismo me dijo que no tendría modo de recuperarla. Me dijo... me prometió que... señor Buchan, que no podría arrebatármela. —Ahora el pánico ha hecho presa del rostro del tenor—. ¿Me está diciendo que se equivocaba? Me dijo que, una vez que ella fuera mi esposa, ningún tribunal del país podría deshacer el matrimonio.

—Y lo mantengo.

La cara de Alfieri está blanca de ira.

—¿Entonces me está asustando por nada! ¿Por qué, señor Buchan? ¿Cuál es el motivo?

—Escúcheme bien, *signore*. Cuando Chadwick vino a verme apenas parecía un ser racional. Y, desde luego, no había en él nada racional cuando profirió amenazas contra usted en presencia de testigos. Sí, amenazas. —Menea la cabeza al recordar la escena—. No fue una entrevista agradable, siguió vociferando hasta que le advertí que lo echaría de allí sin contemplaciones. Entonces se fue, por su propio pie, pero no antes de prometer, sin que quedara ninguna duda, que lo destruiría..., y con usted a su esposa.

—¿Cómo? —pregunta Alfieri.

El abogado le mira fijamente.

—Le he dicho que no se comportaba de manera racional, *signore*, no que fuera tonto. Chadwick nunca habría revelado sus intenciones, a menos que quisiera confundirnos deliberadamente. Yo sólo he venido para advertirle de lo que dijo y para informarle de lo que su criado, Gennarino, vino a comunicarme aquel mismo día, algo más tarde. Primero fue a mi despacho, pero como yo ya me había ido, se acercó hasta mi casa. Quería alertarme —para que yo le informara a usted— de lo que había visto.

Alfieri mira a su interlocutor.

—¿Visto dónde?

—En casa de Slade. Su criado había vuelto a Gramercy Park aquella misma tarde, seguro de que el señor Chadwick ya se habría marchado para hacer una última inspección en busca de cualquier cosa que su esposa pudiera haberse dejado olvidada.

—¿Y por qué el viernes? —replica Alfieri secamente—. Le ordené que fuera el jueves, para evitar riesgos innecesarios.

—El hombre propone y Dios dispone, *signore*. Se rompió una cañería en la cocina de su nueva casa y tardaron un día entero en repararla. Como su criado no conocía a los fontaneros, lógicamente no quiso dejarlos solos en la casa con todas sus pertenencias.

Alfieri asiente.

—Siga.

—Por tanto, su criado volvió el viernes. Dé gracias a Dios que esa cañería se rompiera y que llevara todo un día arreglarla. Gennari no me dijo que cuando entró en las estancias de la señorita Adler las encontró muy —vacila, intentando recordar las palabras exactas— muy destrozadas, como si un loco hubiera estado en ellas, con todos los muebles volcados y rotos, los cuadros y los espejos hechos pedazos, las cortinas arrancadas de las ventanas...

Buchan hace una pausa, invocando toda su capacidad de descripción.

—Y sobre la chimenea, el retrato de la señorita Adler estaba, literalmente, hecho añicos. Lo que quedaba del lienzo colgaba en tiras de marco, que también estaba roto por todas partes. Quien fuera que hubiera hecho aquello, lo había zarandeado con tal furia que la pared de alrededor estaba muy rayada. El mármol de la repisa también estaba roto por muchos sitios. El mármol es un material bastante frágil, *signore*, pero las paredes de esa casa son de escayola pura. No se agrietan con facilidad. En el suelo, justo al lado, encontró una de las tenazas para el fuego terriblemente dobladas y arqueadas, y le pareció claro que había sido el arma con la que había causado todo aquel destrozo.

Prosigue relatando el incidente.

»Yo, claro está, me limito a repetirle lo que él me contó. Pero debo informarle de que estaba temblando como una hoja por lo que decía haber visto. Me dijo que parecía que hubieran golpeado aquel retrato hasta la muerte...

Los dos hombres se quedan callados, imaginando tanta destrucción.

—No albergo dudas sobre quién lo hizo —dice por fin Buchan—. Y estoy seguro de que usted tampoco. Le confieso que estoy preocupado.

Alfieri niega con la cabeza.

—Pero es que no es posible. Incluso si el señor Chadwick estuviera fuera de sí, no se pondría en una situación comprometida intentando hacerle daño a ella, ¿no cree?

—No sé si me ha estado escuchando, *signore*. El señor Chadwick no es tonto, y valora su propia vida tanto como cualquiera, si no más, pero desea vengarse. De todos modos, a pesar de haber destrozado la habitación, a pesar de lo que dijo en mi despacho, no creo que intente hacerles daño físicamente a ninguno de los dos. No es su estilo. Será más discreto, más sutil.

—¿Y qué hará, señor Buchan?

—Si lo supiera, *signore*, no estaría aquí molestándole en su luna de miel. Sólo sé decirle que espero alguna forma de represalia, y que esa suposición está basada en gran medida en lo que me contó su criado. Con todo, usted lo conoce mucho mejor que yo. ¿Es de los que se entregan a fantasías delirantes?

—¿Gennarino? —Alfieri sonríe vagamente—, Gennarino lleva quince años conmigo. Tiene la cabeza en su sitio. Es tan sensato como el que

más.

—Sí, eso me pareció a mí. Y por eso estoy preocupado. Porque cuando me contó lo que había visto, *signore*, estaba asustado. Y cuando un hombre como él se asusta, entonces es que hay motivos para asustarse.

En el silencio de la sala, los hombres oyen el murmullo de la voz de las mujeres a través de las ventanas abiertas y la risa súbita y limpia de Clara.

—*Signore*, nunca se lo he preguntado hasta ahora, porque no he tenido la necesidad, claro. Pero dígame, si no le importa, ¿hasta qué punto está al corriente de la historia de su esposa antes de su llegada a casa del señor Slade?

Con su gesto, Alfieri revela que no sabe nada.

—Poco —dice—, muy poco. Llevamos tan poco tiempo juntos. ¿Por qué me lo pregunta?

—Me gustaría investigarlo, si es posible. Es algo que sólo haría con su permiso, claro..., pero ese conocimiento podría resultarnos útil.

—¿En qué sentido, señor Buchan?

El abogado se queda un instante pensativo.

—Hay muchas maneras de hacer daño, *signore*.

Contra este calor no hay nada que hacer. La sombra aliviaría, pero aquí no la hay; sólo campos desnudos, llanos, bajo el sol inclemente de julio que golpea la tierra y todo lo que se arrastra sobre ella. Al moverse, el aire denso sólo sirve para llamar la atención sobre el sudor, que empapa la camisa y hace que se pegue a la espalda, y resbala por la frente hasta meterse en los ojos. Bajo las ruedas del carro y los cascos del caballo, que sigue un trote lento y cansino, el camino ardiente se cubre de una fina capa de polvo que se pega a los rostros brillantes y a las manos húmedas, y penetra en los pliegues de la ropa. Lentamente, a medida que el carro da la curva, se intuye una casa entre la neblina, inmaterial en un momento, real al siguiente, haciéndose cada vez más visible a medida que está más cerca.

La casa debe de haber sido imponente en otro tiempo, con su tejado de aguas muy pronunciadas y sus largos ventanales, pero los años no han sido benévolos con ella. Aunque aún hay vestigios de alguna poda en los setos, como para demostrar que a sus habitantes aún les queda algo de respeto por sí mismos —aunque bastante maltrecho—, los peldaños de la escalera de entrada están hundidos, y las cigarras chillan entre las malas hierbas que pueblan lo que debieron ser espacios destinados a las flores. La pintura de la casa, en otro tiempo blanca, acusa el paso del tiempo y sus inclemencias, y se desconcha en muchas paredes. Vista desde la carretera, a la decadencia general hay que sumar la hiedra impenetrable que engulle los pilares y el tejadillo del porche, y que da a la casa el aspecto de una mujer ajada y desaliñada a la que el pelo le cayera sobre los ojos.

A la izquierda de la ya inexistente verja, el buzón apenas deja leer un nombre: «Fauvell».

El caballo, agotado, convierte su trote cansino en un paso aún más lento, para acabar deteniéndose, con la testuz inclinada, ante el sendero que conduce a la casa, como si la extenuación hubiera vencido finalmente sobre el buen sentido y la voluntad del cochero. Pero ese hombre sudoroso, no menos cansado que su caballo, baja a peso el enorme maletón del coche y lo arrastra por el sendero con cierta dificultad. Antes de llegar al porche, se le cae un par de veces al suelo, porque la fina piel de que está hecha se le resbala de las manos húmedas.

El único ocupante del carruaje se muestra muy tolerante con la torpeza del cochero, a juzgar por la ligera sonrisa que esboza. Él sigue sentado, y los pequeños ojos tras los lentes se entretienen escrutando la casa, tan insensible al calor y a los esfuerzos de su empleado con el equipaje como cualquiera de las piedras del camino. Sólo cuando el cochero deja la maleta en el porche y se queda un momento, jadeante, con las manos apoyadas en las rodillas, el pasajero se levanta y se baja del vehículo.

—Buen hombre —dice en tono amable y sin dejar de sonreír mientras sube los desvencijados peldaños con la ayuda de su bastón de mango dorado, pisando con precaución para esquivar los sitios en los que la madera está tan podrida que no soportaría su peso considerable—. Tengo que darle las gracias. Había llegado a creer que mi maleta seguiría siempre inmaculada, pero usted le ha dado el toque necesario para que parezca usada en su justa medida. Le felicito por su proeza.

El cochero se seca el sudor de la cara con una manga y se mueve, incómodo, murmurando disculpas, pero su pasajero es hombre de exquisita sensatez, y hace el gesto de no dar importancia al suceso moviendo las manos como para ahuyentarlas de su lado.

—No, no. Estas cosas pasan. Sin embargo, a la luz del daño causado, está por supuesto fuera de toda duda que no voy a pagarle por sus servicios. —Vuelve a sonreír, todo magnanimidad—. Pero no quiero que piense que le guardo ningún rencor por un percance tan nimio.

Y le doy permiso, por tanto, para que mañana venga a buscarme y me lleve de vuelta a la estación. Pásese por aquí puntualmente a las nueve y cuarto de la mañana. No me gustaría perder el tren... ya usted tampoco le haría mucha gracia que lo perdiera, eso se lo aseguro.

Con un movimiento despectivo de la mano enfundada en un guante blanco, le ordena que se retire y el cochero baja a toda prisa los escalones y se monta en el carruaje, contento por haber salido del trance con la sola pérdida de sus honorarios. Cuando ya se aleja, la puerta de la casa se abre, y asoma la cabeza una criada de aspecto tísico.

—¿Es usted el señor Chadwick? —pregunta, y el hombre, aún sonriendo, se da la vuelta al oír su nombre y, quitándose el sombrero, entra en la casa.

El calor ha llegado antes que él, a pesar de las ventanas y los porticones cerrados, como si se hubiera colado sin que nadie lo invitara, y el aire rancio y pesado huele ligeramente a mohó. Los zapatos de Chadwick resuenan en el desnudo entarimado del suelo mientras la sirvienta le conduce hasta el piso de arriba y le guía por varios pasillos austeros y estrechos que dan a habitaciones en penumbra, sin absolutamente nada entre las cuatro paredes, y le lleva, finalmente, hasta una estancia que aparece al doblar una esquina.

Está tan llena de alfombras, cojines, guirnaldas, almohadones, borlas, telas, cobertores, tapetes, chales y cortinas, que el ojo humano es incapaz de discernir ni un solo ángulo recto o determinar dónde pueden estar las ventanas. Una miriada de aparadores, vitrinas, cómodas, mesas, armarios y estantes se alzan como islotes en ese mar de tela. Y sobre todas las superficies horizontales aparecen objetos procedentes de todo lo largo y ancho de este mundo: bustos de mármol, hornacinas con flores secas, urnas, detalles de madera labrada, espejos, estatuillas, plumas de pavo real, pisapapeles, conchas marinas, estiletes, platos decorativos, relojes, miniaturas de cristal, cajitas taraceadas, máscaras pintadas, frutas de cera, marcos de cuadros, abanicos orientales, jarrones; como si la casa hubiera sido levantada a peso por un gigante, puesta de lado y agitada con fuerza, haciendo que el contenido de las demás habitaciones hubiera ido a parar a ésta, creando ese abigarramiento total.

—Es el señor Chadwick —dice la criada sin atreverse a entrar, tal vez por miedo a perderse entre tal profusión de objetos, y acto seguido desaparece, dejando a Chadwick, cuyos ojos no son capaces de distinguir a ninguna persona en medio de ese caos, a la espera de ver o de oír a alguien.

La voz, finalmente, llega de algún lugar situado aproximadamente en el centro de la habitación, y se acompaña de un movimiento de algo, una figura redondeada, que se eleva desde una de las sillas y se pone de pie.

—Vaya, señor Chadwick —dice la figura extendiendo una mano—, cuánto tiempo sin vernos, ¿verdad?

Avanzando con cautela por entre el desorden, Chadwick alcanza la mano extendida y hace una ligera inclinación de cabeza.

—Señorita Pratt —responde—, es verdad que ha pasado mucho tiempo.

La señorita Pratt es blanca y rosada, tiene el pelo amarillo, más que rubio, y unos ojos que, aun en medio de la penumbra, conservan un azul brillante como de porcelana. La nariz es respingona, y la boca, pequeña como el capullo de una rosa. Pero esa cara bonita no se corresponde

con la corpulencia del resto de su físico, que desafiaba cualquier intento de contenerlo con corsés como el que lleva, que le oprime la parte central de su abdomen pero que obliga a la carne a extenderse por cualquiera de los dos extremos. Incluso sus manos, muy cuidadas y con las uñas pintadas de rosa, son rechonchas y gordas. Como ocurre con muchas personas entradas en carnes, es difícil adivinarle la edad, y alguien que no la conociera la situaría entre los veinte y los treinta y cinco. Chadwick, que la conoce, sabe que tiene exactamente veinticuatro.

La señorita Pratt le hace un gesto para que se siente en un diván casi enterrado entre un montón de cojines, y ella vuelve a hundirse en las profundidades de su butaca, arreglándose con coquetería las faldas a la espera de que el señor Chadwick empiece a hablar.

Él la estudia unos instantes.

—Parece que los años no pasan por usted, señorita Pratt. Se lo digo sinceramente, no ha cambiado nada.

El sonido de su voz, arropada por todas esas cortinas, telas y almohadones, adquiere un tono sordo en el aire enrarecido de la estancia.

La joven le mira con los ojos muy abiertos.

—Lo dice para halagarme, claro. Deben haber pasado... ¿cuántos años, señor Chadwick? Creo que más de cinco. La última vez que no vimos...

—Fue en el funeral de su querida madre, sí. Lamento que el trabajo me haya mantenido tan ocupado estos años y de no haber podido venir antes. Sí he sacado algo de tiempo para escribirle, pero incluso mis cartas han sido menos frecuentes de lo que habría deseado.

—Aun así, me ha gustado recibirlas. De no ser por ellas, a veces me habría preguntado si mi doncella y yo somos los únicos habitantes de la Tierra. —Suspira, se hunde un poco más en la butaca y empieza a mirar a su alrededor—. El mundo nos ha dado la espalda, señor Chadwick, y ni mis vecinos quieren saber nada de nosotras. Y no es que el sentimiento no sea mutuo, no sé si me entiende. Y todo por el modo en que mi padre y mi hermano murieron. Morir violentamente, lejos de inspirar compasión, pareciera algo vergonzoso. No, el mundo no nos quería ni a mi madre ni a mí. Y yo he acabado devolviéndole el cumplido. Poco a poco me he ido retirando de él cada vez más, y ahora ya casi no salgo de esta habitación.

La mirada de Chadwick sigue la de ella.

—¿Por eso ha reunido aquí todas las pertenencias de su padrastro?

—Sí, sus tesoros. Todo lo que fue adquiriendo durante sus viajes cuando era joven, antes de empezar a dedicarse a la enseñanza, antes de casarse con mamá e instalarse aquí con nosotras. Es una colección inmensa, como puede ver, y yo me he dedicado a etiquetar todos y cada uno de los objetos y anotar en un registro la información referente a ellos, para que las futuras generaciones lleguen a respetar a ese hombre al que sus contemporáneos despreciaron con tanta crueldad.

Chadwick asiente con la cabeza.

—Un sentimiento muy noble, claro que sí, unido a una noble tarea. Su entrega debería servir de modelo a los hijos y las hijas del mundo entero, señorita Pratt, y más teniendo en cuenta que el señor Fauvell no era su padre natural.

—¿Y qué padre natural ha querido a su hija más de lo que él me quiso a mí?

El abogado tiene tiempo para meditar la respuesta a solas, porque la señorita Pratt debe, por causa de su delicado estado de salud —su peso hace que el calor le resulte difícil de soportar— reposar durante la parte central del día; y así, después de tomar un ligero almuerzo servido en bandejas allí mismo, entre el legado del señor Fauvell, se retira a su alcoba, una pequeña estancia que da directamente a la sala del tesoro, para echar una cabezada hasta que llegue el aire algo más fresco del atardecer.

Pero Chadwick, que ha deshecho su equipaje en la habitación que le han asignado —un aposento del piso superior que huele a cerrado y no está demasiado limpio, y que a la señorita Pratt le ha parecido convertir en habitable al ubicar en su interior lo que ella misma ha definido como «la crema» de la colección de su padrastro— se aprovecha de la ausencia de su anfitriona para caminar por sus propiedades e inspeccionar el daño que el tiempo y los elementos han causado en ellas.

Le vienen al recuerdo épocas más prósperas, poco después de que Fauvell se hubiera instalado allí, dispuesto a restaurar la finca, el pequeño racimo de edificios y los pocos acres de tierra que los rodeaban, con el dinero que le había dado la escuela para convencerle de que dejara su puesto de manera discreta. Chadwick había representado a la escuela en aquellas negociaciones y, a pesar de la opinión de su exaltada hijastra, sabía hasta qué punto las acusaciones que se habían vertido sobre él eran comprometedoras. Pero había que reconocer, dejando de lado aspectos morales, que el hombre había demostrado tener los nervios de acero. Si la escuela no hubiera decidido comprarlo con dinero, se habría defendido en los tribunales, insistiendo en enfrentarse a sus acusadores cara a cara. Se trataba de una estrategia descarada, pero que le había dado muy buen resultado, porque el valor de su destrucción tenía que sopesarse contra la vergüenza cierta a la que se sometería a las niñas. ¿Y qué padre cerraría así la posibilidad de que su hija contrajera en el futuro un matrimonio honorable admitiendo su participación en algo tan sórdido —en especial a una edad tan tierna—, existiendo, como existía, otra solución?

Chadwick se encoge de hombros mentalmente y sigue caminando por el sendero descuidado hasta los edificios anexos. Fauvell había apostado y ganado. Había renunciado a su cargo en la escuela con su dignidad y su reputación intactas, y se había retirado a ese lugar para iniciar una nueva vida como acaudalado propietario de tierras, viviendo del patrimonio que su mujer había heredado de su primer marido. Así, no había habido razón alguna para la alarma (ni nadie a quien el tema le preocupara lo bastante como para alarmarse) cuando él —Chadwick— lo dispuso todo para que la niña Adler acudiera a esta casa a completar su educación. En realidad, aquel acuerdo había sido ventajoso para todos los implicados excepto, tal vez, si uno se paraba a pensarlo, para la niña.

Está claro que el momento escogido no podía haber sido más acertado. Henry Slade ya se había avenido a apartar a la niña de la familia de su madre, donde a todas luces era muy desgraciada, e internarla —a expensas de su familia— en algún sitio para que ampliara sus estudios. El caso es que sus parientes estaban tan impacientes por librarse de ella que se mostraron dispuestos a pagar lo que fuera para que se marchara. Por otra parte, la elección del lugar quedó enteramente en manos de Chadwick, por lo que Clara acabó recalando en la casa, única alumna de una escuela individual, muy apartada de todas partes, en medio de las solitarias llanuras del sur de Nueva Jersey, lejos de los demás vecinos, y con la sola compañía de Lucy y su madre —una inválida amargada—, y de Edward Fauvell, su profesor.

Los delicados botines de Chadwick crujen al contacto con la grava. Los edificios abandonados forman un semicírculo irregular frente a él —la cocina de verano, la nevera, el cobertizo de las herramientas, el establo, el cobertizo para los coches— de vigas medio podridas y bisagras oxidadas, de cristales rotos y puertas invadidas de vegetación y muros derruidos. Abriéndose paso entre montañas de escombros, entra finalmente en el edificio que ocupa el extremo derecho del conjunto.

El único vestigio de los coches y los carros que en otro tiempo ocuparon ese aposento oscuro y fresco es una rueda de madera rota y medio enterrada en el polvo que descansa sobre un lecho de malas hierbas que brotan entre los radios. Chadwick camina por el cobertizo, levantando

nubes de polvo a cada paso y escuchando los golpes secos y las carreras asustadas de las pequeñas criaturas que han hecho de ese sitio su hogar. Al fondo se ve la escalera que conduce a la habitación cubierta de hiedra en la que en otro tiempo dormía un cochero.

Chadwick sube la escalera, abre la puerta y entra en la estancia vacía y espaciosa. El calor de la tarde, que cae directamente sobre el tejado de cinc, es sofocante. Al fondo, a la derecha, donde el tejado se inclina para unirse con el suelo, ve una puerta de madera totalmente abierta que da a un cubículo mucho más pequeño que se compone sólo de las cuatro paredes, el suelo y el techo.

Un lugar en el que es imposible esconderse.

Aquí el tejado es bajo, apenas lo bastante como para que un adulto esté de pie, y como el sol entra inclemente por las dos ventanas de vidrios temblorosos, el lugar es poco menos que un horno. Pero las paredes sucias están salpicadas de miles de gotas de colores que brillan como joyas sobre la cal levantada, y Chadwick, indiferente al calor, agacha la cabeza y entra. Sus pasos hacen temblar el suelo de tablones, y una docena de prismas de cristal —los juguetes de algún niño— ensartados en una cuerda que cuelga de ventana a ventana, brillan y centellean al sol, descomponiéndose en diminutos arcos iris que bailan y tiemblan a su alrededor. Un tábano se estrella, obcecado, contra las ventanas.

Se percata al momento de las manchas: marrones, oscuras, casi negras, impregnadas en los tablones de madera que se pierden tras la puerta. Una brusca salpicadura de color óxido en la pared de enfrente que alguien ha intentado en vano eliminar con una esponja. Parecen fascinarle. Observa el suelo manchado, pasa la mano por la pared sucia. De los dedos se le desprenden unos pelos.

Aquí fue, entonces. Aquí es donde sucedió. Aspira profundamente el aire ardiente y se pregunta a qué debía oler ahí aquella otra tarde de julio, hace seis años. El calor habría sido el mismo.

Agachando de nuevo la cabeza, sale del cubículo y vuelve a entrar en la habitación. Saca un pañuelo y se limpia las manos distraídamente. Pero en ese momento se detiene y recuerda algo que casi había olvidado. Vuelve sobre sus pasos y se acerca a la ventana. Agarra uno de los prismas de cristal de la ventana y tira de la cuerda que lo mantiene unido al resto. Durante unos instantes, miles de puntos de colores corren sin rumbo por las paredes, y luego el viejo hilo cede y los pequeños prismas caen al suelo como si fueran pedazos de hielo. Los arcos iris se desvanecen de pronto.

Complacido, Chadwick se mete el trozo de cristal en el bolsillo y deja el cubículo a la suerte del insecto, que sigue golpeando la ventana en su intento de salir. Sólo la mancha de óxido presta color a las paredes desnudas.

—Ha sido muy amable —le dice a la señorita Pratt cuando terminan la cena—. No me ha preguntado por qué un hombre que lleva cinco años sin verla y que le ha escrito muy poco en todo este tiempo, le envía una nota de repente y solicita verla.

Ella se limpia con delicadeza los labios con la servilleta.

—Confío plenamente en usted, señor Chadwick. Sabía que no me relegaría mucho tiempo a las tinieblas —dice sonriendo, mientras sirve el café y le alarga la taza al abogado.

Están sentados frente a una mesilla pequeña y redonda en medio del desorden de la sala del tesoro. Los lugares que ocupan parecen haber sido vaciados de entre la masa abigarrada que los rodea. La señorita Pratt cruza sus manos rechonchas sobre la mesa y observa al abogado con atenta atención y los ojos candorosos muy abiertos.

—Por eso, para no prolongar el suspense —prosigue Chadwick—, quiero decirle que tengo noticias sobre Clara Adler que me gustaría compartir con usted.

La tez rosada de la joven enrojece al momento, los ojos azules parecen salirse de las órbitas. Aspira hondo varias veces, como si de golpe respirar se le hubiera hecho difícil.

—Disculpe si me he alterado un poco —comenta al fin entre risitas nerviosas y poniéndose la mano en el cuello—. Usted más que nadie es capaz de entender lo difícil que me resulta oír ese nombre pronunciado en esta casa.

—No me cabe duda —conviene Chadwick—. Pero es que lo que tengo que decirle aún le va a resultar más duro, aunque si hay alguien que tiene derecho a saberlo, esa es usted.

La señorita Pratt lo mira, boquiabierta, y él se le acerca un poco más.

—Las cosas le han ido bastante bien. Ha crecido y ha prosperado, y se ha casado hace poco.

—¿Casado? —exclama ella en un tono que parece más bien un grito seco—. ¿Se ha casado? —Los labios carnosos se hacen más duros y más finos y empieza a temblarle la papada.

Chadwick asiente con la cabeza, comprensivo.

—Ya me parecía que le interesaría saberlo. Y no creía que fuera el tipo de noticia que se da por carta.

La señorita Pratt le da la razón con un gesto afirmativo y se pasa la servilleta por la frente, intentando con esfuerzo mantener la calma.

—¿Con quién? —pregunta después de un rato—. ¿Quién se casaría con esa pequeña zorra? —Respira hondo y se incorpora un poco en la butaca, recuperando la postura anterior—. Pero bueno, en el fondo, a mí qué más me da. Nadie querría a alguien tan sucio y retorcido a menos que fuera igual que ella.

—Sí, eso es lo que uno pensaría —dice Chadwick sin perder la calma—. Pero los dos sabemos lo injusta que puede ser la vida, ¿verdad? No Lucy, me temo —y ojalá pudiera ahorrarse este momento— que... —Se interrumpe y empieza de nuevo—. Lamento tener que ser yo quien le diga que se ha casado con un hombre al que muchos consideran el no va más.

Parece que los azules ojos de la joven se le fueran a salir de las órbitas.

—Dígame, ¿quién es su marido? ¿Qué es?

—Es un hombre al que el mundo considera grande —responde Chadwick, que sonríe amargamente—. Un hombre importante, con talento apuesto y rico.

Cada palabra es como una estaca afilada que se clava en el corazón de la señorita Pratt.

—¿Y la escogió a ella? ¿Cómo es posible? Si nadie la ha querido nunca, ni siquiera su propia familia. Papá sólo la admitió aquí por compasión

eso usted ya lo sabe, ¿verdad? ¡Le dio lástima! Y cómo le devolvió ella el favor... ¡Nos lo devolvió a todos! Papá estaba en su plenitud cuando murió. Y mi hermano no había cumplido los veintiuno. Y cuando los dos murieron, ¿cómo iba a seguir viviendo mi madre, enferma como estaba? No, señor Chadwick, lo de mi madre fue otro asesinato, exactamente igual que si contra ella también hubieran apretado el gatillo.

Lleva mucho tiempo dándole vueltas al tema, y se nota que no le cuesta nada meterse en él. Su voz es cada vez más aguda y más estridente.

—¿Y yo qué? ¿Yo qué? Aquí estoy pudriéndome, sola, sin madre, sin padre, sin hermano, sola por culpa de esa bastarda, sin nada salvo estas... —gesticula con furia señalando a su alrededor— estas cosas que ve usted aquí..., ¿y ahora viene a decirme que ella ha encontrado la felicidad como esposa de un gran hombre?

—Pero, mi querida señorita Pratt, en el fondo, ¿qué podemos hacer nosotros al respecto?

Pero ella no le escucha.

—¡Seguro que no se lo ha dicho! —exclama enfurecida, golpeando la mesa con los puños—. ¡Seguro que se lo está ocultando! —Las mejillas de la señorita Pratt están surcadas de lágrimas y tiene los ojos húmedos—. ¡Pobre hombre! ¡Pobre hombre! ¡No es justo! Alguien tendría que decirselo, decirle con qué tipo de ser repugnante y venenoso se ha casado.

—Sí, tiene razón, alguien tendría que hacerlo.

—¿Y por qué no lo hace usted? —le pregunta gritando—. ¡Usted sabe lo que es!

El abogado protesta al momento.

—¿Yo? ¿Decírselo? Sí, lo conozco un poco, no mucho, claro, pero ¿quién soy yo, después de todo? Un extraño, nada más. No hay ninguna razón por la que yo...

Hace una pausa, mortificado por lo que dicen sus propias palabras.

—Me pone en evidencia, Lucy. Sí, me avergüenza. Usted, de naturaleza noble y finura de juicio, ha percibido al instante lo que yo, con toda mi experiencia legal, no he sido capaz de reconocer. Mi enfoque del asunto se ha limitado al punto de vista legal, pero usted lo ve —y con razón— desde el punto de vista de la justicia. Sí, ya le digo, tiene toda la razón. A ese pobre hombre hay que decirselo. Merece saberlo. —Inmóvil abatido, menea la cabeza—. Pero, aun así, ¿por qué habría de creerme? ¿Qué sé yo de la corrupción de su mujer?

—Entrecierra los ojos y se inclina hacia delante, como iluminado de pronto por una nueva idea—. Pero, ¿y si se lo dijera alguien que hubiera sufrido por ella en sus propias carnes? Piénselo, querida. Piense en el peso mucho mayor que tendría entonces esa revelación. —Se queda un momento esperando y contemplándola con la cabeza ladeada. Ella permanece en silencio y él suspira, perdido en sus pensamientos—. Pero, ¿quién lo haría? Su familia no, eso es seguro, puesto que no reconoce ni su existencia. ¿Quién queda, entonces? Si encontrara a alguien con el valor suficiente como para dar un paso al frente y ponerla en evidencia, tal vez yo estuviera dispuesto, en aras de la justicia —y porque estoy en deuda con ese hombre por un favor que me hizo en una ocasión—, estaría dispuesto, digo, a concertarle un encuentro con él.

Da un sorbo al café y observa los ojos azules que tiene delante que se regodean imaginando la escena. No le lleva mucho tiempo.

—Yo lo haré, señor Chadwick.

—Ah, Lucy, me encantaría que fuera sincera.

—Creo que es mi deber.

Chadwick deja su taza en la mesa.

—Ya sabe que con eso no conseguirá que los muertos vuelvan a la vida.

—No, pero ayudará a equilibrar la balanza.

Chadwick inclina la cabeza en señal de asentimiento. El mismo es un experto en hacer inclinar balanzas.

—Pero para hacerlo tendrá que salir de casa y pasar por el engorro de un viaje a Nueva York.

—¿Es ahí donde están instalados?

—Es donde se instalarán.

—Entonces es ahí adónde tengo que ir. Iría de buen grado a lugares mucho peores para obtener un placer como éste. —Se seca los ojos con la servilleta—. ¿Cuándo podremos hacerlo?

—No inmediatamente —responde él, sonriendo ante su impaciencia—. En este momento no están en la ciudad.

—¿Y está seguro de que volverán?

—Estoy seguro. Su esposo tiene compromisos que cumplir.

—Bien. —Se reclina en el asiento, con una sonrisa temblorosa en los labios, y los ojos muy abiertos—. No he vuelto a Nueva York desde mis días de escuela, ¿sabe? Sólo pensar que voy a volver a verla me produce cierto vértigo..., pero bueno, unas vacaciones en cualquier parte, fuera de Rosebank, me van a ir muy bien, de eso estoy segura.

—No lo dudo. Y en una gran ciudad hay tantas cosas para que una mujer de su gusto y su cultura no se aburra nunca...; será un placer para mí ser su acompañante en Nueva York durante su estancia, presentarle a lo mejor de la sociedad y llevarla a los mejores sitios. —Esboza una sonrisa—. Dígame, Lucy, ¿le gusta la ópera?

Hacia finales de junio han establecido algo así como una rutina, aunque puede alterarse a voluntad de cualquiera de los dos. Mario, muy disciplinado por lo que se refiere a todo lo relacionado con su arte, no cree mucho en imponer reglas a los demás, pero insiste en realizar ejercicios de vocalización al menos una hora al día. El momento exacto no importa, pero siempre es después del mediodía —no da lo mejor de sí mismo a primera hora de la mañana—, y aunque se han acostumbrado rápidamente a los horarios que rigen en casa de la señora Noonan —acostarse una o dos horas después de la puesta del sol y levantarse al alba—, la voz de Mario sigue siendo un animal nocturno y se niega a sonar en toda su plenitud hasta al menos la una de la tarde.

Y es una suerte para las demás ocupantes de la casa, porque la mejor hora para sus prácticas es el principio del atardecer, cuando todavía hay luz pero el día empieza a refrescar. Así, cada tarde, una vez terminada la cena y recogida la mesa, la señora Noonan, sus hijas y Clara se sientan en el porche, en unas sillas de mimbre, a hacer sus labores de punto, y escuchan a Mario que canta en la sala.

Todas las ventanas están abiertas, claro —la sala es una estancia grande y bien aireada en la que los cortinajes se descuelgan en verano y las alfombras se sustituyen por finas esteras—, y el piano, aunque vertical y no muy bueno, parece entender que le sucede algo especial cuando Mario empieza a tocar. No se sabe cómo, pero su sonido, vulgar y metálico, se hace más dulce y más profundo cuando son sus manos las que se pasean por el teclado. Clara sabe, si apela a su razón, que es porque es un pianista magnífico, pero el corazón también le dice que las manos de Mario son capaces de hacer cantar cualquier cosa. Un mes después de la boda, Clara ya lo sabe todo de las manos de Mario...

Pero es de su música de lo que estamos hablando. Con la señora Noonan y las demás mujeres sentadas en el porche, Mario vocaliza, dandole inicio a las escalas. Para quien no sea músico, las escalas no pueden ser interesantes. Do, re, mi, fa, sol, la, si, do..., do, si, la, sol, fa, mi, re, do..., re, mi, fa, sol, la, si, do, re..., re, do, si, la, sol, fa, mi, re... Luego vienen las escalas cromáticas y los arpeggios, las terceras, las octavas, hasta que van pasando los minutos y el oyente ya no puede más. Pero eso no sucede cuando Mario las canta. La dulzura de su voz hace que a los ojos de la señora Noonan asomen unas lágrimas, y su poder es tal que embriaga a sus hijas. Cuando termina con las escalas, empieza a cantar, a cantar de verdad; arias, himnos, canciones de cuna, melodías de su tierra natal, hasta las canciones de salón que a la señora Noonan tanto le gustan, como «Love's Old Sweet Song» y «After the Ball», que en su boca suenan muy exóticas, pues se revisten de su fuerte acento italiano...

Los peones suelen aparecer cuando termina las escalas. Llegan discretamente, desde la parte trasera de la casa, y se van congregando en silencio, limpiándose las manos con sus pañuelos y secándose el sudor de las caras enrojecidas. Algunos se acuclillan sobre el césped o bajo el olmo que crece junto al sendero; otros, más respetuosos, permanecen de pie y escuchan, rindiendo tributo no a las damas del porche, sino a la voz que les llega a través de las ventanas.

La señora Noonan nunca los conmina a marcharse ni los echa. No hace falta. Cuando Mario termina, cuando la última nota, cuando la nota más sublime se evapora en el aire, se levantan sin que nadie les diga nada, hacen una ligera reverencia, se vuelven a poner las gorras y se retiran a descansar y, unos minutos más tarde, Mario sale y se une a las damas para tomar el aire de la tarde.

Su selecto público nunca aclama sus actuaciones. En los primeros días de la estancia de Alfieri, Rebecca prorrumpió en un ferviente aplauso tras una interpretación hermosísima de «Jeannie With The Light Brown Hair», y esa tarde Mario recortó su práctica quince minutos, cosa que las demás atribuyeron a ese motivo. Ni ella ni las demás han vuelto a cometer el mismo error. Es como si todos necesitaran cierto fingimiento, él finge que nadie le escucha y ellas que no le están escuchando. Pero les funciona, y eso es lo que importa.

Aparte de eso, no hay ninguna otra rutina formal de la pareja Alfieri en Westerly. No es que los mimen, pero tampoco esperan que colaboren en las tareas de la granja. En tanto que huéspedes que pagan por su estancia, la mayor parte del tiempo se los deja a sus anchas, excepto durante las comidas y a la hora del muy esperado concierto vespertino. Son ellos mismos los que, poco después de su llegada, empiezan a ocuparse con regularidad de algunos quehaceres relativos al funcionamiento de la granja. Se despiertan con el sol, como los demás, se bañan, se visten y bajan a desayunar a las siete. Se sirven ellos mismos de un aparador que hay en un extremo del comedor... Nadie tiene tiempo de servir a esas horas, porque hay cerdos a los que alimentar, huevos que recoger, vacas que ordeñar, y además la casa se tiene que limpiar de arriba abajo. A la semana, Clara ya se ocupa de ayudar a recoger los huevos, aunque las gallinas la asustan al principio, porque la picotean cuando les mete la mano debajo, y el olor del gallinero le hace arrugar la nariz con desagrado. Pero los cerdos son aún peores: demasiado grandes y bruscos como para acercarse a ellos con garantías. Y no se ve a sí misma, de ninguna manera, ordeñando las vacas. Aunque sus grandes ojos claros las hacen parecer mansas, con sus patas traseras dan coces mortales, y Clara admira el modo en que Ruth y Rebecca meten la cabeza entre los grandes flancos de los animales y las ordeñan con gran seguridad, moviendo las manos rítmicamente mientras hablan y se ríen y la leche, al acumularse en los cubos, va formando espuma.

Pero con más frecuencia, a no ser que Mario planea ir a Hudson en la calesa tirada por un poni —a veces echa de menos las aceras, las tiendas, las calles empedradas—, Clara pasa las mañanas con la señora Noonan, viéndola cocinar, ayudándole a preparar el almuerzo, aprendiendo de ella. Sus hijas ya saben casi todo lo que su madre puede enseñarles —y el resto lo adquirirán por experiencia—, pero Clara no sabe nada de artes culinarias y tiene deseos fervientes de aprender. Dos meses no son mucho tiempo para absorber todos los conocimientos de su maestra, pero por algo se empieza. Y Clara es una alumna atenta, dispuesta y muy agradecida, humilde al reconocer su ignorancia supina en ese terreno.

Alguien de menos inteligencia —o más medios— que la señora Noonan tal vez se preguntaría para qué tanta molestia. Después de todo Clara se ha casado con un hombre de considerable fortuna, y siempre dispondrá de suficientes cocineros y criados como para no tener que mover nunca un dedo en su propia casa. Pero la señora Noonan es de la vieja escuela; entiende bien su deseo de crear un verdadero hogar con su esposo, y su corazón maternal se enternece cuando ve a esa joven que no ha tenido una madre que le enseñe nada. Ella, por su parte, es una maestra paciente y le gusta la cocina, por lo que está encantada de responder a sus preguntas, que son muchas, algunas de ellas tan absurdas que la propia Clara se da cuenta cuando las formula, y se ruboriza. Pero la señora Noonan no se ríe nunca, y ninguna pregunta le parece tan absurda como para no merecer una respuesta. Clara le ha pedido a Mario que le compre un pequeño cuaderno en uno de sus desplazamientos a la ciudad y toma cuidadosa nota de todo; observa, prueba..., y aprende.

Y como cada vez que se quema un nudillo, cada vez que se quema o se corta un dedo, su esposo, que no deja nunca de pasar revista al estado de sus manos, le da un beso en la herida y otro en la boca, el dolor no le importa. Mario se alegra mucho de sus progresos. Estas clases de cocina ella las toma por él. Y para él el empeño que pone es motivo de orgullo. Cuando, con los ojos iluminados por la ilusión, le pone delante el primer pan perfecto hecho por ella, recién salido del horno, aún caliente, él corta una rebanada, se lo come con gran placer y declara que es el

mejor que ha comido en su vida, porque lo han hecho *i dolci mani della mia carissima sposa...* Hasta cuando habla, las palabras de Mario parecen música.

Pero en el arte de la costura, Clara no tiene nada que envidiarle a nadie. Sus manos pequeñas son más hábiles con la aguja que las de las hijas de la señora Noonan, que son más grandes y más curtidas. Sus puntadas son diminutas y uniformes, y los motivos de sus bordados son bellísimos e intrincados. En las calurosas tardes sin brisa, cuando los mosquitos los hacen refugiarse en el interior de la casa, se instalan en la sala y Clara borda mientras Mario finge leer aunque, la mayoría de las veces, se limita a mirarla, sentada junto a Rebecca y Ruth a una mesa que ocupa el centro de la estancia, y se fija en la cabeza llena de rizos cortos, que inclina hacia la lámpara de aceite. Su mirada pasa entonces a las otras dos chicas, y vuelve a centrarse en su esposa. Las tres jóvenes forman una hermosa composición —las hijas de la señora Noonan son muy conscientes de la impresión que causan—, pero la belleza de Clara brilla mucho más. Es más tierna, más bonita, más dulce. Ella nota la mirada de su esposo, pero cada vez que levanta la vista encuentra a Mario imbuido en la lectura de su libro, sin mirarla. Entonces para ella empieza el juego de ver si consigue atraparlo en el acto de observarla, juego que nunca gana.

Pero cuando ella vuelve a centrar su atención en el trabajo, él vuelve a levantar la vista y contempla a las tres mujeres. A dos de ellas les dedica la mirada que uno dedica a cualquier ser hermoso, admirándolo por el puro placer que da verlo. Pero a la otra, a su esposa, la contempla con el corazón en los ojos, con una mirada de ternura y anhelo y sorpresa milagrosa..., como si el regocijo que le causa fuera aún tan nuevo que no acabara de asimilarlo del todo, y tan reciente que su existencia aún le alterara en lo más hondo.

La señora Noonan comprende, de una manera que las mujeres más jóvenes no son capaces de entender, lo difícil que debe de ser para ese pobre hombre feliz, estar tan embriagado de amor por su propia esposa. Si Alfieri supiera lo que piensa, le daría la razón. No hay duda de que se encuentra en lo que él mismo —en sus raros momentos de lucidez en los que la experiencia que le da la edad y su inteligencia natural salen a flote— califica como «estado lamentable». Cualquier rastro de sentido común, de dignidad, de sabiduría, se han esfumado por completo. Vuelve a ser un niño, a notar las manos sudorosas, la boca seca, el pulso acelerado. Y, como un niño, a la mínima ocasión se pondría a hablar de Clara con la señora Noonan, con sus hijas, con cualquiera que se pusiera a su lado y le escuchara. Por suerte, mantiene a duras penas sus facultades mentales, lo bastante, con todo, como para recordar que en esta vida no hay nada tan aburrido como un amante que recita las perfecciones de su amada, y mantiene también el suficiente dominio de sí mismo como para contenerse.

Son sus veinte años sobre los escenarios, en los que ha aprendido a mantenerse siempre bajo un estricto control, los que le salvan ahora, y de esos conocimientos y aptitudes está profundamente, humildemente agradecido. Porque, ¿hay algo más ridículo que un caballero sensato y de mediana edad, de amplia experiencia con las mujeres, convertido en un colegial tartamudo por culpa de su esposa de diecinueve años? La respuesta, claro está, es un NO rotundo, y de ahí la cantidad de óperas bufas italianas que tratan de viejos idiotizados que se casan con chicas jóvenes.

Sí, él también es ridículo, y lo sabe. Pero, ¿qué hombre que hubiera estado con Clara noche y día durante un mes, no habría perdido su sanc juicio? ¿Qué hombre podría haber presenciado sus cambios casi constantes, de niña enferma y temerosa a joven saludable y sonriente, y haber mantenido la razón? Ahora, Clara es una mujer de formas redondeadas y suaves, y a él le cuesta quitarle las manos de encima, incluso cuando hay otras personas delante —cuando está solo con ella, ni lo intenta—. ¿Qué hombre podría ser su cómplice en el juego que ella sola se ha inventado, sin volverse prácticamente loco?

Dos o tres días por semana, cualquier tarde —él nunca sabe cuáles, ni por qué esos y no otros— después del almuerzo, una vez que ya han concluido sus clases de cocina con la señora Noonan, y cuando ya han recogido la mesa, Clara ahoga un bostezo, murmura que no es normal estar tan cansada a esas horas del día, que debe de ser porque aún no se siente del todo bien. Y entonces, tras disculparse ante la señora Noonan con la expresión más casta que ésta ha visto en su vida, y sin mirar a su esposo en ningún momento, sube al dormitorio.

La primera vez que sucedió, él la siguió al momento, asustado, maldiciéndose por permitirle hacer tantas cosas. Pero ahora ha aprendido a esperar, a murmurar unas palabras de preocupación por su salud antes de subir los peldaños de dos en dos. Pero aun así no consigue engañar a nadie, claro; la señora Noonan y sus hijas sonríen mirando para otro lado y le dicen que esperan que cuando suba a encontrarse con ella, Clara ya se encuentre mejor. De todos modos, a Mario no le importa lo más mínimo lo que piensen, porque del otro lado de la puerta estará las ropas de Clara, tiradas en el suelo formando un sendero que va de la puerta a la cama, y su dueña, esperándole tras los vaporosos cortinajes del dosel como si fuese la hurí de algún bajá, sin nada puesto salvo los anillos, con los brazos abiertos...

Después intenta recordar, mientras ella reposa la cabeza en su pecho, los rostros y los cuerpos de otras mujeres con las que ha compartido cama, y no lo consigue. Su manera de levantar la vista para mirarle mientras está arrodillada frente a él, mientras ni manos ni boca interrumpen su tarea indescriptible, le ha embrujado y le ha borrado de la mente a cualquier otra mujer. Su manera de moverse hacia arriba y hacia abajo en la penumbra, sentada sobre él, como una silueta negra recortada contra el blanco de las telas que los encierran —en silencio hasta que echa la cabeza hacia atrás, gritando su nombre— le ha robado todos sus recuerdos.

Pero, ¿dónde ha aprendido ella todas esas cosas? ¿Quién le ha enseñado? Sabe que sus propios pecados no serán fáciles de perdonar, y que el lento nudo corredizo de los celos que le oprime el corazón cuando piensa en ella moviéndose así en la oscuridad con otro hombre, y la triple tortura que le lastima —la de creer que la forzaron, la de temer que no la hayan forzado, la de no saber nunca la verdad porque se ha jurado a sí mismo no hablar del tema hasta que ella quiera—, siguen formando parte de su castigo.

También sabe que no ha sido por azar por lo que se ha encontrado con ella; sabe desde siempre que a él las cosas no le suceden por azar, que ha sido tocado por Dios, aunque ignore la razón, como ignoran muchos hombres los motivos de las bendiciones o las maldiciones concretas que han recaído sobre ellos.

En este último mes ha empezado a creer que Clara es su penitencia: a la vez su castigo y su recompensa, por soportar en sumiso silencio el dolor que le causa. La imagen que le viene a la cabeza cuando piensa en su dolor es la de una historia que su madre le contó cuando era niño, hace ya muchos años: la de un ruiseñor que se clava una espina en el corazón por amor a una rosa, y aprieta cada vez más fuerte. Clara es su espina, Clara es su rosa.

Cuando ella le mira, colorada y soñolienta tras hacer el amor, y le susurra «oh, cuánto te quiero», y en sus ojos sólo está él, le parece que va a morir de felicidad. Eso mismo le dijo, tontamente, sólo en una ocasión, y ella se puso blanca como el papel mientras los ojos se le inundaban de lágrimas. «Por favor —le imploró—, ahora que te tengo, no me dejes.» Había tenido que pasarse la hora siguiente jurándole que nunca la abandonararía, demostrándole que nunca podría abandonarla...

Y en esos momentos se olvida, envuelto en su fragancia, que en el cuento de la rosa y el ruiseñor, el pajarillo muere desangrado.

LIBRO II

CLARA

El tren avanza veloz en dirección sur, traquetea y silba siguiendo el curso del río, y el pitido se pierde en la mañana de verano como la cola de un cometa en el cielo. Viaja ligero sobre los raffles, pues soporta apenas el peso de unos pasajeros, ya que estamos a principios de agosto y son pocos los que van de buena gana a la ciudad. Aún faltan semanas para que la sofocante humedad del estío ceda el paso al calor seco y ardiente que indica la proximidad del otoño.

La escasez de pasajeros —apenas una docena en cada vagón— es seguramente el motivo de que los dos que se montan en la ciudad de Hudson atraigan tanto la atención. En un tren lleno de gente, nadie daría importancia, y seguramente nadie se fijaría, en dos pasajeros más, llevaran a no una cesta con gatitos, como es el caso de los que nos ocupan. Pero, sea como sea, no hay duda de que se trata de una pareja peculiar. El hombre es alto y de complexión robusta, y lleva un traje blanco de corte impecable. El rostro, bajo el sombrero de ala ancha, es moreno como el de un gitano. La mujer es muy joven y muy menuda, y lleva un vestido azul celeste y un peinado nada moderno, demasiado corto, oculto a medias por su gorro.

Aquí hay una historia, eso está claro; algo que no se ve todos los días, que hace que los demás viajeros levanten la cabeza y aparten la mirada, furtivamente, de sus libros y sus periódicos y se pregunten...

El hombre alto, por ejemplo, podría ser un expatriado de Argentina, probablemente un millonario. No hay duda de que es extranjero —los que están sentados cerca de él detectan que habla con acento cuando se dirige a la joven— y se conduce con cierto empaque. La joven podría ser su hija. La delicadeza con la que él la instala en un asiento junto a la ventana, la sonrisa en sus ojos cuando la mira, la manera en que se inclina hacia ella cuando le habla, podrían ser tanto expresiones de un esposo, un padre o un amante. Los gatitos, al menos (hay dos en la cesta cubierta) son sólo gatos, aunque la joven les hace mucho caso mientras juegan a pelearse, como si se tratara de objetos preciosos. Y el hombre observa, no a los animales, sino el rostro de ella, y se ríe cuando ella lo hace.

Los demás pasajeros, curiosos, amables, también se ríen al ver y oír su emoción y su alegría. Y, como la risa tiene el poder de convertir en amigos a los desconocidos, además de hacer que el tiempo pase más rápido, los doce pasajeros se encuentran pronto compartiendo el contenido de la gran cesta que han subido al tren junto con los gatitos. El hombre alto —del que ya nadie duda que es una pérdida para Argentina y una ganancia para Estados Unidos— sirve el vino con mano generosa hasta que la botella se acaba, y les desea a todos «buona fortuna», en lo que para ellos es un auténtico brindis español. Así, los doce desconocidos ya se han hecho amigos cuando dos horas más tarde —demasiado pronto para su gusto— llegan a Nueva York. Cuando se separan, ninguno de ellos puede imaginar que ha estado partiendo el pan con el gran tenor italiano Mario Alfieri y su joven esposa, pero todos se alegran mucho de haberlos conocido.

Gennarino ya está en la estación para esperar al maestro y a su esposa y para recoger el equipaje. Tranquilo y vigilante, como siempre, no ha cambiado en su ausencia. Tampoco lo ha hecho Stafford Dyckman, que acaba de regresar de la casa de veraneo de su padre en Newport expresamente para ayudar a la señora Alfieri a bajar del tren y entregarle un enorme ramo de rosas amarillas. Nueva York también sigue igual, aunque hace mucho más calor, cuando Alfieri, que lleva barba y está muy moreno por haberse pasado dos meses yendo de un sitio a otro sin sombrero y con las mangas de la camisa arremangadas, se baja del tren.

La mirada de Stafford, tras estrechar la mano de su amigo y darle unos golpecitos en el hombro en señal de bienvenida, se desplaza hacia la joven que aparece en la escalerilla del vagón, justo detrás del tenor, sonriendo algo insegura. Y durante unos instantes duda, le parece que Mario se fue con una mujer y ha vuelto con otra. Pero entonces contiene la respiración y se queda ahí, de pie, contemplándola, mientras Alfieri estalla en carcajadas al ver su expresión. Stafford se gira, rodea la cintura de Clara y la hace descender al vuelo hasta el andén.

—Está cambiada, Stafford, ¿verdad?

El orgullo de enamorado que capta en la voz de Alfieri no le pasa inadvertido, y seguro que más tarde ya habrá ocasión de recordarlo y valorarlo, pero por el momento sólo es capaz de abrir mucho la boca, asombrado. «Cambiada» no es la palabra que describe mejor la transformación que sus ojos están presenciando. Aquella niña delgada y demacrada ya no existe, eso es todo. En su lugar, una mujer joven de nariz pecosa. No es guapa, y nunca lo será. Sus rasgos —a excepción de los ojos— son demasiado corrientes para ser considerados realmente hermosos; pero es lo bastante bonita, y Dyckman la mira y balbucea algo incomprensible.

Alfieri se acerca a él y le susurra al oído: «las flores». Dyckman se ruboriza y le entrega el ramo a Clara, que lo acepta con una sonrisa.

El carruaje que ha traído al joven a la estación se ha quedado esperando en la puerta, a petición suya, para llevarlos de regreso al centro de la ciudad. Así, cuando las ruedas del vehículo ya resuenan por Madison Avenue, Dyckman, al que entrar en demasiados detalles sobre una luna de miel a todas luces muy feliz le parece de mal gusto, opta por entretener a los recién casados con anécdotas de la alta sociedad de Newport acontecidas durante su estancia allí.

Pero Clara no es la única que se ha transformado; a Dyckman no le lleva mucho tiempo descubrir que su amigo también está muy cambiado. Donde antes Alfieri habría escuchado con atención y se habría reído a carcajadas, ahora se limita a escuchar cortésmente y a sonreír, sin apartar casi nunca la vista de su joven esposa, que se ha incorporado del respaldo y está mirando las calles a través de la ventanilla, con una media sonrisa de admiración, como si no las hubiera visto nunca.

¿Quién mejor que Dyckman para saber que Alfieri ya es un hombre casado? Si es de los pocos asistentes a la ceremonia que hizo que los dos se convirtieran en uno. Pero son tantas las mujeres que han pasado por la vida del tenor que, a pesar de la boda —a pesar del anillo y de las solemnes promesas, a pesar de aquel extraño rito de la copa rota—, nunca se le ha ocurrido hasta ese momento que esta vez fuese a ser distinto, que fuese a ser algo más que en las otras ocasiones. Por fin se queda en silencio y observa a los recién casados con una creciente sensación de pérdida, consciente de pronto de que la atención de Mario ha cambiado de objeto para siempre.

Y es una sensación que no remite a medida que se acercan a su destino. Destacando con claridad entre la hilera de casas de piedra prácticamente idénticas, la mayor parte de ellas cerradas a cal y canto, la de Alfieri destaca precisamente por dar señales claras de estar habitada; por los toldos verde oscuro que dan sombra a las ventanas, por las guirnaldas de flores frescas que cuelgan paralelas a la línea de las balaustradas de piedra hasta la puerta principal abierta, para dar la bienvenida al matrimonio.

También el interior ha sido decorado para el *signore* y la *signora*, con serpentina de colores que cuelgan de todas las arañas del techo, y con jarrones de rosas en todas las habitaciones. La doncella y el lacayo, los mismos que tenía Clara en casa de Slade, están de pie en el vestíbulo y sonríen cuando Alfieri toma en brazos a la novia y atraviesa con ella el umbral de la puerta, sin el menor esfuerzo, como si lo que llevara fuera

una muñeca de porcelana; y en medio de la emoción de la llegada, se olvidan de Dyckman, que se ha quedado un poco rezagado porque está pagándole al cochero, y el tenor empieza a enseñarle la nueva casa a su esposa.

Sintiendo un poco de lástima de sí mismo, y creyendo que está siendo desleal a Alfieri por interferir así en su felicidad, Dyckman entra en el salón en penumbra, sin estar seguro del recibimiento que habrán de depararle. Todas estas sensaciones —lástima, deslealtad, inseguridad— le han sido desconocidas hasta el momento. Ninguna de ellas lleva a la sobriedad de comportamiento. Y como el salón está fresco y el día es tan caluroso, se sirve un whisky del aparador y se Hunde en una butaca para lamerse las heridas. Ya va por la tercera copa cuando el susurro de unas faldas le hace levantar la vista.

—Señora Alfieri —dice, haciendo el ademán de levantarse con dificultad, antes de que Clara se siente en una silla a su lado y le mire Dyckman vuelve a sentarse y se pregunta, algo confundido, qué querrá de él.

—Me gustaría que me llamara Clara, si no le importa. Cuando alguien me llama señora Alfieri, siempre me giro para ver a quién se refieren buscando a otra mujer. Parece algo tan importante, como si no fuera yo.

Es la primera vez que está a solas con ella, y sólo la segunda o la tercera que la oye hablar.

—Gracias —responde algo engolado—, pero ¿no le importará a Mario?

—No lo creo —contesta ella—. Hace tanto tiempo que son amigos, y es usted tan amable. Además, es mi nombre.

—Bueno, pues Clara entonces —admite él, aún inseguro sobre sus intenciones—. Ha venido a buscar a Mario, supongo. Pues no lo he visto desde que hemos llegado.

—Oh, no, Mario está arriba, leyendo unas cartas que le han llegado de Italia y que Gennarino le ha guardado. Como está ocupado, he pensado que podía bajar a hablar con usted. Esperaba que no se hubiera ido.

—¿Por qué?

—Ah, usted está enfadado conmigo. Lo he notado en el coche.

—¿Enfadado? ¡Qué tontería! —se defiende, despreciándose a sí mismo por sus malos modales, y culpándola a ella por hacerlos aflorar—. ¿Por qué habría de estarlo?

—Porque cree que, ahora que tiene mujer, Mario no querrá más su compañía.

Fuera cual fuera la respuesta que esperaba, desde luego no era ésa. Dyckman la mira, anonadado ante su franqueza. Las personas bien educadas revisitan sus palabras de capas de circunloquios, como cojines contra las aristas más afiladas de la verdad.

—Y ahora, encima, le he escandalizado —añade Clara—. Pero es que veo cómo se siente. —Baja la cabeza, se entretiene con el anillo de casada, haciéndolo girar una y otra vez—. Que yo esté aquí no va a cambiar nada. Usted conoce a Mario mucho mejor que yo, y desde hace mucho más tiempo. ¿Cree de verdad que él sería tan desleal con un amigo?

Avergonzado de pronto por sus propios pensamientos, Dyckman murmura:

—No, claro que no.

Pero ella aún no ha terminado.

—En realidad, he venido a pedirle que... —hace una pausa, se incorpora un poco y vuelve a empezar—. He venido a pedirle que seamos amigos nosotros también. A Mario le alegraría, y yo... —hace un gesto elocuente, un movimiento de manos y cabeza— yo me pondría muy contenta. Aunque yo no le guste, ahora Mario nos une; y yo le quiero tanto. ¿No debería bastar eso para que fuéramos amigos?

Tal vez podría haber previsto su franqueza anterior, pero, ¿cómo defenderse de aquella absoluta falta de doblez? Incorporándose un poco, le toma la mano en la que su anillo de casada sigue girando.

—Mis amigos me llaman Stafford. Así es como quiero que me llame, si cree que a Mario no ha de importarle.

—No, no lo creo —responde ella.

Es tan bonita cuando sonrío.

La cena de esa primera noche tiene aires de fiesta, aunque bastante poco convencional. Los que agasajan a la feliz pareja en su propia casa son el señor y la señora Buchan, y un Stafford Dyckman mucho más alegre, que llama «Clara» a su anfitriona con un orgullo que parece desafiar a cualquiera —incluido Alfieri— que ose cuestionarle el derecho a hacerlo. La recién casada, por su parte, con las enseñanzas de la señora Noonan aún frescas en su memoria, lo supervisa todo con una disposición casi perfecta..., aunque los intervalos entre los platos se alargan —para regocijo de su esposo, pero en detrimento de algunas preparaciones— a causa de su necesidad de ausentarse periódicamente para realizar visitas a sus gatitos, a los que han instalado en un dormitorio vacío del piso de arriba, para asegurarse de que están bien.

La cocinera, a la que la señora Buchan y Gennarino han contratado tras una investigación conjunta, debe de estar preguntándose en qué casa se ha metido, pues en un momento dado todos los comensales abandonan la mesa para responder a una «emergencia» en el piso de arriba, emergencia que hace que todos formen un corro y griten ideas en voz alta a un Alfieri divertido que, sin dejar de reír y subido a una silla, consigue por fin atrapar a un gatito que maúlla y se pega como una lapa a una de las cortinas, devolviéndolo a los brazos de su desesperada dueña.

Una vez restablecido el orden, y llevados los animales al vestíbulo de la zona de servicio donde Margaret, la doncella, podrá echarles un vistazo para velar por su seguridad, el grupo regresa alegre a la planta baja para retomar la cena. La señora Buchan se da cuenta de que Alfieri se envuelve discretamente una mano en un pañuelo, para ocultar los arañazos que ha recibido en la refriega. En voz muy baja, le dice:

—Le consiente demasiado, *signore*.

A lo que el tenor, con una sonrisa en los labios, responde:

—Acaba de descubrir mi vicio secreto. No me lo tome en cuenta. Es el único que me queda.

El resto de la cena es un éxito, con una Clara arrepentida y comportándose de manera impecable. Cuando deja la servilleta sobre la mesa y se levanta para indicar el final de la cena —ruborizándose un poco ante la novedad de ver que todos los hombres se levantan al momento—, ni el más estricto de los críticos de las buenas maneras tendría nada que reprochar a su proceder.

Los caballeros se quedan en el comedor para el oporto y los puros, y ella y la señora Buchan se retiran al salón donde, para combatir el intenso calor del verano, han abierto las ventanas y descubierto del todo las cortinas, dejando así que entre la brisa nocturna. En la espaciosa estancia no hay encendidas más de una docena de velas, por lo que los rincones y las paredes quedan en la oscuridad o la penumbra. Alice Buchan se hunde en el sofá y deja caer los zapatos al suelo con un suspiro de placer y una sonrisa ante su propio atrevimiento, propiciado por la ausencia momentánea de hombres.

—¿Sabes? —dice abanicándose lánguidamente, mientras Clara permanece de pie junto a una ventana, con los ojos cerrados y los brazos extendidos para recibir con gusto el aire fresco de la noche—. Cuando era joven creía que a las mujeres les había tocado la peor parte en el reparto social. Sí, me lamentaba por haber nacido mujer. Envidiaba a los hombres por poder quedarse un rato más en la mesa, después de la cena, para fumar y conversar de todos esos temas importantes y trascendentales de los que los hombres hablan cuando las mujeres no están presentes. Pero con los años he aprendido que en realidad lo que echamos en falta es el derecho a pasar más rato sentadas en esas sillas tan incómodas, a discutir de tonterías mientras aspiramos un aire que parece el de una chimenea. No, no te vayas tan lejos —le dice a Clara, que se ha dado la vuelta, riendo—. Ven a sentarte a mi lado. Quiero mirarte detenidamente.

Clara se sienta, obediente, y Alice empieza a estudiar a la floreciente y joven esposa, tan distinta en todo a la novia frágil de hace dos meses. El rostro le resplandece, y no hay sombra de ojeras bajo sus encantadores ojos. Pero lo que más impresiona a Alice es el hecho de que no intente apartar ni ocultar la mirada. Mantiene la cabeza erguida, aguardando que la inspección termine, y la mira a los ojos con aplomo, sin miedo. Aunque el salón no está muy bien iluminado, sí hay luz suficiente como para darse cuenta al instante de la razón de ese cambio tan espectacular.

—Te ha hecho muy feliz —dice, y la única respuesta de Clara es una risa repentina y feliz, como una ondulación en el agua. Intenta hablar, pero le falla la voz, y entonces se sienta en el suelo y apoya la cara en el regazo de Alice, ocultando el rubor que le quema el rostro.

La señora Buchan le acaricia el pelo, le pasa los dedos por los rizos oscuros que ya han crecido lo bastante como para formar una especie de halo de aros brillantes alrededor de su cabeza.

—Ya le dije a Daniel que sus temores eran infundados. Él creía que la gran diferencia..., bueno, no importa. Has empezado con buen pie, querida, y Dios mediante, tú y tu esposo seguiréis avanzando muchos años por un camino de felicidad. Y ahora, ¿sirves el café? —le pregunta inclinándose sobre su cabeza, que aún descansa en el regazo—. Ahora eres la señora de la casa, y te toca a ti servirlo.

Clara levanta la cabeza, con la cara todavía muy roja, se aparta las lágrimas de felicidad que le nublan los ojos, se levanta y se sienta junto a la mesilla. Las «lecciones» que ha recibido en Westerly incluyen el servicio del té y del café a los invitados, y la verdad es que lo hace con bastante soltura, con la frente muy recta y los ademanes muy serios y formales, ansiosa por mostrar todo lo que ha aprendido. Sostiene el platillo con la taza en una mano, levanta con la otra la cafetera y empieza a servir lentamente, con el ceño un poco fruncido en señal de concentración.

—¿Leche? —pregunta—. ¿Cree que aprenderé alguna vez a atender visitas? Correctamente, quiero decir. ¿Qué voy a hacer si María pretende invitar a gente importante a cenar a casa antes de que yo esté preparada del todo? ¿Azúcar? ¿Una cucharada o dos? —Deja la cafetera sin haber derramado ni una gota, emite un suspiro de alivio apenas perceptible y le tiende la taza a Alice.

—Todo se andará, con tiempo y experiencia —dice la señora Buchan—. Esta noche lo has hecho extraordinariamente bien, teniendo en cuenta además que esta es tu primera cena.

—Excepto por lo de los gatitos —objeta Clara, que vuelve a ruborizarse.

—No hay que perder la paciencia. Hasta en las mejores familias hay pequeños contratiempos. —Le da un sorbo al café—. Además, a nadie le ha importado. Y a tu esposo menos que a nadie.

—Es verdad. Pero es que él me lo consiente todo —dice riéndose de nuevo, con otra de esas breves carcajadas, cuando ve que ahora es la señora Buchan la que se está poniendo colorada.

Clara le tiende la mano por encima de la mesa.

—Perdóneme —le implora—. Pero he oído lo que le ha dicho, y no me importa. Usted tiene toda la razón, por supuesto, y a mí me encanta que me mime así. Pero Mario es un gran hombre, un hombre famoso, con amigos importantes, y debo aprender a ser elegante y llegar a saber todo lo necesario para ser la esposa de un gran hombre. Por eso he intentado que me enseñaran lo máximo posible mientras estábamos fuera...

La señora Buchan escucha, asintiendo en señal de aprobación, tanto por el deseo de Clara de conocer, que la ha llevado a estudiar de la mano de la señora Noonan, como por lo mucho que ha aprendido en esas escasas ocho semanas.

—Ojalá hubiera tenido tiempo para más —dice Clara.

—Pero si tienes mucho tiempo —protesta Alice—. Muchísimo tiempo para más. Querida, yo no soy la señora Noonan, no tengo ni sus condecoraciones ni su granja, pero he llevado mi casa en la ciudad bastante bien, creo, durante veinte años, y hay cosas que te puedo enseñar. El señor Alfieri y tú os vais a Filadelfia dentro de tres días, me parece, y volvéis a finales de octubre, ¿no? Entonces, si quieres, a tu vuelta me convertiré en tu señora Noonan en la ciudad. Podemos empezar con unas clases fijas, y el verano que viene, cuando tú y tu esposo vayáis a Europa, podrás mantener la cabeza bien alta entre cualquier grupo de esposas del Viejo Continente. —Deja la taza en la mesa—. Y mientras tanto, hasta que podamos empezar con el estudio, mi consejo es que sigas haciendo exactamente lo que haces, y que consigues que tu marido te mire como te mira. —Levanta la cabeza y observa a Clara, sonriendo—. Es posible que en lo de llevar una casa aún te quede bastante por aprender, querida, pero te aseguro que no hay tareas del hogar que consigan hacer aflorar en un hombre el tipo de sonrisa que he visto en los labios de Alfieri. A lo mejor vas a ser tú quien va a tener que darme lecciones a mí..

Si en este instante el tenor oyera la risa de Clara, seguro que volvería a sonreír de esa manera. Pero está encerrado entre las cuatro paredes del comedor, con los señores Buchan y Dyckman. Y a pesar del excelente oporto y de los magníficos cigarros, a pesar de la presencia de sus buenos amigos, se siente inquieto. No está acostumbrado a tener a Clara fuera de su campo de visión durante tanto tiempo, y sin ella se siente irritable y anhela su presencia como un adicto al opio anhela su pipa. La apasionada comparación entre la corrupción política de Nueva York y Milán en la que se han enzarzado Buchan y Dyckman no es bastante para recompensarle por la lejanía en la que siente a su esposa.

Tamborilea, nervioso, con los dedos en la rodilla, y aguarda que se haga un silencio en la conversación.

—¿Nos reunimos con las damas, caballeros? —dice al fin, levantándose de la silla.

Stafford le mira, entiende la indirecta y también se pone en pie. Sólo Buchan sigue sentado, y también alza la vista para mirar al tenor.

—Se lo ruego, *signore*. —Ahora es a Dyckman a quien mira, sonriendo—. Si no le importa, entretenga usted solo a las señoras durante unos

minutos, por favor, Stafford. Debo comentar brevemente un asunto de negocios con nuestro anfitrión.

Sorprendido, Alfieri vuelve a ocupar su asiento, y su sorpresa aumenta cuando constata que Buchan se niega a decir nada más hasta que la puerta se cierra del todo tras el joven.

—Cuánto misterio, señor Buchan. Dios sabe qué pensará Stafford, y qué les dirá a nuestras esposas...

—Eso no me preocupa, *signore*. Pero no nos hemos visto desde aquel día en Westerly, hace ya dos meses. Y como vuelve a irse en unos días, y tal vez no tenga tiempo para reunirse conmigo, quería que supiera que mi investigación ha arrojado algo de luz, aunque escasa.

—¿Investigación? —Mario arquea las cejas—. ¿Y qué investigación es esa, señor Buchan?

—La investigación sobre el pasado de su esposa, *signore*, para la que, si recuerda bien, le pedí permiso.

—Ah, sí, el pasado de mi esposa —admite Alfieri con una débil sonrisa en los labios—. Para serle sincero, me había olvidado de que le había dado permiso, señor Buchan. Tal vez haya llegado el momento de rescindir ese acuerdo.

Buchan se queda en silencio unos instantes.

—¿Es que no quiere saber qué es lo que he averiguado?

—Bueno, han pasado dos meses y no he visto ningún indicio de represalia por parte de Chadwick. Digamos que no creo que haga falta investigar mucho más. No creo que tengamos nada más que temer de él.

—¿No lo cree, *signore*? Bueno, seguro que usted sabe más que yo. Y si me dice que pare, pararé. Pero antes de tomar la decisión final, le agradecería que me permitiera comunicarle lo que he averiguado. Sería una lástima malgastar todo mi duro trabajo.

Alfieri mira el reloj que hay en la repisa de la chimenea.

—De acuerdo —dice—, tenemos unos minutos. Empiece, por favor.

—Gracias, *signore*, y entienda, se lo ruego, que en cuanto a los peligros provenientes del señor Chadwick, yo nunca le dije que fueran a ser inmediatos. El objeto de mi investigación sobre el pasado de su esposa era descubrir cualquier cosa que él pudiera usar en algún momento para hacerles daño a ustedes dos, bien ahora, bien en el futuro. En ese aspecto, no he encontrado nada. De todos modos, creo que lo que voy a decirle le resultará interesante. —Pasa la mano por el mantel—. Cuando hablamos en Westerly, *signore*, usted me informó amablemente de que su esposa le había dicho que había nacido en Nueva Jersey, el catorce de octubre de 1874. No le dijo exactamente dónde, y usted, para no alarmarla, había preferido no preguntárselo. Armado con esa información, y creyendo que era mejor empezar por el principio, hice que examinaran las partidas de nacimiento de todos los condados de Nueva Jersey desde el año 1872 hasta 1876 —añadí dos años de margen en cada sentido para subsanar algún posible error. —Se reclina en la silla y mira al tenor—. Durante esos años consta que nacieron tres Claras Adler, *signore*. La primera de ellas, en Cape May, el diecisiete de junio de 1873. Su padre era —y sigue siendo— ministro de la iglesia luterana de la misma localidad. La chica se casó hace un año, y se ha convertido muy recientemente en la orgullosa madre de unos gemelos. Su apellido de casada es Hoffmeier.

»La segunda Clara Adler nació en una familia episcopaliana, en Litde Ferry, el veintitrés de enero de 1875. Murió el nueve de julio de 1876, de escarlatina. El médico local, que ya está jubilado, se acordaba bien de ella. La muerte de los pequeños era siempre lo más duro para él. Hasta me dijo dónde estaba enterrada. Vi la tumba. —Menea la cabeza al recordar el momento—. La familia le sigue llevando flores.

La tercera y última Clara Adler es la hija de unos inmigrantes alemanes que llegaron al país pocos días antes de su nacimiento, el cuatro de noviembre de 1875. Por desgracia, nació retrasada, seguramente como consecuencia de un accidente que su madre sufrió mientras viajaba a bordo del barco que la traía desde Hamburgo. Sigue viviendo con sus padres en Camden, y mentalmente se ha quedado en los cinco años de edad.

Alfieri ha seguido toda esta explicación sin moverse.

—¿Qué quiere decirme con todo esto, señor Buchan?

—Creo que está muy claro. O bien la señora Alfieri nació en otro sitio diferente al que le dijo, o bien nació con otro nombre. —No aparta el ningún momento la mirada del tenor—. Pero hoy por hoy, hasta donde alcanzan las pesquisas que he llevado a cabo en estos últimos dos meses, su esposa no existe.

Alfieri habla en voz muy baja.

—Mucho cuidado con lo que dice, señor Buchan.

—He tenido mucho cuidado, *signore*, tanto que es imposible que haya cometido un error. He comprobado los registros una y otra vez.

—Y por tanto mi esposa es una mentirosa..., eso es lo que me está diciendo.

—No, señor, se equivoca conmigo. No tengo la menor duda de que su esposa es sincera y de que le ha dicho lo que ella tiene como verdad. Pero está claro que en este asunto hay ciertas incoherencias. Y como me parece imposible que una chica inteligente que ha alcanzado la edad adulta pueda olvidar su nombre o el lugar donde le han dicho que nació, no me queda otra alternativa que creer que la han mantenido mal informada de manera deliberada acerca de uno de los dos datos, si no de ambos.

—¿Y por qué habría alguien de tenerla engañada respecto de su nombre o de su lugar de nacimiento?

—Eso dependería de quién fuera, ¿no?

Buchan se inclina para acercarse más al tenor y su silla cruje.

—Permítame compartir con usted algunas ideas que últimamente, y sin yo proponérmelo, me han asaltado, *signore*, y que parecen converger en el mismo punto. Tal vez me considere un irresponsable, o quizás crea que estoy loco. Tal vez no. Juzgue por usted mismo.

Una polilla aletea sobre la pantalla de vidrio de una lámpara. Buchan la observa, distraído, antes de empezar:

—Estoy seguro de que ya sabe que el último tutor de su esposa murió a causa de un paro cardíaco. Pero, ¿sabía usted que el señor Slade no sufría del corazón? Al contrario, su propio médico había pronosticado que aún podía vivir otros veinte años. No es que sea nada concluyente, porque el mundo está lleno de personas sanas a las que se les para el corazón de repente, pero no deja de ser interesante.

»Tal vez también haya oído que era uno de los hombres de negocios más listos y prudentes de Nueva York, un hombre que, a lo largo de los años, había obtenido beneficios de todas las transacciones que hacía. Todo eso es cierto. Pero, aun así, cuando ese hombre tan prudente y tan listo murió, se descubrió que no había dejado ninguna disposición sobre la prohiljada de la que se había hecho cargo hacía cuatro años y a la que, según todas las fuentes, tenía en gran aprecio. ¿No le parece raro? A mí, sí. El gran cariño que sentía por su actual esposa me lo ha confirmado esta misma tarde el lacayo y la doncella.

La expresión de Alfieri es de contención y alerta.

—Un error de cálculo, eso es todo. Como usted mismo ha dicho, señor Buchan, él creía que iba a vivir veinte años más, y no se molestó en hacer testamento.

—Usted tiene cuarenta y cuatro años, *signore*, no sesenta y seis, y me atrevería a asegurar que también cree que va a vivir aún muchos más. Pero poco antes de su boda realizó las disposiciones necesarias —lo sé porque yo mismo elaboré el documento— para que su esposa, a la que tiene un inmenso aprecio, no quedara desprotegida en caso de que le ocurriera lo peor. Y, no se lo tome a mal, usted es una persona acaudalada, pero Henry Slade era rico, rico hasta el punto de tener treinta millones de dólares. Y eso no se consigue a base de errores de cálculo.

»Además —prosigue Buchan esbozando una sonrisa— parece que ya se ha olvidado; sí había un testamento, un testamento redactado hacía veinte años, antes de que comprara la casa de Gramercy Park, antes de que su esposa hubiera nacido siquiera. Y fue ese testamento el que quedó validado. Entonces, *signore*, ¿por qué redactó un testamento en sus años de juventud, cuando no tenía legatarios, más allá de su propio patrimonio y de algunas instituciones benéficas con las que contribuía, y no lo modificó ni una vez después de prohiljar a una niña a la que acabó por querer mucho?

—Eso, ¿por qué? —pregunta Alfieri impaciente—. ¿Y qué tiene que ver todo esto con el hecho de que a Clara le hubieran ocultado su identidad cuando era niña?

—No lo sé, *signore*, pero puedo imaginarlo. ¿Acaso no se le está haciendo evidente a usted también? Pero no puede tener la certeza hasta que yo me haya remontado, siguiendo el hilo de los acontecimientos, hasta el punto en que la vida de su esposa se encuentra con la de Slade. De todos modos, todo nos conduce, una y otra vez, a la pregunta que todo Nueva York lleva haciéndose cinco años. ¿Quién es esa jover llamada Clara Adler y por qué la adoptó Slade?

—Es mi esposa, señor Buchan, eso es lo que es —dice Alfieri poniéndose en pie—. Esa es su identidad, y el resto de las preguntas tendrá que quedar sin responder, porque quiero que detenga su investigación ahora mismo. En cuanto al motivo por el que el señor Slade la adoptó, sólo puedo decirle que le estaré eternamente agradecido a su alma. Pero también tengo que agradecerle que no le dejara ni un céntimo en su testamento porque, de haber heredado su fortuna, nunca me habría encontrado con ella. Y ahora creo que tendríamos que ir a reunimos con Stafford y las señoras en el salón; nuestra ausencia debe estar resultando de lo más desconsiderado.

Alfieri tiene ya la mano en la puerta cuando la voz de Buchan le detiene.

—¿Y está tan seguro, *signore*, de que no ha heredado su fortuna?

El tenor se gira al momento.

—¿Se encuentra usted bien, señor Buchan? El testamento no hacía ninguna mención de su...

—¡El testamento, el testamento! —Buchan golpea la mesa con tal fuerza que las copas tintinean. ¡Ese testamento tenía más de veinte años por el amor de Dios! ¿Es que no lo ve? ¿Es que no consigo hacerle entender? No es posible que Henry muriera sin haber hecho otro testamento en fecha más reciente, eso habría ido en contra de la esencia misma de ese hombre. Y, ¿quién fue el encargado de redactar el nuevo testamento? ¿Quién estaba al corriente de todas sus disposiciones, de todos los detalles, hasta el último céntimo? ¿Quién, además de usted, señor, quería desmesuradamente a su esposa?

Alfieri se ha puesto pálido de pronto.

—Siga, señor Buchan, todo esto está empezando a encajar perfectamente. Ella estaba a punto de irse a vivir con él...

—Sí —prosigue Buchan más tranquilo—. Veo que ya va comprendiendo. Creo que él la habría obligado a casarse con él una vez que la hubiera tenido encerrada en su casa. Y dudo que le hubiera llevado mucho tiempo; después de todo, ¿qué otra opción habría tenido ella? Como ella misma le dijo, no tenía adónde ir, nadie a quien recurrir, y él estaría intimidándola noche y día. Si se hubiera negado, él habría podido amenazarla con echarla a la calle sin nada cuando alcanzara la mayoría de edad. Podría incluso —y perdóneme por lo que voy a decir— haberla forzado, en caso de que ella se hubiera resistido más de la cuenta, y haberla convencido luego de que su negativa a legalizar su situación de intimidad era absurda y que sólo la haría más desgraciada, especialmente si quedaba encinta, porque la paternidad de la criatura, si se negaba al matrimonio, se le atribuiría a un criado o a alguno de los comerciantes del lugar...

Buchan se revuelve en su asiento.

»Pero no importa cómo lo hubiera dispuesto todo. La boda no habría tardado en llegar, seguida de unos meses de felicidad conyugal entre la pareja, y entonces, ¡oh, milagro!, aparecería el nuevo testamento, y la joven señora de Thaddeus Chadwick despertaría como súbita poseedora de treinta millones de dólares y de una mansión en Gramercy Park.

Se queda en silencio y contempla la polilla que se arroja una y otra vez contra la lámpara.

»La frágil señora Chadwick, sería mejor decir. Por si le hace sentirse algo mejor, déjeme decirle que no creo que Chadwick la hubiera tratado mal, una vez casados. Por propio interés, se habría preocupado mucho de cuidarla, al menos durante un tiempo. De todos modos, todo el mundo sabe lo enferma que estuvo tras la muerte de Slade. A nadie habría sorprendido demasiado si, a pesar de los constantes cuidados de Chadwick, hubiera fallecido al cabo de uno o dos años...

»Todo esto es, claro está, mera conjetura —advierte a Alfieri, que ha bajado la cabeza—. Eso le queda claro, ¿verdad, señor Alfieri? No tengo ninguna prueba, aparte de un retrato destrozado en una habitación puesta patas arriba, y de la airada promesa de un hombre de destruirle a usted.

—¿Y Slade? —pregunta Mario ausente—. ¿Y su muerte?

—Me consta que ese tipo de coincidencias ocurren de manera natural, pero no son frecuentes. Me inclino a pensar que Chadwick le ayudó a hacer su viaje al otro mundo, pero la única manera de demostrarlo sería exhumando su cadáver para realizarle una autopsia, y carezco de las más mínimas pruebas como para realizar una petición semejante. Así que todo esto se queda simplemente en teoría.

—Pero seguro que lo habrían pillado en sus mentiras —dice Alfieri—. Seguro que cuando el nuevo testamento hubiera salido a la luz, alguien le habría preguntado por qué en su día lo había sustituido por el viejo.

Buchan se encoge de hombros.

—No se encontró el nuevo a la muerte de Slade.

—¡Pero eso es absurdo! ¿Acaso no guardaba él una copia? De un documento tan importante tendría que haber copias, tal vez más de una.

—Pues diría que la copia se había perdido, o que se había destruido. De hecho, creo recordar que hace unos meses hubo un incendio en el despacho de Chadwick, poco tiempo antes de la muerte de Slade. Un incendio pequeño, que se pudo extinguir rápidamente, pero que causó daños bastante considerables. Chadwick se habría escudado en ello, no hay duda. Habría querido hacer otra copia del testamento, pero no se habría dado mucha prisa porque creía que tendría todo el tiempo del mundo. Y entonces Slade habría muerto antes, y no habría encontrado el original. —Vuelve a encogerse de hombros—. ¿Le parece que mis conjeturas son inconsistentes? Seguramente lo son. Pero hay gente que corre riesgos mayores para obtener premios de mucha menor importancia.

»Además —prosigue—, el silencio de Chadwick respecto del nuevo testamento no restaría peso a su historia, sino que se lo añadiría. Si me descuido hubiera llegado al punto de perder la única copia de un documento importantísimo, ¿cree usted que iría pregonando por ahí mi falta de profesionalidad? No se me ocurre mejor manera de perder clientes. Tampoco hay que olvidar que la única persona perjudicada por esta sustitución habría sido sólo una niña insignificante. Una joven judía sin importancia alguna y sin familia conocida, sin contactos de importancia, cuya única relación era sólo un tutor que ya estaba muerto.

»Y, por último, no podemos perder de vista que la señorita Adler habría acabado heredando..., aunque para entonces ya sería la señora Chadwick. ¿Podría decir alguien, en ese caso, que le habían robado la herencia?

Alfieri se incorpora despacio.

—Me está diciendo entonces que el plan del señor Chadwick era prácticamente perfecto, y que aun así le ha fallado, ¿no es eso? A pesar de todos sus proyectos, se ha quedado sin nada. Que Dios me perdone por recrearme en su pérdida, pero soy yo quien tiene a Clara, y ella está a salvo de todo.

—¿A salvo? Discúlpeme, señor —dice el abogado sin alterarse—, pero no puedo estar de acuerdo con esa afirmación. Usted y su esposa han privado a Chadwick de treinta millones de dólares. Si, en realidad, fue por esa cantidad de dinero por lo que mató a su querido amigo, ¿qué le hace pensar que en su caso va a hacer una excepción?

Alfieri menea la cabeza.

—Gennarino.

—Él le hace de guardaespaldas, sí, ya lo sé —replica Buchan—. Me lo dijo el día que vino a verme a mi oficina, el día en que Chadwick descubrió que Clara Adler se había ido. Pero, como ya le he dicho varias veces, no creo que Chadwick vaya a usar personalmente la violencia contra ustedes, a pesar de lo enajenado que se mostró aquel día. En aquella ocasión se dejó llevar por la furia. Pero le duró poco. No, seguro que no haría nada que pudiera incriminarle, teniendo en cuenta, además, que hay testigos de que profirió amenazas contra ustedes. Seguro que será mucho más sutil, mucho más astuto.

Alfieri desvía la mirada.

—Prosigua con su investigación —dice con calma—. Y Dios quiera que no encuentre nada.

—Yo también lo preferiría, *signore*.

El abogado se levanta de su asiento y se inclina sobre la lámpara. Junta las dos manos en forma de cuenco y atrapa la polilla que sigue golpeándose contra la lámpara. Se dirige a la ventana abierta y la suelta, observando su vuelo hasta que se pierde en la noche. Se queda un instante junto al marco y contempla las fachadas traseras de las casas vecinas, la mayoría de las cuales están vacías y oscuras, y separadas de la de sus anfitriones por unos jardines mecidos por la brisa.

Aún de espaldas a Alfieri, Buchan dice:

—La última vez que hablamos, *signore*, me dijo que no sabía nada de la vida pasada de su esposa porque se conocían desde hacía muy poco tiempo. Ya han pasado dos meses. ¿Ha descubierto algo que pueda serme de ayuda?

—No, señor Buchan, nada.

—¿Ni siquiera si tiene en cuenta la importancia de todo esto? ¿Ni siquiera si se para a pensar en que podría salvarles la vida a los dos? ¿Aun así no sabe nada?

—No puedo ayudarle.

—*Signore*...

—No puedo ayudarle. Lo haría si pudiera... —Hace una pausa, y Buchan se gira para mirarle. Los dos hombres se quedan así, cara a cara separados sólo por la mesa—. Lo que sé, señor Buchan, digamos que lo sé accidentalmente..., es otro secreto..., y como no se refiere a mí no puedo contarlo.

—¿Ni siquiera para proteger a su esposa?

—No veo de qué manera podría ayudarnos esa información, pero no, ni siquiera en ese caso. La protegeré en la medida de mis posibilidades. Gennarino hará el resto. Es una cuestión de honor.

—¿Del suyo o del de su esposa? —inquire Buchan sin ambages.

—Del de ambos —responde Alfieri, que se entretiene haciendo girar una copa de vino vacía—. No crea que no le agradezco lo que está haciendo por nosotros. Pero debe intentar encontrar lo que busca por sus propios medios. Si lo averigua, entonces entenderá la razón de mi silencio.

Ninguno de los dos se mueve. Al cabo de unos momentos, Alfieri añade:

—Dígame, señor Buchan, ¿quién cree usted que es mi esposa en realidad?

Buchan sonríe.

—Creo que es la esposa de un caballero, *signore*.

El caballero se gira.

—Gracias —dice tranquilo, y juntos emprenden el camino hasta el salón, donde Clara, muy formal, los aguarda para servirles el café.

La ciudad está inmóvil. Yace jadeante y postrada bajo el sol de agosto como un caserío polvoriento y sin árboles en medio de una pradera, ardiendo entre una temblorosa y despiadada bruma blanca. El único sonido que se oye en las aceras desiertas es el grito estridente de las cigarras, más o menos intenso según el momento, como la corriente eléctrica de los cables que conectan una calle con otra. En ese día sofocante, el camposanto de Trinity Church no está mucho más tranquilo que la acera de la que está separado por una valla, y allí se encuentra mucha más gente que en Broadway. Los hombres que trabajan con esfuerzo en las oficinas circundantes se aflojan las corbatas y los cuellos de las camisas, se secan el sudor de los rostros, alzan las caras al cielo raso en dirección a los ventiladores del techo, que parecen incapaces de mover el pesado aire, y se abanicán con los papeles que tienen más a mano, soñando con la salvación que les traerá septiembre.

El calor vuelve irritables a los hombres. Buchan, que oye el lento garrapateo de las plumas de los dos oficinistas en medio de un silencio abrasador, se descubre a sí mismo mirando por la ventana, contemplando el camposanto de la iglesia, dándole vueltas y más vueltas en su mente al problema, aparentemente irresoluble, de descubrir la identidad de alguien que no existe.

«Cuando subía las escaleras —piensa— me encontré con una niña que no estaba ahí...»

Molesto por la deriva de sus pensamientos, agita la cabeza, y sobre el papel que tiene delante, con la tinta aún fresca, caen unas gotas de sudor que lo llenan de borrones. Da un codazo de ira sobre el escritorio, arrojando al suelo libros, plumas, papeles. Luego se queda ahí sentado, observando el desastre, y se seca la cara con un pañuelo.

La puerta que separa su despacho de la oficina exterior, que es donde trabajan los oficinistas, está abierta para permitir que el poco aire existente circule con libertad —un ejemplo tragicómico del refrán que dice que la esperanza es lo último que se pierde—, y el estruendo de los libros al caer, en medio del silencio general, es suficiente para despertar la curiosidad de uno de los escribas, que se acerca a la puerta y contempla, mudo, tanto a su jefe como el caos que tiene formado a sus pies.

—¿Sí, Lennox? ¿Le puedo ayudar en algo?

El empleado carraspea, pero antes de poder decir nada se oye la puerta de la calle que se abre y se cierra, y una voz tranquila que pregunta si puede ver al señor Buchan.

—¿A quién tengo que anunciar?

—Peters, me llamo Peters.

—¿Tenía cita con él, señor Peters?

—Pues no —su voz pierde aplomo—. Sólo dígame que estoy aquí. Trabajo para el maestro Alfieri.

Buchan esquivo los papeles del suelo y sale a la oficina general.

—Peters —le saluda, extendiéndole la mano—. ¿Qué le lleva a las calles de la ciudad con este calor? No es que dentro de las casas se esté mejor, pero este sol es como para achicharrarle el seso a cualquiera. ¿Algún problema en la casa?

—No, señor. —El criado, que sostiene el sombrero en la mano, se lo da finalmente a uno de los oficinistas, no sin recelos, pues no está acostumbrado a este cambio de papeles. El pelo, negro y algo escaso, lo lleva muy pegado al cráneo por causa del calor, y la cara, normalmente sonrosada, está sudorosa y ha adquirido un tono rojo oscuro—. El señor y la señora han salido esta mañana hacia Filadelfia.

—Sí, lo sé —dice Buchan, que conduce al criado hasta una silla en su despacho, mientras sus dos empleados recogen diligentes los libros y los papeles que hay esparcidos por el suelo antes de cerrar la puerta y volver a sus escritorios—. ¿También han ido con ellos Margaret y Gennarino?

—Sí, señor. —El criado se seca el sudor de la frente con la manga—. Pero la cocinera y los gatos se han quedado conmigo.

El abogado asiente y sonríe.

—Así que usted se ha quedado de guardia en la ciudad —dice, mientras se acerca una jarra que está sobre el escritorio y sirve parte del contenido en un vaso, que se empaña al instante. Le ofrece al hombre el agua enfriada con hielo—. No puedo evitar pensar —añade, mientras observa al criado que, agradecido, da varios sorbos— que a usted y a los gatos les ha tocado la mejor parte. Si en Nueva York hace este calor, en Filadelfia, que está más al sur, debe de ser aún peor.

Peters sonríe por primera vez y suspira de alivio. Se seca el sudor meticulosamente, primero el del labio superior, después el de la frente.

—No puedo decir que me importe haberme quedado aquí, señor. La casa es bastante fresca, y más en la zona del servicio, y como todos están fuera, no hay mucho que hacer.

—Bien. Entonces dígame —prosigue Buchan, que se sienta y entrelaza las manos— qué es lo que le ha sacado del frescor de su casa y le ha traído a este homo.

—Sí, señor. —El criado carraspea—. En realidad, señor, es mi sobrina. Bueno, ya sabe, creo, que Margaret es mi sobrina; Margaret, la que ahora es doncella de la señora Alfieri, señor; es la hija de mi hermana, y fui yo quien le conseguí el empleo con el señor Slade, a quien Dios tenga en su gloria.

Buchan asiente cortésmente ante ese despliegue de información. El criado, alentado por su gesto, continúa.

—Al principio quiso venir a decírselo ella misma, pero le dio miedo que la consideraran desleal, y nada más lejos de nuestra intención hacer o decir algo que pudiera perjudicar a la señora Alfieri, o al mismo señor, el caballero más generoso que Dios ha creado, por más italiano que sea, y luego, con todo lo de los preparativos de la señora Alfieri, ya no hubo tiempo. Por eso me pidió que se lo contara yo, y yo le dije que sí, y tan pronto como se han ido...

Buchan se limita a aguardar que el hombre tome aliento y dé otro sorbo de agua.

—Gracias, señor, por su paciencia. La cosa es que, de manera accidental, eso es así, se lo aseguro, Margaret oyó la conversación de la otra noche de usted con el maestro Alfieri. Créame que no pudo evitarlo. Estaba en la alcoba de los señores, preparándoles la cama, y resulta que

esa estancia está también en la parte trasera de la casa, justo encima del comedor. Pues bien, oyó su voz a través de las ventanas abiertas cuando le pedía al maestro que si sabía algo de la señora Alfieri que pudiera ayudar a protegerla, se lo dijera.

Los ojos de Buchan se iluminan de pronto.

—Sí. ¿Y?

—Bueno, Margaret fue la que ayudó a la señorita Clara (ahora señora Alfieri) durante su enfermedad el invierno y la primavera pasadas. Margaret se le dan bien los enfermos, ¿sabe?, porque es tranquila y delicada, y se quedaba constantemente en la habitación de la señora durante los primeros tiempos, que fueron los peores, porque nos parecía que la niña (la señorita Clara, señor, no es mi intención faltarle al respeto) se iba a morir. —El lacayo carraspea de nuevo—. Margaret se pasó días enteros a su lado, y hasta dormía en la habitación, en una silla, porque la señorita Clara deliraba y desvariaba. Durante la enfermedad, la niña decía cosas, señor, a veces hablaba, a veces suplicaba cosas a otras personas..., y a Margaret le parece que tal vez a usted podrían servirle los nombres que la señorita Clara repetía una y otra vez.

—¿Nombres de pila o apellidos?

—Las dos cosas, señor. Aunque Margaret no siempre recuerda con exactitud qué nombres iban con qué apellidos. A veces la señorita los decía los dos juntos, a veces por separado.

—¿Y Margaret le dijo a usted los nombres?

—Mejor, señor, me los escribió. —Peters se saca una hoja de papel doblado, muy gastado, del bolsillo de la pechera y se lo da—. No está segura de si los anotó correctamente, pero me los dictó a mí y yo intenté escribirlos tal como sonaban, no sé si me explico, señor.

Buchan desdobra el papel, impaciente, y lee la lista vertical, de unas quince líneas, escrita con letra grande e infantil.

—¿El orden de los nombres tiene alguna importancia?

—Los que la señorita Clara pronunciaba con más frecuencia eran los que Margaret recordaba mejor, y son los que puso primero. Me dijo que si pensara más en el asunto, seguramente le vendrían algunos más a la memoria.

—Dudo que sea necesario. Los que mencionaba más a menudo serán, probablemente, los que acaben resultando más importantes.

Vuelve a doblar el papel y lo mete en un cajón de su escritorio.

—Si escribe a su sobrina, dele las gracias de mi parte. Dígale que ha hecho un gran servicio al señor y a la señora Alfieri. Pero recuérdelo que no tiene que decirle a nadie que me ha facilitado esta información. Será nuestro secreto. Esto tiene que quedar entre nosotros tres.

—Sí, señor —dice el criado sin mucho convencimiento—. ¿Ni siquiera al *signor* Gennarino? Adora a su señor y, como su señor está tan enamorado de su esposa, ahora también la adora a ella. Se sentiría muy mal si creyera que estamos actuando a sus espaldas..., y no me gustaría tenerlo de enemigo.

—Ni siquiera a Gennarino. Yo mismo informaré al señor Alfieri cuando lo crea conveniente. No tema, no les pasará nada. Créame cuando le digo que tanto usted como su sobrina han actuado correctamente.

—Gracias, señor Buchan.

El criado se acaba el vaso de agua y hace el ademán de incorporarse, pero el abogado le indica que permanezca sentado y le sonrío amigablemente.

—¿Sabe una cosa, Peters? Usted y Margarita están en una posición envidiable. Todo el mundo se pregunta cosas sobre la señora Alfieri pero es muy poco lo que de verdad se sabe de ella. —Buchan vuelve a llenarle el vaso a Peters mientras habla, y esta vez añade un generoso chorro de un whisky (primero le ha mostrado la botella a la espera de su asentimiento) que saca de un pequeño armario que tiene al lado—. Por otra parte, ustedes han estado con ella en la misma casa desde su llegada. Cuénteme —le dice alargándole de nuevo el vaso—, ¿cómo era cuando llegó a Gramercy Park?

Peters no responde inmediatamente, sino que espera a que el abogado se prepare para él un refresco similar.

—¿Qué cómo era? No se parecía a nada que hubiera visto antes. Conozco a bastantes niños, pues mi hermana tuvo once, y Margaret era la menor de ellos, pero no creo posible que exista en el mundo uno tan triste como la señorita Clara en aquel momento. Usted mismo vio cómo era el día de su boda. Bueno, pues, cuando llegó, su estado era muchísimo peor. Una cosita pálida, enferma, demacrada, todo piel y huesos, y tan asustada..., demasiado asustada para apartar siquiera la vista del suelo.

Buchan alza su vaso en honor a su visitante y se apoya de nuevo en el respaldo, conminándole a seguir con un gesto de cabeza. El criado da un generoso sorbo a su whisky, como si hacerlo hubiera de ayudarle a recordar.

—Durante el primer año, apenas habló con nadie excepto con el señor Slade, e incluso con él lo hacía muy poco. Casi nunca salía de su habitación. Todos sentíamos lástima por ella, señor. No se podía sentir otra cosa. La cocinera le preparaba platos especiales, para que comiera algo, y las criadas más hábiles con el hilo y la aguja le regalaban pequeñas labores: pañuelos, almohadillas de costura y cosas así. De ese modo fuimos animándola poco a poco, año tras año, hasta que se fue haciendo más fuerte y más valiente.

»Se convirtió en una niña muy dulce, siempre con una sonrisa y un saludo para todos nosotros cuando nos veía, ya se tratara del mayordomo o de la fregona. Toda la amabilidad que nosotros le demostramos, nos la devolvió con creces. Se acordaba de nuestros cumpleaños y nos hacía pequeños regalos que pagaba con el dinero de su asignación, y se hizo amiga de algunas de las chicas de servicio más jóvenes, aunque no olvidaban nunca del todo sus respectivas posiciones.

»Y muchos empleados recurrían a ella cuando había problemas, como rencillas y resentimientos, porque nadie era capaz de suavizar las cosas con tanta rapidez como la señorita Clara, que se desvivía para que la paz volviera a reinar entre nosotros. Se sentaba en su gran silla, atendiendo a las dos partes, impartiendo justicia como Salomón, pero siempre con una sonrisa en los labios. Cuando escuchaba, te dabas cuenta de que le importabas, y sabía razonar muy bien el punto de vista de todas las partes, de modo que al final todos se ponían en lugar de los demás. No creo que exista una criatura más justa, era como si supiera muy bien lo que significa ser tratado injustamente.

Nosotros éramos doce de servicio, y Dios sabe que la manteníamos bastante ocupada con todas nuestras trifulcas y problemas.

Hace una pausa, y la sonrisa en sus labios se disipa.

—Y entonces murió el señor, y se leyó el testamento, y todos los progresos que había hecho la señorita Clara desaparecieron de un plumazo —dice mientras hace chasquear los dedos.

Buchan asiente.

—Porque no heredó nada —aventura—. Seguro que durante el mes que pasó hasta que se leyó la última voluntad del difunto había llegado a verse como una pequeña heredera, y ya había hecho planes sobre la manera de gastar aquella fortuna. Una decepción terrible, claro, pero eso es lo que pasa con los cuentos de la lechera...

—Ah, no, señor. —La mano del criado se agita con vehemencia, y hasta se le derrama un poco de whisky—. Los que no estuvieron allí no pueden explicar lo que pasó a los que sí estaban. Yo estaba presente, y vi muy bien lo mucho que su muerte le llegó al corazón. No fue perder el dinero lo que la hizo enfermar, pues no creo ni que hubiera sabido qué hacer con él si de repente hubieran empezado a caerle billetes de cien dólares en el regazo...; a ella nunca le interesaron las joyas ni la ropa traída de París, como a otras damas jóvenes; ella nunca le pidió nada...

Se incorpora en su asiento de repente, como arrepentido de su estallido de ira.

—Le... le ruego que me disculpe, señor —balucea, sacándose el pañuelo y secando con él el whisky que ha derramado sobre el escritorio—. No pretendía faltarle el respeto, créame, se lo ruego. Pero es que..., oírle decir lo que ha dicho, y me consta que son muchos los que lo piensan, eso de su decepción por la fortuna... No era la fortuna lo que ella quería, señor. Estaba tan preocupada, tan aterrada por tener que irse a vivir con desconocidos. Tras la muerte del señor Slade, pero antes de que se abriera el testamento, le dijo a Margaret que él le había dicho que se cuidarían de ella, que siempre tendría una casa de propiedad, y que no quedaría a merced de extraños. Y entonces se leyó el testamento y no había nada para ella, señor, nada. —Mueve la cabeza a izquierda y derecha, con tristeza—. Nada de nada.

Se bebe el whisky con la mirada perdida y se seca los labios con la mano.

—Pobrecita. Primero se hace realidad su mayor temor, y luego, además, tiene que aceptar la idea de que el señor Slade nunca se preocupó por ella realmente; seguro que debió de ser eso lo que pensó, porque incluso nosotros, que lo conocíamos mejor que ella, pensamos lo mismo. No pudo soportarlo, se rompió en pedazos. Yo fui de los que ayudaron a subirla a su habitación aquel día. Como si aquellos cuatro últimos años no hubieran pasado por ella. Aún peor, porque su cabeza empezó a poblarse de cosas totalmente extrañas, cosas muy feas. Margaret me comentaba a veces que los delirios de la señorita Clara le provocaban pesadillas a ella.

—¿Por qué? —pregunta Buchan con calma—. ¿Qué decía la señorita Clara?

—Cosas sin sentido, eso era lo peor. Baluceaba cosas horribles, moscas, hombres sin cabeza, sangre por todas partes. Sueños febriles, claro está, pero cuánto tiene que haber vivido una niña para poder soñar cosas así.

—Exacto, sueños provocados por las fiebres, usted mismo lo ha dicho. Seguro que debe haber sido tema de conversación del servicio durante mucho tiempo. Y en todo el tiempo que estuvo con ustedes, ¿nadie se preguntó nunca qué le había sucedido antes de llegar a Gramercy Park, quién era su familia?

—No, señor, lo único que sabíamos era que su padre era un hombre de negocios al que el señor Slade conocía.

—Pero, ¿por qué había acabado viviendo en la casa? Sinceramente, Peters, eso es algo que no he entendido nunca. Por desgracia, la bendición de los hijos no nos ha sido dada a mi esposa y a mí, pero tengo la firme convicción de que un padre como Dios manda, y más si tiene medios, no entrega sus hijas a desconocidos, por más amables que sean, como era el caso del señor Slade. ¿No especuló nadie sobre la razón de que la señorita Clara acabara viviendo con él?

Peters se ríe.

—¿Qué si se especulaba? A veces las conversaciones sobre el tema duraban toda la noche, claro. Pero no eran más que eso conversaciones.

—¿De qué tipo?

—Oh, algunos creían que su padre lo había perdido todo en algún negocio y se había suicidado, cosa que explicaría el lamentable estado en que había llegado la niña a la casa. Otros opinaban que se había quedado viudo hacía poco y se había vuelto a casar, y que su nueva esposa, joven, tal vez, y hermosa, no soportaba a la hija de su anterior matrimonio y había insistido en que se librasen de ella.

Buchan se reclina en su asiento y estira las piernas.

—¿Y usted, Peters? ¿Qué teoría suscribía usted?

—Yo era de los que creían en la primera. Me parecía más lógica, teniendo en cuenta el estado de la señorita Clara.

—Muy sensato —comenta el abogado, asintiendo con la cabeza—. Pero, claro está, cualquiera de las dos sólo sirve para explicar por qué no vivía con su familia. Pero no dicen nada de los motivos del señor Slade para prohijarla. Para serle sincero, de haber formado yo parte de personal de servicio, seguramente habría aportado mi propia sugerencia. Habría sugerido —se encoge de hombros y sonríe— que la señorita Clara era en realidad hija del señor Slade.

Sus palabras pillan a Peters con la boca llena de whisky y agua, que consigue tragar a duras penas.

—¿Hija de...? —repite el criado, y estalla en una risotada—. Discúlpeme, pero está claro que no conocía al señor. No creo que exista nadie en este mundo que manifieste tanta indiferencia hacia las damas como el señor Slade.

—¿Siempre?

—¿Cómo dice?

—Si siempre había sido tan... indiferente.

—Que yo sepa, sí. Nunca se casó, señor, y estoy seguro de que a lo largo de los diecisiete años que pasé a su servicio nunca hubo ninguna mujer en su vida. Vivía para su trabajo y para las obras benéficas. Prohijar a la señorita Clara fue algo muy propio de él: se tomaba muy en serio eso de adoctrinar al pagano en tierras lejanas y esas cosas, y de extender la palabra de Dios. Como Clara no era cristiana, para él era algo así como predicar con el ejemplo, pero más cerca de casa.

Buchan muestra su acuerdo con un movimiento de cabeza.

—¿Y recibió la señorita Clara algún tipo de instrucción en la fe cristiana durante los años que pasó en Gramercy Park?

—No, hasta donde yo sé, señor. Pero es que al principio no estaba como para hacer casi nada, y más tarde parecía como si eso ya no importara. Tal vez el señor Slade esperaba que, al vivir con cristianos, Clara acabara aprendiendo de su ejemplo. Y seguro que sabía lo que hacía, ¿no le parece?, porque creo que le dio buen resultado. Es verdad que cuando el señor iba a misa, ella se quedaba en casa, pero aparte de eso, nunca la vi hacer nada muy distinto a lo que hace el resto de la gente, pronunciar conjuros raros ni despreciar un buen pedazo de carne de cerdo.

Buchan sonrío.

—Así que el señor Slade no estaba interesado en las mujeres y era un filántropo de las causas cristianas. Pero, ¿qué tipo de hombre era Peters? ¿Era vanidoso? ¿Orgullosa? ¿Cariñoso? ¿Cómo describiría su carácter?

El criado vuelve dar un buen trago a su copa, con expresión concentrada.

—Le importaba mucho su reputación, señor. Y al principio podía ser un poco frío y reservado, y por eso los que no le conocían bien podían creer que era insensible. Pero cuando te conocía, cuando entrabas a su casa y formabas parte de su casa..., no había señor más amable.

—¿Y dice que le tenía mucho cariño a la niña?

—¿A la señorita Clara? La tenía en gran estima. Por eso nos quedamos tan desconcertados cuando supimos que en el testamento ni le mencionaba. Le gustaba tenerla cerca. Las noches eran su momento especial. Ella le leía en voz alta durante horas, o él se sentaba a trabajar en su estudio mientras ella se sentaba a su lado y se ponía a bordar. No intercambiaban palabras, pero estaban allí, juntos, haciéndose compañía, ya me entiende. Sin estridencias, ya sabe, porque el señor era una persona siempre discreta.

El criado empieza a notar los efectos del whisky y sacude la cabeza.

—No, señor, el señor Slade siempre fue muy correcto, muy reservado, muy formal. —Sonríe abiertamente—. Totalmente distinto a nuestro nuevo señor —exclama, pero se arrepiente al momento—. No es que diga que el Maestro Alfieri no es correcto, señor. ¡Por favor, no me interprete mal! Es un auténtico caballero. Pero verle con la joven señora es algo fuera de lo común. Es como si estuviera embriagado de su presencia. Muy embriagado. ¿Ha visto cómo la trata? Como si fuera uno de los gatitos de la señora, y nunca le aparta la mirada. Embriagado muy embriagado —dice asintiendo con la cabeza cada vez que repite la palabra—, pero, claro, él es su esposo, no su tutor. ¿Y ella? Ella sola es capaz de hacer que un soltero se arrepienta de su estado. Basta con ver su rostro cuando mira al señor Alfieri, que es un hombre endiabladamente atractivo, a pesar de ser extranjero, y —añade bajando la voz— con edad suficiente para ser su padre.

—Sí —interrumpe Buchan, que desea detener en este punto la charla del criado—. Bueno, los recién casados siempre serán recién casados. Un brindis a la salud de ellos, Peters —dice levantando el vaso—. Larga vida y mucha felicidad para ambos.

El criado también levanta la copa.

—No puedo estar más de acuerdo. Felicidad, salud y muchos años por delante. —Vuelve a vaciar el vaso—. Ciertamente que el maestro Alfieri habla raro —añade mientras se levanta—, pero diga lo que diga, es música a oídos de la niña, como se ve claramente. Y yo estoy tan contento de verla feliz por fin...

Esas son sus últimas palabras antes de marcharse —tras agradecer profusamente la amabilidad de su anfitrión y solicitar al oficinista su sombrero— para enfilar Broadway con la cabeza baja y los hombros hundidos por el golpe del sol.

Buchan extrae la lista de nombres del cajón y la mira, golpeando rítmicamente el escritorio con los dedos. Esos nombres no le dicen nada.

—¡Lennox!

El oficinista aparece de inmediato en la puerta.

—¿Sigue con el informe para Howe? Pues déjelo por el momento. Eso puede esperar —le entrega el papel—. Empiece con esto.

Lennox mira la lista.

—¿Y qué tengo que hacer, señor?

—Averiguar quién es esta gente, si es posible. Son, o eran, conocidos de nuestra joven dama inexistente. Busque en los padrones municipales, en los censos, en los registros de Hacienda, en donde sea. Sí, ya lo sé, es como buscar una aguja en un pajar, pero es lo único que tenemos. Ah, y empiece por Nueva York. No voy a enviarlo otra vez a peinar todos los condados de Nueva Jersey para que vuelva con las manos vacías, como la última vez.

El asistente murmura un asentimiento y regresa al despacho general con la vista aún puesta en la lista. Buchan coge un voluminoso archivo de una estantería, pero lo deja reposar un rato, cerrado, sobre la rodilla. Una vez más, se da cuenta de que su atención se dispersa. La descripción de Peters de una niña tan asustada que no se atreve a alzar la vista del suelo ha causado una honda impresión en él. «Pequeña, pequeña —piensa—, ¿qué te aterrorizaba tanto?»

—Señor Buchan, ¿le importaría echarle un vistazo a esto?

Su asistente está de nuevo en la puerta, con un recorte de periódico amarillento en la mano. El abogado consiente y él se le acerca y le pone el recorte, junto con la lista, sobre el escritorio. Buchan le echa un vistazo.

—Lennox, ¿esto lo ha sacado de su archivo de «crímenes»?

—Sí, señor.

—Lennox, ya lo hemos discutido otras veces. La fascinación que siente por estas historias de violencia y mutilación es algo que se escapa a mi inteligencia. ¡Piense un poco, hombre! —exclama secamente—. En un día en que el calor puede llevar a un hombre a cometer un homicidio, ¿crees que es sensato que me enseñe precisamente un artículo sobre un asesinato? ¿Por qué no está buscando los nombres de esta lista, como le he pedido?

—Es que es lo que estoy haciendo. —El asistente, con una vaga sonrisa en el rostro, señala el primero—. ¿Ve éste, señor? —Desplaza el dedo hasta el recorte de periódico, extraído de una de las publicaciones más truculentas de la ciudad—. Mire esto.

La mirada de Buchan pasa de la una al otro y luego se levanta hasta dar con la cara de Lennox.

—Sí, señor, ya lo sé, no se escriben igual. En la lista pone «F-a-w-v-e-1» y en el periódico «F-a-u-v-e-1-1», pero suenan como si pudiera ser el mismo nombre, ¿no?

El abogado asiente moviendo despacio la cabeza.

—Sí que podría, Dios mío. —Vuelve a mirar a su asistente—. Explíqueme una cosa, porque es que no lo entiendo. ¿Cómo ha podido acordarse de este nombre, cómo ha podido relacionarlos los dos?

—Bueno, es un nombre muy poco frecuente, señor, eso tiene que reconocerlo. Y este es uno de mis casos favoritos, porque nunca llegó a aclararse del todo; bueno, no se resolvió como Dios manda. Tal vez también me pregunte cómo es que me acordaba del nombre de Lizzie Borden. Lizzie Borden, señor. El doble asesinato de Massachusetts, hace dos años. La señorita a la que juzgaron por matar a su padre y a su madrastra con un hacha. Oh, no, señor, la absolvieron. Bueno, pues no es que haya tenido que recordar el nombre de Fauvell, es que nunca lo he olvidado, y cuando lo he visto, aunque mal escrito...

Notando el creciente interés de Buchan, añade:

—Es una historia bastante simple en realidad. Un hombre joven llamado Thomas Pratt siguió a su padrastro, Edward Fauvell, hasta un cobertizo solitario una tarde y le voló la cabeza usando uno de los dos cartuchos de su escopeta; con el otro, se disparó a sí mismo. Parece que, al menos en principio, se trató de un caso normal de asesinato y suicidio, aunque aparentemente sin móvil. Desde luego, si lo hubo nunca se averiguó. Tampoco hubo testigos, señor. La granja estaba muy aislada, y el chico no dejó ninguna nota explicando lo que había hecho. Todo parecía reducirse a un acto de violencia absurda.

»Lo que hace que este caso sea aún más interesante es que el joven acababa de licenciarse en la universidad de Princeton, con las más altas calificaciones, y estaba preparándose para hacerse pastor evangélico. Ni su madre ni su hermana fueron capaces de dar explicación alguna de la tragedia. Thomas Pratt nunca había sido un joven alocado ni había cometido ningún acto violento. La policía local, de acuerdo con el médico del lugar, quien además era el juez de primera instancia, no pudieron hacer más que suponer que se había tratado de un caso de enajenación mental transitoria. Muerte causada por un brote de locura, dijeron, y archivaron el caso, rechazando proseguir con la investigación.

—Con la protesta de la madre y la hermana, supongo.

—Supone mal, señor. Esto aún hace del crimen un caso más interesante; ni la madre ni la hermana hicieron ningún esfuerzo para que el caso siguiera abierto. Sencillamente, lo dejaron languidecer.

Buchan refunfuña algo, con la mirada fija en las tumbas del pequeño cementerio.

—¿Y qué tiene que ver nuestra joven cliente con toda esta historia? Explíquemelo, Lennox. Explíqueme dónde está la conexión. ¿Por qué arte de magia podría conocer Clara Adler, la hija de un rico comerciante judío, a un granjero que vivía en una casa aislada, un granjero con un hijastro a punto de convertirse en pastor de la iglesia, nada menos, y conocerlo hasta el punto de repetir una y otra vez su nombre durante sus delirios?

Consulta el recorte.

—Todo esto sucedió hace seis años, en julio de 1888. Cuando el granjero murió, ella no tendría ni catorce años. Ni siquiera sabemos dónde estaba en aquel entonces. No llegó a casa del señor Slade sino más de un año después.

La voz del asistente se hace más grave y deja traslucir cierto regocijo.

—Pero es que no le he contado la parte más interesante. Yo no sé de qué podía haber conocido la señorita Adler a ese granjero, ni cuándo ni dónde pudieron haberse encontrado. Pero Fauvell, el granjero, no siempre lo fue. Su llegada a la finca se produjo sólo cinco años antes de su muerte. Previamente había sido el director de una escuela femenina bastante exclusiva, aquí mismo, en el centro de Nueva York.

El abogado mira fijamente a su ayudante, y luego empieza a leer el artículo con atención.

—Fauvell murió hace seis años —musita al fin—, y llevaba cinco fuera de la ciudad. Por tanto, hace once años, Clara Adler sólo tenía ocho años. Me disgusta tener que informarle de que no podría haber sido alumna de aquella escuela. —Da unos golpecitos al recorte—. Léalo usted mismo, Lennox. Se trataba de una academia episcopaliana.

¿Cuántas escuelas llamadas Santa Justina Mártir conoce que acepten alumnas de la fe hebrea?

En medio del silencio que sigue a su pregunta, el chirrido de las cigarras es ensordecedor.

—Lennox, le debo una disculpa por haber sido impaciente y antipático con usted. Tiene razón. Esta historia tiene algunas características bastante peculiares. Quiero que averigüe todo lo que pueda sobre ese tal Fauvell..., quién era, de dónde era, cuáles eran sus credenciales profesionales y, sobre todo, por qué dejó la escuela. Los directores de colegio no suelen metamorfosearse en granjeros como las orugas en mariposas. Por lo que a mí respecta, tanto hablar de granjas me ha hecho sentir unas ganas locas de volver a ver hierba, cerdos, gallinas y vacas. Ya se me había ocurrido que mi esposa y yo podríamos irnos al campo unos días para huir de este calor, pero ahora ya está decidido.

»Consígame los horarios de los trenes a... —consulta el recorte— Rosebank, vaya, eso está en Nueva Jersey. Y mientras estemos allí, tal vez mi esposa y yo podamos ver si encontramos a alguien de apellido... ¿cómo era el apellido del hijastro? ¿Pratt?, que aún siga viviendo en el mismo sitio. Ahora se me ocurre que en la universidad tuve un compañero que se llamaba así. Tal vez eran parientes. Seguro que a nadie le parecerá sospechoso que intente conocer a la familia de un antiguo amigo mío...

La multitud que espera en la estación supera las quinientas personas, a pesar del calor de agosto.

Se han ido congregando desde la mañana —los aficionados, los admiradores, los simples curiosos—, y nada hay más natural, porque una de las constantes en la vida de cualquier estrella es su capacidad para atraer multitudes con la misma facilidad con que el azúcar atrae a las hormigas. Los que han llegado primero han acaparado los mejores sitios para presenciar la ceremonia de bienvenida. Los que han llegado después se han ido distribuyendo a ambos lados de la alfombra roja sobre la que él ha de pasar. Los últimos en llegar, y los que aún siguen acercándose a la estación —a pesar de que el tren ya está entrando en el andén— se apretujan en los pocos espacios que quedan libres, se montan en los carretones de equipajes, se suben a los alféizares de las ventanas y a los pilares. Alguien que contemplara la escena desde el techo, vería algo parecido a un enjambre de abejas revoloteando alrededor de un panal.

En medio del gran estrépito que crean la multitud y el tren, de los silbidos, los gritos y los vítores, la orquesta, preparada para la ocasión, toca los primeros compases de la música de bienvenida —el Preludio de *Los Maestros Cantores* de Wagner— en una especie de pantomima desahogada de lo que es una interpretación musical; los arcos de los instrumentos de cuerda rasgan el aire impetuosamente, los rostros de los trompetistas se ponen muy rojos, todo para hacerse oír en medio de esas voces, de esos chirridos y silbidos de la locomotora. Así es como Mario Alfieri hace su entrada triunfal en Filadelfia, en medio de un estruendo que parece el del mar en medio de una terrible tempestad.

Ávidos de ver por primera vez al gran tenor, los allí congregados se abalanzan sobre el tren, que aún no se ha detenido del todo, sin importarles su propia seguridad; es una marea humana que va en su busca, hombres y mujeres con las caras alzadas, escrutando el interior de los vagones, las bocas abiertas, los dedos que señalan, en busca del coche en el que él viaja. Los primeros admiradores que lo descubren empiezan a golpear los cristales con las manos. Han cerrado las ventanas desde dentro por seguridad, y en el interior hace calor. El vagón vibra con los gritos enfervorecidos de la multitud y con el resonar de puños que golpean.

Clara mira por la ventana todo ese alboroto, con los ojos muy abiertos y el labio superior perlado de sudor, plenamente consciente, por primera vez, de lo que significa ser Mario Alfieri, y de lo que, por tanto, significa ser su esposa. Sin mirar directamente a la multitud que se agolpa fuera, el tenor la aparta de la ventana y actúa como si ahí no hubiera nadie.

—Tranquila, amor mío, no van a hacerte daño. No tienen malas intenciones.

Clara asiente con la cabeza, pero tiene los labios muy apretados y apenas le sale la voz.

—¿Siempre es así?

Él le acaricia la cara, y le oculta que ese recibimiento es de los menores, que normalmente es mucho peor.

—No siempre, pero sí muchas veces.

Gennarino está a su lado, en silencio, atento al remolino de gente. Alfieri se gira para mirarlo.

—¿Ya sabes lo que tienes que hacer?

Su criado asiente, y entonces Alfieri vuelve a dirigirse a su mujer.

—Cuando yo me baje, tú te quedarás aquí con Margaret. Gennarino os hará compañía. Una vez que la gente empiece a irse, cosa que no llevará mucho tiempo, os llevará a las dos al hotel.

—No, Mario.

—Clara.

—¡No! —repite, testaruda, con la barbilla levantada.

—Clara, amor mío, pero si me has dicho muchas veces que te dan miedo las aglomeraciones, que te ponen enferma. Si vienes conmigo tendrás que pasar por ese... —gesticula, señalando la enfervorecida masa de cuerpos del otro lado de la ventanilla—, y después deberás sentarte en el estrado, con el calor que hace, mientras el alcalde y los demás pronuncian esos aburridos discursos. ¿Por qué vas a querer pasar por todo eso?

—Porque soy tu esposa.

—Y lo serás por muchos años, si Dios quiere. Ya habrá otros días y otros discursos. Ve al hotel, querida, te lo digo por tu propio bien. Ah estarás más fresca. Date un baño, cámbiate, descansa. Yo me reuniré contigo antes de la cena, te lo prometo. El campo te ha sentado tan bien, has mejorado mucho, pero tantas emociones, y con este calor...

Clara se pone muy recta, en un gesto que siempre divierte a Mario, que no por ello deja de escucharla muy serio, sosteniéndole la mano.

—Mientras tú estés conmigo, no tendré miedo. Puedo sentarme en ese estrado igual que me siento en cualquier otra parte.

—Pero, ¿por qué? ¡*Madonna!* Si ya lo hemos hablado otras veces No tienes por qué demostrarme lo valiente que eres. Tendrás tiempo de sobra de enfrentarte a estas cosas cuando estés un poco más acostumbrada. Para bien y para mal, mi amor, mientras yo conserve la voz, seguirán congregándose multitudes.

—Entonces, si tengo que empezar alguna vez, ¿por qué no hacerlo ahora?

—Porque hace mucho calor. Tengo que velar por tu salud, si no lo haces tú.

Clara lo mira desafiándolo. Caminará sola entre el tumulto, si hace falta, para demostrarle que no se ha equivocado al elegirla a ella. Está a la altura de su nombre y de la fe que ha depositado en ella, que nunca tendrá que arrepentirse de haberle dado esas dos cosas, porque antes preferiría la muerte que deshonrarlo... En ese momento, la expresión de su rostro cambia y aparta la mirada.

—Mario, ¿te avergüenzas de mí? Dime la verdad. Sé que no soy muy guapa, que no me parezco en nada a lo que la gente espera de la mujer de un tenor como tú. En el campo no importaba tanto, pero ahora ya no estamos en el campo. A lo mejor, cuando me crezca el pelo..., a lo mejor el año que viene...

Mario la hace callar tapándole la boca con la mano.

—¿Avergonzado yo de ti? ¿De ti, que eres mi felicidad? ¿Es que no sabes que todo el que me ve siente envidia de mí? Ven conmigo entonces, cara.

Gennarino es el primero que baja del tren. Se planta a la izquierda de la escalerilla y escruta los innumerables rostros de la multitud. Alfieri es el siguiente, y su salida provoca un rugido de bienvenida. Hace tres reverencias de agradecimiento y luego se gira, buscando a Clara que, asustada por el griterío, se ha quedado inmóvil en un escalón. Mario la ayuda a bajar con suavidad. Un susurro emocionado —«bonita, muy bonita, ¿quién es?»— recorre la estación como una brisa. Margaret, que es la última en descender, se coloca justo detrás de su señora. Los cuatro se quedan ahí esperando hasta que ven que una considerable representación de dignatarios —el alcalde y el consistorio en pleno, acompañados del director general del Gran Teatro de la Ópera y de todos los miembros del equipo directivo— se aproximan por la alfombra roja, que tres corpulentos miembros de la policía mantienen despejada.

Mario hace las presentaciones para ocultar su timidez, diciendo simplemente: «y esta es mi esposa, caballeros», pasándole el brazo por la cintura. Si alguien se ha sorprendido al ver al famoso Mario Alfieri bajar del tren convertido en un hombre casado, nadie lo demuestra, y gracias al griterío, que hace virtualmente imposible cualquier intento de comunicación, Clara se ahorra tener que decir nada. El alcalde, además, desea hacerles llegar cuanto antes a la zona de espera, cubierta y en penumbra, que es donde la ciudad ha preparado el recibimiento oficial.

Para Clara, que no ve por encima de las cabezas, la alfombra roja es una estrecha cinta de seguridad, un sendero entre dos altos muros de humanidad zarandeada, alegre y emocionada. El alcalde abre la comitiva, henchido de orgullo, y ella y Mario le siguen inmediatamente detrás, cogidos de la mano. Gennarino va a su izquierda, Margaret, detrás de ella, y la fila de concejales y miembros de la junta, a continuación. De repente, mientras avanzan de ese modo, Clara tiene la imagen de Moisés guiando al pueblo hebreo a través de las aguas del Mar Rojo, que se han apartado a ambos lados, y que aguardan la más mínima distracción del Señor para volver a unirse, arrastrándolos a todos; pero aunque el pánico hace presa de ella en ese instante, siente unas enormes ganas de reír, porque el Moisés que los guía es un señor pequeño y regordete con sombrero de copa, un pequeño bigote engominado y una cadena de oro que le cuelga sobre el pecho, y ella se lo imagina con una barba larga y patriarcal sobre la papada y un bastón grueso en la mano gorda y cuidada...

Y entonces las aguas se remansan y se calman, y de pronto se encuentran en un espacio amplio, limpio, y contemplan la alta tarima de madera, revestida de banderines. Gennarino y Margaret se quedan abajo mientras ella y Mario suben los diez escalones que conducen a estrado, como si caminaran hacia su ejecución. Hay unos instantes de confusión mientras traen una silla más —la presencia de Clara no había sido anunciada—, durante los que se quedan de pie, muy cerca del borde, tan cerca que un espectador atrevido, ayudado por sus vecinos, llega a tirarle del dobladillo del vestido y ella ahoga un grito y se aferra al brazo de Mario, a punto de caerse sobre la multitud. Pero entonces aparece la silla, y ella se sienta, ya a salvo, junto al podio cubierto con una bandera, y se dedica a observar la marea de sombreros, el mar de rostros que se levantan como la espuma de las olas impulsadas por el viento, el océano de ojos que se clavan en ella y en el hombre que está tranquilamente sentado junto a ella mientras le sostiene la mano entre las suyas.

Cerca de donde se encuentran hay otra tarima más pequeña, pegada a una de las paredes de la estación, rodeada en tres de sus cuatro lados por unos andamios y oculta tras un telón blanco que cuelga de los andamios. A un hombre del público, que intenta levantarlo para ver qué hay detrás, lo disuade un policía que hace guardia, junto a sus compañeros, frente ese pequeño escenario. Clara intenta, sin éxito, imaginar qué puede haber tras del telón, y al momento su atención se desplaza a los participantes que, uno tras otro, van subiendo al podio para pronunciar sus discursos ante una multitud ahora silenciosa, para hablar del orgullo que siente Filadelfia, de su devoción a la cultura, del merecido lugar que ocupa entre las grandes ciudades del mundo... pero hace mucho calor, y la multitud murmura y susurra más abajo, creando un rumor que se parece al de las caracolas de mar cuando uno se las acerca al oído, por lo que no tarda mucho tiempo en notar que se está quedando adormilada.

«Esto no está tan mal —piensa—. ¿De qué tenía miedo? El pasado es el pasado, y ahora soy la esposa de Mario. Ya no tengo por qué volver a sentir temor...»

Unos aplausos la hacen apartarse un momento de sus pensamientos. El alcalde ha iniciado su discurso. «... un inmenso honor —está diciendo con la voz muy engolada— que significa no sólo su primera actuación en nuestro continente, sino también el estreno en Estados Unidos de una obra magnífica —consulta sus notas—, *Manon Lescaut*, del gran joven compositor —otro vistazo a sus notas— Gia-co-mo Puccini», y Clara ve que Mario hace un gesto de dolor cuando se percata de los apuros del alcalde para pronunciar ese nombre extraño. Lo mira por el rabillo del ojo y le sonríe, y él le aprieta más la mano, pero ahora el alcalde está diciendo: «... depositaria aún de otro gran honor, y es que el maestro acaba de llegar de su luna de miel, y ha traído a su encantadora esposa a nuestra ciudad...», y nota que se pone cada vez más colorada cuando se inician los aplausos. Con todo, los rostros que los rodean son amables, y el trance pasa pronto. Además, el alcalde empieza a hablar de otro tema, recordando la historia de Filadelfia desde los días de William Penn, y su ya proverbial amor a las Artes, por lo que la mente de Clara vuelve a vagar sin rumbo.

Vuelven a pesarle los párpados, hace tanto calor... La voz del orador y el rumor del público se unen y, entre los dos, forman gradualmente un sonido nuevo, más profundo, un murmullo sordo en la distancia. Clara se agita, alarmada. No es la primera vez que lo oye, pero, ¿de dónde lo recuerda? Un zumbido interminable que cada vez se va haciendo más fuerte. Sí, es una multitud, una asamblea infinita, pero no de personas. Son moscas. Es el zumbido de las moscas. Moscas enormes, negras, y también pequeñas y tornasoladas, verdosas.

Hay tantas. ¿Cómo es que nunca se le ocurrió que hubiera tantas moscas en el mundo? Nubes de moscas, posándose en las formas inertes en el suelo, cubriéndolas, y sobre los pequeños charcos rojos que se hacen cada vez más oscuros y se van secando desde el borde hacia dentro, ya totalmente cubiertos, un hervidero de enormes moscas negras y de moscas más pequeñas, verdes, brillantes, cada vez más, la pared de enfrente tapizada de moscas, formando un estallido errático de color, como una salpicadura negra que ruge y se mueve sobre la pared blanca. ¿De dónde vienen? La ventana está cerrada, a pesar del calor, y los prismas cuelgan inmóviles en la cuerda que los sujeta —papá no quería que ningún ruido que hicieran pudiera delatarlos—, así que, ¿de dónde vienen? Hace tanto calor. Es tan difícil respirar con el aire tan lleno de moscas y con ese olor dulzón y repugnante, y con ese zumbido en los oídos, cada vez más fuerte...

Una sacudida le recorre todo el cuerpo y abre los ojos. Mario la está mirando con un rictus de preocupación. Le tiene sujeta la mano derecha. Le pasa el brazo izquierdo por los hombros. Debe de haberse desvanecido mientras estaba sentada en la silla. Se incorpora un poco e intenta sonreír, pero el corazón le palpita con fuerza y parece que va a salirse por la garganta, y nota que tiene la nuca muy agarrotada. Por el rostro de su esposo sabe que seguramente está muy pálida y con aspecto enfermizo. Empieza a decir algo, pero en ese momento los interrumpe un estallido de júbilo del público, un grito de aprobación, porque el alcalde ha tirado del telón y ha dejado el escenario al descubierto.

La tela ocultaba el plato fuerte de los actos de bienvenida: un cuadro viviente que representa las nueve musas, diseñado especialmente para rendir honores al recién llegado Señor del Canto. Es una composición verdaderamente arrebatadora, formada por nueve jóvenes de extraordinaria hermosura agrupadas con gracia, con el pelo suelto que les cae sobre hombros y brazos, guirnaldas de flores que coronan sus

cabezas, y los brazos juntos, rebosantes de pétalos prestos a ser arrojados al paso del héroe conquistador. Todas ellas van vestidas con unas túnicas blancas y vaporosas de una brevedad que sería sin duda tildada de escandalosa de no haberse demostrado su fidelidad histórica.

Cada una de esas damas es la hija casadera de alguna familia prominente de Filadelfia; todas se han prestado voluntarias —libremente, con el pensamiento puesto sólo en el mayor honor de su ciudad— para participar en esa ceremonia solemne. Todas han sacrificado su recato en aras de esa gran ocasión, y se han avenido a aparecer en público casi en *deshabillé*, algo que en condiciones normales sería impensable más allá de su tocador, para imprimir una nota de refinamiento estético al gran momento de la llegada de Alfieri. Y así, todas las musas ruborizadas, conscientes de que la mirada de la ciudad está en esos momentos sobre ellas, mantienen la forzada pose con valentía: los hombros muy rectos, la barbilla alzada, mordiéndose los labios para que se vean más rojos, apartándose el pelo para que la autenticidad de su indumentaria pueda apreciarse mejor, aunque olvidan al instante que deben mirar al cielo, como si contemplaran las glorias del Arte y de la Ciencia, y clavan los ojos en el tenor, con la esperanza de que éste les devuelva la mirada.

Clara se levanta, muy roja, y Mario hace lo propio. ¡Qué descaradas! Qué falta de vergüenza permitir que los hombres les miren así e cuerpo, el cabello suelto, las piernas, casi desnudas hasta la rodilla. La multitud grita, algunos hombres agitan sus sombreros, excitados por la visión de las hermosas jóvenes. Mario sigue sosteniéndole la mano y pasándole el brazo por los hombros, pero cuando Clara levanta la vista para mirarle a los ojos, se da cuenta de que él las está contemplando a ellas, muy sonriente. «Oh, mi niña —y ahora es la voz de Chadwick la que le habla—, ni te imaginas la cantidad de historias que he oído contar sobre todas sus mujeres...», y entonces aparta la mirada y la posa en la multitud, a punto de llorar. Pero contiene la respiración e interrumpe el curso de las lágrimas.

Todos los rostros, menos uno, se han girado para admirar el cuadro viviente. Sólo uno entre todos esos centenares mira hacia el otro lado, hacia ella. Está justo debajo. Un rostro gordo, blando, rosado y blanco, con una papada que forma varios pliegues y una boquita pintada que parece el capullo de una rosa. Un rostro enmarcado en unos rizos rubios y punteado por dos ojos azules y brillantes como la porcelana que la miran sin pestañear. Un rostro de hace mucho tiempo, de un pasado que no puede volver. Un rostro que la observa entre los hombros de ellos, que mira mientras ellos intentan espantar las moscas —ahora apenas se mueven, están demasiado saciadas para poder volar—, que mira mientras ellos la tapan con algo y la sacan de ese cubículoapestoso y susurrante, que mira mientras la multitud murmura y le mira las piernas, el pelo, la cara, señalándola, susurrando, cuchicheando, sonriendo...

Mario le dice algo, pero ahora el zumbido es ensordecedor y no puede oírle, y hace tanto calor, hace tanto calor y hay tanta calma que es difícil respirar, y el aire está tan lleno de moscas grandes, negras...

El médico ha dicho que ha sido por el calor; el calor y nada más. Mario, más tarde, se ha reído —al principio no ha podido; su rostro, cuando Clara abre los ojos, es de pánico—, y le dice que al desmayarse en aquel preciso instante ha demostrado un sentido del *tempo* escénico que el propio Duse le envidiaría. Pero él se culpa a sí mismo. Si no hubiera transigido con ella y hubiera seguido el plan inicial de enviarla al hotel, no habría sufrido aquel desvanecimiento provocado por el calor. Ella no le dice que si le hubiera hecho caso y se hubiera ido, no habría visto lo que ha visto, no habría recordado lo que casi había olvidado. No le habla del rostro, de las moscas, de las palabras de Chadwick que la atormentan. No le dice que tiene miedo.

La luna de miel ha terminado. Mario está fuera durante el día, ocupado en sus ensayos, y a ella la obligan a permanecer en cama. Tres días —ha dicho el médico— de tranquilidad y reposo. Siete días —ha dicho Mario— de total inactividad.

«Tú descansa —le dice—; descansa, descansa.»

Esta vez no volverá a cometer el mismo error. Por más que le suplique, no conseguirá ablandarlo. No le deja ni leer un libro, ni bordar, nada que le canse la vista, las manos, la cabeza, y a Margaret le han pedido que vele por que nada perturbe su reposo. Ya lleva cuatro días postrada en esa habitación enorme y silenciosa, donde las persianas corridas y el abano que cuelga del techo mantienen la temperatura casi diez grados más baja que la del exterior, en el inmenso islote que forma su lecho de cabecera labrada que se levanta casi tres metros contra la pared tapizada de seda, oyendo las voces lejanas de las personas que pasan junto a la pesada puerta de su dormitorio.

Gennarino está muy ocupado atendiéndolos. Admiradores, amantes de la ópera, aduladores, posibles parásitos; perfectos desconocidos que llegan a las puertas de la suite del hotel, traen flores, se informan sobre su estado de salud, presentan sus respetos a la esposa convaleciente del maestro Alfieri. No se deja entrar a nadie —Mario ha dado órdenes estrictas al respecto que Gennarino hará bien en no desobedecer— pero Clara oye las voces que llegan de la estancia contigua. Allí tumbada, a oscuras y sin nada que hacer, se esfuerza por entender sus palabras antes de que Gennarino les dé las gracias en nombre de Mario y cierre bien la puerta una vez que se han ido. Entonces Margaret, con cuidado de no molestarla, entra de puntillas con las flores —los jarrones invaden los alféizares de las ventanas, la repisa de la chimenea y los tres tocadores—, y vuelve a irse tan sigilosamente como ha entrado. El aire fresco del dormitorio está impregnado del perfume de todas esas flores, como la alcoba de un muerto o de alguien que agoniza y en la que no hay nada que hacer salvo mantenerse a la escucha por si alguien llama a la puerta, prestar mucha atención para intentar descifrar lo que dicen las voces amortiguadas; nada más que la distraiga y se lleve el miedo a otra parte.

Sólo descanso, descanso y más descanso, le dice él... Dios santo, ¡ojalá pudiera descansar! Pero su mente no la deja descansar, no está quieta. Y cuando cierra los ojos, dispuesta a dormir, desesperada por dormir, los recuerdos regresan una y otra vez, la imagen de las musas medio desnudas y la de Mario, que les sonríe, y la voz de Chadwick en sus oídos..., y entonces la cara rosada e hinchada que alza la vista y la mira de nuevo, sonriente entre la multitud, con un gesto de odio sostenido... Y en medio del dormitorio fresco y tranquilo impregnado del aroma de las flores, sin nadie que le borre esas imágenes de la mente, recuerda lo que es.

Pero, ese rostro, ¿ha sido real? ¿O sólo un espejismo y nada más, una invención de su mente que ha creado el calor, como las moscas, como las formas inmóviles en el suelo? En realidad, Lucy Pratt ocupa un lugar entre esas visiones; ella estaba ahí, gorda, resollando, gritando mientras corría; Clara la había oído, y papá también, pero para entonces ya era demasiado tarde, y los pies resonaban escalera arriba, y ya no había tiempo ni lugar a donde ir...

Clara se seca los ojos. Eso —el espejismo— apareció cerca de donde estaban Margaret y Gennarino. ¿Lo habían visto? ¿Lo había visto alguien? Ella ya sabe que nada se escapa a los ojos de Gennarino. ¿Se atreverá a preguntárselo? ¿Cómo formularía la pregunta? ¿Ha visto usted a una mujer cerca de usted, entre la multitud? ¿Una mujer de piel rosada, muy gorda, con el pelo muy rubio? Yo la conocía, eso fue hace mucho tiempo.

Y a su padrastro.

Se da la vuelta en la cama, febrilmente. Las sábanas queman y se le enredan al cuerpo. Mario le dice que repose, que repose y nada más... pero, ¿por qué insiste tanto en que repose? ¿Por qué lleva cuatro días sin tocarla, por qué no han hecho el amor desde que vio el cuadro viviente, desde que vio a las musas medio desnudas de la estación y les sonrió? Aún le parece estar viendo sus pechos redondeados y su pelo suelto, sus labios entreabiertos y sus brazos desnudos y llenos de flores, y los ojos de Mario. Le había visto morderse el labio inferior mientras su mirada pasaba de la una a la otra, para no reírse. Eran tan bonitas, tan bonitas, y ninguna de ellas se había desmayado ni había echado a perder la ceremonia que se celebraba en honor de Mario, poniéndose en ridículo —y poniéndolo en ridículo a él— delante de toda la ciudad. Clara no cree que las nueve estén ahora encerradas en un sitio oscuro, como ella. No, ellas sí son libres de entrar y salir cuando quieran, libres de subirse discretamente a sus coches de caballos e ir a visitar a quien quieran. ¿Por qué otro motivo la rechaza él si no? ¿Por qué otra razón, ayer noche, cuando se acostó a su lado y ella le pasó la mano por la nuca, acurrucándose contra él, implorándole, él la había apartado con suavidad y se había zafado de su abrazo, la había besado en la frente y le había susurrado: «Tienes que reposar, bambina, reposar...»?

A pesar del frescor de la habitación, la piel le arde y le parece que la cabeza le va a estallar. Las sábanas están impregnadas del olor de Mario, y ella hunde la cara en la almohada, se gira, vuelve a verle sonriendo... «querida, sus mujeres», dice la voz de Chadwick..., y el rostro de Lucy que la mira desde abajo, entre la multitud, burlándose, odiándola, y Clara se retuerce entre las sábanas frenética, desesperada por encontrar la manera de detener unos pensamientos que dan vueltas, y más vueltas, y más vueltas...

Sus pensamientos vuelan. Se pasa un brazo sobre los ojos y se queda tumbada con la almohada en la nuca, incapaz de detenerlos, incapaz de escapar de sí misma, recordando. Las imágenes le pasan por la mente cada vez más deprisa hasta que se hacen borrosas y se mezclan unas con otras; Mario y Lucy, Lucy y Chadwick, Chadwick y las nueve musas..., y el cuerpo le pesa mucho, el dormitorio está tan tranquilo. Percibe con extraña claridad los sonidos lejanos de la calle, tranquilizadores. Poco a poco esos ruidos se desvanecen. Ahora ve un destello tras los párpados cerrados, alguien que se mueve a contraluz, alguien que se inclina sobre ella y le dice con ternura:

—¿Cómo estás hoy, mi cielo?

Pero ella no tiene el valor de decirle la verdad, y se limita a tender la mano para tocar la suya.

Nota que él la sostiene en sus brazos; es más joven de lo que recordaba, vivo, sonriente y feliz, con el pelo plateado que le brilla al sol.

—¿Papá? —susurra, y los ojos se le llenan de lágrimas—. ¿Papá? ¡Hace tanto tiempo! Siento mucho que murieras —y en su seno se alza un sufrimiento enorme... Lucy grita en el jardín, y las pisadas que resuenan en la escalera hacen temblar el arco iris de las paredes; pronto la puerta se abrirá de golpe y ya no habrá tiempo de decirse adiós, sólo de apartarla, y entonces el estallido del trueno...

»No me sueltes —implora—, esta vez no —y abre los ojos para verlo mejor, pero se da cuenta de que no es su padre el que la acuna en su regazo, el que la mira con las cejas algo arqueadas por la preocupación mientras le acaricia el pelo. Clara se abraza a él fuera de sí, porque el sueño es tan vivido que el polvo y la cal de los muros del cobertizo parecen llegar hasta las paredes tapizadas de seda que la rodean.

—Tranquila, amor mío, no es nada, es sólo un sueño —dice él—. Calma, querida, ya está, te prometo que sólo era un sueño.

Entierra la cabeza en el hombro de Mario, apretándose fuerte contra él, y nota que la estrecha en sus brazos.

—Cuéntame qué era —le dice—. Cuéntamelo, *cara*, y no volverá más, nunca más.

Mario huele como las sábanas. Es un olor cálido de jabón y de un rastro de colonia, que se une a su propio olor. Aprieta la boca contra el abrigo de Mario para dejar de llorar, porque la impresión que le ha causado el sueño es tan fuerte que aún no puede hablar. De todos modos, cuando recupere el habla, no se lo contará. Él ya le ha perdonado demasiado, y en este mundo hay cosas que no se pueden perdonar, y demasiadas mujeres bonitas esperando.

—Cuéntamelo —insiste Alfieri.

—Por favor —implora Clara—, Mario, deja que me levante, que me vista. Por favor, no me obligues a quedarme más aquí..., déjame contigo a los ensayos. Necesito estar contigo. Te lo suplico, Mario, por favor...

—No, tienes que descansar, amor mío. Y si me hacía falta alguna prueba, aquí la tengo. Estás cansada, necesitas reposo, y esta vez no voy a dejar que me convenzas de lo contrario.

—Pero es que no descanso, Mario. No puedo.

—¿Por qué? Cuéntamelo. *Anima mia*, ¿cómo voy a ayudarte si no me lo cuentas?

Aparte de él, no hay nadie más en el mundo que pueda ayudarla, y de pronto ella ya no puede vivir más con ese miedo, el miedo que la perseguirá siempre si no descubre la verdad, y entonces susurra, con la frente apoyada en su hombro:

—Tengo miedo, Mario. He visto a alguien, y tengo miedo, tengo miedo.

—¿Has visto a alguien? ¿Ahora? ¿En tu sueño?

—No, no en el sueño. Antes, entre la multitud, Mario. En la estación.

—¿En la estación? —pregunta él, incrédulo, casi riéndose—. ¿En la estación de tren? ¿Hace cuatro días? ¿Viste a alguien hace cuatro días que te asustó y no me has dicho nada en todo este tiempo? ¿Por qué, *car ai* Ahora sí me lo vas a contar, ¿verdad...? Me lo contarás todo.

Y entonces ella le cuenta, atropelladamente, la visión que ha tenido, el espejismo terrible, pero el mismo terror hace que se olvide de decirle que ese rostro tiene un nombre, y que ella lo conoce muy bien.

Mario la escucha sin perder la calma.

—¿Qué aspecto tenía, amor mío? ¿Una mujer gorda? ¿De ojos azules? —sonsacándole, uno a uno, los datos, experto en tratar con niños asustados.

Cuando termina el relato, Clara se queda ahí tumbada, sin decir nada, aguardando sus palabras.

—Amor, mi pequeña —dice finalmente él mientras le acaricia la mejilla—, tienes razón. Esa mujer estaba ahí. Ya sé a quién debes de haber visto. Yo también la vi. Todo el mundo la vio. No, no, tranquila, tranquila, *cara...*, no, no tiembles así, no tienes nada que temer de ella. Vino con su esposo aquella misma tarde para interesarse por tu salud. Tú estabas dormida.

Aunque apenas le sale la voz, Clara le pregunta:

—¿Su esposo?

Entonces él sonríe.

—Sí, su esposo, el alcalde, amor mío...; tienes razón, ese alcalde tan bajito tiene una esposa grande, enorme. Verlos a los dos juntos es como ver a un remolcador al lado de un transatlántico. ¿Qué cuántos años tiene? Bueno, no se lo he preguntado, sería de mala educación, pero diría que al menos tiene cincuenta, aunque pretende aparentar treinta menos. El rubor de su cara no se lo ha dado la naturaleza, y ese pelo rubio es sin duda teñido. Pobre criatura, intenta por todos los medios mantenerse joven, pero fracasa estrepitosamente.

Clara se limita a mirarle.

—¿Me lo prometes? —susurra—. ¿Nadie más, Mario? ¿No había nadie más?

Y él le besa la frente y le retira el pelo de la cara.

—Pobrecita mía. Asustada por una vieja inofensiva y sufriendo en silencio. Nadie puede hacerte daño, amor mío. No permitiré que nadie nunca, te haga daño, eso ya lo sabes. Fue el calor, como dijo el médico. El calor y nada más.

Débil y aliviada, se debate entre el cansancio y la dulce alegría de la evasión, perdida a medio camino entre la risa y las lágrimas. Un espejismo, todo había sido un espejismo. No era Lucy, la luz la había traicionado, era la mujer del alcalde, pero el calor y su mente febril, llena del recuerdo de las moscas, se combinaron para engañar a sus ojos. No era Lucy, era una señora mayor teñida y maquillada. Pero el calor y la insostenible monotonía de esos días pasados en la cama, sin hacer otra cosa que pensar, recordar, con el olor de Mario entre las sábanas...

Ahora él la aprieta contra los almohadones y deja de sonreír.

—Estoy decepcionado contigo, *piccina*, lo sabes, ¿verdad? Cuatro días de temor innecesario, ¿y todo por qué? Por una vieja señora gorda que ni por un momento ha querido hacerte ningún daño. Tienes que prometerme que nunca volverás a atormentarte así.

—Crees que soy una tonta.

—Creo que... Creo que la señora Buchan tiene razón. Creo que te consiento y te mimo demasiado. —Sacude la cabeza lentamente enfatizando sus palabras—. No quiero que vuelva a suceder una cosa así, ¿entendido?

Clara baja la mirada.

—Sí, Mario.

—¿Cuándo entenderás que yo estoy aquí para protegerte? ¿Que no soy un enemigo al que tienes que ocultarle las cosas? ¿Has aprendido ya la lección? La próxima vez que algo te dé miedo, ¿me lo contarás?

—Sí, Mario.

—*Bene*. Es todo lo que te pido. Y ahora, a descansar —le dice, y empieza a levantarse de la cama, pero Clara se aferra a su brazo y lo atrae a la cama.

—Hay algo más —confiesa.

—¿Más? —Mario vuelve a sentarse—. ¿Hay algo más que te ha asustado? Está bien, cuéntamelo.

Girando la cara para no mirarle, se lo dice.

—Todas esas jóvenes del escenario. Vi cómo te miraban, y cómo las mirabas tú a ellas. Les sonreías.

Mario vuelve a sonreír al acordarse.

—¿Sonreí?

—Ya sabes que sí —insiste ella—. Yo te vi.

—¿Y eso te preocupa? ¿Qué haya sonreído a nueve jovencitas alocadas que se exhibían en ropa interior sobre un escenario? *Sei tu una moglie gelosa, piccina?* ¿Eres una mujer celosa?

—No..., no lo sé..., a lo mejor van al teatro a verte ensayar —dice atropelladamente— y a hablar contigo, y a coquetear... Eran tantas, Mario y todas tan bonitas, y mientras tanto yo tengo que estar aquí, acostada...

Mario tiene la delicadeza de no reírse.

—Está bien. Ya veo. Tú crees que he estado cortejando a todas esas bellas jovencitas mientras tú estás aquí en la cama. Muy bien. ¿Qué versión prefieres? ¿La que dice que se presentaron en la ópera en masa, para invitarme a participar en su cuadro viviente? ¿O la que dice que vinieron una por una para suplicarme que las poseyera entre bambalinas?

—No te burles de mí —dice Clara con voz temblorosa—. Eran muy bonitas, y tú les sonreíste y, tal vez..., porque ayer noche, cuando intenté...

Incapaz de seguir mirándole a la cara, le acerca la mano a la mejilla y él se la toma y le besa la palma.

—Ayer noche, cuando lo intenté —apenas le salen las palabras—, tú no quisiste.

Mario ha dejado de sonreír.

—¿Es eso lo que crees?

—Me apartaste.

—¿Oíste al médico decir que te convenía reposo? ¿Que no tenías que hacer nada? ¿Qué no debías realizar esfuerzos de ningún tipo?

—Eso no es ningún esfuerzo —dice, y al momento se pone muy roja y los ojos se le llenan de lágrimas cuando a Mario se le escapa una carcajada.

—¡No te rías de mí! Él se refería a hacer cosas fuera de la cama.

—Ah, se lo preguntaste, claro.

—Y además él dijo tres días, sólo tres. Fuiste tú quien decidió que tenía que ser toda la semana.

—Ahora lo entiendo todo. Como quiero que descanses, como quiero que te pongas bien, empiezas a hacer elucubraciones en tu pequeña cabecita loca y decides que tengo nueve amantes, ¿no es eso? —Le toma la cara entre las manos—. Óyeme bien, mi dulce loquita. No, *cara*, no. Dentro de tres semanas tengo que cantar en un teatro nuevo, con un director, unos cantantes, un coro y unos músicos a los que no conozco, y vamos a representar una ópera nueva de la que ninguno de ellos ha visto ni oído ninguna representación. Ya llevan dos semanas ensayando, y yo debería haber estado con ellos. Sí, desde mediados de julio tendría que haber estado aquí, pero estaba contigo en el campo. Te he tenido allí lo más que he podido, por tu salud, sí, pero también porque estar en el campo contigo me ha hecho más feliz de lo que he sido nunca. Y ahora tú vas y me acusas de verme con esas nueve absurdas mujeres, cuando la pura verdad es que, por culpa de mi egoísmo, ahora hay mucho trabajo atrasado y muy poco tiempo para ponerse al día.

»¿Me estás oyendo, *cara*? ¿Cómo crees que salen bien las óperas? ¿Por arte de magia? Este es mi trabajo, esto es lo que yo hago. En los ensayos no ha habido nadie más aparte de los que participan en el espectáculo. No hemos tenido visitas, ni musas, ni señoritas hermosas con ganas de coquetear...

Baja la mirada mientras la riñe y le ve las lágrimas prendidas de las pestañas, la boca temblorosa. Es tan joven, se ve tan pequeña en esa cama tan enorme, allí envuelta en su salto de cama blanco y vaporoso y arropada por las sábanas arrugadas.

—¿Clara? —le dice, levantando la voz de pronto—. ¿Has oído algo de lo que te he dicho? ¿Sabes la tortura que ha sido para mí estar a tu lado toda la noche, todas estas noches, y no tocarte, cuando sabía que me bastaba con alargar la mano para estar en el paraíso? No hay nadie más, *madonna*, te lo juro, te lo juro por Dios, y si cien bellas musas vinieran a buscarme, no les haría ningún caso. Mi otra vida ya terminó, *finito per sempre*. Ya no habrá más jovencitas. Ni señoras de mediana edad. Nadie más. De ninguna edad, ni tamaño, ni forma. Sólo mi esposa. ¿Me oyes Clara...? sólo mi ridícula, imposible y adorable esposa... —Le besa la nariz, la frente, los ojos, la boca con cada palabra—. Sólo mi amor, mi cielo...

—Prométemelo —le pide ella una vez más, susurrando—, prométemelo.

Y él le responde, sin dejar de besarla:

—*Dio m'assisti, ma mi fai impazzire, piccola mia, e t'amo, t'amo tanto...*

Ella no lo entiende del todo, pero entiende lo bastante; entiende sus manos y su boca, la expresión de su mirada, si no sus palabras.

—Está bien, Mario —le dice, por debajo de sus caricias—, ahora ya puedo descansar. Antes no podía porque tenía miedo, pero ahora ya puedo, porque estás conmigo...

El ya ha apartado del todo las sábanas y le ha desabrochado los botones de nácar de su salto de cama. Ahora le abre la tela, le besa los

pechos, se los cubre con las manos.

—Amor mío —le dice—, ahora que estoy contigo, ¿por qué crees que vas a descansar?

Buchan baja de la calesa alquilada, sacudiéndose el polvo de la ropa. Su mujer se queda dentro, contemplando con aprensión la casa destartada, el jardín descuidado, la hiedra que engulle el porche, las ventanas sucias y cerradas.

—Daniel, ¿estás seguro de que es aquí? Este sitio parece abandonado.

Señala el buzón vacío, con la portezuela, que brilla con el sol, colgando hacia abajo como una lengua cansada, y el nombre medio borrado pero aún visible en un lado: «Fauvell».

—El director del hotel jura que aquí aún vive alguien. Siento haberte arrastrado hasta aquí, querida. Mis intenciones eran buenas, pero parece que Rosebank no es el jardín del Edén que había imaginado. Sin duda es un sitio peculiar para que el director de una escuela de posttér venga a retirarse. Déjame comprobar si la señora o la señorita Pratt están en casa.

Sube los escalones medio podridos del porche, cuidándose de esquivar los pedazos rotos o inexistentes, y llama a la puerta. Espera mucho rato y, mientras lo hace, pasea la mirada por las ranuras de los tablones y los cristales rotos. Ve con cierto respeto el enorme nido de avispa que crece en uno de los ángulos del techo como si fuera un gran hongo susurrante. Le parece oír un débil sonido en el interior, y vuelve a llamar, esta vez más fuerte, mientras grita:

—¿Hay alguien en casa?

La puerta se abre con un chirrido más propio de la reja de un cementerio, aunque sólo unos centímetros. Una chica pequeña y de piel cetrina, con un delantal sucio y una cofia, le mira medio adormilada y sin decir nada.

Buchan se quita el sombrero.

—¿Es esta la residencia de los Pratt?

La chica se mueve un poco y se queda unos instantes pensativa.

—Sí.

—¿Podría hablar con la señora Pratt?

—No, hace cinco años que se murió —responde tras otros momentos de reflexión.

La puerta empieza a cerrarse, pero Buchan la detiene con un pie.

—¿Y la señorita Pratt? ¿Está en casa?

Los ojos de la criada se quedan vacíos unos segundos y se entornan a causa del esfuerzo que le supone recordar.

—No —dice finalmente, y empieza a cerrar la puerta otra vez.

Exasperado, Buchan empuja la puerta con la mano y vuelve a abrirla, esta vez lo bastante como para ver las paredes y los suelos desnudos que se pierden en la penumbra.

—¿Volverá hoy?

—No.

—Bueno, ¿y cuándo volverá?

—No lo sé —contesta la criada cerrando la puerta con más fuerza de la que Buchan la creía capaz—. Se marchó hace tres días a visitar a alguien. Se fue a Filadelfia a encontrarse con alguien a quien conoció hace tiempo...

Están sentados a una mesa y forman una pareja respetable —tío y sobrina, tal vez, o abuelo y nieta—. Están tomando, respetablemente, el té. Él es un hombre de cierta edad, de profusa papada y anchos carrillos, con sonrisa bovina y lentes dorados. Ella es una joven gorda, de piel muy rosada y nariz respingona. Sus ojos, de un azul intenso, se entretienen observando las macetas con palmeras, que dan al enorme salón un aspecto de invernadero, y ascienden luego por las columnas de mármol del cenador, donde un cuarteto de cuerda desgrana vales de Strauss ante un público no muy entregado, para posarse finalmente en los camareros que pasan por entre las mesas llevando bandejas de varios pisos en las que viajan delicados pasteles y emparedados casi transparentes de tan finos. Suspira conformada, como el peregrino que ha llegado por fin a su destino, y su acompañante rompe el silencio.

—¿Le ha gustado el té?

—Sí, gracias, todo estaba delicioso. Ya me había olvidado de que existen sitios así. Estos últimos cuatro días han significado mucho para mí. Tanto que ni siquiera me importa tener que regresar esta tarde. —Parpadea varias veces—. Me siento como el protagonista de *Historia de dos ciudades*: «¡Devuelto a la vida!» —dice teatralmente con la mano en el pecho.

Chadwick responde secamente:

—Creo que su experiencia no es comparable a la de pasar dieciocho años confinado en la Bastilla.

—Eso es que nunca ha vivido usted en Rosebank —apostilla la señorita Pratt—. Le aseguro que se parece bastante a ser emparedada viva —Suspira, dobla su servilleta primorosamente y la deja al lado de la taza vacía—. Le agradezco tanto la invitación a venir a pasar unos días a Filadelfia.

—Por desgracia, tenemos que salir pronto para la estación si no quiere perder el tren —dice Chadwick mirando el reloj de bolsillo y cerrándolo después con un chasquido—. Pero a la luz de lo mucho que ha disfrutado en este, digámoslo así, entorno más estimulante, permítame dejarla con un pensamiento que me ha estado rondando últimamente. Señorita Pratt, estoy convencido de que debería marcharse de Rosebank. Ya no hay ningún motivo para que siga allí encerrada, llorando la pérdida de los suyos. Ellos se fueron, y usted está viva. Aún es muy joven y tiene mucho que ofrecerle al mundo. Piense no sólo en lo que se está perdiendo —prosigue, haciendo un gesto grandilocuente con la mano—, sino también en lo que le está negando a los demás al quedarse enterrada, como usted mismo ha dicho, en un lugar como Rosebank.

—Qué amable es usted —la señorita Pratt le mira agradecida—. Pero está la labor de catalogar la colección de mi padrastro.

—¿Y usted qué es? ¿Una monja? ¿Ha hecho votos para quedarse en su claustro y dedicar su vida a la memoria de su padre, al cuidado de sus reliquias? No, señorita Pratt, semejante destino sería antinatural, por no decir otra cosa. Usted es una mujer joven y vivaz. A su padrastro hombre muy sensato, no le habría gustado que usted se enterrara en vida para proteger su memoria. ¿Acaso no la envió a Francia a completar su educación, a convertirla en una mujer de mundo, como él, que también fue un hombre de mundo, culto, viajado, refinado? ¿Y piensa usted renunciar a las aspiraciones que él depositó en usted? ¿Va a permitir que sus intenciones mueran con él?

—No deja de tener razón —murmura ella mientras pasa la mano una y otra vez por el dobladillo de la servilleta.

—Me alegro de que al menos lo reconozca. Está claro que nunca se lo diría si no creyera que es una verdad como un templo. Sabe muy bien que no tengo por costumbre aconsejar mal a mis clientes.

—Ah —se lamenta ella, apartando la mirada—. Sus clientes...

—O a mis amigos —añade, y ella asiente y se ruboriza.

—Tenía la esperanza de poder contarlos entre mis amigos. En realidad no tengo otros, sabe usted. Soy tan distinta a las demás damas de Rosebank, por haberme educado en Nueva York y en el extranjero —Chadwick vuelve a hacer un gesto de asentimiento—, y todas mis compañeras del Santa Justina quedaron atrás cuando papá se retiró. Ahora estoy totalmente sola y sin amistades.

Chadwick alarga el brazo por encima de la mesa y le toca la mano con la suya.

—Sin amigos no, querida, al menos no mientras yo viva. Pero, ¿de qué sirven los amigos —dice sensatamente— cuando están tan lejos? Las cartas, incluso en caso de que el amigo tuviera tiempo para escribirlas, no sustituyen a una charla, la ocasión de ir a un concierto o a ver una obra de teatro con un alma gemela. Sea como sea, el ejercicio de mi profesión me tiene tan ocupado que escribir cartas, como ya sabe, me resulta del todo imposible. Y en cuanto a las visitas, más allá de las que muy esporádicamente pueda hacer a Rosebank... —levanta las manos para dar a entender lo absurdo de la idea misma—.

—Pero, ¿y la colección? —insiste ella, debatiéndose sin duda entre el pasado y el futuro—. ¿Qué pasaría con ella? Además, están los aspectos económicos... La asignación anual de mi padre se extinguió con su muerte, claro, y yo debo estirar al máximo sus ahorros mientras pueda para tener algo de lo que vivir.

—¿No ha pensado nunca en vender sus propiedades? —le pregunta Chadwick, que chasquea los dedos cuando pasa un camarero y le pide la cuenta con un gesto—. Sí, eso, venderlas. Venderlo todo, la casa, las tierras. Seguro que si viene a vivir a Filadelfia, o si va a Nueva York, no las necesitará. Sin haber tenido ocasión de hacer un cálculo muy preciso, diría no obstante que con la venta de las propiedades podría obtener lo bastante como para vivir cómodamente, sin lujos, claro, pero sin privaciones, toda su vida donde usted quisiera. —Chadwick aguarda mientras ella piensa en esa nueva idea—. Y perdóneme, señorita Pratt, por lo que estoy a punto de decirle, pero ¿ha contemplado alguna vez la idea —prosigue, bajando la voz y acercándose más a ella cuando el camarero le trae finalmente la cuenta— de vender la colección?

La joven, horrorizada, abre mucho los ojos.

—Oh, señor Chadwick, nunca podría..., ¿cómo me sugiere una cosa así? ¡Todas esas cosas que papá tanto amaba! ¡No podría ni empezar...!

Varias cabezas se giran en su dirección, y Chadwick levanta una mano para indicarle que se calme.

—Querida mía, era sólo una sugerencia, no tiene por qué ponerse así. Nadie va a obligarla a desprenderse de una sola pluma si usted no quiere. Sólo se lo he mencionado porque me sorprendió, cuando la visité el mes pasado, ver que tenía algunas piezas de mucha calidad en la sala del tesoro, piezas por las que algunos coleccionistas estarían dispuestos a pagar sumas bastante elevadas. Algunas incluso podrían acabar

en algún museo. Piense en el orgullo que sentiría usted, y en el que sentiría su querido padastro, si entrara en una de las salas del Museo de Arte, en la Quinta Avenida, mirara el interior de una preciosa vitrina de cristal y se encontrara con uno de los tesoros familiares y, al lado, una tarjeta en la que se informara que la pieza en cuestión provenía de la colección de Edward Otis Fauvell, en donación realizada por su propia y querida hija..., y supiera que el mundo había reconocido, al fin, la figura del hombre de cultura, de refinada sensibilidad estética que fue su padre en realidad.

La señorita Pratt mira a la lejanía y él se incorpora un poco en su asiento, sonriendo ligeramente.

—Eso sí es rendir tributo a un gran hombre, querida. No es que su idea de mantener todas las piezas juntas no tenga mérito. Pero, ¿puede compararse con saber que, cada día, expertos de todo el mundo celebrarían su recuerdo y harían un homenaje a su gusto exquisito? Piense un poco, querida. ¿Desearía Edward Fauvell que sus tesoros permanecieran en Rosebank, sin que nadie pudiera verlos, acumulando polvo en una granja? ¿O querría que se exhibieran en un entorno elegante, donde gente delicada y de gran criterio pudiera emocionarse admirando su belleza y tuviera la ocasión de apreciar las cosas que él amaba tanto?

Ahora a ella le brillan los ojos.

—Visto así —murmura casi sin aliento—, está claro que no hay duda. —Hace una pausa—. Pero, ¿cómo, señor Chadwick? Yo no conozco a nadie que pudiera estar interesado, a ningún experto capaz de tasar todas esas cosas...

—No importa, querida jovencita —le responde Chadwick amablemente, llevándose la mano al bolsillo, extrayendo unas monedas, contándolas y dejándolas caer sobre la mesa—, ¿para qué están los amigos? Estaría encantado de asistirle en este tema. Cuento con el privilegio de conocer, tanto por el ejercicio de mi profesión como, si me permite pecar un poco de orgullo en este punto, a causa de mi posición social, a algunas de las autoridades más respetadas de Nueva York en el campo de los *objets d'art*. Si usted me da su autorización, haré con gusto de intermediario entre ustedes. También estaría dispuesto a ayudarla si finalmente se decide a llevar a la práctica el otro de los temas que hemos tratado, en tanto que amigo suyo, que quede claro, para negociar la venta de su casa y sus tierras.

—¿Qué bueno es usted conmigo! ¿Cómo podré agradecersele?

—Querida —protesta Chadwick, que se ha levantado, y está retirándole la silla para que pueda ponerse en pie—, no me lo agradezca. Nada se ha consumado todavía. Regrese a Rosebank. Dentro de tres semanas iré a buscarla. Sí, ya sé que habíamos acordado encontrarnos aquí para el estreno de la ópera, pero si voy a recogerla un día antes, podríamos empezar a escoger algunas piezas para llevar a Nueva York, pensar en llevar a algún agente inmobiliario para que visite sus propiedades..., y luego nos vendríamos juntos, idea que, debo confesárselo, me resulta de lo más gratificante...

Los desconocidos saludan con un gesto de cabeza a la agradable pareja que pasa por entre las mesas camino de la salida. Chadwick les devuelve el saludo llevándose el mango del bastón al sombrero.

—No tiene idea de lo encantador que me resulta —comenta, mientras salen del vestíbulo del hotel a la calle— tener la ocasión de combinar negocios y placer de esta manera.

Una vez dentro de un coche de caballos, la señorita Pratt coloca las manos juntas sobre el mango de su sombrilla y suspira.

—Este es el perfecto final de unas vacaciones perfectas.

—Sí, lo hemos pasado bien —coincide Chadwick que, mientras avanzan por las concurridas calles, se dedica a observar el tráfico—. Y no hay duda de que las cosas han empezado con buen pie. No creo estar exagerando si digo que la visión inesperada que tuvo de usted en la estación le causó una profunda impresión a la joven dama, razón original, no lo olvidemos, de nuestro desplazamiento hasta aquí. Todo ha ido tal como esperábamos, si no mejor.

Al recordarlo, el rostro de la señorita Pratt se ilumina con una mirada de ensoñación.

—A mi corazón le hizo mucho bien —dice— saber que se acordaba tan bien de mí. Y espero con mayor impaciencia, si cabe, el día en que le diga a su marido lo que es. Ahora que lo he visto, me será más fácil ensayar mentalmente. —Sonríe, alegre—. No me importaría nada hacerle cuando vuelva, dentro de tres semanas.

Chadwick chasquea la lengua.

—Señorita Pratt, me decepciona usted. Recuerde que no hacemos todo esto por venganza. Es nuestro deber informar a su esposo de su carácter, sí. Pero lo hacemos para rescatarlo de sus mentiras y para despertarlo de su alucinación, y no porque queramos recrearnos en su desgracia. Nosotros no somos seres vengativos. Por cierto, es probable que, habiéndola ella visto, ya esté sufriendo en este momento, imaginando con temor sus intenciones, esperando a que vaya a llamar a su puerta en cualquier momento. Y no queremos precipitarnos, ¿verdad? No, en vez de decírselo a su esposo dentro de tres semanas, creo que debería enviarle un pequeño regalo de boda. De hecho, ya he escogido un regalo para que usted se lo haga llegar especialmente... Le aseguro que le llegará a lo más hondo.

La voz de la señorita Pratt se convierte casi en un grito.

—¿Un regalo? ¿Está usted loco? ¡Antes la muerte!

Chadwick la mira a la cara y ella baja la mirada.

—Señorita Pratt, ¿confía en mí?

—Ya sabe que sí —dice ella, desesperada—. Qué alternativa tengo, si no hay nadie más que esté de mi lado.

—Me alegra oírlo. La confianza es la cualidad más importante que puede existir, tanto entre abogado y cliente como entre amigos. Sin confianza no se puede alcanzar nada bueno. Por tanto, me obedecerá en esto, y hará lo que le digo.

La joven soporta ese pequeño sermón sin rechistar.

—¿Y qué regalo es ese que voy a enviarle, si puede saberse?

—Todo a su debido tiempo. Debe aprender, pequeña, que cuando digo las cosas es por algo. Le explicaré todo lo que le haga falta saber, e incluso muchas cosas que no le harán falta, pero sólo cuando yo esté listo. Claro que —añade, encogiéndose de hombros—, si cree que puede conseguir sus propósitos sin mi ayuda, y atraer la atención de los posibles compradores de la colección de su padre, y disponerlo todo para la venta de sus propiedades...

La señorita Pratt se apoya en los cojines.

—Discúlpeme —dice—. Usted sabe mejor que yo lo que hay que hacer, claro. No en vano es mi asesor legal.

—Y su amigo, pequeña —añade él, apuntándola con el dedo—. No lo olvide, su buen amigo.

El coche de punto se abre paso entre el tráfico, y él le pone una mano sobre la suya. La señorita Pratt mira por la ventana y, sin retirársela, ahoga una sonrisa.

El señor de cabellos grises termina de leer la carta. Es un hombre delgado, recién afeitado y con la piel apergaminada. Su rostro anguloso está surcado de arrugas y tiene los ojos de un azul muy pálido. Se quita los lentes dorados con cuidado, empezando por las patillas, y se los limpia con un pañuelo.

—Bill Sheridan me pide que responda a sus preguntas —dice, mientras da unos golpecitos a la carta con los lentes—, aunque, si ya ha hablado con el *sheriff*, no veo en qué puede ayudarle un médico. De todos modos —prosigue—, de todos modos una petición de Bill la tomo muy en cuenta. Para Bill Sheridan tengo todo el tiempo del mundo; es una de las mejores personas que he tenido el gusto de conocer, no en vano lleva toda la vida siendo el *sheriff* del lugar. —Levanta la cabeza y mira a Buchan—. Una vida muy útil, ¿no le parece?

El abogado aguarda mientras el viejo vuelve a ponerse los lentes, y observa la habitación. Como todo lo demás en Rosebank, la consulta de médico aparece detenida, vencida por los años, como si el tiempo se hubiera llevado su mejor parte y hubiese huido a lugares más luminosos y emocionantes dejando atrás sólo el recuerdo. Seguramente, eso se entiende mejor en el caso del doctor, porque está jubilado —lo han enviado a pacer, como ya le ha dicho él mismo al propio Buchan— y casi nunca usa su despacho.

—Algún que otro paciente de tarde en tarde —le dice a Buchan desde el otro lado de su buró de persiana—, algún divieso ocasional que hay que abrir con la lanceta, el corte esporádico de algún granjero que se ha infectado. Tal vez alguna irritación de garganta en invierno. Nada grave. —Sonríe cansado—. La ciudad se está quedando vacía. Cada vez hay más jóvenes que se van a las ciudades, a Nueva York o a Filadelfia..., y los viejos se mueren, como ha sido y será siempre, así que ya no hay mucho que hacer. En el pueblo más próximo hay un médico joven, muy bueno, que se ocupa de los casos más graves. Yo me quedo para los patanes testarudos como yo que insisten en vivir aquí. Qué remedio —añade, refiriéndose a lo de quedarse—. Yo personalmente no soporto las grandes ciudades, nunca he podido con ellas, ni cuando era joven. Son ruidosas, huelen mal, siempre pasan demasiadas cosas. No le dejan a uno tiempo para pensar, y menos aún para vivir. Y todo ese ajeteo no es bueno para la salud, destroza la digestión. Y provoca palpitaciones.

Buchan sonríe.

—Doctor Ogilvie, no podría estar más de acuerdo con usted, al menos en la inmensa mayoría de los casos. Pero el señor Sheridan dice que usted puede hablarme de los sucesos que tuvieron lugar aquí hace seis años.

—¿Sucesos? —inquire con un bufido—. Querrá usted decir los asesinatos en casa de los Pratt. Yo siempre llamo a las cosas por su nombre.

—Los asesinatos —repite Buchan, admitiendo la corrección—. Pero, ¿por qué la llama la casa de los Pratt? El apellido que consta en el buzón es Fauvell. ¿No era él el propietario?

—No, la propietaria era su esposa. —Los ojos del doctor brillan tras los lentes—. Había sido la casa de los Pratt muchos años antes de que la viuda se casara con Fauvell. La hija de Pratt, Lucy, fue a estudiar a Nueva York, a un sitio de postín, San nosequé, no me acuerdo del nombre del santo. La señora Pratt siempre tenía esos delirios de grandeza; nunca acabó de aceptar que se había casado con un granjero y que no podía salir de este lugar tan alejado de la civilización..., aunque en aquella época el pueblo era más grande que ahora y tenía más vida.

—¿De qué época estamos hablando?

—De cuando se casaron. Hará unos treinta años. Justo después de la guerra. En Rosebank aún había bastante actividad. Todos los jóvenes que regresaron de la contienda, vaya, los que llegaron más o menos enteros, buscaban rehacer sus vidas allí donde las habían dejado. Pero, en realidad, en aquellos cinco años el pueblo ya había cambiado. El país había cambiado. Entonces fue cuando la gente empezó a marcharse. —Hace una pausa—. ¿De qué estábamos hablando?

—De que la señora Pratt había enviado a su hija a estudiar...

—Sí, eso. No podía consentir que estudiaran aquí, tenía que enviarlos a la ciudad, para que acabaran anhelando lo que ella no podría tener nunca. —Se encoge de hombros, sonríe y menea la cabeza—. Pues menudo favor que les hizo, ¿no le parece?

—No veo qué daño podía haber en enviar a sus hijos a estudiar fuera.

—No es por el hecho de enviarlos fuera, es por lo que pasó después. —Vuelve a encogerse de hombros y parece cambiar de tema—. Ha estado en la casa, ¿no? Es bastante lamentable, ¿no le parece? Pues tendría que haberla visto hace veinte años: cortinas de encaje en todas las ventanas, alfombras caras, arañas de techo llenas de prismas de cristal. Nada era demasiado para Annabelle Pratt. Lechos de flores en el jardín de la entrada y bordeando todos los senderos, como si aquello fuera Versalles, Dios mío.

—¿Y qué pasó? —pregunta Buchan interesado.

—¿Qué pasó? Lo que pasó fue que un caballo le dio a Curtis Pratt una coz en la cabeza. Fue en el año ochenta. Mi esposa murió el mismo año. Tuvimos una epidemia de gripe por aquí, se llevó a mucha gente. —Vuelve a menear la cabeza—. Bueno, Curtis aún duró más de un año. Comía, respiraba, dormía, pero tenía la cabeza tan hueca como esa estufa —dice, señalando la caldera de hierro que hay en un extremo de la sala—. Desgraciadamente —prosigue con un amago de sonrisa en el rostro—, Annabelle la tenía igual de hueca, pero a ella no le habían dado ninguna coz; en el mundo nunca ha habido una mujer más tonta. Que Dios haya dado descanso a su alma —concluye, tras unos instantes de silencio.

»Curtis era un hombre honesto y bueno, sin dobleces. Era lo que parecía. Pero su esposa era una loca romántica, además de una histérica. Cuando él murió, ella se metió en la cama; enfermó de pena, tal y como se dedicó a airear a los cuatro vientos, aunque le había hecho muy poco caso antes de que el caballo le destrozara la cabeza. Estaba demasiado ocupada buscando maneras de gastarse su dinero. Suspira.

»Tal vez estoy siendo injusto con ella. Quizá, durante el año en que estuvo postrado en la cama, como un gran vegetal, ella se dio cuenta de lo bueno y honesto que era su esposo.

Buchan escucha, fascinado, sin atreverse a respirar por miedo a interrumpir el curso de la narración.

—Sea como sea, después de aquello ella se metió en su dormitorio; los niños aún eran muy jóvenes: Thomas tenía catorce, creo, y Lucy aún no había cumplido los doce, y los envió a la escuela, como si al quedarse sola pudiera recrearse aún más en su viudedad. Evidentemente, no iba a enviarlos a cualquier colegio. Annabelle Pratt tenía que llevarlos a estudiar a Nueva York.

El doctor suspira de nuevo, se estira y se pone de pie.

—¿Quiere tomar algo? —le pregunta a Buchan, hospitalario, porque se da cuenta de que lleva mucho rato hablando y que tiene la boca seca —. ¿Whisky o ginebra?

—Whisky, gracias —responde Buchan, impaciente porque el médico se siente otra vez y prosiga con su relato.

Con el vaso en la mano y de nuevo en su asiento, el doctor Ogilvie retoma el hilo de su historia.

—Supongo que Bill Sheridan ya le habrá contado algo sobre los hijos de los Pratt, así que no hace falta que me extienda mucho. Thomas sacó no sé de dónde, la idea de que tenía vocación para ser pastor de su Iglesia, aunque en su familia nunca había habido clérigos, o al menos nadie de quien se tuviera constancia. Annabelle era episcopaliana, como no podía ser de otra manera, tratándose de ella, pero el chico era distinto. El boato litúrgico no iba con él; era presbiteriano, como su padre, y a su manera un joven muy inteligente. La escuela le iba muy bien, aunque siempre tuvo una vena un poco histérica, que le venía de la parte de su madre. Físicamente también se parecía a ella: era rubio y delgado, de ojos azules, no muy alto. Sin embargo, nunca llegó a imaginar que sería él quien se trastocaría. Más bien su hermana...

La mirada de Ogilvie se hace más vaga.

—De Lucy no sé mucho, realmente. Tiene la complexión de su padre, claro; Curtis Pratt era un hombre grande, parecido a uno de sus caballos percherones, y eso para una chica no tiene que ser fácil. La piel era de su madre. Pasó dos años en el extranjero, volvió el verano de los asesinatos. Fue a la escuela en Francia, creo. ¿Se imagina usted a una niña de Rosebank, Nueva Jersey, en un colegio de Francia, señor Buchan? Sea como sea, creo que fue para lo que llaman «completar estudios». —Da un sorbo a su ginebra—. Ella sí que volvió bastante completa —dice sin énfasis—. ¿La ha visto usted? ¿No? Pues no es precisamente lo que llamaríamos una mujer apetitosa, pero bueno, a lo mejor son sólo mis gustos personales, no me haga mucho caso. Puede que haya hombres que la encuentren atractiva.

Cambia de posición en su asiento.

—En esa escuela pretenciosa de la que le he hablado, la de Nueva York, ahí es donde conoció a Fauvell. Él era el director.

Buchan aguarda, pero el caudal de palabras del doctor parece haberse interrumpido. Con los ojos entrecerrados, parece buscar en algún lugar de su memoria.

—¿Doctor Ogilvie?

El hombre se mueve y levanta la vista.

—Discúlpeme. Estaba soñando —dice—. A medida que te haces viejo, te pasa más a menudo; lo que te rodea te parece menos interesante que las cosas que recuerdas. ¿Dónde estaba? Ah, sí, Lucy Pratt y Edward Fauvell. —Aprieta un poco los labios—. Fauvell vino aquí con ella una Navidad. Era evidente que la joven se había encaprichado por aquel hombre, y en sus cartas se lo había descrito a su madre como un dechado de virtudes del mundo académico. La señora Pratt, arribista redomada, lo invitó a su casa para pasar las vacaciones. También invitó a su esposa, y estoy seguro de que se alegró lo indecible cuando se enteró de que el director de la escuela era soltero. Tuvo que ser duro para Lucy volver a Nueva York, tras las vacaciones, sabiendo que el director se había convertido en el prometido de su madre.

Sonríe amargamente.

—Se diga lo que se quiera de los amores de las colegialas, la verdad es que son dolorosos, y no se me ocurre nada tan desagradable como que tu propia madre te robe a tu caballero armado, ¿no está de acuerdo? Seguramente esa fue una de las razones por las que... —hace una pausa.

—¿En qué año fue eso? —pregunta Buchan.

Ogilvie se frota la mejilla, pensativo—. Curtis Pratt murió en el verano del ochenta y uno. Pues esto debió ser en las Navidades del ochenta y dos.

—¿Y a la gente no le sorprendió?

—¿Sorprenderle? Señor Buchan, Annabelle Pratt estaba desbancando a la reina Victoria como viuda el siglo, y de pronto anuncia que va a casarse con un hombre al que conoce apenas desde hace dos semanas. Pues sí, yo diría que la gente sí estaba sorprendida. Aunque, después de echarle un vistazo a aquel hombre, la sorpresa disminuía.

—¿Era apuesto?

—Más que apuesto. Impactante. Pelo gris, ojos azules, cincuenta años muy bien llevados que le hacían parecer al menos diez más joven. Sonrisa seductora, pulso firme al estrechar la mano, paciente con los niños. No era de extrañar que Lucy, que tenía trece años, adorara a aquel hombre, y que su madre hubiera sucumbido a sus encantos con tanta rapidez. Sólo el chico parecía inmune, aunque aquello era comprensible, siempre había estado más unido a su padre que a su madre, y ahora ella, la viuda desconsolada, se olvidaba del luto con una rapidez que a él debió parecerle como una bofetada a la memoria de su padre, como mínimo.

Buchan observa a su interlocutor unos instantes.

—Doctor Ogilvie —dice con calma—, ¿cómo sabe usted todas estas cosas? No es mi intención ofenderle, señor, pero ¿es que mira usted por las ventanas? ¿Es que pega los oídos a las paredes? La gente normalmente no cuenta esas cosas a los demás, excepto en los confesonarios y en los lechos de muerte. Y Thomas Pratt no tuvo un lecho de muerte, al menos no en sentido estricto.

El médico sonríe.

—¿Ha vivido alguna vez en un pueblo, señor Buchan? ¿En un pueblo pequeño, quiero decir? En su momento de máximo esplendor, antes de la guerra, Rosebank tenía novecientos habitantes. En el ochenta y dos, la población había disminuido hasta los quinientos cincuenta. ¿Y ahora? Ahora tendrá unos trescientos setenta y cinco, aunque hoy no le he preguntado al enterrador ni a la administradora de correos quién se ha muerto o se ha ido de Rosebank desde ayer. No hay casi nada que sus habitantes no sepan de sus vecinos. Y yo, como médico, sé más que la mayoría.

—Yo me volvería loco, o me suicidaría —dice Buchan meneando la cabeza.

—A muchos les pasan las dos cosas, señor Buchan. Claro que eso también sucede en las ciudades, aunque allí hay tanta gente que pasar más inadvertidos. Aquí, sin embargo, cuando Thomas Pratt vacía un cargador de pólvora contra su padrastro y se mata con el otro, la impresión es bastante considerable.

El abogado se incorpora un poco, acercándose al doctor Ogilvie.

—¿Y sabe usted qué pasó?

—¿Le ha dicho Bill Sheridan que yo lo sé?

—Me ha dicho que usted es el único que lo sabe.

Ogilvie se encoge de hombros y sonríe.

—Es un buen amigo, pero un mentiroso incorregible, claro. Él lo sabe tan bien como yo. Iba conmigo cuando entramos en aquel cobertizo. Lo que pasa es que a él no le gusta hablar del tema, y siempre me carga a mí con el bulto. —Vuelve a encogerse de hombros y se apoya en el respaldo de la silla.

»Permítame que divague un poco, señor Buchan. Llegaremos a donde quiere ir, se lo prometo. Es sólo que tengo que llegar a mi manera, construyendo las cosas despacio, si prefiere decirlo así. Entreteña un poco a un viejo aburrido, señor Buchan, se lo pido por favor.

Buchan también se pone cómodo en su asiento, e intenta controlar su impulso de coger al médico por las solapas y zarandearlo para que le cuente la historia de una vez.

—Fauvell y Annabelle Pratt se casaron justo después de la Pascua del ochenta y tres, en la escuela de Nueva York. Ella estaba muy guapa de novia, y Lucy fue dama de honor. Thomas se negó a participar en la ceremonia, aunque asistió. La feliz pareja se fue a pasar la luna de miel a las cataratas del Niágara. Fue a su regreso cuando empezaron los problemas en la escuela. Eso ya lo sabe, claro.

Buchan asiente.

—El señor Sheridan...

Ogilvie le imita el gesto.

—Fauvell era un hombre inteligente, señor Buchan. Había calculado con mucha exactitud la fecha de la boda. ¿Qué iban a decir los que le acusaban, cuando le vieran aparecer con su nueva mujercita, cuya hija era alumna en la academia de su esposo, y cuando él los amenazara con dirimir el asunto en los tribunales de justicia? —Ogilvie sonríe, meneando la cabeza—. Hay que quitarse el sombrero ante un hombre con esas agallas. En cualquier caso, retiraron las acusaciones, no llegó a emprenderse ninguna acción judicial y Fauvell dimitió —tras recibir una indemnización considerable— para venir a vivir con su nueva familia a la propiedad de su esposa, convertido en terrateniente.

Suspira y se levanta. Se frota una rodilla artrítica y gesticula de dolor. Dobla despacio la pierna.

—Discúlpeme, de vez en cuando tengo que levantarme y moverme un poco, si no se me agarrota todo el cuerpo. Cuando uno es joven ni se le ocurren estas cosas. Venga conmigo a pasear un poco, señor Buchan. Nos sentaremos un rato en el jardín. Tráigase su copa.

Le da a Buchan la botella de whisky, coge su vaso y la ginebra, y sale por el pasillo en dirección al jardín. Hay unas pocas sillas y una mesa bajo un olmo enorme, cuya sombra frondosa se agradece después de un rato de respirar el aire gastado y asfixiante de la consulta.

—Además, aquí se está mejor, ¿no? —dice Ogilvie, que se ha dado cuenta de la expresión de alivio de Buchan cuando éste se hunde en la silla y estira las piernas—. Y es más adecuado para la última parte de la historia. Siempre me resulta difícil contar el final encerrado entre cuatro paredes. Me pongo un poco... —pero se interrumpe bruscamente.

»Bueno, Fauvell y Annabelle se quedaron en Nueva York mientras duró el conato de escándalo. Y llegaron aquí, con Lucy, hacia finales de otoño del ochenta y tres. Las cosas, durante un tiempo, parecieron ir bien. Fauvell resultó ser un hombre agradable; yo, personalmente, disfrutaba de su compañía; era un hombre leído que hablaba con propiedad. Además, era de risa fácil, y le gustaban los buenos chistes. Durante las fiestas de Navidad, organizaba lecturas en el Ayuntamiento, casi siempre de Dickens, y en otros momentos del año daba conferencias sobre temas diversos. Parecía que había estado en todas partes y que había hecho de todo. A los hombres les caía bien. A las mujeres, vaya, ¿qué le voy a contar? Creían que era maravilloso.

En los ojos del doctor aflora una tristeza genuina.

—Fauvell nos trajo un aliento del mundo exterior, ¿entiende? Un poco de sal a nuestros platos, aunque no la suficiente como para cambiar del todo su sabor, y no acabábamos de creernos que Rosebank nos hubiera dado aquel premio.

»Todo el mundo estaba encantado. Excepto Annabelle, que debería haber sido la más feliz. Hacia la primavera del ochenta y cuatro empezó a dar muestras de enfermedad. Estaba delgada y demacrada, como si algo en su interior la estuviera devorando. Yo no le encontré nada. Simplemente, sufría, aunque no me decía por qué. Lucy, por su parte, estaba resplandeciente y rebosante de salud, rellenita, sin llegar a estar gorda, aún no, y al parecer recuperada del todo del impacto que había supuesto para ella el compromiso y la boda de su madre con su ídolo. Tommy seguía estudiando fuera, se había considerado más conveniente que pasara el menor tiempo posible en casa, algo en lo que todas las partes estuvieron de acuerdo.

»Aquel mismo otoño, Annabelle volvió a meterse en cama, y ya nunca salió de ella. En un año, había pasado de ser una mujer bonita y risueña a convertirse en una inválida chupada, callada, de ojos inyectados en sangre, tumbada casi todo el día de cara a la pared, y que golpeaba el suelo con un bastón cuando necesitaba algo.

—¿Qué tenía? —pregunta Buchan.

—¿Aún no lo sabe? Yo tampoco lo sabía por aquel entonces. Fauvell estaba muy preocupado por su esposa; le llevaba la comida en bandeja a la cama, la miraba comer, le cepillaba el pelo y le leía libros. A la pequeña Lucy parecía no afectarle la enfermedad de su madre, y raramente se acercaba a su habitación. Se pasaba los días fuera de casa, y cada vez estaba más sana y tenía mejor color. ¿Qué joven de catorce años quiere pasarse el día encerrada con una inválida, por más que esa inválida sea su propia madre? Las habitaciones de los enfermos son aburridas para los niños, y les dan miedo. Thomas volvía para las vacaciones y en verano, y cada vez estaba más apegado a su madre, como si él y su hermana se hubieran cambiado los papeles. Él era el que se había convertido en su compañero y confidente. Así, más o menos, siguieron las cosas durante los siguientes dos años. Fauvell seguía solícito a las necesidades de su esposa, Lucy se iba convirtiendo en una mujercita..., en aquella empezó a ponerse gorda, y parecía menos contenta que antes; Thomas ya había sentido la llamada y había decidido hacerse ministro de la Iglesia. La granja y la casa, de la que en realidad nadie se había ocupado desde la muerte de Curtis Pratt, se iba deteriorando más y más con el paso de las estaciones.

Ogilvie se queda en silencio, otra vez ensimismado en sus pensamientos. Buchan escucha los miles de sonidos de que está hecho el silencio del campo: el zumbido estridente de los insectos, el murmullo balsámico de la hierba y las hojas mecidas por la brisa cálida, y su mente también divaga. La voz del doctor, finalmente, parece provenir de un lugar muy lejano.

—Y entonces llegó la niña.

Buchan levanta la cabeza.

—¿Qué niña? —pregunta con un nudo creciente que se le va formando en el estómago.

—Una niña llamada Clara —responde el médico plácidamente—. Pequeña, muy bonita. Unos ojos enormes, y una sonrisa, cuando sonreía cosa no muy frecuente, que brillaba como el sol. —Suspira y vuelve a frotarse la rodilla—. Una historia triste. Una madre de dudosa moral, por utilizar el eufemismo de costumbre, un padre desconocido. La madre había dejado a su hija con sus familiares, inmigrantes acomodados, si no recuerdo mal, judíos alemanes, y salió en busca de un futuro mejor, supongo que a algún sitio en el que su pasado no la atormentara.

»Aquella niña fue un escándalo para la familia, claro. ¿Ha conocido a algún alemán de buena posición, señor Buchan? Yo conocí a algunos en el ejército, y puedo decirle que a su lado los baptistas parecían casquivanos..., gente muy rígida, muy correcta y formal para la que la respetabilidad es una religión. No tengo motivos para creer que los alemanes judíos sean, en ese sentido, distintos de sus compatriotas cristianos, aunque supongo que puedo estar equivocado. Sea como fuere, a la niña se la habían ido quitando de encima todos sus parientes, como si fuera una bolsa de desperdicios, como si ser hija ilegítima fuera una enfermedad contagiosa que pudiera llegar a afectar a sus parientes mediante un contacto demasiado prolongado.

»No sé cómo dieron con Fauvell ni de dónde sacaron la idea de que él podría hacerse cargo de la niña en tanto que instructor privado. Bil Sheridan tampoco llegó a averiguarlo nunca. Pero parece que la familia decidió enviarla a estudiar fuera, una manera de librarse de ella y asegurarle una educación, y alguien tuvo la brillante idea de que lo mejor era instalarla a pensión completa en casa de un director de escuela femenina retirado. No sé si ellos conocían los rumores que circulaban respecto de Fauvell, como ya le he dicho, el tema se silenció bastante; en cualquier caso, también es posible que lo supieran y no les importara. Lo único que sé es que ella llegó al pueblo en el verano del ochenta y seis.

—En el ochenta y seis. Entonces tendría...

—Once años, creo, aunque no parecía tener más de ocho. La conocí un día en que había ido a la casa a visitar a Annabelle. Apareció de entre las sombras en el rellano del piso de arriba: una cosita pequeña, de ojos inmensos, con un vestido heredado de alguna prima, que le iba enorme y casi le llegaba al suelo. Me impresionó tanto que casi se me cae el maletín.

—¿Y cuánto tiempo pasó en la casa?

—¿Cuánto tiempo? —repite Ogilvie con una sonrisa forzada que no llega a iluminarle los ojos—. El suficiente. Lucy la odiaba, como no podía ser de otra manera, pero no importaba, porque aquel mismo otoño la enviaron a estudiar fuera, a sugerencia de su padrastro, todo hay que decirlo, aunque lo de Francia sí fue idea de su madre que, aunque postrada en la cama, seguía con sus ínfulas de siempre. Para entonces Lucy tenía dieciséis años, y ya se estaba poniendo muy gorda. Thomas se mostró indiferente ante la llegada de la niña, al menos durante aquel primer verano, y después regresó a sus estudios. A Annabelle, aquella niña le disgustó al momento. Entre los acuerdos de la estancia de la chica en la casa estaba el de hacer compañía a la enferma durante el día, leerle en voz alta, ir a buscar lo que necesitara. Pero Annabelle no la soportaba (la llamaba «el ratón feo») y se negaba a dejarla entrar en su dormitorio.

Buchan mira fijamente al médico.

—¿Y Fauvell?

—¿Fauvell? Fauvell la adoraba, como adoraba a todas las niñas. No, no estoy siendo justo con él. Creo que para él, Clara era especial. Y en cualquier caso espero que así fuera. Ella fue el motivo de su muerte.

El abogado nota que las gotas de sudor se le acumulan en la frente. Se saca un pañuelo del bolsillo y se la seca, frotándose luego las manos, también húmedas, con él.

—Doctor Ogilvie, no tiene idea de lo agradecido que le estoy por la historia que me ha contado. Pero ahora dígame, por lo que más quiera qué sucedió en el cobertizo.

El médico mira a Buchan apaciblemente.

—Ahora que lo pienso, señor Buchan, está demostrando usted una gran preocupación por gente que no conoce. ¿Cómo es eso, señor? — Levanta la cabeza, captando la expresión angustiada del abogado, y acto seguido desestima él mismo la pregunta que acaba de hacer—. No importa. Yo termino mi historia y luego ya me dirá, si quiere, por qué un desconocido de la gran ciudad está tan interesado en dos hombres a los que nunca conoció como para venir hasta aquí en medio de una ola de calor, en pleno mes de agosto, con el propósito de informarse de cómo murieron.

Da otro sorbo de ginebra, se arrellana en la silla, y prosigue.

—Tanto Lucy como Tommy regresaron a casa para quedarse en el verano del ochenta y ocho. Lucy lo hizo en junio, y su hermano un mes después. Ella, a su regreso, se quedaba en la granja, y no pisaba el pueblo para nada. A nadie le importaba demasiado. Suponíamos que se había afrancesado mucho y que no quería mezclarse con el vulgo. Pero Tommy sí apareció por aquí al día siguiente de su regreso para encargarse de algunos asuntos. Fue al banco, a la tienda, a hacer un par de recados..., se encontró con gente que le felicitaba por su licenciatura, algo excepcional en un pueblo pequeño en el que la mayoría de gente aprende apenas a leer el periódico y a firmar.

El médico escoge sus palabras con cuidado y escruta el rostro de su interlocutor para ver el efecto que provocan en él.

—Así, mientras Tommy estaba en el pueblo, Fauvell se llevó a la niña al cobertizo. En la planta de arriba hay una habitación abuhardillada, no mucho mayor que un armario. No sé para qué se construyó originalmente, pero en el momento del que le estoy hablando sólo había un viejo colchón de paja en el suelo. Ahí es donde iban cuando Fauvell quería poseerla.

Se sirve un poco más de ginebra.

—Basta con que un hombre cometa un error, si es lo bastante grave. Y el de Fauvell lo fue. No tuvo en cuenta lo peligrosa que puede ser una mujer rechazada. Thomas volvió temprano del pueblo, mientras Fauvell y la niña aún estaban en el cobertizo, y Lucy esperaba para contárselo todo. Había estado alimentando su dolor, reservándolo para cuando Tommy regresara a casa. Él tenía que ser su héroe, luchar por ella. Seguía enamorada de Fauvell, ¿entiende? Se lo contó todo a su hermano, le dijo lo de su madre, lo de ella misma, lo de la niña. No sé qué imaginaba ella que haría Thomas, ni siquiera estoy seguro de que supiera lo que quería que hiciera, supongo que asustar a Fauvell, u obligarlo a echar a la pequeña. En todo caso, seguro que nunca quiso que hiciera lo que hizo.

»Pero póngase usted en el sitio de Thomas, en su cabeza, señor Buchan, después de lo que su hermana le acababa de decir. Él no tenía ni idea de la situación, por supuesto. Llevaba siete años fuera de casa, exceptuando fiestas y periodos de vacaciones, y Lucy y su madre se habían guardado la vergüenza para ellas. Intente imaginar el estado mental del chico cuando Lucy le confesó que se había convertido en amante de Fauvell a los doce años, que éste se había casado con su madre sólo para tapar el escándalo, para despistar a los padres preocupados y asustados de su escuela, y que luego, una vez a salvo, la había ignorado y había vuelto a interesarse por Lucy. Y ahora era a la pobre chica a quien dejaba de lado. Ya había crecido, había engordado, y Fauvell ya no la quería, pues no eran las mujeres las que le interesaban, y había empezado a verse con la niña cuya educación le habían encomendado. En ese mismo momento estaba con ella, y si Tommy se daba prisa, los sorprendería in fraganti...

El médico suspira, se frota la rodilla, se expresa con tono ausente, como si fueran los recuerdos los que hablaran por su boca.

—Pobre Thomas, pobre chico inocente. Fue demasiado de una sola vez, no pudo resistirlo. Lucy sabía cómo contarle la historia, claro. Y su hermano cogió el arma y se fue directo al cobertizo. Lucy le siguió, pero no conseguía alcanzarlo. Aún estaba en el sendero cuando oyó la explosión.

Ogilvie cierra los ojos y se queda en silencio, rebuscando en su memoria. Buchan espera.

—Cuando llegó a aquel cubículo, se encontró a Thomas de pie, mirando, con el arma aún en la mano. Fauvell estaba muerto, claro. Lucy gritó al ver su cuerpo, o lo que quedaba de él, y de pronto Tommy pareció despertar. Lucy dijo que le vio acercarse al cadáver de su padrastro, bajar la mirada y que le oyó decir: «Que Dios nos perdone a los dos». Así era él, señor Buchan. De los que piden el perdón de Dios aun sabiendo lo difícil que es que te lo conceda. Y entonces fue cuando se puso el cañón debajo de la barbilla y apretó el gatillo por segunda vez.

El doctor alza la vista para mirar a Buchan.

—Eso era lo que quería saber, ¿no es así, señor Buchan? Quería saber qué pasó. Pues ahora ya lo sabe.

—Doctor Ogilvie... —empieza a decir Buchan, cuando el médico lo detiene alzando una mano.

—Aún no, señor Buchan. Casi he terminado. Déjeme concluir. Lucy salió en busca de ayuda. Tuvo que ir a la granja vecina para que alguien fuera a buscarnos a Bill Sheridan y a mí, pero, en vez de hacerlo en la calesa, empezó a caminar; más tarde dijo que no sabía por qué lo había hecho, que creía que en aquellos momentos había perdido el juicio. Desde su casa a la de los Mulverhills hay casi ocho kilómetros, y Lucy no es precisamente una persona rápida. Fauvell y Tommy murieron sobre las once de la mañana, y ella no llegó a casa de los Mulverhills hasta las dos de la tarde. Bill y yo llegamos a su casa hacia las cuatro.

Da otro trago de ginebra. De pronto se le ve ojeroso.

—¿Luchó usted en la guerra, señor Buchan? ¿No? No hace falta que se disculpe, seguramente aún iba a la escuela. Yo fui médico de campaña, pertenecía al Segundo Regimiento. El Segundo estuvo en Gettysburg, y en Spottsylvania, y en Chancellorsville, y en Antietam, pero citaré sólo algunos de sus destinos menos relevantes. Sinceramente, llegué a acostumbrarme tanto a la sangre y al hedor de los cadáveres pudriéndose al sol que al cabo de un tiempo ya ni los veía ni los olía. Pero en aquella habitación... —Parpadea—. Era un día soleado de julio hacía mucho sol y mucho calor, ese calor que nos hace temerosos de Dios, y los cuerpos llevaban cinco horas en aquel cubículo orientado a mediodía, un cubículo que era apenas mayor que el colchón del suelo, que estaba directamente debajo de un techo de latón y que tenía las ventanas cerradas, por las que entraba directamente el sol. Hasta el patio de abajo llegaba el olor; llegaba el olor, y se escuchaba el zumbido de las moscas. Bill y yo nos atamos unos pañuelos sobre la nariz y la boca y entramos...

»Era difícil comprender qué era lo que estábamos viendo. Había tantas moscas que parecía que las paredes y el suelo se movían, y los

cuerpos también, y nos costó bastante apartarlas. El cuerpo de Fauvell estaba desnudo, bajo las moscas. Tommy le había disparado desde muy cerca, no más de un metro y medio de distancia, y con un arma del calibre doce. El disparo le había alcanzado la parte superior del pecho. Por encima del esternón, no había nada. La cabeza de Tommy... —La respiración del doctor Ogilvie es pesada y resuena en el silencio.

»Y entonces vimos el tercer cuerpo, aunque ése no estaba muerto, aún no, al menos no del todo. Lucy había cerrado la puerta con cerrojo antes de irse a buscar ayuda; más tarde declaró que no lo recordaba, que debía de haberlo hecho presa del pánico, sin darse cuenta de lo que hacía, pero yo no lo sé, señor Buchan, yo no lo sé. Ella no nos dijo en ningún momento que hubiera alguien más en aquel cuarto junto a los muertos, que hubiera alguien vivo; dejó que nos tomáramos nuestro tiempo para llegar, nos dijo luego que se había olvidado de advertirnos que Clara estaba allí, y aquella pequeña llevaba cinco horas asándose despacio, encerrada en aquel homo, con los cuerpos y las moscas.

»Aún hoy no sé qué fue lo peor; si encontrar a los muertos de aquella manera o encontrar a Clara, viva, y comprender que ella y Fauvell... — se lleva la mano a la cabeza y se la pasa por el pelo—. Igual que él estaba..., su ropa estaba en un rincón del cubículo, junto a la de Fauvell. La cubrí con mi chaqueta y la saqué fuera.

Parpadea de nuevo, más viejo de repente de lo que era hace unos momentos.

—Estaba en estado de choque, casi muerta por efecto del calor, pero no la había tocado ningún disparo. No la llevé a casa de Tommy, no me pareció que fuera lo correcto, dadas las circunstancias. La traje aquí para poder cuidarla. Bill volvió a la casa con Lucy, para comunicarle la noticia a Annabelle, que estaba desesperada. Fauvell nunca había querido tener servicio; decía que no podían permitirselo, que todo su dinero se le había ido en pagar la cara educación francesa de Lucy, aunque de pronto se hizo muy evidente por qué no había querido tener a nadie a su alrededor, y Annabelle llevaba todo el día sola en su dormitorio, golpeando el suelo con su bastón, llamando a sus hijos y a su marido sin obtener respuesta. Sabía que algo iba mal, pero no sabía qué, creía que tal vez había habido algún accidente. Nunca se recuperó del disgusto. Murió mientras dormía, un año más tarde.

Ogilvie se incorpora, agarrotado, y dobla varias veces su rodilla artrítica.

—Y eso es todo, más o menos, señor Buchan. A lo largo de los días siguientes, Bill se fue enterando de toda esta historia. Entre los dos decidimos no incluir en el informe oficial los motivos por los que Fauvell estaba en el cobertizo aquella mañana (en realidad, todo lo que hacía referencia a la niña y a las inclinaciones de Fauvell) y afirmar que no había habido ninguna razón concreta más allá de la inquina entre él y Tommy. Y Annabelle, la pobre, la sufrida Annabelle, estuvo de acuerdo. Era la primera vez que la veía hacer algo sensato. Pero es que en ese momento todo había terminado para ella. Fauvell ya no estaba y su hijo tampoco, y aireando esa historia los muertos no volverían, mientras que en cambio la vergüenza recaería sobre los que quedaban con vida.

Apura el vaso de ginebra.

—La niña se quedó conmigo unos días, y luego se la llevó la mujer de Bill. Ella había sacado adelante a seis hijos, y sabría cuidarla mucho mejor que yo. Además, lo que aquella criatura necesitaba no era medicina. Me preocupaba su estado mental. Si oía la puerta de otra casa cerrarse de golpe, se ponía a gritar, y lloraba mucho. Había que insistirle para que comiera; se quedaba sentada, mirando al vacío, con la comida delante. A veces, incluso con la boca llena, se le olvidaba masticar y tragar. Siempre lo observaba todo atentamente.

»Bill encontró, entre los papeles de Fauvell, la dirección de sus familiares, y les escribió. Les dijo la verdad. En un caso así no se podía mentir. Al cabo de un mes, aproximadamente, le respondieron diciéndole que de ninguna manera podrían quedársela, que tenían otros niños, niños inocentes, por los que velar, y que su abogado se pondría en contacto con Bill para organizar su traslado a alguna otra parte. ¿No le parece increíble, señor Buchan? Hace que uno se pregunte en qué estaba pensando Dios cuando creó al ser humano. Una semana después llegó el abogado, a quien no tuve ocasión de ver, y se la llevó. Le dijo a Bill que pensaba internarla en un reformatorio para chicas rebeldes, pero no quiso decirle dónde. Nunca más volví a verla.

»Un reformatorio para chicas rebeldes —repite con la voz quebrada—. Nunca había conocido a una chica menos rebelde que ella. Yo he tenido dos hijos, señor Buchan, dos chicos. Ya son mayores, y ellos también son padres. Lo que le pasó a aquella chica no fue culpa suya, como tampoco lo fue ser hija ilegítima. ¿Qué saben los niños de esas cosas? Si su familia se hubiera quedado con ella y le hubiera dado un poco de cariño..., pero se la quitaron de encima y la llevaron a vivir con desconocidos, y luego, cuando al final alguien se interesó por ella, aunque fuera de aquella manera, la consideraron rebelde. Ella no era rebelde, señor Buchan; sólo era una niña triste, y estaba tan sola que supongo que no le importaba por qué Fauvell la quería, ni para qué. Aquel hombre era un seductor, y luego Tommy apretó el gatillo. A un niño no se le puede echar la culpa de algo así.

Se queda pensando en lo que acaba de decir, y se muerde el labio.

—En fin, el caso es que se marchó, y yo no sé adónde fue ni lo que le sucedió. Tal vez esté en un sanatorio mental en alguna parte, tal vez esté mendigando por las calles. Tal vez esté muerta. Qué importa.

Finalmente, se queda en silencio, y posa la mirada más allá de su jardín.

Buchan alza la cabeza. Está aturdido, alterado, a punto de llorar.

—Doctor Ogilvie —dice—. Lo siento muchísimo.

El médico rodea la mesa, se detiene a su lado y le pone la mano sobre el hombro.

—Yo también lo siento. —Le da unos golpecitos de consuelo—. ¿A quién de ellos conocía usted, señor Buchan. ¿A Fauvell? ¿A Tommy? Porque si no, ¿por qué habría de importarle todo esto?

El abogado levanta la mirada.

—A ninguno de los dos, doctor Ogilvie. A quien conozco es a la niña.

Los ojos del médico, tras los lentes, se abren como platos, y se le humedecen de pronto. Le tiembla el labio inferior.

—No me diga —exclama mientras se quita los lentes y se seca los ojos con manos temblorosas—. No me diga.

Ya está oscuro cuando Buchan emprende, cansado, el camino de regreso a su hotel. Camina por la calle principal desierta en la que sus lentos pasos levantan nubes de polvo, que surgen de entre las planchas de madera que hacen las veces de pavimento. Cuando entra, el recepcionista le saluda con un gesto de cabeza y le observa subir despacio por la escalera, con esa curiosidad pasiva y algo tosca que los extraños siempre suscitan en los pueblos pequeños. Luego vuelve a su libro de registros.

Tras cerrar la puerta de su minúscula *suíte*, Buchan se deja caer en el vetusto sofá de crin y se sujeta la cabeza con las manos. La puerta que separa la salita de la alcoba está abierta y, aunque no la ve, oye a su esposa moverse por ella, abrir y cerrar cajones, meter otra vez las cosas en la maleta antes de su regreso a Nueva York. De todos modos, no la interrumpe, no le hace saber que ya ha vuelto. Se limita a quedarse ahí sentado, y deja que la tristeza lo invada por completo. No ha estado tan cansado en toda su vida.

—¿Daniel, querido? —dice su esposa, que aparece en el marco de la puerta y, al verlo tan desesperado, se arrodilla a su lado. Le acaricia la mejilla y él levanta un poco la cabeza, antes de atraerla hacia sí y darle un abrazo. Llevan más de veinte años casados, años de felicidad y satisfacciones en su mayor parte y, como sucede con los matrimonios que funcionan, los dos han crecido juntos, como dos brazos pertenecientes a un mismo cuerpo. Sin embargo, nunca han formado una pareja muy efusiva, y es poco habitual que él la abrace con tanta pasión.

Cuando al fin Buchan se incorpora, sosteniéndola por los hombros, ella le ve la cara.

—Has sabido algo de Clara, ¿verdad? —le dice—. Y es algo muy malo.

—Sí, es muy malo —responde él, fatigado.

—¿Puedes contármelo? —le pregunta sujetándole la mano con fuerza—. Sabes que nunca me he metido en tus asuntos, Daniel, lo sabes bien, nunca te he preguntado nada de tus casos ni de tus clientes, y el *signore* Alfieri lo es, lo sé..., pero él y Clara se han convertido en mucho más que eso para nosotros, para mí... —Hace una pausa—. Tú has ejercido tu profesión y yo he estado ocupada con mi grupo de damas y mis compromisos de iglesia. —Se levanta y se da la vuelta—. Hemos tenido unas vidas plenas y nunca me ha importado demasiado no haber tenido hijos, pero... —Vuelve a interrumpirse un instante—. Si hubiéramos tenido una hija...

—La aprecias mucho, ¿verdad? —le dice Buchan con voz pausada—. Yo no puedo contártelo, querida. No soy yo quien tiene que hacerlo. Es su historia, y no creo que desee que la conozca mucha gente. Dudo incluso que se la haya contado a su esposo, aunque sospecho que alguna cosa debe de haber descubierto por él mismo. ¿Cómo voy a contarte lo que ella no le ha dicho ni a Alfieri?

La señora Buchan asiente, no muy convencida, mientras sigue dándole la espalda.

—¿Y qué harás, ahora que lo sabes?

—Informaré a Alfieri. Tiene que saberlo.

Ahora ella sí se gira al momento.

—Acabas de decir que esa historia es suya. Si no quiere que él lo sepa, ¿qué derecho tienes tú a revelársela?

—Mí deber es proteger a mi cliente.

La señora Buchan está indignada.

—¿Protegerlo de quién? ¿De Clara?

—No, querida. —Él también se levanta—. De Thaddeus Chadwick. Si no me equivoco, y estoy bastante seguro de no equivocarme, Chadwick ya debe de saber lo que yo he averiguado hoy. Y creo que va a usar ese conocimiento para hacerle daño. —Suspira y se pasa la mano por el pelo, remedando el gesto que le ha visto a Ogilvie—. Debo contarle *alsignore* Alfieri lo que he sabido hoy para que esté preparado cuando el señor Chadwick haga pública la desgracia de Clara, cosa que hará.

—Pero, ¿por qué? —inquieta la señora Buchan—. ¿Por qué habría de querer hacerle daño? Ella no le ha hecho nada.

—Le ha desbaratado los planes, Alice, lo ha contrariado, y mucho, me temo, al casarse con otro. Thaddeus Chadwick no es hombre de perdón.

Su mujer se le queda mirando fijamente.

—¿Me estás diciendo que Chadwick quería casarse con ella? Pero si es un viejo, Daniel, y ella es poco más que una niña.

Buchan aparta la mirada.

—No sería la primera vez que pasa algo así.

La señora Buchan sigue de pie, retorciéndose las manos, nerviosa.

—Esta... esta desgracia —dice al fin—, esta desgracia que sufrió Clara, ¿qué pasaría si se hiciera pública?

—Sospecho que Chadwick esperará hasta muy poco antes del estreno para revelar lo que sabe y, una vez divulgado, dudo que Alfieri pueda volver a actuar nunca más en público.

Su esposa está ahora muy pálida.

—¿Y si se fueran de Nueva York? ¿Y si salen del país?

—Da igual. La noticia los acompañará, vayan adónde vayan, como un mal olor. Y aunque se divorcie de ella...

—¡No, Daniel, no!

—Aunque se divorcie de ella —prosigue Buchan, ignorando su grito—, Alfieri nunca logrará borrarlo. ¿Cómo podría? Su propia notoriedad eclipsa casi su fama como cantante. Muchos dirán que se lo merece, que es un castigo que ha recaído sobre él. La gente se reirá. «Mario Alfieri —dirán— el que se ha casado con la chica que...»

Al instante se interrumpe, consciente de que su mujer le está mirando con los ojos arrasados en lágrimas.

—Tranquila, querida, tranquila —le susurra, arrepentido, abrazándola—. Perdóname por haberte disgustado. Intentaremos convencer a señor Chadwick de que se mantenga en silencio. Seguramente estoy exagerando. Ya sabes que me preocupo en exceso por todo. No tendría que haberte dicho nada de todo esto. Tranquila, Alice, todo se arreglará...

Pero, una vez que se seca los ojos y regresa a la alcoba para terminar de hacer el equipaje, Buchan se queda de pie, abatido, en la salita. No hace ni una semana dieron la bienvenida a Alfieri y a su esposa, que regresaban a la ciudad después de la luna de miel, y el rubor de dicha en el rostro de la joven, el orgullo en los ojos de su esposo, están grabados a plomo en el alma del abogado.

«Tengo que decírselo —piensa Buchan— tiene que saberlo antes por mí, y no enterarse por el comentario que alguien pueda hacer en la calle. Pero, Dios mío, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo me soportaré una vez que se lo haya dicho?

Se desmorona en una silla, musitando su plegaria, y entonces empieza a buscar las palabras que habrán de romper dos vidas en pedazos.

Aunque oficialmente el ensayo general de *Manon Lescaut*, que tuvo lugar el veintisiete de agosto, se celebraba a puerta cerrada, en realidad habían asistido algunos ciudadanos influyentes, conocidos tanto por su desahogada posición económica como por su tesón y empeño en encontrar a través del arte lo mejor de sí mismos. Así, sus comentarios después de escuchar la ópera (que afirman que es una obra de melodías exquisitas y pasiones desesperadas) auguran un éxito sin precedentes para el día del estreno.

Eso significa que, esa noche, la del veintinueve de agosto, a las ocho en punto, el telón se alzará para dar paso a lo que seguramente será, para Filadelfia, el acontecimiento artístico y musical más destacado de la década, si no del siglo. Por toda la ciudad, los pocos privilegiados que van a tener ocasión de asistir al evento se entregan de buen grado a los preparativos, mientras que los que no tienen tanta suerte, instan a sus amigos con mejor fortuna a que recuerden todos y cada uno de los detalles, al tiempo que el pueblo llano en su totalidad parece chispear como las burbujas del champán.

¡Ah, el bullicio y las prisas! Los sonidos del agua en las bañeras, de las campanillas que llaman, de las sedas que crujen, de los pasos que corren; las fragancias de las flores, los perfumes y los jabones que se mezclan con los aromas vaporosos de volantes planchados al momento para que queden perfectos, y con el olor a pelo quemado al calentar tirabuzones en el pelo; los brillos y los destellos de las piedras preciosas sobre los generosos escotes y las manos enfundadas en guantes blancos, el resplandor del oro y las perlas en las orejas más elegantes...

Los carruajes relucientes, no más que los caballos que han de tirar de ellos, ya están listos frente a un millar de puertas para llevar, cruzando a toda prisa el estival crepúsculo púrpura, a la crema y nata de la sociedad hasta la entrada principal del teatro de la ópera, donde unos porteros uniformados ya aguardan, solemnes y atentos, y donde unas puertas bruñidas se abren de par en par para mostrar dos mil butacas rojas de terciopelo envueltas en un delirio de dorados y carmesíes e iluminadas por mil y una luces.

El pasatiempo favorito de los que ya están sentados, a medida que la marea brillante hace su entrada, es observar a los que van llegando. Se fijan en especial, levantando los binóculos, en la primera hilera de palcos que bordea el auditorio, y que es el destino de los que brillan con más esplendor. Uno de ellos es, sin duda, el que atrae más miradas, vacío hasta unos instantes antes de que se levante el telón... Un murmullo recorre el teatro haciendo que las cabezas se vuelvan y los binóculos se levanten cuando su ocupante hace, al fin, su entrada.

El caballero es joven, alto y rubio. Pero es la joven que le acompaña la que concita todas las miradas. Al ver que todos la observan, parece hacerse más pequeña todavía, y a continuación se gira y sonríe al joven que le guía hasta su asiento, parcialmente oculto tras una cortina de terciopelo que la protege un poco de los ojos indiscretos. El vestido que lleva es como una espuma de perlas y luz de luna, de un blanco resplandeciente. El pelo, oscuro y recogido hacia atrás, está cubierto por un delicado juego de encaje que se sostiene en su sitio gracias a una diadema de rosas blancas de seda; y en el cuello, descendiendo hacia el pliegue de sus pechos jóvenes y suaves, una finísima maraña de gemas, un collar único y maravilloso de perlas antiguas y diamantes que brilla y titila a la luz de las lámparas, a juego con los pendientes que decoran sus orejas.

Parece que las miradas y los murmullos no van a terminar nunca, ni siquiera cuando el director de orquesta se sube al podio y el público rompe a aplaudir. Pero la pareja ha programado bien su llegada, y sólo un minuto después las luces de la sala se hacen más tenues y el telón se abre a los primeros compases de la música de Puccini, para mostrar una plaza de la ciudad de Amiens en el siglo XVIII.

El joven moreno que aparece unos instantes después está tan concentrado en la lectura del libro que sostiene entre las manos que no se fija en el grupo de hombres y mujeres jóvenes que se ríen y coquetean al atardecer. Pasean alrededor de la plaza, pasan frente a la posada —estudiantes, jóvenes campesinos y doncellas— y se burlan de él con gracia mientras él sigue ignorándolos. Es un estudiante joven y apuesto, alto y fuerte, vestido con sobriedad, con el pelo rizado y negro recogido en una coleta. Sigue sin prestar atención a los demás hasta que el que lleva la voz cantante en el grupo de estudiantes se burla, divertido, de su concentración.

—¿No respondes? —le pregunta su amigo—. ¿Por qué no? ¿Acaso languideces de amor por alguna dama inalcanzable?

El joven levanta la cabeza al fin.

—¿Amor? —se ríe, cerrando el libro—. ¿Amor? Con semejante tragedia, o mejor dicho, comedia, no tengo ningún trato.

Y un suspiro brota al unísono de dos mil gargantas, como una brisa en un día de verano.

Alfieri acaba de entonar sus primeras notas en Estados Unidos. Las personas que componen el público, sentadas muy rectas en sus asientos desde que el tenor ha hecho su entrada, expresando así de manera colectiva su deseo de oírlo cantar, se entregan al fin a la música que lo invade todo, y se elevan más y más, atraídos irresistiblemente hacia arriba, sucumbiendo al encantamiento de Orfeo, con el sonido de esa voz única e incomparable.

Cuando las luces se encienden al acabar el primer acto, las cabezas se giran en dirección al palco de la joven de blanco, impacientes por leer en su rostro la impresión que ha causado en ella la ovación cerrada, los gritos de entusiasmo a voz en cuello que reciben a su esposo cuando éste se incorpora tras hacer una única y humilde reverencia.

Pero ella ya no está ahí. Junto a su acompañante, han privado a los curiosos del placer de la contemplación al abandonar sus asientos durante la última parte del primer acto, una vez que el personaje que interpreta Alfieri sale de escena. El palco está vacío. Decepcionados a ver que se les niega la posibilidad de mirarla, pero emocionados por la ópera, los que forman la multitud resplandeciente se agolpan en los pasillos y salen de la platea en busca de champán y conversación. Sobre la pareja que permanece sentada justo encima del palco vacío —un señor de cierta edad, rechoncho, con lentes y de aspecto agradable, y una mujer joven, más entrada en carnes que él, de rostro sonrosado, y que lleva un vestido azul rematado por unas plumas de avestruz que adornan su cabellera amarilla— nadie posa su mirada. ¿Por qué tendría que ser de otro modo? Salvo por algún error causado por la proximidad vertical, ¿qué tienen que ver estas dos personas con la joven esposa de Alfieri para que nadie les dedique su mirada?

En el enorme salón, por debajo de las lámparas doradas, sobre la escalera señorial y sus rellanos de mármol, la gente habla y ríe: «... qué lástima que la esposa de Alfieri no cante, quedaría tan bien de Manon...», se dice que fue amor a primera vista, se fugó con ella a las dos semanas de conocerla..., me han dicho que es judía, y que no tiene ni un céntimo..., es un hombre muy atractivo, y qué voz. Se entiende que algunas mujeres..., tiene que haber sido por amor; está claro que no se ha casado con ella por dinero, ni por su posición social..., es prácticamente una niña, no parece más que una colegiala..., ¿con quién no se ha acostado? Bueno, sí, pero es que esas o son demasiado

jóvenes, o demasiado viejas, o aún no las conoce..., ¿le gusta? Yo diría que sí. ¿Habéis visto su collar? Querida, seguro que no lo ha ganado en un concurso de caligrafía..., será fascinante verlos a los dos juntos después de la ópera, en el baile..., sí, en el baile..., después, en el baile...».

En el Ayuntamiento se siguen ultimando los preparativos para transformar su enorme rotonda en un jardín, en una sala de actos, en un palacio; porque esta noche las tareas titánicas no han hecho más que empezar, y el alcalde y los ciudadanos más destacados han organizado un sencillo banquete, con baile incluido, para quinientas personas en honor de Alfieri. Y Clara Adler Alfieri, la elegida, la afortunada, la felicitada, la novia del hombre al que ninguna otra mujer ha podido atrapar, bailará vals hasta el amanecer en los brazos de su esposo.

¿Cómo van a saber los demás que esta noche está asustada y extasiada a partes iguales? Son tantos los ojos que se fijan en ella; los nota incluso a oscuras, buscándola, cuando se apagan las luces y se alza el telón. Los hombres la miran abiertamente, repasándola de arriba abajo para descubrir qué tiene ella que no tuvieran las demás; las mujeres la miran de reojo, con una mezcla de envidia y curiosidad; algunas simplemente con cierta tristeza, otras con arrogancia y desprecio, todas absolutamente convencidas de su propia superioridad. «¿Por qué tú?», dicen sus ojos. Y Clara se sentiría mejor si pudiera responder a esa pregunta, pero no puede porque él nunca se lo ha dicho, y ella no se ha atrevido a preguntar.

Las mujeres, igual que las multitudes, son otra de las cosas a las que tendrá que acostumbrarse porque, tal como le ha dicho Mario, mientras tenga voz, la gente seguirá congregándose a su alrededor. Y —esto lo ha descubierto por sí misma, sin que su esposo le haya dicho nada— mientras exista Mario, habrá mujeres que desearán estar en su lugar, que la mirarán y la harán imaginarse lo que ellas se imaginan haciendo con él, totalmente seguras, conocedoras sin ningún tipo de duda de que están infinitamente mejor dotadas para ser la esposa de Alfieri, y que lo merecen muchísimo más...

Pero esta noche no debe dejar que esas cosas le importen. Esta noche debe limitarse a sonreír, a asentir y a dar pequeños sorbos de champán, a comportarse como una reina, a hacer feliz a Mario. Hasta que el telón caiga por última vez, Stafford Dyckman, que no se ha perdido ningún estreno de Mario en los últimos siete años, va a ser su acompañante. Ha venido expresamente desde Saratoga para asistir a esta noche de gala, y para él es un placer escoltarla desde el palco hasta el camerino del tenor durante el entreacto, ir a buscarle champán, contarle anécdotas de otras noches triunfales de su amigo, exponerle los rasgos más destacados del género operístico, del que ella, por desgracia, todavía sabe tan poco; intentar ser, en resumen, una compañía lo más grata posible para ella hasta el momento de devolverla, una vez más, al cuidado de su amigo.

Es Stafford el que, cuando las cuerdas ya suspiran el final del delicioso *intermezzo* que abre el tercer acto, se acerca a Clara y le susurra al oído el secreto sobre el regalo.

—Por cierto, ¿te ha dicho que estas joyas las ha elegido él personalmente? Yo estaba con él cuando las escogió. Quería que te vieras como empapada de diamantes, según dijo.

Pero a ella no le da tiempo de responder nada. El tercer acto es el del tenor. El telón, al levantarse, muestra los muelles del puerto de Le Havre, y al estudiante moreno que camina, distraído, arriba y abajo frente a las puertas de una prisión siniestra. Los barrotes de una ventana solitaria son visibles en el piso más alto. Clara se entrelaza las manos con fuerza, como si rezara, y los nudillos se le ponen blancos. El escenario es de Mario, le pertenece a él, y todas las almas que ocupan el teatro oscuro, incluida la suya, se mueven con él, respiran cuando él lo hace, aunque para Clara lo que ve y lo que oye es distinto, porque filtra en ello los días y las noches en los que ha compartido su vida, sus pensamientos, su lecho. Ahora lo ve apasionado, angustiado, afinadísimo, pero sigue siendo Mario, *suo* Mario, su Mario..., el Mario que nunca cierra los cajones del ropero, el que siempre lleva algo rojo para atraer la buena suerte, el que pela la naranja del desayuno intentando que la piel salga entera y aliña el melón con unos granos de sal...; todos los gestos que realiza ahora le son tan familiares como el café de las mañanas.

Y aun así, en el escenario hay otro Mario, un desconocido. No sólo el joven amante francés, sino otro Mario..., un Mario que no le pertenece a ella sino a una bestia con cabeza de hidra que llena el teatro, que le devora y bebe de su voz con sus miles de ojos y oídos. A ese Mario no lo conoce; habita en otro plano, un plano glorioso que el común de los mortales no puede alcanzar, tan por encima de ella como el cielo.

Clara tampoco encuentra su equilibrio esta noche. Es más de un solo ser: sigue siendo ella misma, pero además es una criatura nueva y asombrosa, una criatura feliz, envidiada, bendecida hasta el infinito, recubierta de diamantes, irreconocible para todos los que la hayan conocido, incluida ella misma. Siente una necesidad casi irreprimible de girarse a cada rato para mirar detrás de ella y descubrir a quién se dirige la gente cuando le habla, porque no se cree del todo que estén hablando con ella. Y si no es ella la que lleva su piel y la que mira con sus ojos, entonces ¿dónde está ella, y quién es esa otra a la que encarna?

La metamorfosis doble, la suya y la de Mario, le da miedo; ninguno de los dos es quien ella conoce; en este mundo extraño no hay un centro sólido. Hay momentos en los que le resulta imposible respirar, y se aferra a los brazos de terciopelo de su butaca temerosa de mirar hacia abajo y encontrarse a sí misma desnuda y culpable. Pero no debe, no va a consentir que el terror vuelva a estropearle la velada. Esta noche es la del triunfo de Mario, y ella tiene que ir recordándose una y otra vez que es su esposa, que está vestida como la princesa de los cuentos de su infancia, con un traje de perlas y luz de luna...

¡Qué más da! Sólo el escenario importa ¡Míralo! ¡Observa cómo le miran! Está arrodillado y llora, le suplica al capitán del barco que no le separe de su Manon; ¿lo ves? Lloro, y las lágrimas que le recorren el rostro son reales, y ofrece su vida, ofrece su sangre para ir con su Manon y todos lloran con él, todos sin excepción se incorporan en sus butacas, se llevan la mano a la garganta, a la boca, contemplan el éxtasis en su rostro cuando el capitán cede y la música, arrebatadora, se eleva y eleva a los dos amantes hasta la cubierta del barco, unidos en un abrazo, en dirección al Nuevo Mundo. ¡Oh, Mario! ¡Oyelos gritar, gritar por él! Esta noche sólo existes *tu* triunfo, aquí, a esta altura de vértigo donde nada es lo que parece, y la única certeza es que se siente segura en sus brazos, ahora y para siempre, donde el dolor no puede alcanzarle...

La multitud exultante, emocionada hasta el paroxismo, mantiene la vista fija en el asiento vacío de la señora Alfieri; ha vuelto a ausentarse antes de que él salga a saludar, pero la tercera pausa parece apenas iniciada cuando ella ya está de regreso, a tiempo para el principio del cuarto acto. Y, conscientes de estar asistiendo a la noche de las noches, al lugar en el que se está escribiendo la historia, los presentes se acomodan, con una sensación de alegre inminencia, y se disponen a ver el desenlace de la historia. Pero esto es una ópera, y en la ópera, como en la vida, los finales felices escasean. El público guarda silencio mientras la pareja, condenada, desdichada, avanza por la tierra baldía hacia el final de su tragedia, hasta que el joven estudiante —ahora harapiento y exhausto— yace al lado de su amor, sostiene su cuerpo inerte en sus brazos, y *Manon Lescaut* llega a su desgraciado y amargo final.

Cuando el último sonido de las cuerdas, tristísimo, se apaga al fin y el telón cae lentamente, son muchos los que lloran sin disimulo. Durante un segundo, se oye un suspiro contenido y se ve a la gente secarse las lágrimas y recobrar el aliento. Entonces, la sala entera parece venirse abajo presa de un repentino estruendo. El público se pone en pie, grita, aplaude, silba, pateo hasta que las paredes, el suelo e incluso el techo empiezan a vibrar. ¡Bravo! ¡Puccini, el sucesor de Verdi! ¡Qué bonito! ¡Qué hermoso! ¡Qué desgarrador! ¡Dios mío! ¡Alfieri! ¡Dios mío!

Aparecen los cantantes, uno por uno, para recibir su ración de aplauso. Manon, resucitada milagrosamente, hace reverencias, se lleva las

manos al corazón, lanza besos a la multitud enfervorecida, acepta los ramos de flores que le ofrecen y abandona el escenario. Normalmente ella tendría que ser la última en salir a saludar; por su papel, el suyo debería ser el lugar de honor. Pero esta noche es distinta, y ha cedido su puesto, sin mucha alternativa, por otra parte.

Entonces, el telón se abre y Alfieri aparece en el escenario. Se hace el silencio durante un instante imperceptible, en el que los pulmones se llenan de aire, y un segundo grito sale al unísono de dos mil gargantas; es un sonido bronco y casi terrorífico, como el de alguna criatura enorme y primitiva. Mario lo recibe de pie, solo, como un San Jorge vestido con harapos, agotado, extenuado, algo ausente, como si aún fuera el destrozado amante, haciendo tímidas reverencias, con los ojos entrecerrados por el destello de las candelijas, en medio de la lluvia de flores que cae desde los palcos y desde la platea.

—¡Orfeo! —grita alguien desde las últimas filas del teatro—. ¡Maestro Orfeo!

Y él busca con la mirada y al fin sonríe y levanta una mano. Los demás se unen a ese grito. Sólo una vez posa la mirada en el palco en el que su esposa lo mira con el rostro iluminado; y él sonríe especialmente para ella y se lleva los dedos a los labios, en un gesto aparentemente sin significado. Pero el público se da cuenta —no se pierde ni un detalle— y enloquece aún más...

Ni Stafford ni Clara oyen los golpes en la puerta. No saben cuánto tiempo debe de llevar ahí el acomodador, porque el rugido ensordecedor del público lo cubre todo, pero de pronto aparece, toca a Clara en un brazo y le entrega un paquete pequeño, retirándose tras una ligerísima reverencia. Ella mira a Stafford, que se encoge de hombros, pero sonríe y señala al escenario como diciendo «¿otro regalo?, bueno, ¿y por qué no?», y se gira para seguir aplaudiendo a su amigo y para concederle a Clara un poco de intimidad en el momento de abrir el paquete.

Desconcertada, Clara rompe el lacre que cierra el papel marrón del envoltorio y extrae de él un estuche negro de terciopelo, rectangular y plano, de los que se usan para guardar joyas. Levanta la tapa. Por el raballo del ojo, Dyckman ve que algo brilla.

Tal vez ella ha gritado, pero con todos esos aplausos y gritos no se oye nada. No hay ninguna otra señal de aviso. No se desmorona al desmayarse; cae muy rígida, como una estatua y, al hacerlo, suelta el pequeño estuche, que queda oculto bajo la butaca y pasa inadvertido en la conmoción que sigue. Dyckman sale al pasillo y grita para que avisen de inmediato a un médico, agarrando a todos los acomodadores asustados mientras los aplausos siguen y siguen...

El médico de la casa es un hombre muy bregado; serio, con experiencia, apasionado de la ópera y con un odio visceral por los corsés, a los que culpa de todo el cúmulo de dolencias femeninas, desde la migraña a las molestias de la indisposición periódica; y le administra sin dudarle la *sal volatile*, porque está convencido de que se trata de un caso más —sucede prácticamente en todas las representaciones— de mujer demasiado emocionada que se queda sin aliento. Pero cuando abre al fin los ojos, la joven le aprieta muy fuerte la mano, aturdida, y parece no saber dónde se encuentra ni quién es, y no responde a las preguntas que se le hacen. Arrodillado junto a ella, le frota las muñecas y le da a beber un sorbo del coñac que lleva en un frasco para este tipo de urgencias; pero aun así se muestra confundida, y no mantiene la vista fija en ningún punto.

Alfieri ya ha abandonado el escenario. Todas las luces están encendidas, y aunque el teatro ya se va vaciando, el palco y el tramo de pasillo contiguo se llenan de desconocidos que vienen a comentar, a curiosear, a ser partícipes del nerviosismo que va extendiéndose como el rumor que dice que la esposa de Alfieri se ha desmayado. El médico, indignado, ordena que se retiren, indicando a los acomodadores que los saquen de ahí mientras Dyckman, casi con lágrimas en los ojos, se arrodilla al otro lado y le abanica con el programa de mano mientras susurra «libranos del mal, libranos del mal» una y otra vez, presa del pánico.

Alguien —tal vez un buen samaritano, aunque lo más probable es que se trate de alguna persona impaciente por ser la primera en difundir una mala noticia— se ha acercado corriendo a los camerinos para avisar a Alfieri, y ahora, a medida que éste se acerca al palco, el pandemónium del pasillo se convierte en algo parecido a un tumulto. Aún vestido con los harapos del personaje y con el maquillaje que le ensombrece el rostro, aparta a los remolinos de gente que va a su encuentro y le entorpecen la marcha con sus palabras susurradas al oído, en su intento de presentarle a hijos y esposas, de felicitarle por la actuación de esa noche, de estrecharle la mano, de charlar con él unos instantes sobre cualquier cosa. Con el tiempo, llegará a recordar ese momento como una pesadilla que se hace realidad; el sueño horrible, universal, que consiste en intentar correr sin conseguirlo, en avanzar por un aire que se hace más lento y tan espeso como la melaza, y nos frena. Tres acomodadores salen disparados en su ayuda y apartan a los entusiastas aficionados y forman, en medio de esa locura, un corredor que lleva directamente a la puerta del palco.

Cuando Alfieri entra, Dyckman levanta la cabeza. Su amigo le devuelve una mirada que expresa gratitud, incompreensión y miedo, y se arrodilla de inmediato junto a su esposa. Entonces el joven sale al caos del pasillo, al borde de las lágrimas, loco de ganas de hacer algo por Mario, de compensarle de algún modo por no haber sido capaz de cuidar el tesoro que ha puesto a su cuidado.

No es sino más tarde —en el silencio inimaginable que cubre la platea una vez que Alfieri se ha llevado a su mujer de vuelta al hotel y la multitud, sin motivo ya para seguir con su histeria, se ha ido dispersando— que Dyckman se acuerda del estuche y de su brillante contenido, y se le ocurre ir a buscarlo. El teatro está en calma absoluta, y en él sólo quedan, además del propio Dyckman, los hombres y mujeres anodinos, encorvados, que aparecen cada noche —como ratones salidos de sus guaridas— para recoger los desperdicios una vez que el teatro queda vacío. Sube los peldaños de la escalera de dos en dos, preocupado de pronto ante la posibilidad de que algún encargado de la limpieza ya haya pasado por el palco y sea demasiado tarde.

Pero no lo es. No tarda en dar con el pequeño estuche. Pero está vacío, y se pasa los siguientes quince minutos a cuatro patas, buscando lo que debiera contener. Sin embargo, lo único que encuentra, oculto bajo la butaca, es un prisma de cristal solitario, fino y transparente, que debe de haberse descolgado de alguna de las arañas del techo, y que aparta como si fuera un trozo de basura sin ningún valor. Sale con paso airado del teatro de la ópera cuando ya están empezando a apagar las luces, furioso ante la mezquindad de quien haya podido quedarse con el regalo de Clara mientras ella estaba inconsciente, enfermo al pensar que le ha fallado dos veces a Mario. La suave brisa del verano le seca unas lágrimas que, ahora sí, le inundan el rostro.

La medianoche ha quedado atrás hace mucho rato cuando Dyckman llega a su hotel. En el Ayuntamiento, los invitados siguen bailando sin descanso, pero la fiesta continuará sin él, igual que ha seguido sin su invitado de honor y sin su esposa. Para ellos esta noche no habrá baile; para Clara no habrá vals hasta el amanecer con el vestido de perlas y luz de luna. Su esposo la ha llevado al dormitorio, la ha desvestido y la ha metido en la cama, sin permitir que nadie, ni siquiera su doncella, que llora mansamente, se le acerque. Ha redactado unas líneas de disculpa al alcalde y al resto de invitados ilustres y las ha hecho enviar en su nombre y en el de Clara. Ahora está sentado a su lado, confuso, y siente que el triunfo de esa velada se ha desmoronado hasta convertirse en vacío.

La contempla largo rato mientras duerme, agradecido al médico que le ha puesto la inyección con la que por fin ha logrado cerrar los ojos. Y

piensa que no puede haber nada tan terrible como esa mirada vacía y errante, ni siquiera su muerte; pero al momento se santigua, aterrorizado, y niega haber pensado tal cosa. Su mente se debate en busca de algo a lo que aferrarse y, demasiado agotado para rezar, se limita a repetir en su mente una letanía. «Por favor, Dios, por favor, Dios, por favor, Dios...», hasta que incluso eso se le hace imposible, porque está demasiado cansado para pensar en nada más. Entonces apaga la única lámpara encendida de la alcoba, que emite una luz muy tenue, y sin quitarse la ropa se tumba al lado de Clara y se queda dormido.

Abre los ojos con las primeras luces del alba. Es ella quien lo ha despertado con sus movimientos. Las cortinas, que corrió a toda prisa la noche anterior, se mecen suavemente con la brisa de la mañana. Clara está sentada en la cama, y su silueta se recorta contra una luz azul plateada. Está mirando las primeras pinceladas de rosa que empiezan a despuntar en el horizonte.

—*Cara* —le dice él, y ella le alarga la mano sin girarse y se mantiene en esa postura hasta que Mario le enlaza los dedos con los suyos.

—Siempre veía salir el sol. —La voz de Clara es fina, la sombra de una voz, la voz perfecta para un amanecer—. No podía dormir, así que cada mañana veía salir el sol, estuviera donde estuviera. Tantos sitios. Tantos años. Escucha. —Levanta un poco la cabeza—. ¿Oyes los pájaros?

Mario apoya el codo en la cama y se incorpora, sin soltarle la mano.

—Amor mío, me asustaste tanto ayer noche.

—Son tan hermosos... los pájaros y sus cantos matutinos. Tan dulces. Casi había olvidado lo dulces que son.

—Anoche, querida mía. ¿Qué te pasó anoche que te afectó tanto? ¿Lo sabes? ¿Lo recuerdas?

Ella gira despacio la cabeza. En la penumbra de la habitación, a la imaginación cansada de Mario el rostro de Clara le parece el que vio por primera vez en Gramercy Park..., amenazado, perdido, perseguido.

—Pero dejé de escucharlos. Tú estabas a mi lado cada mañana cuando abría los ojos. Ya no me hacían falta.

—Y esta mañana también estoy aquí, *piccola*. ¿Dónde podría estar si no es contigo, corazón mío?

—Tantos sitios —dice ella—. Tantos años. Y estaba cansada, papá, quería descansar...

Mario la acomoda contra los almohadones.

—Calma, mi pequeña, mi querida niña. No hables más. Cierra los ojos.

Vuelve a tenderse junto a ella, y apoya la cabeza en la almohada, abrazándola fuerte. Ella llora casi en silencio, y estrecha aún más el abrazo. Despacio, los primeros rayos de sol atraviesan las cortinas e inundan el aire de un tono dorado.

«Padre —piensa— no te la lles de mi lado. Siempre creí que estar solo toda mi vida era el precio que tenía que pagar por las muchas bendiciones que me has concedido. Y entonces un día, cuando ya había renunciado a toda esperanza, entré en una casa vacía y la felicidad me estaba esperando. Oh, Dios mío, siento tanto haberte ofendido..., por mis pecados me la enviaste herida, y yo he aceptado el dolor de buen grado, porque conocía el motivo, y porque sé que Tú eres piadoso y justo en todas las cosas. Pero si mi castigo aún ha de ser mayor, Dios, que sea de otro modo, no a través de ella. Quítame todo lo que me has dado; quítame todo lo demás, pero deja que ella permanezca a mi lado. Oh, Dios mío, siento tanto haberte ofendido...»

Fuera, a la luz del sol, el ruido que hacen los pájaros es tremendo.

Los ángeles, suponemos, no se cansan del cielo. Pero los seres humanos, imperfectos por naturaleza, se aburren pronto de la perfección, y seguramente por eso Dios inventó las estaciones. Para los patricios de la ciudad de Nueva York —que tienen la certeza de haber sido creados sólo un poco inferiores a los ángeles—, incluso el verano, lo más parecido al paraíso terrenal, empieza a perder su encanto a las pocas semanas. Y sufren tanto, a lo largo de los dorados días lánguidos que, hacia finales de agosto, los más aburridos ya se sacuden el polvo tosco de sus pies delicados y vuelven a toda prisa a pisar las aceras de la ciudad.

Sin embargo hay otros, entre los que se encuentra la señora Astor, que prefieren permanecer en sus casas de verano, dedicando los últimos días de asueto a descansar, en previsión de la frenética actividad del otoño, seguros de que nada importante ha de ocurrir en su ausencia porque es imposible que ocurra algo importante..., si no fuera porque este verano sí ha sucedido algo, algo en lo que ni la señora Astor ni Nueva York han tenido participación alguna; de la ciudad al campo, en un viaje de ida y vuelta, las nuevas de Filadelfia corren como la pólvora.

A principios de agosto se corrió la voz del matrimonio clandestino de Mario Alfieri, el soltero recalcitrante, con la joven miserable, solitaria e insignificante que había sido ahijada de Henry Slade, y la noticia cayó como un rayo durante una tormenta de estío, que ilumina el cielo en un instante pero cuyo resplandor tarda en apagarse. Incluso ahora, a principios de octubre, ese brillo aún es visible en el horizonte.

Además del sobresalto de la boda en sí misma, es el hecho de que esa unión no haya llegado a oídos del mundo —es decir, de Nueva York— hasta dos meses después de haberse celebrado, lo que ha causado más estupor. Y la ciudad, que ha extendido la mano a Alfieri, que lo ha cortejado, que lo ha conquistado y le ha reservado un lugar de honor en su estimación, ha llegado a desarrollar algo así como un derecho de propiedad hacia cualquier cosa que tenga que ver con él. Por eso, que un momento tan importante como su boda se haya llevado a cabo no ya sin su aprobación, sino incluso sin su conocimiento, resulta algo a todas luces descortés y desconsiderado, así como señal de ingratitud.

Por si todo eso fuera poco, y para magnificar la sensación de ofensa que tiene Nueva York, ha sido Filadelfia, y no ella, la ciudad sobre la que ha recaído el honor de ver por vez primera a los recién casados. Dejando a un lado la reivindicación que de Alfieri pueda hacer Nueva York siempre queda el origen de la novia. ¿O es que acaso ella no es neoyorquina, gracias a los desvelos de su difunto tutor? Bueno, pues en ese caso, aunque la gente bien de la ciudad nunca la hubiera saludado de haberse cruzado con ella por la calle, el derecho de ser los primeros en hacerle el vacío tendría que haber sido suyo. Si a eso añadimos que Filadelfia ha sido también la primera en admirar la voz del tenor —en el caso de la señora Astor, concretamente, esa es la gota que colma el vaso—, y que la ópera que se presentaba es un estreno y ha sido acogida con entusiasmo, puede empezarse a comprender la sensación de agravio comparativo que se está gestando en la ciudad.

Con todo, la mayor de las ofensas, el insulto más grande de todos ha sido perderse el revuelo final. Se ha llegado a decir que más de la mitad de Filadelfia vio a un Alfieri descompuesto llevarse a su joven esposa del teatro. Un hecho de tal magnitud, un escándalo semejante, ya no volverá a producirse. Y Nueva York que, si hubiera algo de justicia en este mundo, debería haber podido verlo con sus propios ojos, tiene que conformarse con una información de segunda mano, y se resiente del lógico y legítimo orgullo con que Filadelfia hace gala de su proeza.

Sólo hay una compensación posible. La temporada de ópera de Nueva York tendrá que ser algo nunca visto en ninguna ciudad de Estados Unidos, y para ello habrá que empezar con una noche inaugural de magnificencia inigualable, algo que, por otra parte, no debería ser muy difícil de conseguir. Si el estreno de *Manon Lescaut*, de un compositor nuevo y relativamente desconocido, ha sido una victoria en Filadelfia, la presentación, en el arranque de la temporada, de la obra maestra de Verdi, *Otello*, habrá de ser un triunfo de proporciones colosales, y conseguirá devolver a Nueva York a la posición de supremacía que le corresponde.

Porque si hay algún papel del que Alfieri se pueda sentir único y exclusivo propietario, ese es el de *Otello*. El mismísimo Verdi se había pronunciado y lo había elegido a él para encarnar al personaje de su obra de vejez. Y eso era lo que Alfieri había hecho: interpretar el papel de Moro en el estreno mundial de la ópera en Milán, hacía ocho años, en una actuación tan sobrecogedora, tan impactante, tan soberbia, que todos los *Otellos* que se han hecho y se harán durante décadas se han medido y se medirán por esa interpretación. Es un papel —como bien apreció el autor— para el que Alfieri no podría estar mejor preparado, pues su voz profunda y poderosa se combina a la perfección con su aspecto y su envergadura, y su talento interpretativo iguala el de cualquier actor en activo.

Se cuenta que, en una representación de la ópera, en el momento del clímax en el que *Otello* mata a *Desdémona*, se había metido hasta tal punto en el papel y la había estrangulado con tal realismo, que varias damas se habían desmayado en sus butacas, y al esposo de la soprano, que seguía la representación entre cajas, habían tenido que impedirle salir gritando al escenario para rescatarla. Poco importa que esta anécdota sea apócrifa. Lo importante es que ver y oír a Alfieri interpretando el papel de *Otello* es el acontecimiento del siglo, y Nueva York, por más despechada que se sienta ante el trato que ha recibido del cantante, no está dispuesta a permitir que ese percance se interponga en un experiencia de semejante transcendencia.

Stafford Dyckman, claro está, tiene su parte de culpa. Tal vez sea el mejor amigo de Alfieri, pero también resulta ser vástago de una de las familias más antiguas de Nueva York, y no hay duda de hacia dónde debería decantarse su lealtad. Sus palabras el día de la boda del tenor, en las que aseguraba que gracias a haber actuado como padrino iban a abrirsele todas las puertas han resultado ser proféticas, aunque no en el sentido en que él había previsto. Su presencia es más requerida que nunca, es cierto, pero además de las preguntas que le hacen los anfitriones de las casas a las que acude, así como sus otros invitados, además de interrogarlo sin descanso acerca del novio, de la novia, de la ceremonia, se percibe cierto tono de reproche en su actitud, como si, aún agradeciéndole sus respuestas, dieran muestras de que están decepcionados de él. Además, el hecho de que Dyckman también estuviera presente durante el estreno de la ópera en Filadelfia, cuando la joven señora Alfieri sufrió un desmayo, no hace sino añadir más leña al fuego de la traición, aunque también lo convierte en un invitado más solicitado si cabe.

Con todo, lo superficial de esas invitaciones acaba por convertirse en una carga incluso para él, persona gregaria por naturaleza; se le pide que repita una y otra vez todos los detalles de esa noche infame, ante los que el público, incansable, vuelve una y otra vez, los pone del derecho y del revés, los escruta como los fieles paganos contemplarían las entrañas de un pollo sacrificado en busca de respuestas al misterio que supone que Clara Adler —nombre con el que siguen llamándola, a pesar de su matrimonio— se haya desmoronado precisamente la noche en que más orgullosa debería haberse sentido.

El punto que suscita mayor interés es el del misterioso estuche vacío. Las hipótesis sobre el autor de tan inexplicable regalo recorren un amplio abanico de posibilidades, desde las que afirman que se trata de una mera broma hasta las que se inclinan por atribuirlo a algún antiguo amante despechado. La opinión mayoritaria, claro está, favorece esta última, por ser la más truculenta y, por tanto, la más atractiva. El sincero

retrato que hace Dyckman de la señora Alfieri, en el que la describe como joven tímida y absolutamente encantadora, hacen poca mella en unos interlocutores decididos a averiguar qué insólita atracción oculta la mujer con la que se ha casado ese reputado mujeriego. Tras dos semanas de risitas ahogadas e insinuaciones, Dyckman está tan cansado de predicar en el desierto una verdad que se ignora por sistema que cuando le piden que vuelva a contar el suceso, empieza a negarse a hacerlo, muy educadamente, eso sí. Pero como la gente es como es, su negativa a ayudarlo a resolver el enigma —y a confirmar lo que desea oír— no se percibe como el deseo de ecuanimidad propio de un caballero, sino más bien como una muestra más de hasta qué punto ha abandonado las filas de aquellos a los que en otros tiempos perteneció.

Pero no importa. Sigue siendo útil. Constituye el contrapunto perfecto a Thaddeus Chadwick.

Desde la revelación del matrimonio de Alfieri, a él también lo invitan a todas partes. La lengua viperina por la que es famoso ha hecho que en el pasado, algunas anfitrionas distinguidas dudaran antes de estampar su nombre en sus listas de invitados. Pero teniendo en cuenta que conoce muy bien a Clara Adler, pues no en vano ha sido el amigo íntimo de su tutor, hasta las señoras más recatadas de Nueva York har llegado a la conclusión de que su acritud, en el fondo, tiene un efecto tonificante. Y que por tanto contribuye en gran medida a la digestión. La consecuencia de todo ello es que Chadwick y Dyckman han coincidido varias veces este mes de septiembre, y se han saludado con un gesto de cabeza, sin mucho entusiasmo, en numerosas cenas.

Y no es que el comportamiento de Chadwick sea descortés. Así, los que habían pronosticado que la sangre llegaría al río están profundamente decepcionados. Su afilada lengua ya no lo está tanto como antaño, y se muestra menos dispuesta al escarnio. Es sorprendente que Chadwick, que se enteró de lo ocurrido tan poco tiempo después de que tuviera lugar, al igual que Dyckman, haya guardado silencio hasta que el asunto ha pasado a ser del dominio público. Y más sorprendente aún es que él, al igual que Dyckman, se muestre tan reacio a tratar del tema con la minuciosidad que los demás invitados desearían. Además, su indulgencia para con Clara Adler, a la que no ha visto desde que se marchó de Gramercy Park y de la que no sabe nada, es pasmosa.

Su acritud característica, de hecho, parece reservarla solamente para su esposo; sólo cuando Alfieri se convierte en tema de conversación, Chadwick resurge en toda su gloria corrosiva. Claro que se ha enterado, como el resto del mundo, del desvanecimiento que sufrió Clara en la estación de tren de Filadelfia, y se ha preguntado en qué debía estar pensando el tenor para someter a una joven de salud delicada y mente frágil a semejante aglomeración; allí arriba, expuesta al calor sofocante, observada por miles de desconocidos que no le quitaban la vista de encima, como si fuera una cualquiera, esperando la puja del mejor postor.

Chadwick también ha oído —¿y quién no?— que Clara sufrió un percance más serio la noche del debut de su esposo, y no puede sino albergar serias dudas sobre la conducta de Alfieri con relación a su esposa. No hace falta mucha imaginación para suponer lo que el tenor exige a su joven mujer —y en este punto Chadwick se limita a arquear las cejas y, sin decir nada, insinúa inconfesables actos de libertinaje—, que es la razón de que se encuentre tan débil y enferma. ¿Cuál es, entonces, el resultado de los apetitos del tenor? Una joven esposa que, más de un mes después de la noche en cuestión, permanece horas sentada, mirando al vacío, y tiembla violentamente cuando alguien llama a la puerta, si es que hay que dar crédito a los que informan a Chadwick, y de quienes no tiene motivo alguno para dudar.

Poca cosa puede decir Dyckman para rebatir esas imputaciones. Las visitas que él mismo ha hecho a Filadelfia para interesarse por el estado de salud de Clara sólo han servido para corroborar las palabras de Chadwick. En ellas, además, ha encontrado a un Mario médico enloquecido y lleno de angustia, casi enfermo de agotamiento, pues se pasa cuidándola todo el tiempo que le deja libre el teatro. Pero Dyckman se niega a convertir la zozobra de su amigo en tema de sobremesa. Además, la presencia constante junto a Chadwick de una pariente joven huérfana o de parentesco distante —no lo sabe bien—, hace que aún le resulte más difícil rebatir sus palabras. Se trata de una mujer joven de rasgos agradables, ojos azules, brillantes como la porcelana, y de enormes dimensiones, que ha venido del campo para vivir con su «tío» Chadwick y para ser presentada en sociedad.

A sus veinticuatro años, Lucinda Pratt ya no tiene la edad para «ponerse de largo», pero es bienvenida en casa de los conocidos de su «tío». Los años que ha pasado completando su educación en un colegio europeo le han servido para aprender modales, facilidad de palabra y un acento francés perfecto, propio de una dama instruida. Y aunque su tamaño excede el deseo de un caballero de gustos normales, seguro que ha de haber algún soltero o viudo en Nueva York para quien la exuberancia de Lucinda —noble, agradable y poseedora de una fortuna nada despreciable cifrada en propiedades y bienes muebles— no habrá de ser un impedimento. Y si a algunos de los conocidos de Chadwick que la ven, la joven les recuerda a una alumna de cabellos muy rubios que por aquel entonces se llamaba simplemente Lucy Pratt, y que fue compañera de juegos de sus propias hijas en la escuela de Santa Justina Mártir, de infausta memoria, está claro que prefieren reservarse para sí esos recuerdos.

No hay duda de que la joven idolatra a su «tío», y está igual de claro que él le devuelve los cumplidos. Así, sentados juntos después de cenar, tomando el café, forman una pareja agradable. Chadwick deja caer sus comentarios malintencionados sobre un Alfieri ausente, y Lucinda le escucha con atención, con una admiración evidente que se nota en el brillo de su mirada y en la sonrisa coqueta.

Cuando se marchen, igual de bien avenidos —Dyckman ya se habrá ido bastante antes, incapaz de ingerir toda esa dosis de veneno, por mejor disfrazada que esté, en una sola noche—, se dirigirán a Washington Square; y allí, en la escalera de la elegante y bien cuidada casa de Chadwick, Lucinda deseará a su «tío» buenas noches y se retirará a los aposentos que éste le ha preparado especialmente; unas estancias encantadoras, delicadas, muy femeninas, que dan al jardín, con papel pintado de flores y cortinas de encaje, con un tocador revestido de seda y tapizado de cristal y de plata, y con una delicada cama de palisandro, tallada en forma de capullo y revestida de un dosel de satén; la cama de un hada, o de una princesa.

Los barrotes de hierro que cierran las ventanas, que podrían perturbar el sueño de una ocupante menos inocente, no alteran a Lucinda; los han instalado ahí por su bien, para mantener tanto su virtud de soltera como sus posesiones fuera del alcance de cualquier peligro exterior. Y el cierre de la puerta, que sólo puede echarse desde fuera, también está ahí para garantizar su seguridad, porque le impide quedarse encerrada dentro por descuido, prudente medida ya que, con los barrotes en las ventanas, la puerta es su única vía de escape en caso de incendio. Además, un cierre en el interior no tendría ningún sentido. Su «tío» no ha dejado nada al azar en sus esfuerzos por asegurar su comodidad y bienestar, y sería propio de una «sobrina» desagradecida cerrarle la puerta a alguien que se ha mostrado tan generoso.

Que nunca hasta ahora se haya aprovechado de la ocasión que le brinda esa puerta abierta significa sencillamente que, siendo el caballero que es, nunca sacaría partido de una joven que indefensa vive bajo su mismo techo —a Lucy le resulta inconcebible que haya algún hombre que no la desee—; lo que ocurre es que él es la cortesía personificada, y está de su lado en la batalla por la decencia. Es precisamente por eso, claro, por lo que ella está ahí. Por eso, y porque necesita ver que al fin triunfa la justicia.

Porque al final han pillado a la rata esa, la rata marrón y horrible que mató a su familia y le destruyó la vida. Una vez, hacía años, Lucinda ya la había atrapado y la había dejado extinguirse. Pero, como los peores gusanos, aquella rata no moría tan fácilmente, y había logrado escapar y desaparecer. Lleva seis años evadiendo la horca.

Y eso no es todo. Durante los últimos cinco años, mientras Lucinda estaba enterrada viva, mientras todas sus aptitudes quedaban ocultas a

mundo en aquella ciénaga podrida que es Rosebank, la rata ha nadado en el lujo, ha sido la ramera, la mascota de un millonario de Nueva York. Finalmente, el tío Chadwick le ha dicho la verdad. Le ha confesado —a regañadientes, vacilando— el engaño perverso que le forzaron a crear la mentira que su cliente, Henry Slade, había hecho pasar ante el mundo como verdad, afirmando que Clara era su prohijada, cuando lo cierto es que no sólo fue su amante durante todos aquellos años, sino el premio con el que recompensaba a todos aquellos que le facilitaran el éxito económico, el trofeo de una noche para cualquier hombre de negocios que se aviniera a sus tratos.

Y bien, Lucinda ha dado al fin con ella. Y ahora que la ha encontrado, no piensa —no puede— dejarla escapar de nuevo, porque la rata además de fea, ha demostrado ser tonta. Se ha casado con el único hombre de todo el mundo cuyo paradero es y será siempre conocido. La sentencia, tanto tiempo postergada, está empezando a cumplirse, y tras todo este tiempo no ha de haber corte rápido ni cuchilla afilada. Su agonía será lenta.

En cuanto al esposo de Clara, Lucinda sólo lo ha visto dos veces. Una, en la estación, el día de su llegada a Filadelfia; otra, cuatro semanas después, la noche del estreno. En esa segunda ocasión, ella había formado parte de la multitud que le cerraba el paso cuando el tenor intentaba desesperadamente alcanzar el palco en el que la rata, anonadada, en el suelo, había empezado a morir. Alfieri no había emitido sonido alguno, no respondía a la gente que se le acercaba y le gritaba en la cara, reservando su energía para la batalla que tenía que librar contra las masas. Y Lucinda lo había embestido mientras él forcejeaba contra las manos que intentaban asirlo. Lo había agarrado por la camisa de su vestido harapiento y lo había roto aún más, y mientras se libraba de aquella mano, se había girado para mirar a su torturadora, mirándola sin verla.

Aun en medio de aquella locura, él mantenía una expresión fría y furiosa. Pero sudaba, y tenía los ojos negros de miedo. Ella se había aferrado a su camisa —no llegó a tocarle la piel—, pero de pronto él ya no estaba, arrastrado por el remolino de cuerpos que lo rodeaban. Lucinda ha pensado bastante en ese momento; ha pensado en su frialdad, en su miedo, y en el calor de aquel cuerpo contra su mano.

Tío Chadwick le había preguntado luego qué opinaba de él. «Hay violencia en él —había respondido ella al fin—. Es capaz de matar».

Chadwick le había sonreído.

«Ya veremos si es verdad.»

Lo que ella no le ha dicho es que, desde ese momento de extraña intimidad, siente que se ha establecido un vínculo que no es capaz de explicar entre ella y Mario Alfieri. ¿Qué cara pondrá el tenor cuando ella le revele todos los pecados de su esposa? ¿Verá la misma expresión de furia gélida que vio esa noche? ¿O arderá como el sol en una rabia devastadora? No lo sabe, y esa incertidumbre la fascina. Hay algo, sí, pero embargo, de lo que no tiene dudas: él no se quedará indiferente. Cuando ese día se plante frente a él, no le pasará inadvertida.

¿Y el resultado? Las historias que ha oído contar de él espolean su imaginación. Lo ve como se lo han descrito, matando a Desdémona con despiadada y fría crueldad; y suspira de placer al imaginarle apretando las manos alrededor del cuello de esa pequeña rata, o levantándolas como un martillo a punto de golpear...

Lucinda estará presente, claro, será testigo de la provocación a la que lo ha sometido, y declarará en su defensa, enumerando los pecados que lo han llevado al asesinato. La gratitud de Alfieri será profunda. Mientras tanto, tiene a tío Chadwick para entretenerse. Es divertido sentarse con él, noche tras noche, entre la crema y nata de la sociedad, y oírle censurar al tenor por descuidar a su esposa —Alfieri, que temblaba de miedo—, cuando en realidad es Lucinda la que aguarda incansable, como una gata sigilosa, a que la rata se ponga a su alcance.

«Claro que —le había dicho tío Chadwick sin perder la calma, no hacía mucho tiempo— no podemos estar seguros de que no vaya a decírselo ella misma. Y, si es así, ¿qué pasará entonces con tu dulce venganza?»

Estaban sentados en el salón de su casa, que mantenían en penumbra, y acababan de regresar de otra cena de sociedad. Ninguno de los dos tenía sueño y a ninguno le apetecía retirarse a sus aposentos. La noche fresca estaba llena de sombras en movimiento, y se oía un rumor de hojas mecidas por el viento de otoño. Contemplaban las luces de Washington Square por los altos ventanales.

Lucinda había sonreído en la oscuridad.

—No se lo contará. Eso usted lo sabe tan bien como yo. ¿Habría venido a buscarme para poner en marcha nuestros planes, si hubiera creído que se lo iba a confesar ella misma?

—Querida, yo no soy infalible —le había respondido Chadwick secamente—. Pero dime, ¿por qué estás tan segura? Seguro que ella se da cuenta de que su única esperanza es contárselo antes de que lo hagas tú.

—Tal vez sí. Pero no lo hará. Teme demasiado la reacción de su esposo. —Lucinda se acaricia los brazos—. ¿Se imagina el miedo que tiene tío? Yo lo hago con frecuencia. Intento imaginarme cómo debe de ser. Cuando me vio en la estación de tren, supo que estaba acabada. Percibió al abrir el estuche y ver el prisma —qué listo es usted, tío, ¿cómo podré agradecerle ese regalo?— cuando supo que el final estaba cerca, que sólo era cuestión de tiempo antes de que le regalara a su esposo lo que sé. Y, desde esa noche, cada mañana se despierta pensando que puede haber llegado el día. Las horas avanzan lentamente, y cada vez que llaman a la puerta, sabe que el fin puede ser inminente. Pero el fin nunca llega. Y cuando el día termina y el fin no llega, no se siente aliviada, porque es sólo el fin de otro día, con la promesa de un mañana en el que tal vez suceda lo que tiene que suceder...

Chadwick había encendido otro cigarro, un ascua de rubí en la habitación oscura; cada vez que aspiraba, se le iluminaba el rostro, y el humo de penetrante aroma formaba volutas entre las sombras.

—Querida, estás muy bien dotada para el odio. Incluso diría que eres un genio en la materia. Me pregunto a quién odiarás cuando ella falte.

—A nadie —había respondido ella, sonriendo ante su ocurrencia—. Ya no me hará falta.

A Lucinda casi le había parecido oír cómo se le arqueaban las cejas a Chadwick en la penumbra.

—Querida, la gente que hace algo tiende a seguir haciéndolo con cierta frecuencia. ¿No te has fijado? Llevas tanto tiempo odiándola. Le has dado sentido a tu vida, un objetivo..., mucho más de lo que ha proporcionado la catalogación de las baratijas de tu padrastro. Me parece que echarás de menos a tu rata cuando ya no esté.

Lucinda se había quedado un buen rato en silencio, boquiabierta, dudosa, pero al final había entendido la broma y se había puesto a reír. Chadwick se había contagiado de aquella risa, con lo que sus carcajadas se habían hecho aún más sonoras. Habían subido a sus aposentos poco después, cariñosos como siempre, y al despedirse en el rellano ella le había deseado buenas noches con un afecto especial, agradecida por la excelencia de una ocurrencia que ponía el broche de oro a una jornada feliz.

Aquella noche tranquila se había acostado y se había quedado dormida con una sensación de satisfacción muy particular. Y si había soñado algo, seguro que no fue nada digno de recordarse.

Hace uno de esos días radiantes pero fríos de principios de octubre, y se agradece el fuego que crepita en el salón. Han pasado dos meses desde que Buchan se sentara ahí por última vez, y han cambiado muchas cosas, aunque esa estancia no es una de ellas. Los que han cambiado son sus ocupantes, y el cambio no ha sido precisamente para mejorar.

El sol oblicuo del atardecer, al reflejarse en las ventanas de las casas que se alinean al otro lado de la ancha avenida, se combina con el resplandor de las llamas de la chimenea para crear un luz suave y dorada, la preferida de las mujeres de cierta edad, porque resbala dulcemente sobre la evidencia de los años que el tiempo imprime en los rostros. Pero ni la más amable de las luces podría disimular el cansancio en la cara de Alfieri, ni las arrugas que le surcan permanentemente el entrecejo, ni las canas que asoman en un pelo totalmente negro hasta no hace mucho. En los dos meses que Buchan ha pasado sin verlo, el tenor parece haber envejecido diez años.

También el abogado se muestra preocupado, como si algo le atormentara, y no se esfuerza mucho en disimularlo. Le escucha en silencio mientras Alfieri, que mantiene la mirada fija en las llamas, le habla con un tono de desesperada renuncia. Ya lleva un buen rato hablando.

—... los doctores, claro está, no le encuentran nada. Bueno, eso demuestra lo buenos médicos que son, ¿verdad? No le encuentran nada porque no hay nada que encontrar. —Se ríe de pronto con una risa triste—. Aunque, para ser sincero, un médico sí creyó haber identificado la causa de su problema. Señaló lo pequeña y joven que es Clara. Y me informó —con todo el tacto y la delicadeza del mundo— de que, en su opinión, la dolencia de mi esposa era bastante frecuente entre las jóvenes recién casadas. Se refirió a ella como «desarmonía marital entre esposo y esposa». Me aseguró, con bastante claridad, que a muchas mujeres jóvenes, las necesidades de sus maridos les repelen en grado sumo, y el acto mediante el cual las satisfacen les resulta casi siempre físicamente doloroso. Así, tener que cumplir con tanta frecuencia sus «obligaciones conyugales» —esas fueron sus palabras, señor Buchan, no las mías— se convierte en una carga insufrible. Y eso sería así con más motivo en nuestro caso, porque yo soy un hombre grande y vigoroso, y ella, muy pequeña y muy joven.

La sonrisa del tenor es de amargura.

—Y para que no crea que el bueno del doctor era una persona poco razonable, admitió que los hijos —para quien esté interesado en ellos— sólo pueden tenerse mediante el método tradicional, nos guste o no. Así que si mi intención era ser padre, entonces tendría que limitar mi exigencia de que Clara cumpliera con su «deber conyugal» a los días del mes en que las probabilidades de obtener el resultado esperado fueran mayores.

La voz del tenor se acelera y sube de tono.

—En cuanto al resto del mes, el doctor me planteó que si aliviaba mis «necesidades más urgentes» entre las mujeres de peor calaña, mujeres para las que «el acto» no es más desagradable que para los perros o las ovejas, vería a mi esposa mejorar considerablemente en poco tiempo.

»Le di las gracias por su opinión, claro, pero le hice saber que en mi dilatada experiencia con las mujeres, había encontrado a muy pocas a las que «el acto» les resultara físicamente repugnante. El doctor se mostró escéptico, claro, pero ¿cómo iba a dudar de la palabra de un experto? —Las manos de Alfieri se aferran a los brazos de la butaca y se atropella al hablar—. También le informé de que no tenía la intención de moderar en modo alguno las atenciones que le dedico a mi esposa, y le dije que se tranquilizara respecto de mis, sí, muy frecuentes demandas para que cumpliera con sus «deberes conyugales», porque entre nosotros no existía ninguna «desarmonía marital».

La voz del tenor está llena de ira.

—En ese momento, el médico admitió la superioridad evidente de mis conocimientos, se embolsó sus nada desdeñables honorarios y me dejó, como han hecho todos los demás, sin saber qué le pasa a mi esposa ni la manera de conseguir que mejore.

Al pronunciar la última palabra, golpea los brazos de la butaca con los puños y acto seguido se levanta y empieza a caminar a un lado y otro de la sala. Tarda un rato en calmarse, pero al final se detiene junto a uno de los ventanales que dan a Madison Avenue, y ahí se queda, apretándose los ojos con los dedos. Tras ese prolongado silencio, se gira en dirección a su amigo.

—Perdóneme, se lo ruego —le dice con la voz de nuevo calmada—. Mi conducta ha sido inexcusable, y le pido que me disculpe. Normalmente no soy tan descamado. Pero es que estoy muy cansado, señor Buchan, y no puedo hacer nada por ella, aparte de ver cómo se va debilitando cada vez más en mi propia cara. Entiéndame, no hay nada que hacer porque no tiene nada, o eso es lo que me dicen siempre los médicos. ¿Me entiende? No le pasa nada, pero resulta que parece estar a punto de morir, y nadie me dice por qué. Y yo no puedo hacer nada por ella, señor Buchan, nada de nada. Sólo hacerle compañía el mayor tiempo posible. Pero dentro de unos días empiezan los ensayos y ni siquiera eso podré hacer.

Buchan asiente en señal de compasión y no dice nada.

—¿Cómo fue el viaje de vuelta desde Filadelfia? —le pregunta pasados unos momentos.

—Sin sobresaltos, gracias a Dios. Tomamos un tren nocturno. Hasta que estuvimos listos para ir a la estación, no notifiqué al hotel nuestra partida. —Alfieri sonríe débilmente—. Como unos ladrones en plena noche. Esa sería una descripción bastante exacta de nuestro viaje. Pero es que no quería despedidas, ni ceremonias, ni multitudes. Sobre todo nada de multitudes.

Buchan vuelve a asentir con un gesto de cabeza.

—¿Y cómo se encuentra hoy Clara?

La sonrisa de Alfieri se desvanece de nuevo.

—Como todos los días. Más débil que ayer, pero menos que mañana. Asustada y enferma, como la niña a la que conocí aquel día en la sala de música. Usted se acuerda de cómo estaba, ¿verdad? Ya la vio el día de nuestra boda. Pues esto es aún peor. No come nada (no retiene ningún alimento) y duerme aún menos de lo que come. Y en las raras ocasiones en las que se queda dormida, demasiado cansada para mantener los ojos abiertos por más tiempo, sus pesadillas nos despiertan a los dos. Parece estar siempre al acecho, aguzando el oído para oír algo, en una especie de vigilia atormentada, como si en cualquier momento esperara que alguien o algo llamara a la puerta. No sirve de nada decirle que está a salvo, que las ventanas y las puertas están cerradas, que Gennarino tiene órdenes de no dejar entrar a nadie, que nada

puede hacerle daño. El sonido de algún encargo que alguien hace llegar a la puerta del servicio... —Extiende los brazos en un gesto elocuente, y luego los deja caer.

—¿Y no le ha contado qué le pasó la noche del estreno? —le pregunta Buchan—. ¿Ni qué había en aquel estuche que recibí?

—Insiste en que estaba vacío, en que debió de ser una broma pesada.

—Pero usted no se lo cree.

—¡No, no me lo creo! —Alfieri empieza a caminar de nuevo por toda la sala—. ¿Qué puede tener una caja vacía para que una joven se desmaye al verla? Yo confío en Stafford, y Stafford asegura que vio brillar algo cuando Clara levantó la tapa del estuche. Además, no tengo más que ver el cambio que ha experimentado desde esa noche para saber que me está mintiendo.

—¿Y qué hace ella cuando usted le comenta estas cosas?

—Me pregunta que por qué ha de tener la culpa de la mala visión de Stafford, e insiste en que el estuche estaba vacío.

—¿Ha intentado razonar con ella?

—Lo he intentado todo, señor Buchan. Hacerla razonar, mimarla, suplicarle, incluso me he enfadado. —Deja de caminar y se pone de espaldas—. Sí, hasta me he enfadado.

—¿Y?

Alfieri vuelve a apretarse los ojos con las yemas de los dedos, como si quisiera cerrar el paso a los recuerdos.

—Se puso a llorar, señor Buchan. Pero no cambió su versión.

El abogado no dice nada. Alfieri vuelve a su butaca y se desploma sobre ella, cerrando los ojos. El silencio se prolonga, roto sólo por el crepitar del fuego en la chimenea, el ocasional sonido de pasos y, una sola vez, el ladrido de un perro que procede de la calle.

—¿Ha hablado últimamente con Stafford, *signore*? —pregunta Buchan rompiendo la quietud del momento—. ¿No? Entonces seguramente no sabrá que Thaddeus Chadwick ha acogido a una joven en su casa.

Alfieri apenas levanta la cabeza. Los deseos de Chadwick, siempre y cuando no tengan a Clara por objeto, le traen sin cuidado.

—¿En serio? —murmura—. No, no sabía nada. —Se encoge de hombros—. Alguien para ayudarle a superar su decepción, sin duda. Bueno los hombres, ya se sabe cómo somos, señor Buchan. Me pregunto si sus amigos la aceptarán en sociedad.

—No, esa mujer no es su querida, *signore*, al menos que se sepa, aunque uno nunca puede estar seguro de lo que ocurre tras una puerta cerrada. No se sabe a ciencia cierta cuál es la relación entre ambos. Pero él la presenta como una pariente, una prima lejana, aunque de lo único de lo que estoy totalmente seguro es precisamente de que no son familia. Se llama Lucinda Pratt. —Buchan levanta la cabeza—. ¿No le dice nada ese nombre?

—En absoluto. ¿Debería decirme algo?

—¿Nunca se lo ha mencionado la señora Alfieri?

—¿Clara? —Esta vez el tenor sí que se incorpora—. ¿Conoce Clara a esa mujer?

—Diría que la conoce mejor que nadie.

Alfieri vacila y niega con la cabeza.

—Nunca he oído ese nombre.

—Bueno, pero es que su esposa, como usted mismo ha dicho, se muestra renuente a hablar de sus primeros años. Sin embargo, creo que Lucinda Pratt (cuando su esposa la conoció era, simplemente, Lucy) se mostrará menos reacia a hablar. De hecho, creo que esa es la razón por la que está aquí: bien para hacer público lo que sabe, bien para ayudar al señor Chadwick en su tarea.

Alfieri mira fijamente a Buchan.

—¿Lo que sabe?

—Sobre una tragedia horrible en la que su esposa se vio involucrada. Hace años, cuando aún era una niña. —Buchan mira a Alfieri a los ojos—. Son pocas las personas que saben de su papel en los hechos. Lucy Pratt es una de ellas. Thaddeus Chadwick, otra. También hay un médico y un *sheriff* de un pequeño pueblo de Nueva Jersey que están al corriente. Y yo. Nadie más, creo, por el momento. Pero si no me equivoco, y la presencia de la señorita Pratt en casa de Chadwick me hace pensar lo contrario, pronto lo sabrá mucha más gente.

»Sólo hace dos meses que me enteré. Se lo habría dicho entonces, *signore*. De hecho tenía planes de ir a visitarle a Filadelfia, pero entonces supe que su esposa había caído enferma a su llegada y me pareció mejor no molestarles. Ahora veo que fue un error. Me parece que ya no queda mucho tiempo. Creo que Chadwick, o Lucy, hizo llegar algo a su esposa en el teatro de la ópera, algo para hacerle saber que su pasado se haría público pronto, que le sería revelado a usted y a los demás.

»Sin embargo, yo no creo que el sufrimiento presente sea el objetivo último del señor Chadwick. Me parece que lo que desea es que el mundo entero conozca el papel de su esposa en esa tragedia. Esa será su manera de vengarse de usted. Y me temo que si no se entera hoy por mí, *signore*, se enterará muy pronto por boca de otros. He venido para ahorrarle ese trance.

Tras una larga pausa, y en voz muy baja, Alfieri le responde.

—Dígame lo que crea que debo saber, señor Buchan.

Escucha inmóvil el relato que le hace el abogado de su visita a Rosebank, intentando no oír las palabras que le caen encima como jarros de agua fría. Lentamente, algunas de ellas van calando en su mente.

—Edward Fauvell..., inclinaciones desgraciadas..., alumnas muy jóvenes..., ninguna mayor de catorce años...

Alfieri nota que le sudan las palmas de las manos. Se las frota contra los brazos de la butaca, y parpadea a la luz del fuego.

—... compensación generosa..., posibilidad de retirarse honrosamente..., refugiado en Rosebank con su esposa y su hijastra, la pequeña Lucy, a quien había seducido mucho antes de conocer a su madre...

Una fina película de sudor cubre ahora el rostro de Alfieri. En contra de su voluntad, se descubre a sí mismo escuchando atentamente.

—Fue aproximadamente unos tres años después —continúa Buchan— cuando la familia de Clara decidió enviarla a estudiar fuera.

Alfieri apoya la cabeza contra la butaca y cierra los ojos. Nota un malestar en el estómago que le va subiendo hasta la garganta. Sabe lo que viene ahora, y no puede hacer nada por impedirlo.

—Estuvo dos años residiendo con Fauvell..., desde los once a los trece años...

La mente de Alfieri se puebla de imágenes de su noche de bodas. Clara acurrucada, tan pequeña, su silencio, sus ojos que le miraban temerosos de su ira. Está sentado, con la cabeza girada en dirección opuesta a Buchan, tan quieto que podría estar dormido, de no ser por su garganta, que no para de contraerse, y por las lágrimas que le resbalan por las mejillas.

Buchan mantiene la mirada fija en las llamas.

—Ya casi he terminado, *signore*. En el verano de 1888, Fauvell fue asesinado de un disparo. Con la misma escopeta, el asesino —su hijastro— se suicidó. El crimen tuvo lugar en un cobertizo abandonado de la propiedad. —Se obliga a proseguir, y pronuncia las palabras finales con voz temblorosa—. Su esposa estaba allí, *signore*, cuando sucedió. Ella y Fauvell estaban... juntos, cuando el hijastro irrumpió en el lugar...

Del fuego ya sólo quedan los rescoldos. El sol ya se ha ocultado. La sala silenciosa se borra entre sombras grises. Buchan se levanta despacio, tambaleándose un poco, como un viejo.

—Si me lo permite, me retiraré un momento —dice en medio de la estancia oscura—. Con su permiso, *signore*, subiré a ver a las damas. Mi esposa debe de estar extrañada de que aún no haya subido a presentar mis respetos a la señora Alfieri.

Sale y cierra la puerta. Peters se encuentra en el vestíbulo, listo para entrar a correr las cortinas y encender las lámparas. Buchan lo detiene poniéndole la mano sobre un brazo.

—No entre ahora —le dice—. Espere a que le llame. —Puede que el lacayo haya notado algo en el semblante del abogado, pero si es así se limita a hacer una reverencia en silencio y a marcharse.

Con las luces encendidas, la salita es la viva imagen de la paz doméstica. Cálida, luminosa, con las cortinas corridas para cerrar el paso a la noche que se extiende del otro lado. Desde las mullidas alfombras del suelo hasta los libros esparcidos aquí y allá, pasando por el servicio de té que reposa en la mesa, todo recuerda mucho al espacio que Clara dejó atrás en Gramercy Park. Alfieri, deseoso de conseguir que su mujer se sienta como en casa en ese sitio nuevo y desconocido, se ha encargado de imitar con la mayor fidelidad posible el entorno en el que se desenvolvía antes de la boda.

La puerta se abre despacio. Buchan, que no desea molestar a las damas, se queda allí de pie, sin entrar, y se pone a escuchar. El susurro que oye le resulta conocido, querido y apreciado; es Alice, que lee en voz alta:

«... Y así el Valle del Tesoro volvió a convertirse en un jardín, y la herencia, perdida a causa de la crueldad, fue reconquistada gracias al amor. Y Gluck se fue, y habitó en el valle, y nunca alejó a los pobres de su puerta...»

Buchan la contempla mientras lee. Con la cabeza inclinada, los cabellos le brillan a la luz dorada de la lámpara. Algo más lejos, Clara está acurrucada en una butaca en la penumbra, un poco más allá del alcance de la luz, aunque el abogado no es capaz de determinar si está dormida o despierta. Su vista se posa alternativamente en la cabeza iluminada por la luz y en la que permanece envuelta en sombras.

¿Qué haría él si un día llegara alguien y le dijera que la esposa a la que ama no es lo que él siempre ha creído, que no ha sido sólo su mujer, sino una espada suspendida sobre su cabeza, sostenida por el hilo más fino, un peligro para su vida, su reputación, su honor, inadvertida pero capaz de destruir lo que le ha costado toda una vida construir?

El relato termina. Alice cierra el libro, se gira y lo ve allí plantado junto a la puerta, y no le hace falta preguntar si ya le ha contado a Alfieri lo que a ella nunca le ha contado. Deja el libro y mira a Clara.

—Está dormida — dice —. No la despiertes, Daniel.

No, no la despertaría por nada del mundo. Que duerma, ignorante de lo que él acaba de hacer, del deber que lo ha empujado a hacerlo. Alice se lo lleva hasta un rincón en penumbra de la sala y allí se sientan juntos, en silencio, esperando, aunque ninguno de los dos sabe qué es lo que esperan.

—Vuelve a leer —le dice él al cabo de unos minutos, cuando la quietud está empezando a hacerse insoportable—. Lees tan bien, tienes una voz tan bella. Y en estos momentos necesito oír una historia, Alice, algo hermoso, con final feliz.

Alice recoge el libro, enciende una lámpara y pasa algunas páginas.

—«Hace mucho tiempo —empieza—, tanto que no recuerdo bien la fecha, vivía un rey y una reina que no tenían hijos...»

Buchan escucha, pero no oye las palabras. El sonido de la voz de su esposa, que entona melodiosamente según avanza el relato, y que inunda con su murmullo limpio y suave la salita iluminada, es como un bálsamo en su corazón herido, como una música. Se descubre a sí mismo observando, con los ojos entornados, las sombras que se proyectan contra las paredes y el techo; se hunde más y más en los almohadones, se queda tan quieto, tan relajado, que incluso cuando se abre la puerta y Alice levanta la mirada y cierra el libro bruscamente, él se gira despacio y mira a Alfieri con gran serenidad.

El tenor se inclina sobre la butaca de Clara. Ella no se mueve, aunque él le está acariciando el pelo con la mano, y su respiración es plácida y profunda. Alice se fija en sus manos —bonitas, angulosas, de dedos largos y afilados— cuando él las curva para rozarle las mejillas, para pasárselas por la cabeza.

—Hacía mucho tiempo que no dormía así. —Alfieri levanta la mirada. Tiene los ojos arrasados en lágrimas—. Gracias —le dice a la señora Buchan—. Estoy en deuda con usted, no sabe cuánto.

—Yo no —responde Alice dulcemente—. Es usted quien la ha traído a casa, *signore*. No se habría dormido ni con todos los cuentos del mundo si no estuviera por fin en casa, sana y salva.

La mano de Alfieri acaricia la mejilla de Clara.

—Pero yo soy un nómada, señora, y un ciudadano del mundo. De todos modos, estemos donde estemos, siempre la mantendré a salvo. Esc lo que prometí. Y eso es lo que aún prometo.

Se inclina y le susurra algo a Clara, que sigue durmiendo, en el oído, algo así como «la copa que rompí ya no se puede arreglar...», aunque la señora Buchan no está del todo segura de haber oído bien.

Alfieri se incorpora y se seca las lágrimas con la mano.

—Señor Buchan, sobre el tema del que hemos estado hablando, aún hay muchas cosas que decir, todas ellas vitales para asegurarnos de que mi esposa esté totalmente a salvo. ¿Le importaría venir conmigo al salón? Estoy seguro de que la señora Buchan nos perdonará si nos ausentamos una vez más. Es por una buena causa.

Alfieri se sorprendería si la viera echarse a llorar tan pronto como la puerta se cierra tras de ellos. Y se emocionaría muchísimo al conocer la causa. Pero nunca se enterará, ni sabrá de sus esfuerzos por acallar sus sollozos o de la oración de agradecimiento, ferviente y silenciosa, que pone fin a semanas de angustia: «No va a abandonarla, no va a abandonarla...».

Es Clara la que, al fin, desvelada por su llanto, la mira muy pálida y con los ojos llenos de terror, mientras se incorpora de la butaca.

—¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? Oh, Alice, Dios mío, oh, Dios mío...

Alice se incorpora bruscamente. El libro se le cae del regazo.

—No pasa nada, querida, nada. —Se acerca al momento al lado de Clara, secándose los ojos con el pañuelo, y se arrodilla junto a su butaca—. No hay nada que temer, te lo prometo.

Le toma las manos a la joven asustada.

—No quería despertarte, tesoro. Estaba leyendo una de las historias del señor Wilde mientras dormías. —Ayuda a Clara a acomodarse de nuevo en su asiento, le sonríe y le acaricia la mejilla, igual que hace un momento ha hecho Mario—. Las historias de Wilde son tan hermosas que siempre me hacen llorar. ¿Quieres que te lea una? Pero tú no te preocupes si ves que lloro al final...

Toma una manta que reposa sobre un cojín y se la pone por los hombros a su protegida, que tiene las manos heladas. Alice la tapa bien, arropándola entre los cálidos pliegues de la lana y colocándole una almohada en la cabeza. Entonces regresa a su silla y recoge el libro que ha dejado caer tan descuidadamente. Se coloca bajo la luz de la lámpara, mira a Clara y sonríe de nuevo. El rostro de la joven se pierde una vez más en las sombras.

—¿Conoces ésta? Seguro que sí. Escucha.

«Sobre una alta columna que dominaba la ciudad, se alzaba la estatua del Príncipe Feliz...»

Ya han encendido las lámparas y corrido las cortinas. Alfieri escucha en silencio, sin ninguna expresión en el rostro. Le parece que en su vida no ha hecho más que escuchar la voz de Buchan.

—... su madre no estaba casada —le está diciendo—. Se fue de casa para siempre cuando Clara tenía tres años. Conocí a su familia, *signore*, y no puedo culparla por haberse fugado, por más que yo sepa lo que le pasó a la niña. Creo que, de haber podido, se habría llevado a su hija, como creo que no se habría ido si hubiera creído que Clara iba a sufrir si se quedaba sola, aunque tal vez creo lo que quiero creer. Su familia no me habló muy bien de ella, por supuesto, y todo lo que sé me lo contaron ellos, que no guardaban de su hija muy buenos recuerdos, precisamente, y seguían mostrándose tan duros como hace veinte años.

Buchan se acomoda en su asiento. Ahora ya no le cuesta tanto hablar —lo peor ya está dicho— y cuenta su historia de corrido, sin vacilar.

—Desde el día en que su amante la abandonó y ella se vio obligada a volver con los suyos hasta que se fue para siempre, la familia la tuvo encerrada en casa, pues no quería que los vecinos conocieran su estado ni estuvieran al corriente de su vergüenza. Al principio, cuando empezó a saberse que había vuelto, algunas de sus jóvenes amigas se pasaban por allí para visitarla. Pero les decían que no le estaban permitidas las visitas y no las dejaban entrar. Incluso tras el nacimiento del bebé, en el que no estuvieron presentes ni un médico ni una comadrona, y del que nunca hubo ningún registro, ni a ella ni a su hija se les permitía salir al exterior; ni siquiera a pasear por el jardín o a sentarse un rato en el patio trasero por la noche, en verano.

»En las pocas ocasiones en las que tenían invitados a cenar, o cuando alguien venía a visitar a algún otro miembro de la familia, se la encerraba en su cuarto con la niña y se le conminaba a hacerla callar al momento si ésta se ponía a llorar. También tenía prohibido escribir cartas, y si le llegaba alguna se la abrían, la leían y la quemaban antes de que ella pudiera verla. Cuando dio a luz tenía veinte años, *signore*, y sólo veintitrés cuando se escapó. Aún era joven y muy bonita, y saber que su vida estaba acabada debía hacerla enloquecer. La habían enterrado viva. El futuro albergaba sólo decenios de encierro interminable y de maltrato. ¿Se la puede culpar por escaparse?

»Eso fue lo que hizo al final. Metió algo de ropa en una bolsa y se descolgó por una ventana durante una tormenta. La echaron de menos porque Clara, tal vez asustada por los truenos, empezó a llorar, y a las dos horas, al ver que no paraba, alguien subió y comprendió por qué su madre no hacía nada por calmarla.

»Una vez que se hubo marchado, destruyeron o se deshicieron de todo lo que le había pertenecido: le dieron su ropa al trapero, quemaron todos sus documentos, cartas y fotografías, se desprendieron de todo lo que había sido suyo, y hasta de cosas que, simplemente, había tocado alguna vez. En otras palabras, la erradicaron por completo de los recuerdos familiares.

Menea la cabeza en señal de desaprobación.

—Pero había una cosa que no podían suprimir, aunque oficialmente no existiera: ese pequeño recordatorio viviente de su vergüenza.

Buchan se levanta y camina sin rumbo por la sala. Alfieri le sigue con la mirada.

—Conseguí dar con la familia gracias al *sheriff* de Rosebank, que había encontrado un papel con el nombre y la dirección entre las cosas de Fauvell, y lo había conservado no sé por qué. Les escribí para que me recibieran en su casa. —Hace una mueca de disgusto—. Se mostraron muy reacios a encontrarse conmigo hasta que les mencioné que sabía qué había sucedido en Rosebank y cuál era la implicación de Clara en los hechos. Les sugerí que no divulgaría la historia entre sus vecinos si me dejaban hablar con ellos.

»La reunión tuvo lugar, finalmente, hará unas tres semanas. Acabaron contándome muchas cosas, y el resto lo he ido deduciendo yo mismo. Quiero contárselo todo ahora, tanto lo que sé a ciencia cierta como lo que me parece probable. Me gustaría, *signore*, que me dijera si a usted también le parece plausible.

»Supongo, por cierto, que la señora Alfieri debe de parecerse mucho a su madre en el momento en que conoció a su amante...; la verdad es que Ida Adler tenía más o menos la misma edad que su esposa. Y su amante era un hombre como usted, de unos cuarenta años..., muy rico y benefactor de causas nobles, incluidas las Artes. Se conocieron en unas veladas musicales en Nueva York, en las que la joven dama cantaba. Tenía la esperanza de convertirse en cantante de ópera. Ironías del destino, ¿no le parece?

»Su familia se oponía firmemente a ello, claro está: creían que sólo las mujerzuelas se subían a los escenarios, y predijeron que su afición al canto sería su ruina, predicción que resultó ser cierta, por desgracia. No, ellos querían que se casara con el hijo de un amigo que había mostrado su interés en ella, y que era el propietario de un negocio próspero. Pero, a pesar de la oposición de su familia, había llegado a alcanzar cierto éxito, y estaba desesperada por encontrar a un mecenas que se aviniera a financiar sus estudios artísticos antes de que la obligaran a casarse con aquel hombre y a renunciar a sus sueños para siempre.

»Durante un intermedio en aquella velada musical, tras oírla cantar, aquel hombre rico se le presentó y le ofreció, allí mismo, pagarle el resto de su formación musical y presentarla a sus amigos del inundo de la ópera. La chica, deslumbrada sin duda con todo lo que él podía hacer por ella, y consciente, porque era evidente, de lo mucho que la admiraba, se fue con él aquella misma noche, aunque nadie los vio salir juntos de allí.

Buchan deja de caminar a un lado y a otro y se sienta en el sofá.

—Aquella noche no volvió a casa. Al día siguiente apareció un mensajero que llevaba una carta escrita por ella en la que decía que estaba bien, muy contenta, y que pensaba iniciar sus estudios musicales de inmediato. No podía decirles el nombre de su nuevo benefactor porque, aunque ella le había asegurado que su familia nunca intentaría chantajearlo para conseguir dinero, él tenía el temor propio de los hombres ricos hacia los parientes pedigrüños.

»Después de aquello, por supuesto, para ellos fue como si se hubiera muerto. Sólo hubo un miembro de la familia, una prima soltera de naturaleza alocada y romántica, despreciada por el resto de sus parientes, que mantuvo cierto contacto epistolar con ella. Tuve ocasión de leer esas cartas. En ellas se hablaba de clases de canto, de regalos espléndidos, de ropa y de joyas, de la amabilidad de su amante. Eran cartas llenas de felicidad y de confianza en el éxito de su carrera. —Buchan levanta la cabeza, como interrogándose—. ¿Fue sincera la oferta de aquel hombre, *signore*, o meramente una manera de seducir a aquella jovencita inocente? No lo sé. Tal vez si no se hubiera quedado encinta tan pronto..., pero en ese caso, claro, hoy no estaríamos teniendo esta conversación... Se encoge de hombros, ahuyentando el enigma.

»Fuera como fuera, tanto su felicidad como su carrera fueron muy breves, cuestión de meses. Quedó muy pronto embarazada, y su benefactor interrumpió de inmediato sus relaciones. Velaba estrictamente por su buen nombre, y no estaba dispuesto a mancharlo de aquella manera. Tener una amante joven y bonita y promocionar su carrera musical era una cosa; pero tener un hijo espurio con la hija de un comerciante judío era otra muy distinta. Casarse con una chica como ella era, por supuesto, algo totalmente impensable.

»En consecuencia, aquel hombre hizo lo que tenía que hacer, y lo que, según él, debía parecerle una solución de lo más generosa: cortar todo vínculo con ella y negarse a verla nunca más. Pero, con la mediación de una tercera parte muy discreta, veló por que la chica volviera con su familia a cambio de una considerable suma de dinero y con la promesa de un apoyo económico sostenido para ella y para el bebé. ¿Sabía que la estaba condenando al infierno al enviarla de regreso con su familia? Tal vez no. Pero, de haberlo sabido, lo habría hecho igualmente.

Buchan vuelve a ponerse en pie y se acerca a la ventana. Retira una cortina y contempla la oscuridad de ese mes de octubre.

—Evidentemente, para su familia no había, ni hay, ninguna diferencia entre una mujer mantenida y la más despreciable de las prostitutas. Estoy seguro de que habrían preferido que se pusiera a mendigar por las calles antes que readmitirla en su casa, de no haber sido por la generosa oferta que les hizo aquel hombre. Pero ni todo el oro del mundo podría haberles compensado por aquella vergüenza, ni por el hijo ilegítimo que ella llevaba en sus entrañas. Ante aquello no podían hacer nada, no podían emprender ninguna acción contra aquel seductor, porque Ida había prometido, a cambio de ayuda permanente para ella y para el niño, no revelar nunca el nombre de su amante. Y lo cumplió. Aún hoy la familia ignora quién era.

Alfieri, finalmente, interviene.

—¿Y adónde fue? ¿Dónde está ahora?

Buchan suelta la cortina y se gira para mirar al tenor.

—Nadie lo sabe, *signore*. Y a nadie le importa, siempre y cuando no se le ocurra regresar.

—¿Y del amante? ¿Se sabe algo?

—El amante siguió manteniendo una vida respetable y próspera. No se casó nunca. Aparentemente, el matrimonio no estaba hecho para él. Y nunca tuvo, al menos que se sepa, ninguna otra amante después de romper con Ida, ni otros hijos.

Buchan hace una pausa.

—Lo curioso del caso, la ironía más triste, tal vez, es que si sus diferentes procedencias sociales no hubieran supuesto una barrera infranqueable para ellos, el amante de Ida y su familia habrían acabado llevándose muy bien. En ambos casos sentían verdadera obsesión por el cumplimiento de las normas de moralidad más estrictas. Pero la barrera existía, y en condiciones normales Ida y su amante nunca se habrían conocido. Sin embargo, en este caso, el destino contradujo el curso normal de los hechos: un simple accidente, dos personas que coincidieron en la misma velada musical.

Alfieri habla con voz desolada.

—¿Y el hecho de que el seductor se llevara a aquella niña a la cama, Señor Buchan? ¿Le parece que eso también es un mero accidente? ¿Podría ser un mero accidente semejante obscenidad? Porque si es así, entonces la piedad de Dios es mentira...

—No culpe a Dios, *signore*. —La expresión oscura de Buchan guarda, a la luz de la lámpara, cierto parecido con los rasgos de un lobo—. Seguro que recuerda lo que dicen las Escrituras: «Porque la ofensa es inevitable. Pero, ¡ay del hombre por el que viene la ofensa». Es el hombre el que comete las obscenidades, *signore*, y no Dios.

Vuelve sobre sus pasos y se deja caer de nuevo en el sofá.

—No me ha preguntado por la identidad de esa discreta tercera parte. El contacto entre el amante y la familia de Ida. Estos nunca llegaron a conocer la identidad del amante, pero sí acabaron por conocer bastante bien al intermediario, y me revelaron su nombre. A regañadientes, claro, pero no les quedaba otro remedio. Fue a él a quien llamaron hará unos ocho años, cuando al final se cansaron de tener a aquella hija ilegítima bajo su mismo techo. Fue él quien les facilitó el nombre de la persona que podría hacerse cargo de su educación, sin mencionar en ningún momento su pequeña debilidad, a pesar de que la conocía muy bien. Fue él quien les aconsejó sobre las disposiciones que debían realizar. ¿El resultado? La niña nunca volvió a molestarlos, y demostró ser hija de su madre, aunque aún más precoz, por lo que ya nunca más iba a haber sitio para ella en su casa.

Buchan se acerca un poco a Alfieri, y le pone la mano en el brazo.

—Él fue quien lo planeó todo, *signore*, a sabiendas de lo que iba a pasar..., queriendo que pasara. Era el abogado de muchas personas ricas e importantes. Había representado los intereses de la escuela de Fauvell durante las negociaciones que culminaron con la dimisión de éste. Y también conocía al padre de Clara, lo bastante como para saber que, cuando supiera que la familia se negaba a acoger de nuevo a la niña, se sentiría culpable (él mismo se encargaba de atizar su culpabilidad apelando a sus deberes de progenitor) y conseguiría que la acogiera finalmente. ¿Y qué pasaría cuando la acogiera, *signore*? Si el padre llegaba a querer a su hija, a su *única* hija (algo no tan imposible de concebir, teniendo en cuenta que algo de compasión debía de tener aquel hombre, y considerando que el roce hace el cariño, eso sin excluir la dulzura natural de aquella niña), podría dejarle su fortuna en herencia. Y una vez que se hubieran consumado las disposiciones del testamento...

Los ojos de Alfieri están arrasados de lágrimas.

—Slade era el padre —dice.

—Sí, *signore*. —Buchan tiene aún la mano apoyada en el brazo del tenor, y le habla con dulzura—. Y el hombre que se la entregó a Fauvell es Thaddeus Chadwick.

Primero nota que tiene frío, nada más. Abre los ojos en la oscuridad, inseguro. Parpadea, levanta la cabeza. Tiene el cuello agarrotado porque se ha quedado dormido en una postura forzada, con la cabeza caída sobre el hombro. Le duelen los ojos. El reloj de péndulo de la entrada acaba de dar las horas, y el que reposa sobre la chimenea empieza a hacerlo en este momento. Son cuatro dulces notas que se repiten, como un eco, desde el comedor. Se sienta recto en la butaca, se dobla un poco hacia delante y contempla la chimenea. Las cenizas están frías, ya no quedan rescoldos. Se levanta despacio, se pasa la mano por la cara y mira a su alrededor, fatigado.

Las farolas de la calle lanzan débiles destellos de luz al techo. Alfieri avanza lentamente en dirección a las ventanas —horas antes, para sofocar su angustia, ha descornado del todo las cortinas— y mira la avenida vacía a esas horas de la mañana, las hojas muertas y el polvo, los papeles que se arremolinan en las alcantarillas, impulsados por las ráfagas de viento.

—Será un rumor, *signore*. —Le parece oír a Buchan en el silencio de la estancia, un amable Jeremías que profetiza la ruina sin perder la compostura—. Un rumor feo y anónimo, no atribuible a nadie. Es evidente que él no quiere que su nombre se mezcle de ninguna manera con todo esto, ni el de la joven que en este momento reside con él. Algunas personas recordarían, claro, que Lucy Pratt era la hijastra de Fauvell, y eso suscitaría algunas preguntas, inevitablemente (a la luz del interés de Fauvell por las niñas pequeñas), preguntas que estoy seguro de que el señor Chadwick preferiría no tener que responder. No, hará todo lo posible por mantener el nombre de su huésped lejos de cualquier asociación con el rumor y sus orígenes. En relación a cuándo empezará a hacerlo circular, sospecho que será días antes de la noche del estreno, y que para ese momento ya no habrá nadie en Nueva York que no lo haya oído, excepto, tal vez, su esposa.

Alfieri ha asentido despacio con la cabeza. No le hacía falta que Buchan le explicara cómo se iría esparciendo el cuento de la malvada Clara cómo lo devorarían y lo vomitarían todo entero, cómo iría pasando de boca en boca, más jugoso aún por el hecho de que la protagonista era su esposa; por eso sólo ya era famosa ella también; pero ahora, el relato completo de los dos años pasados con Fauvell, y especialmente el episodio de su muerte, la implicación de Clara en ella, haría que pasara a ser famosa por derecho propio. La fascinación que provocaría su vergüenza se magnificaría aún más al combinarla con el pasado del tenor. Mario Alfieri, casado con una mujer turbia, al fin recibía el pago que se merecía.

—¿Es posible impedirselo de alguna manera? —ha interrogado a Buchan, conocedor de la respuesta antes incluso de formular la pregunta.

—¿Cómo? ¿Cómo se le pide a un hombre que deje de hacer algo que él va a negar haberse planteado siquiera? En el fondo, nosotros no estamos seguros de que sea eso lo que vaya a hacer..., y nunca lo sabremos hasta que el rumor haya empezado a extenderse. Para ese momento, claro está, ya será demasiado tarde. Pero es que incluso si yo le hiciera una visita y él admitiera sus propósitos, ¿qué se podría hacer para detenerlo?

—¿Ofrecerle dinero? —ha dicho Alfieri—. Yo no tengo treinta millones, pero puedo darle una buena suma. Puedo ordenarle a mí banco que transfiera mis cuentas de Inglaterra, y están las casas, que se pueden vender, si se aviniera a esperar. Sólo con la casa de Londres...

—No estamos hablando de chantaje, *signore* —le ha respondido Buchan—. El no quiere ni su dinero ni sus casas. Lo que quiere es destruirlo, a usted y a su esposa. En cualquier caso, ¿qué iba a impedirle aceptar su dinero y, una vez que usted ya estuviera arruinado, esparcir el rumor de todos modos?

Alfieri se ha mostrado de acuerdo.

—Tiene usted razón, claro. De todos modos, ¿podría ir a verlo de mi parte? ¿Sondearlo lo más delicadamente que pueda? Le daría todo lo que tengo, excepto a mi esposa. Si llegara a saberse todo esto, Clara se moriría. Ni a mí me ha contado nunca nada..., pero eso usted ya lo sabe, claro..., y yo nunca le he preguntado nada. En nuestra noche de bodas me juré no hablar nunca del tema hasta que ella me lo contara. Estaba tan asustada, señor Buchan, y yo nunca la haría sentirse avergonzada.

—Iré a verlo de su parte. Pero, ¿y si no tenemos éxito?

—Me iré de Nueva York de inmediato y regresaré a Europa con ella. ¿Cómo podría quedarme aquí y someterla a semejante agonía? Dirá que su salud está empeorando, que necesita de un clima más cálido en invierno. Dios sabe que es verdad.

—Toda la temporada se ha planificado en torno a usted, *signore*. Sea cual sea el motivo, si rompe su contrato a sólo seis semanas del estreno, Maurice Grau y la Metropolitan Opera le demandarán y le exigirán una compensación equivalente a todas sus posesiones.

—Quiero a mi esposa sana y salva, señor Buchan. Si saliendo de aquí mañana mismo consigo asegurar su vida y su salud, lo haré, aunque ello me suponga perder todo lo demás. —Esboza una ligera sonrisa—. ¿Qué más me da, en el fondo, pagar al señor Chadwick o a la Metropolitan Opera? El dinero se irá de todos modos. Me llevaré a Clara a Florencia. Allí nos recibirán con los brazos abiertos aunque seamos pobres, aunque la vergüenza haya caído sobre nosotros. Y tal vez esta historia no llegue hasta allí.

—No se engañe, usted sabe tan bien como yo que una historia así le seguirá allá adónde vaya, incluso a Florencia.

—Bueno, tal vez sí, pero puede que la repercusión sea menor.

Pero sabe muy bien que no es así. Ahora está de pie, contemplando la calle en esa noche de viento, anticipando el fin de su carrera.

En la negrura de su mente, oye un sonido muy débil, una especie de arañazo en la puerta de la sala, como si hubiera un ratón, o alguien que intentara abrirla. Levanta la cabeza y se seca las lágrimas con la manga.

—*Chi è là?* —pregunta bruscamente—. ¿Quién anda ahí? ¿Quién es?

Nadie le responde, pero el ruido persiste, débil, repetido, como si unos dedos rascaran la puerta.

—*Cara?* —susurra—. *Cara, sei tu?* —Se abalanza corriendo sobre la puerta y la abre de par en par...

Pero en el pasillo no hay más que oscuridad, una oscuridad que la farola que hay frente a la puerta del vestíbulo, así como la lámpara encendida en el hueco de la escalera, no hacen sino acentuar aún más. Clara se ha acercado hasta su puerta esa noche, hacia las doce, le ha suplicado que la dejara entrar, pero él le ha pedido que se retire sin abrirle la puerta. La ha enviado a la cama sola por primera vez desde que se casaron, porque no quiere a nadie en su agonía. Ella le ha obedecido. Ahora le atenaza un terror repentino, y sube los peldaños de la escalera de dos en dos porque necesita verla de nuevo, necesita saber que está a salvo en su sitio, en su cama.

La luna, a punto de ponerse, asoma sobre los tejados, iluminando oblicuamente las ventanas. No hay pesadillas que perturben la calma. Clara duerme con el sueño del agotamiento. Su rostro está en sombra; mantiene un brazo por encima de la cabeza, mientras que el otro está extendido por encima de la almohada, la palma de la mano hacia arriba, sujetando un pañuelo empapado. Alfieri se queda un buen rato de pie junto a la cama, y contempla las sábanas que suben y bajan al ritmo de su respiración hasta que se siente tranquilo de nuevo, se sienta a su lado e, inclinándose sobre ella, le da un beso. Clara se mueve, suspira.

—¿Mario? —dice con la voz áspera de sueño.

—Sí...

—¿Soñaba? ¿Te he despertado?

—No, *amore*.

Aún muy dormida, Clara levanta una mano para acariciarle el rostro. Está tan cansada, y él..., él se ve tan pálido a la luz de la luna. Los ojos invisibles, son como dos huecos negros bajo las cejas, llenos de tristeza. Ahora, una línea de plata le resbala mejilla abajo hasta encontrarse con sus dedos, y ella la toca, se detiene, abre mucho los ojos. Vuelve a acariciarle la mejilla, ya totalmente despierta, y nota que la pena que él siente le moja los dedos.

No le hace falta preguntar por qué, ni qué significa; sabe que él lo sabe, aunque ignora cómo se ha enterado. Esta misma noche, en algún momento, se ha enterado de la verdad. Durante los últimos treinta y seis días, desde que recibió el mensaje de Lucy, ha estado esperando este momento; se ha pasado horas enteras imaginándose en su mente, preparándose, recreando los millones de maneras distintas por las cuales ella podría llegar a enterarse de que él lo sabía.

Pero esto no se la había imaginado nunca; nunca una noche tan negra, con esa luna colgada tras la ventana como una lámpara de plata, sin que medie una palabra.

«Soy la misma, Mario —quiere decirle—. Soy la misma que antes de que lo supieras. Nada ha cambiado, no hay ninguna diferencia en mí. Soy la misma. Me querías antes de saberlo. ¿Por qué habría de importarte? ¿Por qué habrían de cambiar las cosas, ahora que lo sabes? Fue: lo que fuera lo que viste en mí el día que me conociste, sigue siendo igual, sigue estando aquí, la única diferencia es que antes no lo sabías y ahora lo sabes. ¿Pero qué importancia tiene, si yo soy la misma, exactamente la misma?»

—¿Te acuerdas —le dice Clara en voz muy baja—, te acuerdas del verano, y de los melocotones que compramos junto a la carretera?

Alfieri no le quita los ojos de encima.

—Háblame de Rosebank, Clara.

—Estaban calientes por haber estado tanto rato al sol —prosigue ella—, y cuando los comíamos su jugo nos resbalaba por las manos. Cuando me besaste sabías a melocotón. Aquel es mi día favorito, Mario. Aquel fue el mejor día.

—Oh, esposa mía —susurra él y, atormentado, cierra los ojos. Ella se sienta en la cama, desesperada, le toma la mano y se la aprieta contra la mejilla, le besa los dedos.

—Pero nunca, nunca quise hacerte daño —dice Clara—. ¡Nunca, nunca, nunca! Si supieras cuánto te quería, desde el principio, desde el instante en que desperté y te vi..., antes incluso de escuchar tu voz, antes de abrir los ojos. Y quise gustarte un poquito, fue por eso por lo que te mentí, ¿te acuerdas? El primer día, cuando me preguntaste por mi familia y yo te dije que yo no tenía familia, que estaban todos muertos. Aquello fue una mentira, Mario, era yo la que estaba muerta. Mi vida estaba acabada. Pero, ¿cómo iba a decirte una cosa así? No habría: vuelto nunca, y yo ya te quería y estaba tan sola, tan sola... Así que te dije una mentira, y tú volviste, y yo me alegré de haberte mentido... Y volvería a hacerlo. Pero nunca quise hacerte daño.

»Y entonces, Dios mío, me pediste que me casara contigo. Aquello era un milagro, una ocasión de escapar, de volver a vivir. La boda se acercaba, y yo sabía que tenía que decírtelo, porque era algo que no se podía esconder, no cuando estuviéramos casados. Tenía que decírtelo antes de que lo averiguaras por ti mismo. Quería hacerlo. Pero no podía, porque si te lo decía tú me abandonarías, y yo quería estar más tiempo contigo, un día más, sólo uno, y entonces no hubo más días. Así que esperé, era el día de la boda. Esperé a que me preguntaras algo, pero no lo hiciste. Nunca dijiste ni una palabra. Entonces fue cuando tuve la certeza que aquello era un milagro, todo aquello, un milagro de los de verdad, y que Dios, después de todo, sí existía, como tú habías dicho, y que gracias a ti El me había dado tiempo para hacerme perdonar, para que un día, cuando por fin te lo contara, tú me tomaras de la mano y me dijeras: «*Sposa*, eso fue hace mucho tiempo, y tú me has hecho tan feliz que lo que hiciste hace tanto tiempo ya no tiene importancia».

—Cara...

—Porque pensaba decírtelo, Mario, algún día, te lo juro. Pero entonces vi a Lucy en la estación de Filadelfia y supe que no había milagro, que no habría perdón, que no habría futuro. Porque fue a Lucy a quien vi, no a la mujer del alcalde. Fue Lucy la que me envió el estuche que abrí en la ópera. Dentro había un mensaje. Tú siempre supiste que en ese estuche había algo, ¿no? En el mensaje me decía que muy pronto vendría para contártelo, para contarte lo que yo tendría que haberte contado hace tanto.

—¿No podrías habérmelo contado tú misma, mi amor? ¿Ahorrarnos a los dos la espera, el miedo?

Ahora Clara está calmada otra vez. Sigue sosteniéndole la mano entre las suyas. Le besa los dedos, enternecida por su inconsciencia.

—¿Y mirarte a la cara mientras te lo contaba? ¿Y mirarte mientras tú me escuchabas?

Mario se levanta de la cama.

—Cuéntamelo ahora. Ahora es el momento, para ambos. Debes contármelo, y yo tengo que oírlo de tus labios, para que los dos podamos liberarnos, de una vez por todas. Me sentaré ahí, donde no puedas verme la cara.

Se sienta en una silla junto a la ventana, de espaldas a la cama, y espera a oír su voz detrás de él, con los cabellos plateados a la luz de la luna.

Se hace un silencio muy largo y entonces, finalmente, oye su voz, apenas un susurro en la oscuridad. Cierra los ojos y escucha: hasta tal punto Clara se ha convertido en parte de él, en esos cuatro meses que han pasado desde que la encontró, que incluso a oscuras, incluso de espaldas a ella y con los ojos cerrados, le ve la cara cuando ella empieza a hablar.

—Un hogar no es un sitio. ¿Lo sabías, Mario? Eso lo descubrí cuando era muy pequeña. Un hogar es un rostro que se ilumina cuando entra en una habitación. Es saber que hay alguien esperándote al terminar la jornada, alguien a quien te dolería no volver a ver. Pero nadie se alegraba de verme. A nadie le dolió no volverme a ver.

»Intenté con todas mis fuerzas ser una niña buena. Me lavaba mi plato, me hacía la cama. Rezaba las oraciones que me enseñaban, aunque sabía que nadie me escuchaba. Porque, si alguien me hubiera estado escuchando, ¿no habría hecho que me quisieran? Aprendí las reglas de todas las casas, porque, si se enfadaban, ¿adónde iría yo? Y siempre creí que, si era muy, muy buena, mejor que las demás, más limpia, más callada, más obediente, alguien me querría. ¿Por qué no iban a quererme? En alguna parte tenían que acoger a una niña pequeña y tranquila. Algún día verían...

»Cada julio mi familia organizaba un *picnic*, con todas mis tías, mis tíos y mis primos. Cuando estaba a punto de cumplir once años, la mañana del picnic, dos de mis tías hicieron mi equipaje. No les llevó mucho tiempo; no tenía muchas cosas. El resto de la familia ya iba saliendo de casa para irse al campo, y me acuerdo de que uno de mis tíos mostró su disgusto por tener que llevarme hasta la estación, cosa que le haría llegar más tarde que los demás. Me dio un billete, me dijo que estuviera atenta a los carteles y que me bajara en un lugar llamado Rosebank. Luego se fue sin decirme adiós. Tenía mucha prisa por volver. Yo no sabía qué era Rosebank, ni qué tenía que hacer cuando llegara; él no me lo había dicho. Tal vez pensó que ya lo habían hecho mis tías mientras me preparaban el equipaje.

Llegó el tren y me monté. Era viejo y avanzaba muy despacio. El viaje duró dos horas. Fui la única que se bajó en Rosebank. El revisor me ayudó con mi maleta. La dejó al lado de una especie de caseta, cerrada a cal y canto y sin nadie en su interior. Regresó al tren sin decir nada y el tren continuó su camino. Entre las vías crecía la hierba, y entre las grietas del asfalto, tallos muy altos. Las ventanas de la caseta estaban rotas, como si ya nadie se acercara por allí. Me senté sobre mi maleta y me puse a esperar. En el fondo, no creía que nadie fuera a venir. Al fin se habían librado de mí. No me sorprendió. Me habían enviado a la nada, para quitarme de en medio. Estaba allí esperando a alguien que nunca vendría. Y no podía volver porque la estación estaba vacía y no sabía cuándo pasaba el siguiente tren (a lo mejor faltaban días, o semanas), y en cualquier caso no tenía dinero para el billete, ni siquiera para comprar comida. Y entonces fue cuando tuve claro que me quedaría allí sentada hasta morir.

»Sólo pensaba en lo que me había dicho uno de mis primos, que si mueres en un sitio al aire libre, los pájaros vienen y te arrancan los ojos. Me imaginaba que alguien me encontraba, tal vez el otoño siguiente, aún sentada sobre mi pequeña maleta, con los ojos arrancados. Así que me cubrí los ojos con las manos, y me puse a esperar la muerte.

Suspira profundamente.

»No se oía nada, sólo el viento entre la hierba y, en una ocasión, el silbido de un tren en la distancia. No sé cuánto tiempo me pasé esperando. Quizá me quedé dormida. Si no, habría oído sus pasos en la grava. Pero no los oí. No oí nada hasta que una voz dijo: “¿Está jugando al escondite?”. Abrí los ojos y lo miré. Ahí estaba papá. Me sonrió. Me sonrió, Mario *a mí*. Y entonces agarró la maleta con una mano y mi mano con la otra, y nos fuimos juntos a casa. A casa. Sí, aquel fue mi hogar. Él era mi hogar, el primero que conocía.

Ahora sólo queda un arco de luna, una cúpula brillante de plata sobre un tejado vecino, menguando rápidamente.

—¿Le llamabas así? —pregunta Alfieri mientras ve la luna desaparecer del todo—. ¿Le llamabas papá?

—Al principio no. Así es como le llamaba Lucy. Estaba casado con su madre. Después de unos días, me pidió que yo también le llamara así; pero a Lucy no le gustaba nada la idea. Se volvía como loca, me gritaba, me decía que yo no era nadie, que era una forastera. No soportaba que papá sonriera a alguien que no fuera ella. Una vez me empujó escalera abajo; en otra ocasión, mientras conducía la tartana, intentó tirarme al suelo. Ella decía que eran accidentes, pero papá no se lo creía. Entonces fue cuando decidió enviarla a estudiar fuera, porque no quería que me hiciera daño. Yo dejé de llamarle papá hasta que ella se fue. Esperé hasta que se hubo ido.

—¿Y tenías miedo cuando se fue?

—Oh, no. Antes sí, pero no después. No había ningún motivo para tener miedo cuando ella ya no estaba.

—¿Y no tenías miedo... de él?

—Pero si él me adoraba. La envió a estudiar fuera para protegerme. ¿Por qué iba a tener miedo de él?

El último rayo de luna se desvanece.

—¿No fue entonces cuando te forzó?

—Oh. —Al fin entiende—. No, Mario.

—¿Fue antes de que se fuera ella?

—No.

—¿Entonces cuándo?

—Nunca —dice hablando en la oscuridad, en dirección a donde su esposo está sentado—. El nunca me forzó. Esperamos a que ella se fuera. Pero nunca me hizo hacer nada que yo no deseara hacer.

Mario escucha a su mujer aturrido, agonizante, una sensación que va más allá del dolor.

—Lo amabas.

—Oh, sí. Aunque sabía que lo que estábamos haciendo estaba mal, y que yo era muy mala por hacerlo. Por desearlo —añade en un tono apenas audible.

»Su esposa (la madre de Lucy) lo sabía, pero nunca salía de su habitación, y papá nunca me dejaba entrar. Lucy lo sabía, pero estaba a miles de kilómetros. Le escribía cartas a papá rogándole que me echara. Tommy se enteró de algo la primera vez que vino a casa por Navidad porque su madre se lo dijo. Le comentó a papá lo que le había dicho su madre, y él se mostró muy sorprendido y le respondió que creía que su

madre estaba perdiendo la cabeza.

»Así, cuando Tommy venía a casa, teníamos mucho cuidado para que no lo descubriera. Cuando estaba en casa, yo dormía en mi habitación y no estábamos nunca juntos a solas, excepto algunas noches, ya muy tarde, cuando todos dormían profundamente. Y a veces, a veces, en verano, si Tommy se iba al pueblo, si era temprano por la mañana, o no hacía mucho calor, nos íbamos al cobertizo.

—El cobertizo —repite Alfieri, aunque ella no lo oye.

—Fue papá quien dio con aquella minúscula habitación. Al principio llevaba allí a Lucy, cuando aún hacía ver que era el esposo de su madre antes de que Lucy le contara la verdad y la sacaran del dormitorio conyugal. Entonces ella empezó a ocupar el sitio de su madre, y dejaron de necesitar el cuarto del cobertizo. Cuando Lucy se fue, se convirtió en nuestro lugar secreto, de papá y mío, y lo usábamos cuando Tommy estaba en casa. Papá colgó algunos prismas de cristal en la ventana para mí, para que el sitio fuera más bonito. Los sacó de la araña de una salita que no se usaba. En las mañanas de sol, era como estar dentro de un arco iris roto, con miles de trocitos de colores por todas partes. A veces, mantenía los ojos abiertos sólo para verlos bailar...

Alfieri se retuerce en su silla, pero ella no le ve en la oscuridad y su voz ya no se detiene.

—Eso fue lo que Stafford vio brillar en el estuche: un prisma de cristal. Cuando lo vi, supe qué significaba. Era el mensaje de Lucy que me decía que por fin me había encontrado. A mí ya me había parecido verla entre la multitud, en la estación. Una mujer gorda, te dije, con el pelo teñido de rubio, y tú me dijiste que era la esposa del alcalde, y yo te creí porque quería creerte. Pero cuando abrí el estuche y vi el prisma, ya no tuve ninguna duda.

»Papá siempre tenía miedo de ella. Le parecía que no estaba del todo bien de la cabeza. Él se sabía en una situación difícil, decía, y no podía distraerse ni un momento. El verano siguiente al primer curso de Lucy en el extranjero no la dejó volver. Pidió a la escuela que la dejaran unirse a un viaje por Europa que iban a hacer otras alumnas, aunque ellas no querían que las acompañara. Papá les escribió y les dijo que su esposa estaba muy enferma, y que su estancia en casa sólo serviría para alterarla a ella y para asustar a Lucy.

»El segundo año, en vez de enviar a Lucy personalmente su asignación, hizo llegar una suma de dinero a la escuela con instrucciones de que se lo fueran administrando en pequeñas cantidades. Le daba miedo que consiguiera ahorrar y volviese a casa antes de que todo estuviera listo, antes de que hubiera conseguido llevarme a algún lugar seguro. Me dijo que, de todos los errores que había cometido, Lucy había sido el peor, y que tendría que pagar por él algún día.

»Pero aun así nos sorprendió. Ahorró dinero como pudo, pidió algo prestado, le robó el resto a sus compañeras y profesores y consiguió comprar un billete de vuelta. Dejó la escuela un día después de terminar el segundo curso, sin esperar a la ceremonia de entrega de diplomas, y llegó a casa antes que la carta de la directora informándonos de su regreso.

»Papá y yo estábamos en el estudio donde me daba clases cuando se abrió la puerta y entró Lucy. Era a principios de junio. Y ya no volvimos a estar nunca juntos, nunca volvimos a ser felices, ni siquiera cuando..., no hasta aquella última mañana.

»Lucy dijo que había venido a librarse de mí y a recuperar a papá. Me dijo que, cuando yo ya no estuviera, papá se acordaría de los viejos tiempos y volvería a quererla. Él no volvería a tocarme nunca más, me dijo, y me juró que si lo hacía, aunque sólo fuera para ayudarme a bajar del coche de caballos, ella se pondría en pie en la iglesia al domingo siguiente y le diría a todo el mundo lo que él y yo habíamos estado haciendo bajo el mismo techo de la esposa inválida de papá, mientras ella estaba estudiando en el extranjero.

»Papá le creyó. Nunca volvió a tocarme. Pero no se separaba de mí ni un momento, durante las horas de vigilia, porque tenía miedo de lo que Lucy pudiera hacerme si tenía ocasión. Aquello la enfurecía, porque ella nunca podía estar a solas con él, y hacía todo lo posible por estar siempre con nosotros, por lo que papá tampoco conseguía estar a solas conmigo. Durante un mes, no estuvimos separados ni un instante, excepto cuando la madre de Lucy necesitaba que le dieran de comer, o que la bañaran. En esas ocasiones, papá y Lucy entraban juntos en su habitación. Y cada noche, papá me llevaba hasta la puerta de mi dormitorio y se aseguraba de que cerrara la puerta con llave. Lucy dormía sentada en una silla, en el pasillo, junto a su habitación (desde allí se veían las dos puertas, la de papá y la mía), para asegurarse de que él no iba a entrar en mi cuarto por la noche, y que yo no iba a entrar en el suyo.

»Hacia finales de junio estábamos bastante desquiciados por el hecho de estar todo el tiempo juntos, cada día, cada minuto. Hacía cada vez más calor, y no podíamos escapar los unos de los otros. Papá había dejado de hablar. Había días en los que apenas me miraba, desde que bajábamos los tres juntos a desayunar hasta que volvía a encerrarme en mi habitación por la noche. Yo creía que estaba enfadado conmigo, que ya no me quería porque por mi culpa Lucy lo atormentaba. A veces ella le suplicaba y se quejaba lastimeramente, y en otras ocasiones le gritaba que tenía que echarme, que ya no soportaba verme más por allí.

»Entonces fue cuando empecé a tener miedo, Mario. Miedo de que ella fuera desgastándolo y que acabara cediendo a sus propósitos, sólo para dejar de oír de una vez sus gritos y sus lamentos. Pero como él no me hablaba, no podía preguntarle si estaba enfadado conmigo o si había dejado de quererme, porque Lucy siempre estaba presente. Y yo tenía que saberlo, Mario. No sabía qué iba a hacer si ya no me quería pero tenía que saberlo.

Las sábanas crujen cuando Clara se da la vuelta. Se hace un largo silencio. Alfieri espera, a oscuras, a que reanude el relato. Cuando lo hace su voz es entrecortada, se interrumpe aquí y allá, como si estuviera forzando a su memoria a avanzar a trompicones.

—A principios de julio, Tommy volvió a casa. Había terminado la universidad, y el día de su llegada, después de la cena, se organizó una pequeña fiesta en la habitación de su madre para celebrarlo. Con Tommy en casa, Lucy tenía que comportarse de manera más normal, ya no podía controlarnos tanto, y papá se excusó y dijo que se retiraba de la fiesta, le dijo a Tommy que quería dejarlos a los tres solos para que lo celebraran, porque hacía mucho tiempo que su madre no se reunía con sus dos hijos. A mí me pareció que papá quería venir a hablar conmigo mientras ellos estaban en el dormitorio de la madre, pero Lucy dijo en voz alta que dejarían la puerta abierta para mitigar un poco el calor, y que esperaba que el ruido no le impidiera dormir a papá, dejando muy claro que pensaba seguir controlándonos aun desde la habitación de su madre. Así que papá le dio las buenas noches a Tommy y se encerró en su cuarto, igual que yo.

—Aquella noche hacía mucho calor y un bochorno insoportable, todo el día había sido así. No había ni pizca de aire. Casi no podía respirar. A otro lado de la puerta oía claramente las voces de Lucy, de Tommy y de su madre. Se quedaron hablando hasta muy tarde. Pasaban de las dos cuando Tommy se fue al fin a su habitación. Le oí decir que tenía que acostarse porque al día siguiente iba a acercarse temprano al pueblo. También oí que su puerta se cerraba. Minutos después oí que Lucy iba a su dormitorio, pero ella dejó la suya abierta, como siempre. Luego todo quedó en calma, pero yo no podía dormir. Oía el reloj de la sala. Las dos y media, las tres, las tres y media, y no se oía nada por ninguna parte.

»Me puse el vestido y abrí la puerta. Tenía miedo, pero pensé que Lucy no podía montar un gran escándalo con su hermano en casa, pues no quería que su hermano se enterara de lo suyo con papá. Me llevé la jarra, para poder decir que iba a por agua en caso de que me pillara, que la que tenía en la habitación ya me la había bebido, que hacía mucho calor.

»Lucy tenía la puerta abierta, pero no estaba sentada en su silla, en el umbral, como otras veces. Estaba tan oscuro que no la veía. Cuando ya estaba en el pasillo, me pareció que estaba despierta y que me había visto, porque la oí decir algo, y me quedé allí paralizada, con la jarra en la mano, esperando, escuchando, y entonces ella suspiró, dijo algo más y los muelles de su cama chirriaron cuando se dio la vuelta...; estaba dormida y en su cama. Entonces cerré la puerta de mi dormitorio y me dirigí al de papá. Llamé tan flojito que ni yo lo oí. Pero él sí. Tampoco podía dormir. Abrió la puerta y me metió dentro, y yo volví a estar en sus brazos, y ya no me hizo falta preguntarle si me seguía queriendo.

Alfieri, al oír el éxtasis de su voz, entierra la cara entre las manos.

—Había sido tan largo, un mes entero estando juntos todas las horas del día pero sin poder tocarnos, y ahora no podíamos parar, no habríamos podido parar ni si Lucy hubiera echado la puerta abajo.

Aun así, fuimos prudentes y discretos; no hacíamos ruido. Después, me abrazó muy fuerte y me susurró, con la boca pegada a mi oreja, que había tomado una decisión, que iba a dejar Rosebank y que me llevaría con él. Me dijo que no lo había hecho antes porque había que cuidar a la madre de Lucy y él se sentía responsable, pero ahora que ella había vuelto, y que Tommy, el propietario por derecho de la casa, también había terminado sus estudios, ya no había nada que lo retuviera.

»Papá había viajado bastante de joven, había ido acumulando cientos de objetos únicos y valiosos de todas partes del mundo. Se los había traído desde Nueva York y los tenía allí, en la casa. Me dijo que los dejaría allí para que Lucy y Tommy pudieran venderlos y vivir holgadamente el resto de su vida. Papá tenía, además, algo de dinero ahorrado, el suficiente como para pagar nuestro viaje a París. Allí podría dar clases, allí nadie lo conocía, y yo sería su hija, y viviríamos juntos para siempre y seríamos felices...

»Aún me estaba susurrando al oído sobre nuestro viaje a París cuando oímos ruidos en la casa. Era Tommy, que se había levantado y se estaba arreglando para ir al pueblo. Empezaba a clarear, pero nosotros no nos habíamos dado cuenta de lo tarde que se estaba haciendo, y yo tenía que meterme en mi habitación antes de que Lucy se despertara, así que me puse el vestido y esperé a que Tommy se fuera. Le oímos abrir la puerta, bajar la escalera y, al cabo de un rato, marcharse a caballo. Era el momento de irme a mi cuarto.

»Pero yo no quería irme, no todavía, no después de tanto tiempo separados. Mientras Tommy se alejaba, me acordé del lugar al que papá me llevaba el verano anterior cuando Tommy se iba al pueblo. Y entonces le dije que me llevara al cobertizo. Sabía que no era prudente, y que el año pasado todo era menos peligroso, porque Tommy no conocía el lugar y no se le ocurriría ir allí, y Lucy estaba en Europa. Este año estaba allí, y conocía el lugar. Todo era más peligroso esta vez.

»Pero yo quería que ella supiera que papá me seguía queriendo. Quería reírme en su cara y hacerle saber que, después de todo, yo había ganado, que papá no la quería a ella, que me quería a mí, y que pronto me llevaría lejos, que viviríamos juntos para siempre. Le dije que Lucy se había acostado tarde y que seguramente se despertaría tarde, y que si nos íbamos en aquel momento, podríamos terminar y regresar antes de que se levantara. Se lo supliqué, Dios mío, cómo se lo supliqué. Él se rió y me dijo que sí, que Lucy se merecía que nos fuéramos juntos a cobertizo. Estaba enfadado por todo el sufrimiento que nos había hecho pasar. Sí, iríamos, no tardaríamos mucho, volveríamos antes de que se despertara, y nunca lo sabría hasta que se lo dijéramos, y entonces se echó a reír otra vez. Se lo diríamos más tarde, dijo, y entonces veríamos si estaba tan dispuesta a levantarse en medio de la misa, y atraer el escándalo a la familia, ahora que su hermano, el nuevo ministro de la iglesia, había vuelto.

Alfieri oye que Clara se sienta bruscamente en la cama. Empieza a hablar más deprisa, las palabras brotan de sus labios atropelladamente como si no pudiera controlarlas.

—La habitación de papá tenía otra salida. Una puerta que daba a una especie de porche, con una escalera que bajaba hasta el patio trasero. El cielo aún estaba oscuro por el este, y el lucero del alba brillaba entre los árboles. Después del calor de la casa, el aire del amanecer era fresco y muy dulce. Fuimos cogidos de la mano, hablando de París y de lo bueno que había sido acostumbrarme a llamarlo papá, porque a partir de ahora sería su hija de verdad. Hablamos de cuál debería ser nuestro apellido. Dijo que Cenci podría ser un nombre adecuado, y luego se puso a reír, no sé por qué, pero a mí no me importaba cuál fuera nuestro apellido, yo sólo sabía que me quería, y que pronto seríamos libres.

Tras la ventana, el vacío vuelve a cobrar forma una vez más. La oscuridad se aleja. Ahora se ven casas, casas grises, fantasmagóricas donde hace un momento no había nada, pálidas contra el cielo negro.

—No era nuestra intención quedarnos allí mucho rato. Sólo una vez, nada más, y luego volveríamos a la casa, y más tarde nos reiríamos de Lucy. Pero el cobertizo estaba tan fresco, y nosotros estábamos tan contentos, y nos quedamos tan cansados después, que nos quedamos dormidos.

En la penumbra, Alfieri ve a Clara mecerse adelante y atrás sobre la cama, abrazándose a sí misma.

»Fueron sus gritos los que nos despertaron. Lucy, desde abajo, gritaba: «¡Papá, papá, sé lo que estáis haciendo! ¡Asqueroso! ¡Cómo te atreves!». También oíamos a Tommy que corría, que se acercaba. Él también gritaba, decía: «¡Lucy, no lo hagas, por el amor de Dios, no!».

La voz de Clara ha empezado a temblar.

»Ahora hacía calor en la pequeña habitación. Nos habíamos quedado dormidos mucho rato y el sol estaba muy alto. Papá se levantó, miró por la ventana y dijo: «Dios mío, estamos acabados», pero yo no sabía qué había visto. Me asomé a la ventana y vi a Tommy correr, doblar la esquina, acercarse a la escalera, sin dejar de gritar. Entonces ya se oían unos pasos retumbando en la escalera, unos pasos que hacían temblar el suelo, y los arcos iris lanzaban sus destellos por las paredes...; ya no había tiempo para nada, no había ningún sitio a donde ir..., papá me abrazó, miramos hacia la puerta...

Clara se aprieta el pecho con los brazos cruzados, se mece hacia delante y hacia atrás. La luz del amanecer avanza.

—La puerta se abrió de golpe, se levantó el cañón de la escopeta, papá me soltó, hubo un destello y un disparo...

Intenta seguir, pero no puede. Alfieri está ahora a su lado, en la cama, la abraza, la atrae hacia sí, intenta detener el horror, pero es demasiado tarde, seis años y una eternidad demasiado tarde.

—Basta ya —dice Alfieri—, basta ya, Dios mío, ya es bastante. —Pero aún hay más, y hay que decirlo en este momento, por primera y última vez, hay que decirlo para pagar por lo que ella ha hecho, por las vidas que se ha llevado.

—Había humo en el aire, la escopeta volvió a inclinarse, y entonces Tommy intentaba quitársela, quitársela a Lucy, ella sostenía el arma... pero ella era más grande, forcejearon, y papá estaba hecho un ovillo en el suelo, y había sangre por todas partes. Intenté arrastrarlo para que no le hicieran más daño, y se me cayó encima, y le vi, le vi, lo que quedaba de él —ahora está llorando, llora con sollozos entrecortados—, vi..., y Lucy seguía chillándole a Tommy: «¡Déjame, déjame, déjame!»; pero entonces Tommy tiró con fuerza de Lucy hacia atrás, y se oyó otro disparo...

No sabe cuánto tiempo se queda así, meciéndola, primero en silencio, y luego, al ver que se calma, cantándole una tonada, muy bajito,

mientras sigue sosteniéndola contra el pecho, una nana sobre el niño Jesús en brazos de su santa madre. La mece y le canta hasta que se queda tranquila al fin. Entonces la acuesta. Ella se queda tendida, con los ojos cerrados, y las lágrimas aún se le escapan por la comisura de los ojos y van a morir en el cabello.

—No tendría que haber intentado apartarme, Mario. Tendría que haberme abrazado. Yo tendría que haber muerto con él.

—Oh, no, mi pequeña, él te quería. Quería que vivieras. —Le limpia las lágrimas con los dedos—. Quería que siguieras adelante, aunque él no pudiera estar contigo.

—Pero yo no quería seguir, no sin él.

—Ya lo sé. El amor puede ser muy cruel.

Clara levanta la cabeza para mirarle, con los ojos llenos de súplica.

—No le odies, Mario, por favor, no le odies.

Debería odiarlo. Lo ha odiado. Esa misma noche, es decir, hace mil años, ha odiado a Edward Fauvell con toda su alma. Pero con las luces de alba no halla en su interior la fuerza para odiar a un hombre que, con su último aliento de vida, salvó la vida de la niña a la que ama.

—¿Y nunca te hizo daño, *cara*?

—No, Mario, nunca.

—Entonces, ¿por qué habría de odiarle? Fue su amor quien te entregó a mí.

La observa dormir un rato. Sus manos le agarran la suya; oye los sonidos de la casa que va despertando, los pasos reposados de Margaret el andar discreto de Gennarino, el agua que corre por las tuberías... ¡Ay de él y de su esposa! Mil novecientos años después de que Cristo se agachara y escribiera en la tierra, el mundo no iba a ser amable con la memoria de Edward Fauvell, ni con la niña que le había amado, que aún le amaba. Cuando se asegura de que sus movimientos no van a despertarla, se levanta de la cama y entra en la sala contigua, que con tanto esmero hizo decorar para que se pareciera lo más posible a la de la casa de su tutor, no, su padre.

Se acerca al escritorio que hay en una esquina, se sienta, saca una hoja de papel y hunde la pluma en el tintero. Hace cuatro meses, con esa misma letra, grande y fluida, le había escrito a Thaddeus Chadwick y había dado inicio a su ruina y a la de Clara. Ahora va a redactar la carta que le pondrá fin.

Querido señor Grau:

Le escribo con profundo pesar, a sabiendas de hasta qué punto voy a alterar todo lo que usted y tantos otros han preparado para esta temporada de ópera...

LIBRO III

CHADWICK

Las campanas de Trinity Church dan las seis en punto cuando el corpulento caballero sale de su oficina y empieza a caminar por Broadway. El aire está impregnado de la lluvia fría que ha caído y esta noche sopla un viento helado, más propio de mediados de noviembre que de principios de octubre. El hombre se detiene para fijarse mejor el sombrero, abotonarse el abrigo, ponerse los guantes en sus manos rechonchas. Un cochero, que intuye negocio, le llama desde la esquina, pero él lo rechaza con un gesto y sigue calle arriba, porque esta noche le apetece pasear, a pesar de las inclemencias del tiempo. Está empezando a sentir que, tras la indolencia del verano, recupera el ánimo que le invade cada otoño: una sensación de inminencia, como si grandes cosas estuvieran a punto de suceder, que tiene que esforzarse en controlar. Sujetándose el ala del sombrero, se une al ejército de señores que, vestidos de negro y con sombreros de igual color, avanzan por Broadway, todos sujetándose el sombrero igual que él, con el brazo levantado formando el mismo ángulo, un ejército civil que saluda al viento.

Se siente eufórico. En otoño la sangre parece acelerarse y el cuerpo le resulta más ligero, sin la carga del calor y su pesadez grasienta. Y aunque su casa está en Washington Square —lo bastante arriba como para que el pueblo de Greenwich se hubiera utilizado, en los tiempos difíciles del pasado, como refugio contra las epidemias de viruela y fiebre amarilla que periódicamente azotaban Nueva York—, la ciudad ha engullido hace tiempo la pequeña aldea y sus granjas circundantes y, por calles bien iluminadas y empedradas el trayecto hasta allí es más corto que antes, cuando debía hacerse por senderos de tierra y caminos de herradura.

Sea como sea, esta noche le apetece caminar, por muchas razones. Una de ellas, y no la menos importante, es que así tendrá más tiempo para pensar en la manera de comunicarle la noticia a su invitada, una joven encantadora, sin duda, pero de inteligencia e interés limitados, a pesar de la gran determinación que la caracteriza; a pesar de la gran oportunidad que ha tenido para relacionarse con gente importante y crear vínculos que aseguraran su felicidad futura, su idea fija sigue siendo la de saber cuándo se le va a permitir hacer lo que ha venido a hacer a Nueva York.

Pobre Lucy, de nuevo condenada a la decepción. Y esta vez parece que se le va a negar la dicha para siempre. Mario Alfieri ya conoce el turbio pasado de su esposa. Hoy mismo le ha convocado su abogado para sondear, con delicadeza exquisita, cuál sería el precio de su silencio.

Chadwick sonríe contra el viento. Parece que Priapo está locamente enamorado..., demasiado enamorado para descartar la mercancía defectuosa con la que se ha casado y dejar de tener pérdidas, que sería lo sensato en este caso. Claro que él —Chadwick— no es el abogado del tenor. Si lo fuera, se encargaría de que su cliente hiciera lo que tenía que hacer, tal como había hecho con Henry Slade y su furcia judía hacía veinte años. Y no es que librarse de la chica a estas alturas fuera a servirle de nada. Ya es demasiado tarde. Al italiano hay que darle una lección. Chadwick va a hacer que se entere de las consecuencias de haberse fugado con ella; ya lo dice el refrán: quien con niños se acuesta...

Chadwick no se ha molestado en preguntar cómo ha descubierto la verdad el tenor. A pesar de que Lucy estaba tan segura de que Clara nunca tendría el valor para revelársela, está claro que se equivocaba, y que le ha confesado sus fechorías, bien a petición de su esposo, bien comidada por la culpa. Chadwick se encoge de hombros y sigue andando. Que Alfieri se haya enterado tan pronto, y sin que haya mediado la tan deseada denuncia por parte de Lucy, es una sorpresa, sí, pero en realidad no importa. Se trata meramente de un pequeño cambio en un plan que, una vez verificadas todas sus costuras, sigue pareciendo muy eficaz. Es más, ahora le parece incluso mejor. En vez de conocer la verdad sobre su esposa justo antes de la noche de inauguración de la temporada, Alfieri lo ha sabido con más tiempo, y por tanto puede afectarle más.

De todos modos, el final será exactamente el mismo, tan inevitable como antes. Después de todo, en este mundo existe la justicia, aunque sean los hombres los que deban tomársela por su mano.

Chadwick está contento con el curso de la conversación que acaba de tener. Se ha mostrado poco comprometido con el abogado del tenor. Sí, hace tiempo que sabe del asesinato y el posterior suicidio de los que Clara fue causa..., ¿cómo iba a ser de otro modo? El señor Henry Slade era uno de los benefactores del reformatorio para niñas delincuentes al que la familia de Clara la había enviado después de la tragedia, aquella era una de las instituciones en las que más demostraba su filantropía. El señor Slade estaba allí el día en que la joven llegó a la casa —por casualidad, claro— y presenció los trámites de ingreso. Nunca la había visto antes. Siendo, como era, un filántropo, quedó profundamente impresionado con la tierna edad de la joven y con las terribles circunstancias de su caso, y cuando al fin se decidió a convertirse en su tutor, había sido él —Chadwick— quien se había encargado de sacarla del reformatorio y llevarla a la mansión de Slade en Gramercy Park.

Pero Chadwick no le ha hecho a Buchan ninguna promesa de guardar el secreto. ¿Acaso podía él negar lo ocurrido en Rosebank si la desagradable verdad acababa saliendo a la luz? Seguro que un compañero de profesión, un abogado, no estaba pidiéndole que encubriera una cosa así. Y en cuanto a Lucy Pratt, sí, claro, ahora vivían bajo el mismo techo, pero él no era el guardián de su prima. Si ella era tan insensata como para manchar su propia reputación y la de toda la familia, ¿se podría acusar a Chadwick de ser el responsable? Después de todo, Lucy era mayor de edad desde hacía bastante tiempo, y responsable de sus actos. Lo único que Chadwick esperaba era que ella se diera cuenta de que, si el escándalo se hacía público, él no podría seguir relacionándose con ella de ninguna manera.

—Pero, ¿qué le hace suponer, ni por un momento, que ella —o cualquier otra persona— desea revelar esa historia? —le ha preguntado Chadwick—. Ciertamente, la señorita Pratt no desearía airear esos trapos sucios en público, especialmente cuando su familia está involucrada.

—Tal vez estoy siendo prudente hasta el exceso —le ha respondido Buchan—, pero tengo que pensar en el bienestar de mi cliente..., y cualquier persona, hombre o mujer, que se siente utilizada de mala manera puede no mostrarse del todo sensato cuando desea hacer daño a las personas que le han hecho daño a ella.

Los dos hombres se han mirado, ambos perfectamente conscientes de lo que el otro ha querido decir, y conscientes también de que los dos lo han entendido perfectamente.

—¿Cree usted —ha preguntado Buchan, con una delicadeza que ha admirado a Chadwick, tratándose, como se trataba, de dos profesionales— que a la señorita Pratt podría persuadírsele para guardar silencio? Digamos que con un... regalo para terminar de convencerla?

—No soy quién para hablar en su nombre, claro está —ha respondido Chadwick, con una dicha inmensa—, pero ¿qué tipo de regalo le parecería a usted lo bastante convincente?

En este punto, Buchan también se ha mostrado prudente.

—Eso habría que verlo. Mi cliente, como sabe, es un hombre de economía desahogada. No tan rico, claro, como era el señor Slade —muy

pocos lo son—, pero está dispuesto a ser más que generoso para asegurarse la discreción de la señorita Pratt.

—Por favor, permítame que consulte su propuesta, señor Buchan.

Entonces Chadwick se ha levantado, poniendo punto final a su encuentro.

—Tiene que darme tiempo para considerar lo que me ha dicho y para pensar en la mejor manera de plantearle un tema tan delicado a la señorita Pratt. Si conoce como dice el trágico episodio de Rosebank, no me cabe duda de que entenderá que se muestre muy sensible cuando se le menciona el nombre de la esposa de su cliente. Me hará falta mucho tacto, y tal vez me lleve cierto tiempo. ¿Podríamos reunirnos, digamos, dentro de una semana?

Eso los llevará casi a mediados de octubre. El tiempo, por supuesto, juega a su favor, y será una lástima que al final, a pesar de sus más denodados esfuerzos, no consiga extraer de Lucy una promesa de mantenerse en silencio, ni ahora ni en el futuro. Pero, con todo, será de lo más divertido saber, dentro de una semana, cuánto está dispuesto a pagar el tenor por una seguridad que nunca logrará comprar.

Es culpa de la niña, claro, suya y de nadie más. Alfieri acabará comprendiéndolo pronto. De no ser por ella, podría haber seguido cantando toda la vida. Y es que es igual que su madre, aunque no tanto, pues carece incluso de las dotes musicales de ésta, que tanto cautivaron a Henry Slade. No, el único talento que Clara comparte con su madre se encuentra entre sus piernas, un talento que seguramente ya le demostró a Alfieri la primera vez que se vieron. ¿Qué si no habría cautivado a un hombre como él tan totalmente, tan rápidamente?

Igual que su madre... que se deshacía por complacer a los hombres, siempre dispuesta a levantarse las faldas, siempre presta a olfatear el dinero. Había revoloteado y canturreado en torno a Henry desde el momento en que se conocieron. Le dedicaba unas increíbles caídas de ojos tenía unos pechos preciosos y duros —Chadwick estaba presente, la había visto—, y Henry, el muy tonto, el cazador de prostitutas, lo bastante mayor como para ser su padre, había caído en sus redes.

Estaba segura de que se casaría con ella, y él estaba tan encaprichado que lo habría hecho. ¿Qué le importaba que los demás fueran a hacerles el vacío, que tuvieran que vivir como leprosos, despreciados por todos, encerrados entre las cuatro paredes de la casa de Gramercy Park? Se tendrían el uno al otro —le había dicho Henry—, viajarían. A él le había ido bien durante la guerra, con la especulación y la venta de ropa barata, y después de la guerra aún mejor, porque había invertido en minas, ferrocarriles e industria naval. Tenía bastante dinero como para que ellos y sus hijos pudieran vivir muy bien varias vidas...

Pero, ¿quién le había hecho ganar aquel dinero? ¿Quién había sido el cerebro en la sombra, quién había cerrado los tratos, quién había sellado las alianzas, quién se había deshecho de sus enemigos? ¿Creía de verdad Henry que él —Chadwick— iba a aprobar aquel matrimonio? ¿Qué se sentaría tan tranquilo y dejaría que la fortuna que él había amasado con tanto esfuerzo se desperdiciara en manos de una puta judía que llevaba una hija bastarda en el vientre?

Aquella fortuna era obra de toda una vida, su obra. Tenía veintiún años cuando conoció a Henry. Thaddeus Chadwick, de una de las familias más antiguas de Nueva York, de muy rancio abolengo —pura sangre inglesa y holandesa— y poco más. Su madre había aportado una fortuna considerable al matrimonio, pero cuando Chadwick tenía diez años, de esa fortuna no quedaba nada. Recuerda perfectamente el disparo que se oyó en el jardín de atrás de la casa, de los gritos de su madre. Aquel suicidio fue el único éxito completo en la vida inútil de su padre, éxito impecable, además, pues escogió el exterior de la casa, y no el interior, como escenario para apretar el gatillo.

Pero la familia materna no iba a permitir que los de su misma sangre se murieran de hambre; no, los habían socorrido... con el proverbial óbolo a la viuda, obligando a ésta a mantener las apariencias por el bien de la familia, mientras la condenaban a ella y a su hijo a una pobreza revestida de buen gusto. Chadwick había mamado tanto orgullo que fue con él, y no con los guisos de patatas, despojos y pan frito que su madre le preparaba, con lo que se llenó la barriga. Ella murió cuando él tenía dieciséis años, y se había tenido que tragar el poco orgullo que le quedaba pidiéndole a su tío que le ayudara con sus estudios en la Universidad de Columbia, ayuda que sólo se le concedió cuando él aceptó trabajar de pasante en el bufete del abogado de éste, como modo de pagar —y con intereses— el préstamo mientras completaba su formación.

Pero tragarse el orgullo también es una forma de alimentarse, y aquello a él le sirvió de mucho. Se licenció *summa cum laude* en tres años, a pesar de trabajar cincuenta horas a la semana para su jefe, y un año más tarde ya había pagado el préstamo y empezó a ignorar a su familia materna. Hace cuarenta y tres años que no ha hablado con ninguno de ellos.

El curso de sus pensamientos se interrumpe brevemente por el estruendo que proviene del cruce con Fulton Street. El carro de un trapeero ha perdido una rueda y se ha encallado en una alcantarilla, tirando enormes cantidades de ropa vieja al suelo adoquinado. Esa confluencia, ya de suyo intransitable, se ha convertido en un caos de tranvías, coches de caballos y carromatos, todos entrelazados y formando una masa impenetrable de animales que intentan dar marcha atrás y de hombres que gritan, maldicen y empujan. El conductor del carro, sin sombrero bajo la lluvia, está de pie y mira los montones de ropa vieja y empapada, lamentándose y dando puñetazos al carro cojo. Chadwick se abre paso entre el desorden, indiferente a lo que ocurre.

Tras pagar el préstamo se fue a Europa con uno de sus profesores y la poco agraciada hija de éste, para conocer las grandes ciudades del Viejo Continente. Intenta recordar, sin éxito, el nombre de su profesor y el de su hija, y ese hiato en la memoria le irrita un poco, aunque en realidad no hay motivo para que los recuerde después de tanto tiempo. Hace más de treinta años, como mínimo, que no piensa en ninguno de los dos; es la primera vez que lo hace en todo este tiempo. Se suponía que iba a casarse con aquella joven —que tenía veinticinco años, cuatro más que él—, una manera de compensar al padre por su apoyo durante la carrera y por haberle introducido en uno de los mejores bufetes de la ciudad..., pero a los tres meses de emprender el viaje, en Venecia, Henry Slade se había cruzado en su camino, y Chadwick, sin perder un minuto, había dejado a su prometida y a su padre en busca de un futuro mucho más prometedor.

Había conocido a Henry en un prostíbulo de lujo del Gran Canal. Henry, que viajaba con amigos, estaba solo aquella noche, y probaba suerte en las mesas de juego mientras sus compañeros, en el piso de arriba, disfrutaban de las diversiones horizontales que ofrecía la casa. Chadwick le había visto perder una pequeña fortuna en la ruleta, encogerse de hombros y perder otra a las cartas al cabo de un instante. Entonces había decidido presentarse, ya que los dos eran estadounidenses, y le invitó a una copa. Cinco horas después, mientras ayudaba a su ebrio compatriota a mantener el equilibrio aquel amanecer veneciano, Chadwick había aceptado la oferta de Henry de contratarlo para administrarle los gastos y prevenir así más pérdidas como la de aquella noche.

Volvió de inmediato al hotel para hacer el equipaje y anunciar su deserción al profesor y a su hija mientras desayunaban. Tal vez no recuerde sus nombres, pero la desesperación en los ojos de la chica, al ver que su prometido se disponía a irse con Henry Slade y sus amigos, le ha acompañado durante años. Las lágrimas no contribuían a mejorar su aspecto físico. Chadwick sonríe para sus adentros. El matrimonio que tanto anhelaba ella tampoco le sirvió de mucho. Un conocido común al que se encontró en París unos cinco años más tarde le informó de que su padre se había salido con la suya al fin y le había conseguido a otro alumno como novio. Con aquel sí había hecho realidad su sueño de casarse, pero había fallecido al dar a luz a un niño muerto diez meses después de la boda.

La moraleja de todo aquello era que Dios tiene un sentido del humor de lo más cáustico, si es que uno cree en él. Y si no, como es su caso —

pues ha visto demasiados ejemplos en su vida del gran agujero negro que se abre en el corazón del universo—, la moraleja es que «el que viaja solo llega más lejos».

Las cargas familiares matan. No hay más que echar un vistazo alrededor. Ahí está la hija sin nombre del profesor sin nombre, tan ansiosa por formar una familia y muerta a los veintiocho años, junto con su hijo.

Y podría citar muchos otros casos. Edward Fauvell, sin ir más lejos, un hombre de gran educación y carrera distinguida, y que pudo haber dedicado su exilio en Rosebank a iniciar alguna otra empresa y resurgir, como el ave Fénix, de las cenizas de la primera. Pero Fauvell había tenido también sus lastres familiares, y el último de ellos había sido su ruina. Bueno, ella era igualita que su madre; Chadwick estaba seguro de que en todos sus años al frente de una institución que se dedicaba a educar a niñas pequeñas, Fauvell nunca se había encontrado con ninguna mejor dotada que Clara. Al recordar al director con los sesos reventados contra la pared sucia y totalmente cubierto por las moscas, hace un gesto de asco con los labios. Un final brusco, es cierto, aunque al menos había muerto satisfecho.

Henry Slade. Henry habría formado una familia de buen grado, si Chadwick no le hubiera convencido de lo perverso y vergonzante de aquella unión. El matrimonio estaba fuera de toda consideración. Pero es que incluso mantenerla como amante en algún lugar remoto en el que pudiera criar a su retoño —y seguro que no sería el único, porque lo cierto es que había demostrado una fecundidad repugnante— era algo así como invitar al desastre. No había que olvidar a su familia de nariz aguileña. A ellos no les podía ocultar siempre el paradero de su hija. Una vez que dieran con ella, ¿qué les impediría caer sobre Henry con las manos extendidas, buscando algún tipo de compensación por la ruina en que éste había dejado a la niña?

Aún peor. ¿Qué podría impedir que ellos, que como todos los de su especie eran unos usureros, se beneficiaran de su contacto con él —por más ilícito e informal que fuera— para intentar obtener préstamos de banqueros respetables, hombres a los que Henry conocía, cuyos hogares frecuentaba, en cuyas mesas cenaba y cuyas esposas e hijas imprimían tono a la alta sociedad?

¿Cuánto tiempo pasaría, entonces, antes de que a Henry se le cerraran las puertas de esa sociedad, antes de que su apellido dejara de sonar en los labios de los miembros más distinguidos de su ciudad...? Slade, un apellido que había resonado en Nueva York desde la época de la colonia. Un antepasado de Henry había ocupado un puesto en el consejo del gobernador real de Nueva York en tiempos de Jorge II. Por una niña que se le había entregado con tal rapidez que incluso a él debía quedarle claro que su único interés era su dinero, ¿iba Henry a arriesgarse a perder el nombre y la posición que ocupaba en la sociedad?

Aparentemente, no. Henry había partido con un destino que Chadwick no había querido conocer, y le había tocado a él —a Chadwick— reunirse con aquella mujerzuela para comunicarle el cambio de planes de su amante y el fin de su romance. Un fin que él administró con justicia. Porque si cuando ella había acudido a Henry lo había hecho sin nada más que la ropa que llevaba puesta, Chadwick la echó aquella misma tarde en las mismas condiciones —excepto por la hinchazón del vientre, claro—, pero con la promesa de una cantidad de dinero que recibiría cada mes a cuenta de su silencio, una cantidad que bastaría para mantener a todos los suyos holgadamente, y con la amenaza, que ella sin duda creyó, de interrumpir los pagos si a cualquier miembro de su familia se le ocurría chantajear o molestar a Henry y aguardar con fruición el momento en que su familia la echara a la calle.

«¿Qué le pasaría a ella entonces?», le había preguntado él. Claro que podría seguir valiéndose de su cuerpo y de su voz —las dos cosas que casi le habían servido para hacer fortuna— para alimentar a su hijo; claro que podría cantar por las esquinas de Bowery y en los locales del muelle... durante un tiempo. Pero pronto se daría cuenta de que para eso también tenía que dejar que la besaran y que le metieran la mano por el corpiño, y beber un poco. En el fondo, los marineros y los obreros no son tan distintos de los millonarios; la diferencia es que casi nunca se lavan y que son muchos más. Seguramente que sus nuevos dueños apestarían y le provocarían picores pero, igual que Henry, exigirían bastante más que cuatro arrumacos. Querrían sacar el máximo partido a un dinero que tanto les costaba ganar.

¿Cuánto tiempo tardaría en dejar de cantar? Si podía ganar mucho más a la manera tradicional, una manera que tan bien había llegado a dominar. Él no le daba más de seis meses. Para entonces ya estaría levantándose las faldas en los callejones oscuros, porque tendría que comprarse su dosis diaria de ginebra con que entrar en calor, o apoyada contra algún muro del puerto con las piernas muy separadas, porque tendría que pagarse la comida de aquel día.

Claro que en su caso aún le quedaba una alternativa, más allá de la de patear las calles o la de vivir enterrada en vida en casa de sus padres; y él se la había ofrecido abiertamente, seguro de que no podría rechazarla. Después de lo de Henry, era un plato de segunda mesa, y además judía, pero aún embarazada de aquel bastardo seguía siendo bonita...

La lluvia cae con fuerza, oblicuamente, y el ejército de hombres que avanzan hacia el norte de la ciudad ha menguado. Muchos han llegado ya a sus casas, otros se han montado en unos tranvías ya abarrotados o en los escasos coches de punto que quedan libres, para escapar a la lluvia. Chadwick sigue andando, y la lluvia cae como latigazos sobre el ala del sombrero y le salpica los lentes.

Ella le había escupido en la cara, en los ojos. La saliva se le había quedado pegada a los cristales de sus lentes, dejándolo ciego, y había tenido que quitárselos, buscando a tientas el pañuelo para secarse la frente y las mejillas; y mientras se limpiaba el producto de su desprecio, ella se había dado media vuelta y había salido de la mansión de su amante para tomar el carruaje que la esperaba en la esquina y con el que iba a regresar, triste, con su familia. No lo miró ni una vez durante todo el trayecto, ni volvió a pronunciar palabra alguna. Incluso rechazó la mano que él le tendió para ayudarla a bajar, al llegar a su destino, y desequilibrada por el peso de la barriga, tropezó y estuvo a punto de caerse. Pero se incorporó enseguida y entró en su casa a toda prisa, no como una ramera, sino más bien como una duquesa. Cerró la puerta con estruendo y quedó atrapada dentro.

Eso él no lo ha olvidado. No se ha permitido olvidarlo. Han pasado veinte años, pero aún lo recuerda. En eso se parece bastante a Lucy Pratt. Los dos son, en ese sentido, unos rencorosos exquisitos, pacientes en su venganza. El objeto de ésta es lo de menos; lo que importa es que alguien sufra. Después de todo, la mujer se había marchado hacía ya ocho años cuando él le entregó su hija a Fauvell para su diversión..., y así, finalmente, le hizo pagar por su arrogancia.

Cuando Fauvell acabó como acabó, Chadwick había visto al momento adónde podría conducirlo aquella muerte... *carpe diem* había sido siempre su credo, disfruta del presente. La madre lo había rechazado, pero si era listo, la hija podría ser suya, y la fortuna de Henry, de paso. Y así, él —Chadwick— vencería al final sobre los dos. ¿Por qué no? Era él quien movía todos los hilos, como un experto titiritero. ¿Acaso había alguien que pudiera detenerle?

De pronto, en su memoria, surge el teatro de la ópera de Filadelfia. El griterío y la aclamación de la enfervorecida multitud y esa única figura de pie en el escenario, sonriendo mientras los ramos de flores caen suavemente sobre él y se posan a sus pies, como si en este mundo nada pudiera hacerle daño..., y un espasmo de ira le recorre todo el cuerpo, tan fuerte que lo siente ascender por la garganta y latirle en las sienas. Se detiene un instante y se apoya en una farola. Levanta la cara hasta que el golpe del viento y la lluvia le calma de nuevo y puede seguir avanzando.

Al pie de las escaleras, alza la vista y ve la gran silueta de Lucy recortada contra la ventana de la sala. Ya es hora de soltar los galgos. No hay nadie invencible. Levanta una mano, la saluda y empieza a subir la escalera.

Es sábado, seis de octubre, y Union Square al mediodía es una isla de árboles dorados contra un cielo azul radiante. Dos hombres bien vestidos comparten banco bajo las hojas, y no atraen sino alguna breve mirada de los que, a la hora del almuerzo, pasan por allí, aunque el tema del que tratan parece ser muy triste. El joven rubio escucha a su compañero, moreno y de más edad, con la cabeza gacha y los ojos cerrados, como si le doliera lo que oye. El que habla no mira ni un momento el rostro del hombre más joven; e incluso después de terminar su exposición, los dos se quedan allí sentados, en silencio, el uno al lado del otro, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Tras esa pausa, el caballero moreno vuelve a hablar.

—Eres y has sido mi mejor amigo, Stafford, y quería, antes que nada, que conocieras la verdad. Pero ya me he reunido con Buchan esta mañana. Él fue a ver a Chadwick ayer, dándole a entender que era a Lucy Pratt a quien queríamos mantener en silencio. Le ofreció dinero, y Chadwick dijo que lo consultaría con Lucy y que nos daría alguna respuesta en el plazo de una semana; pero Daniel y yo sabemos, incluso antes de que nos respondan, que no tenemos ninguna salida. Nuestra posición es indefendible, y juntos, Daniel y yo hemos ideado un plan — me temo que no es muy bueno, pero es el único posible — y yo quería que entendieras por qué hago lo que estoy a punto de hacer.

»Y también quería advertirte de que las personas más cercanas a mí sufrirán cuando se divulgue la historia de Clara: eso no hace falta ni que te lo diga; por eso te he pedido que nos reuniéramos aquí, donde nadie se fija en nosotros, y no en tu club ni en casa de tu padre. Tal vez quieras empezar a distanciarte de mí. Si decidieras hacerlo, lo entendería perfectamente.

Dyckman levanta la cabeza.

—¿Ah, sí? Pues yo no, Mario. Si puedo ayudarte de alguna manera —en lo que sea—, sólo tienes que pedírmelo.

Alfieri esboza una ligerísima sonrisa.

—*Amico*, últimamente he sufrido bastante. Pero conocerte a ti hace que todo esto sea más fácil de soportar.

Como siempre, Stafford se ruboriza, pero sus ojos, llenos de preocupación, vuelven pronto a fijarse en su amigo. Si hubiera oído la historia que Mario acaba de contarle de los labios de otra persona, Stafford le habría reprendido y acusado de mentiroso inmundo. Pero es Mario quien se la ha contado, y por tanto tiene que ser cierta.

En este momento, en la mente de Dyckman se combinan dos imágenes discordes, irreconciliables: la Clara que él conoce, la de sonrisa tímida y alegres carcajadas, la que apoya la cabeza en el hombro de Mario, que le pasa el brazo por la espalda; y la niña que fue, tirada en el suelo junto al cadáver de su amante, en una habitación con las paredes manchadas de sangre (Dios mío, ¿cómo soporta Mario saber algo así?), y Dyckman se resiste, se siente asqueado, le asusta no ser capaz de volver a mirarla otra vez sin ver todo ese horror...; y si él, que los ama a los dos, no consigue librarse de esa terrible visión, ¿qué no hará el resto del mundo?

El resto del mundo los crucificará a los dos, al marido y a la mujer.

—Mario, ¿no puedes luchar contra todo esto? ¿No puedes impedir que se sepa?

—¿Cómo?

—No lo sé, tiene que haber algún modo.

—¿Ah, sí? Dime tú cuál, y te haré caso, Stafford. Créeme, Buchan y yo hemos intentado buscar la manera. Pero, aparte de matar sin más a Chadwick —algo que, lo admito sin reparos, se me ha pasado más de una vez por la cabeza—, ¿cómo podemos detenerlo?

El joven se queda un rato pensando en alguna solución, pero no se le ocurre ninguna y asiente con la cabeza, desolado.

—Entonces, ¿cuál es tu plan?

Alfieri lo mira con calma.

—Escaparnos.

—¿No!

—Ya está todo arreglado, Stafford, y es lo mejor que podemos hacer. Clara y yo iremos a bordo del *Columbia* cuando zarpe el día quince rumbo a Inglaterra. Los empleados de Daniel se están ocupando de todos los detalles del viaje, y Buchan se está encargando personalmente de poner los obstáculos legales necesarios para hacernos ganar algo de tiempo. Pasaremos unos días en Londres para solucionar unos asuntos financieros, y luego nos iremos a casa, a Florencia. Ya no volveré a irme nunca más de allí.

Dyckman lo mira sin decir nada. Alfieri responde a su silencio.

—Créeme, no tengo alternativa. Ya he escrito mi carta de renuncia al señor Grau en la que le cuento que la salud de Clara es demasiado frágil como para soportar un invierno en Nueva York, que su vida corre peligro, y que varios doctores me han recomendado que la lleve a algún lugar de clima más cálido. No se la haré llegar hasta el último momento, para no darle tiempo a emprender acciones legales que me detengan aquí. La próxima semana acudiré a los ensayos como si no pasara nada. Y el lunes, quince de octubre, justo antes de zarpar, iré a ver al señor Grau y le entregaré la carta personalmente. Será el final.

Dyckman recupera al fin la voz.

—El final, sí. El final de todo.

—¿Crees que hago mal? —le pregunta el tenor, que mira a su amigo y sufre por la angustia que le está haciendo pasar—. Stafford, si fuera yo solo, si lo que fuera a hacerse público me afectara sólo a mí..., me daría igual, no me importaría, dejaría que Chadwick me hiciera todo el daño que quisiera. Pero mi esposa, Stafford, ha sufrido tanto ya, demasiado para una persona tan joven. Quedarse implica que habrá de oír a personas que no le llegan ni a la suela del zapato decir de ella las cosas más abyectas que se pueden decir de una mujer. No importa cuánto intente protegerla yo, esas porquerías encuentran siempre la manera de abrirse camino. Una palabra aparentemente casual, una carta anónima..., la página de un periódico de sucesos que se usa para envolver el pescado, Dios santo.

»¿Le harías algo así a alguien a quien quisieras? ¿Retenerla aquí, hacerle saber que su agonía se ha convertido en un chiste sucio que va en

boca de todo el mundo? ¿Podrías soportar la vergüenza en su mirada? No. Yo tampoco. Por eso tenemos que irnos de aquí. No hay temporada de ópera en todo el mundo que merezca tanto dolor. —Mario vuelve a sonreír con amargura—. Ni siquiera la de Nueva York.

—¿Y todas las temporadas futuras? Mario, tu carrera...

—Está acabada. —Apoya la mano en el brazo de su amigo—. Está acabada, Stafford *finita*. Si mis instrucciones llegan a tiempo a mi padre, y si él puede actuar con bastante diligencia, la mayor parte de lo que ahora poseo dejará pronto de ser mío y pasará a propiedad de mis hermanos y hermanas o se venderá, repartiéndose el dinero resultante entre ellos. Si no, todos seremos más pobres. Sea como sea, tendré que aprender a vivir de la caridad. —Se pone de pie—. Y, en cualquier caso, Chadwick se ha salido con la suya.

Dyckman también se levanta.

—¿Sabe Clara algo de todo esto?

—¡No! ¡Y no tiene que saberlo! ¡Lo prohíbo! Ni la verdadera razón de nuestra partida, ni las consecuencias que tendrá para mí. —Hace una pausa y baja la voz—. Le diré lo mismo que al señor Grau..., que vamos a Italia por su salud. Y si me pregunta por mis obligaciones, le juraré que no hay de qué preocuparse, porque Maurice Grau dispone de muchos otros tenores, todos ellos más que dispuestos a sustituirme, y que no hará falta suspender ninguna representación. —Sonríe por última vez, y de nuevo es una sonrisa triste—. Eso, tú y yo lo sabemos, es verdad.

—Pero ninguno de ellos será Alfieri —replica Dyckman.

El tenor le mira con afecto.

—Siempre has tenido una gran fe en mí, Stafford, pero no debes tomártelo tan a pecho. A ellos también hay que darles una oportunidad. Ni siquiera Alfieri ha sido siempre Alfieri.

Ya tendría que haberse imaginado que acabaría teniendo que consolar a su amigo. Parece que las cosas siempre son así; los mayores consuelan a los más jóvenes, que aún no han aprendido que «lo que debería ser» con demasiada frecuencia no acaba convirtiéndose en «lo que es» y que el bien no siempre triunfa.

—No estés triste, esto tenía que acabarse alguna vez. Durante veinte años he tenido lo que la mayoría de hombres sólo sueñan con tener. Dios sabrá por qué me envía todo esto, Stafford, y es mejor retirarse mientras aún cuentas con el favor del público.

Llega a casa a la una y sube los escalones que le separan de la puerta con una gran sensación de alivio. Está exhausto, pero aún no ha llegado al punto del colapso. La inmensa fuerza, la energía que siempre le ha acompañado, no le ha abandonado todavía, gracias a Dios. Durante el último mes, las ha necesitado más que nunca, y siguen haciéndole falta. Pero al menos ahora ya ha pasado lo peor, eso es seguro. ¿Cuál de las dos agonías habrá sido peor para Clara? ¿El miedo a la reacción de su marido al enterarse de la verdad? ¿El miedo a Lucy Pratt y a sus ansias de venganza...? Bueno, ninguna de las dos cosas importan ya. Ella le ha contado su historia y ahora sabe que él no ha cambiado, que no ha cambiado el amor que siente por ella. Clara ha dejado de cargar con la cruz de su pasado para siempre. Y, una vez a bordo, cuando Lucy Pratt y su amenaza de venganza vayan haciéndose más pequeñas con cada milla, Clara empezará a curarse. Mañana, los criados volverán a sacar del desván los baúles que vaciaron hace sólo dos días y empezarán a hacer de nuevo el equipaje. La semana que falta para zarpar les da tiempo suficiente para arreglarlo todo.

¿Y el resto? No echará de menos Nueva York. Ha pasado tan poco tiempo en la ciudad —poco más de un mes en total— que no ha llegado a sentir nada muy especial por ella, aunque en su recuerdo siempre quedará como el lugar donde conoció a su esposa. Pero sí añorará la casa, con su aire sencillo a matrimonio, con la discreta realidad de un hombre que no es él; el desayuno y el periódico matutino, la mujer al otro lado de la mesa sirviendo café; el volver a casa por la noche, a la hora de la cena, la charla tranquila al terminar el día, cuando los niños ya están acostados; enterarse de las novedades de la familia y de los gastos de la casa, comentar las perspectivas de promoción en la empresa...

Un tipo de vida que ni ha conocido ni conocerá, aunque el contacto fugaz que ha tenido con él ha alterado para siempre la opinión que tenía de los hombres corrientes y de sus vidas rutinarias.

Más allá de eso, no tiene ningún reproche que hacer, ni uno solo. Al sacarse las llaves del bolsillo, sonríe para sus adentros: la mayoría de la gente pensará que se ha vuelto loco, o simplemente no se lo creerán. Muchos sentirán lástima por él —encadenado a la mujer que le ha arrumado la vida—, y muchos más se regodearán en su desgracia. Sólo unos pocos se molestarán en conocer la verdad, en entender que al final ha encontrado aquello en lo que durante tanto tiempo había soñado.

Las llaves campanillean en la cerradura. Cegado por la luz radiante del otoño, entra sin ver nada en el vestíbulo en penumbra, y Gennarinc aparece a su lado como por arte de magia para ayudarle con el sombrero, los guantes y el abrigo.

«Sí, la señora está despierta; se ha levantado a eso de las once. Sí, ha desayunado, aunque como siempre no ha comido casi nada. Se ha sentido indispuesta después de levantarse, y otra vez una hora más tarde, después de tomar el té. ¿Y ahora? Ahora está tomando el sol en la parte de atrás, en esa especie de pañuelo de bolsillo que las gentes de ciudad llaman ridículamente jardín...»

El pequeño rectángulo de césped está flanqueado por una valla de madera pintada de verde oscuro, que proporciona un mínimo de privacidad contra los ojos de las casas vecinas, y los enrejados que la recubren están llenos de rosas tardías, rosadas y blancas. En una diminuta glorieta, medio oculta por rosales trepadores, y en la que apenas caben dos personas, está sentada Clara. Va envuelta en un grueso chal de lana para protegerse del aire frío de octubre y una manta le cubre el regazo y las piernas. Está tocada por un gorro de paja que se sostiene en su sitio gracias a una bufanda que lleva atada a la barbilla. Tiene los ojos cerrados y la cabeza erguida en dirección al sol, en un gesto que habla del triunfo de la esperanza sobre la razón, porque sus rayos, atrapados por el sombrero y por las hojas del rosal, no llegan ni a rozarla.

Margaret, que la arropa más con el chal, se aleja un poco para comprobar la eficacia de su arreglo, pero se incorpora al ver que Alfieri sale de la casa con el dedo índice apoyado en los labios. La criada sonríe y hace una reverencia, y cruzándose con su señor en el sendero, desaparece sin decir nada en el interior de la casa, dejando al tenor vía libre para observar la carita de su esposa levantada al sol de la tarde.

El cambio que se ha operado en ella ha sido sutil pero innegable. La contempla, entrecerrando los ojos, incapaz por unos instantes de determinar qué es lo que ha cambiado..., pero entonces se da cuenta de que, de repente, se ha hecho mayor; de que ahora está mirando a una mujer joven; enferma y terriblemente cansada, pero mujer al fin y al cabo. Tiene la piel casi transparente y muy pegada a los huesos, y aún lleva la pena escrita en los párpados hinchados y en la fina línea de los labios apretados, que parecen contener aún más dolor.

Dios santo, parece tan frágil, como si la respiración pudiera... Le acaricia la mejilla con los nudillos, y ella se agarrota, desconcertada, y abre los ojos.

—Creía que aún estarías dormida —le dice, sosteniéndole la mano—. De haber sabido que ibas a levantarte más temprano, habría venido antes. Tendría que haber estado contigo.

Ella le besa las manos, se las acerca a la cara.

—Tú siempre estás conmigo, incluso cuando no estás aquí.

Mario le deshace el ridículo tocado y deja caer el gorro sobre el césped para poder atraerla hacia sí al sentarse a su lado y dejar que ella le apoye la cabeza en el hombro.

—Amor mío —le dice él—. Tengo tantas cosas que contarte...

—Yo también —responde ella.

—Ah, pero es que mis noticias son de las grandes..., hay un gran cambio en nuestras vidas.

—Las mías también —insiste Clara—. Déjame que empiece yo.

Hay algo en su voz que le preocupa. No le ve la cara, sólo la coronilla. Le da un beso en el pelo.

—Sí, claro, como tú digas.

Pero ella tarda un rato en empezar. Desde que se ha despertado esta mañana, está intentando encontrar las palabras, pero no lo consigue. Es curioso, pero ahora que le iría bien llorar, las lágrimas han abandonado sus ojos. Es la primera vez que le sucede en años. Ya se le ha terminado el llanto. Pero las palabras..., las palabras tampoco llegan.

Mario aguarda. No es esta la espera vacilante de la confesión, la reticencia a confesar lo inconfesable; este es un silencio distinto. Y de pronto tiene miedo.

—Amor mío —le dice —, ¿qué te pasa?

—Nada, es que no encuentro las palabras adecuadas —le responde ella levantando la vista—. Llevo pensando desde ayer en lo que ha pasado, y en lo que he permitido que pasara desde entonces, y en lo que debo hacer. Te traicioné al casarme contigo sin haberte dicho la verdad. Y sólo hay una manera de intentar arreglarlo. Tengo que dejarte.

En la cabeza de Mario surge un pitido extraño, y él se pregunta si de pronto se ha vuelto sordo o si ha oído bien.

—¿Por qué? —pregunta tontamente, medio sorprendido de oír su propia voz—. ¿Por qué?

—Porque te quiero —es su respuesta—. Más que a nada en este mundo. Mucho más que a mí misma. Sería capaz de morir por ti.

Mario la oye, pero no entiende; será que ha perdido la razón en el trayecto de la casa al jardín.

—¿Y me abandonarías porque me quieres?

—No es que quiera. Es que tengo que hacerlo. Y no sólo para expiar mis culpas. Hay otras razones. Yo nunca podré traerte más que desgracias, Mario.

—¡No digas eso!

—O algo peor.

—¿Peor? —Sigue sin entender—. ¿Qué podría ser peor que perderte?

—Morir.

Alfieri la mira fijamente.

—Temo por ti, por tu vida. Lucy Pratt está loca. Quiere terminar lo que empezó en el cobertizo..., quiere verme muerta. Y si tú intentas protegerme, si te interpones en su camino, tú también morirás, como Tommy. Por eso tengo que dejarte. Para salvarte... Ayúdame, Mario ayúdame a salvarte..., deja que me vaya. Si me voy, no te hará daño.

Mario estudia el rostro de su esposa y abre lentamente los ojos.

—¿Quieres que te envíe a lo que, según tú, es una muerte segura? ¿Tú crees que voy a consentir en algo así? ¿Qué para salvar mi vida voy a permitir que tú pierdas la tuya? —Se ríe, incrédulo—. Dios mío, Clara, creo que estás tan loca como ella. ¿Es que piensas que no me has amenazado nunca? ¿Para qué crees que está aquí Gennarino? Ahora que me lo has contado, no permitiré que estés nunca fuera de mi vista, ni de la suya.

¡Absurdo! ¡Cómico...! ¡La heroicidad falsa, impulsiva y poco práctica de una niña! ¿Y a él le ha parecido que se ha hecho mayor? Intenta calmarse. Pero ese último mes atroz y agónico, su ruina inminente, los complicados y cuidadosos planes que ha hecho con Buchan para mantenerla a salvo..., la montaña empinada de sus preocupaciones, cada vez más monstruosa, se ha ido acumulando desde hace días. Y esta es la piedra que provoca el desprendimiento, eso es más de lo que puede soportar.

—¿Me crees tan mezquino como para aceptar algo así? —le pregunta de pronto, blanco de ira—. ¿Tan inútil que no soy capaz de cuidar de mi propia esposa, de mantenerla alejada del daño que puedan querer hacerle? ¿O es que crees que sólo tu director de escuela sería capaz de sacrificarse por ti?

Ante su estallido de cólera, Clara se hace más pequeña y grita:

—¡Pero es que yo no quiero que te sacrifiques por mí! No quiero que nadie más muera por mí. ¡Y tú, menos que nadie! ¿Es que no lo entiendes? ¿Crees que quiero dejarte? Lo hago por ti, Mario..., por nosotros..., para alejarte del mal y para pagar por lo que he hecho.

—¡Ya es bastante!

En el silencio súbito que se crea, hay ventanas que se abren en algunas de las casas vecinas, y hasta una cabeza llega a asomarse por una de ellas,—Aquí no —dice él—. Aquí puede oírse media ciudad.

Le toma la mano y ella se levanta. Atraviesan el césped, entran en la casa, suben la escalera y entran en la sala del primer piso. Una vez dentro, Mario cierra las puertas con gran estrépito, ignorando la cara de desconcierto de Peters, que se encuentra en el rellano.

Se gira para mirarla.

—Entiéndeme —prosigue con voz alterada—. Durante el último mes sí que he tenido miedo. ¡Sí! ¡Miedo! Tanto terror como tú, Clara, miedo de perderte a causa de alguna enfermedad que nadie supiera diagnosticar, y ya estoy harto, estoy harto de tener miedo. Y ayer mismo vine a enterarme de que la verdadera causa de tu enfermedad era el miedo, de que parece que al final no vas a morirte, y ahora, ¡ahora vas y me dices que tienes que abandonarme!

»¿Y esperas que te deje ir? —le pregunta, temblando de ira—. ¿Que deje que te vayas, así, sin más? Mario tiene tanta paciencia, seguro que entenderá que lo hago por él, que es por su bien. Mario hará cualquier cosa que yo le pida, incluso permitir que destruya las vidas de los dos. ¡Pues no! Mario se niega a sufrir porque tú te niegues a perdonarte por un crimen que no cometiste jamás. ¡Esto es lo que digo! ¡Ya basta de culpa, deja de culparte a ti misma! Desde nuestra noche de bodas, la culpa no ha hecho más que hacernos desgraciados. ¿Quieres hacerte perdonar, Clara? ¿Por qué? ¿Qué es lo que has hecho que necesite tal expiación? ¡Nada! ¡Óyeme bien!

»Te convertiste en la amante de un hombre, una cosa horrible. Tú no tenías ni once años y él estaba en una posición de ventaja. ¿Cuál de los dos es culpable del pecado? Tú estabas sola e indefensa. Se aprovechó de tu edad, de tu inocencia, de tu necesidad de afecto. ¿Qué salida tenías tú, quieres decírmelo?

Ella está de pie y le mira de frente, sin miedo.

—Podría haberme negado. El no me habría forzado.

Alfieri se ríe, burlándose de sus palabras.

—¡No seas tan ingenua, cariño, no le hacía falta obligarte! Eso él lo sabía, aunque tú no te des cuenta —los ojos le brillan de rabia—. Ahora ya eres mayor, ya eres una mujer. Intenta entender lo que él era: un hombre amable y cortés que se llevaba a las niñas a la cama, experto en adivinar cuáles de ellas estaban más dispuestas, incluso anhelantes. ¡Dios mío! ¡Cómo debió relamerse cuando te vio sentada en la estación...! Como un zorro observando a un pajarillo al que han echado del nido.

Clara escucha, rígida. Tiene la cara muy roja, pero no se da la vuelta.

—Te tenía toda para él solo en aquella tierra baldía, sin nadie que se entrometiera, sin nadie que te advirtiera ni te protegiera. Y, lo mejor de todo, sin temer la interferencia de tu familia, ni tan siquiera una carta interesándose por tu estado de salud o por tus progresos con los estudios. ¿Y aun así dices que pudiste haberte negado?

—La decisión era mía. Y yo lo quise así.

—Aquello no tenía nada de decisión. Él te enseñó lo que tenías que querer —añade riendo, enloquecido, con los puños golpeando el aire, incapaz de creer que ella no entienda lo que le está diciendo—. ¡El pecado fue suyo, no tuyo!

—Pero él murió por mi culpa —grita ella, dando un pisotón en el suelo—. Estaba ahí por mí. —Se lleva la mano a la boca como para impedir que las palabras salgan de su boca, pero ya es demasiado tarde.

La ira se desvanece del rostro de Alfieri, y deja caer las manos a ambos lados del cuerpo.

—¿Es eso? —le pregunta—. ¿Crees de verdad que causaste su muerte? Pobrecita, mi niña, te das demasiada importancia, y asumes demasiada culpa. Tú le diste la idea, eso es todo. Él fue al cobertizo por orgullo. Estaba allí porque ya no podía controlar a Lucy, porque su hijastra le daba miedo, le hacía parecer débil y poco hombre a sus propios ojos y a los tuyos, y se le ocurrió castigarla de la única manera que sabía.

Se acerca a su mujer, la toma por los hombros, le sujeta la barbilla.

—Que no sucediera antes, que consiguiera vivir tanto tiempo como vivía, ese es el milagro de vuestra historia. Y, de no haber ocurrido cuando ocurrió, habría ocurrido cualquier otro día. Se habría hecho cada vez más despreocupado al hacerse mayor, menos precavido, menos ágil en las excusas y en los engaños. Alguien, algún día, algún padre enfurecido, algún hermano dispuesto a lavar el honor de su hermana... habría hecho lo que hizo Lucy.

Pero ella no se doblega, a pesar de todo el dolor.

—¡No! ¡Iba a llevarme con él! ¡A París!

—¿Aún sigues creyéndolo, *carni*? ¿Que tú eras la última? Te amaba, sí, y murió por ti. No por culpa tuya, sino por ti. Pero, ¿y si hubiera seguido viviendo, y si os hubierais escapado a París? ¿Qué habría pasado en dos o tres años, cuando tú hubieras crecido, cuando ya no fueras una niña? ¿Crees que, por más que lo intentara, habría conseguido cambiar sus inclinaciones de toda la vida, que empezaría a desear lo que no había deseado nunca antes?

Clara cierra los ojos.

—No, no, eso ya lo sabía yo. Sabía que..., pero no quería pensar —le dice, apoyándole la frente en el hombro.

Mario la rodea con sus brazos.

—No quiero volver a oírte decir que vas a abandonarme —le dice.

—No —responde ella levantando la cabeza—. Pero Lucy...

—Lucy Pratt ya no importa.

A su lado hay una butaca, la misma en la que Alfieri se durmió hace dos noches, y en la que despertó, inmerso en la tristeza. Conduce a su esposa hasta ella, se sienta y la sienta a ella en su regazo.

—¿Estás enfadado conmigo? —le pregunta Clara apoyando la cabeza en su hombro.

—Ya no.

—No quiero hacerte enfadar, ni que seas desgraciado. Te quiero tanto. Lo que te he dicho lo pienso. Sería capaz de morir por ti, igual que él murió por mí.

—Es que yo no quiero que mueras por mí. Quiero que vivas por mí. Te quiero siempre conmigo. Por eso vamos a irnos de aquí, tú y yo... para dejar atrás a todas las Lucys de este mundo, a un lugar donde no puedan volver a molestarnos más.

—¿De veras?

—De veras, amor mío.

—¿Cuando termine la temporada de ópera?

—No, mucho antes. En un par de semanas.

Clara levanta la cabeza para mirarle, pero Mario la devuelve a su posición anterior.

—Pero Mario, tu debut...

—He cancelado el debut. La temporada seguirá sin mí.

—Mario, por favor, no por mi culpa.

—Tranquila, mi amor. Déjame que te explique cómo es el lugar a donde vamos. Nuestra casa está en la ladera de una colina, y unos árboles le dan sombra. Está toda rodeada de un jardín cerrado. Los higos, los melocotones y las uvas negras maduran al sol. Por las tardes hace calor y es un sitio muy tranquilo. Las abejas, con sus zumbidos, crean una música que adormece, y es un buen momento para hacer una siesta. Pero las mañanas y las noches son frescas, y en esos momentos el aire es como el vino, y los pájaros cantan. Más allá de los muros del jardín, en el valle que se extiende a los pies de la casa, se divisa mi ciudad, que es como una joya en una copa, con sus cúpulas y sus torres y todas esas banderas altaneras que ondean al viento...

El señor Maurice Grau, director general de la Metropolitan Opera House ha puesto un coche de caballos muy elegante a disposición de Mario Alfieri, para todos sus desplazamientos desde su casa a los ensayos y desde los ensayos hasta su casa. Sin embargo, un cantante es un cantante. Y, llegue como llegue, lo cierto es que entra y sale del teatro por una puerta lateral. El lunes ocho de octubre Alfieri atraviesa esa discreta entrada para empezar los ensayos de la primera representación de la temporada, y es recibido por las aclamaciones de todo el personal de la casa —coro, cantantes de reparto, personajes secundarios, músicos, bailarines, tramoyistas, carpinteros, modistas, costureras, peluqueros— que, todos unidos, rinden homenaje al más grande tenor de su tiempo.

Mario reconoce a muchos de ellos y los saluda con afecto, aunque la mayoría de rostros son nuevos para él. De todos modos, no por eso se dirige a ellos con menos cortesía, y pasa una hora antes de que pueda restablecerse entre todos algo parecido al orden y el teatro pueda retomar su ritmo habitual. Aun así, los que ya conocen a Alfieri de otras ocasiones quedan impresionados al momento por dos aspectos que merecerían semanas enteras de comentario y discusión: en primer lugar, la sorpresa porque su acompañante de siempre, el ubicuo Gennarino, no esté a su lado por primera vez desde que se tiene constancia, y porque quien lo acompañe sea un criado nuevo, un tal Peters, que hace esfuerzos por mostrarse habituado a la locura que le rodea, aunque fracasa estrepitosamente en el intento; y, en segundo, el hecho de que el tenor, aunque elegante e impecable como siempre, parezca, a ojos de algunas personas que lo vieron en Londres apenas hace seis meses, diez años más viejo que entonces.

Un teatro de la ópera, al igual que cualquier comunidad pequeña y autosuficiente dedicada a un único propósito —como una escuela, un convento o un monasterio— es el caldo de cultivo ideal para el rumor, especialmente para el relacionado con asuntos trágicos. Así, en menos de una hora la historia ya va de boca en boca, y desde las escaleras hasta las bodegas, desde la puerta del escenario hasta el vestíbulo de mármol, se comenta que la joven esposa de Alfieri, enferma desde hace tiempo, como es sabido, está peor, a las puertas de la muerte. Que se haya ido de su lado en un momento tan crítico para cumplir con sus obligaciones es una muestra más de una dedicación que, junto a su talento artístico y la belleza sublime de su voz, lo han convertido en el más grande entre los grandes.

Alfieri sería, en este caso, el último interesado en desmentir todos esos rumores, porque contribuyen a difundir la idea que él quiere dar a conocer en unos días: que la salud de Clara es muy precaria y que tiene que trasladarse de inmediato a un lugar de clima más benigno. Además, en cierto sentido, lo que se dice es en parte cierto. Clara sigue enferma, aquejada de constantes náuseas, y sólo tolera alguna infusión y algún que otro bocado o una tostada. La certeza de que la enfermedad de su esposa está causada exclusivamente por el miedo que siente por Lucy Pratt empieza a tambalearse, y ahora se pregunta si un viaje transatlántico en pleno otoño, con sus probables temporales y la posibilidad más que cierta de sufrir mareos, no la hará sentirse peor, o si llegará a ser demasiado en su estado actual. También se preocupa de su obsesión por expiar las culpas del pasado, y esas ideas absurdas de que debe abandonarlo para asegurar su salvación. A pesar de su promesa sincera de abandonar esos pensamientos, ha encomendado a Gennarino la tarea exclusiva de vigilarla. Su misión, hasta que zarpen la próxima semana, será protegerla, no sólo de Lucy Pratt, sino también de sí misma, ante cualquier ocurrencia repentina de inmolarsse en el altar del sacrificio..., cosa que explica la presencia de Peters en los ensayos.

Si a todas estas preocupaciones añadimos la angustia que le provoca su engaño, su determinación en simular que va a iniciar los ensayos y las representaciones de una nueva temporada cuando en realidad ya no estará ahí dentro de una semana, traicionando no sólo al público anónimo sino a la gente que hoy mismo le ha brindado una bienvenida digna de un héroe, lo que sorprende es que sólo parezca diez años mayor que hace seis meses. El se siente como si hubiera envejecido veinte años de golpe.

Pero el deber es el deber. Así, consiente que le lleven a hacer una visita completa al teatro que habrá de ser su nuevo hogar profesional, y exhibe un cortés entusiasmo ante lo que le van mostrando. El Metropolitan, que tiene un aforo de tres mil personas, y es mucho mayor que el Covent Garden de Londres y la Opera de París, sólo tiene once años, y hace dos que ha sido remodelado, tras sufrir un incendio que redujo a cenizas el auditorio y supuso la cancelación de la temporada entera. Hoy es una maravilla esplendorosa en una ciudad que ha elevado la ostentación a unas cimas nunca antes imaginadas. Las hojas doradas brillan en motivos intrincados que cubren pilares y palcos; la enorme araña central, como una constelación de diamantes bajo el techo cuajado de molduras brillantes, ilumina un enorme proscenio que se abre en abanico. El terciopelo rojo de las butacas y los cortinajes no desmerecería en el castillo de Windsor ni en el palacio de Saint James.

Alfieri se fija en que los constructores han concentrado toda su atención en la parte frontal del teatro, dejando muy poco espacio atrás para las actividades, prosaicas pero esenciales, que los ocupantes de los palcos nunca ven, tales como espacio para los camarines, para el almacenaje, y el ensayo de las obras, o como el montaje de los decorados para cada representación, algo que se hace cada día, sacándolos de un almacén cercano y llevándolos hasta un callejón anexo al teatro, donde esperan hasta que les llegue el turno, expuestos a la lluvia y a la nieve porque, literalmente, no hay sitio dentro para guardarlos. Se da cuenta de todo, pero no dice nada. Esas estrecheces no son nuevas y se dan con frecuencia. Alfieri lo inspecciona todo con el aire complacido de un arzobispo que recorriera una nueva catedral; el propósito y la estructura son los mismos en todas las iglesias, y los servicios religiosos también serán muy parecidos; sólo la decoración cambia de un templo de devoción a otro.

Peters, mientras tanto, en el camarín que se ha destinado para uso exclusivo de Mario Alfieri, inspecciona el entorno más inmediato. El signor Gennarino, con una experiencia de más de veinte años en los teatros de ópera de toda Europa, ya le ha contado un poco lo que puede encontrarse. Por eso no se sorprende al descubrir las dimensiones más que modestas —por no decir miserables— del camarín, y su total —por no decir escandalosa— falta de comodidades. Un tocador, una silla y un espejo grande constituyen casi la totalidad del mobiliario. Otra silla, una mesa diminuta y una alcoba, separada por una cortina y que contiene un estrecho camastro, completan el espacio. Ciertamente, se trata de una celda espartana, y más tratándose del más noble de los príncipes de la profesión.

Gennarino le ha dado los artículos necesarios, y le ha aleccionado exhaustivamente en cuanto a su colocación y uso correctos, por lo que Peters procede a disponerlos como ha aprendido. Luego, como no tiene nada que hacer hasta el regreso del maestro, de un bolsillo se saca un periódico cuidadosamente doblado, de otro una loncha de fiambre y un pedazo de pan que lleva envuelto en un pañuelo, y de un tercero una manzana, y se sienta a esperar, con las necesidades básicas cubiertas.

El recorrido que Alfieri hace por el teatro es muy completo. Cuando finalmente regresa a su camarín, Peters se ha leído casi todo el periódico y ha dado cuenta de su almuerzo. Observa a su señor con preocupación cuando ve que éste se desploma en una de las sillas, después de cerrar la puerta. Parece agotado.

—Creo que vamos a irnos ahora mismo —dice el tenor, que se apoya en el respaldo con los ojos cerrados—. Empiezo a preguntarme, Peters, si nos vamos de Nueva York por la salud de mi esposa o por la mía. Sólo sé que hoy ya no puedo más. Ya presentaré mis excusas mientras salgamos.

Se levanta despacio.

Peters asiente, alegre, mientras dobla el periódico y se lo mete en el bolsillo, y está listo al momento.

—Qué bien que nos vayamos ahora, señor —dice mientras le sujeta el abrigo para que Alfieri se lo ponga—. Así la gente creerá que la señora está enferma de verdad.

El criado retrocede un paso, y Mario se da la vuelta y le mira con los ojos entrecerrados.

—¿Te he oído bien, Peters? ¿Acaso insinúas que no lo está? Pero si tú la ves cada día. Si lleva dos meses prácticamente sin comer...

—Sí, señor, lo sé, Margaret me lo ha dicho. —Peters, consciente de hasta qué punto ha metido la pata, mira al frente y sostiene el sombrero y los guantes, como si ese proceder irreprochable fuera a suavizar en algo la reprimenda que se avecina—. Pero —y discúlpeme, señor— eso no es algo tan normal. —Sigue avanzando, intentando salir del lío en el que se está metiendo—. Margaret no lo sabe, claro, porque es la pequeña, pero su madre —mi hermana mayor, Catherine, que Dios la tenga en su gloria— pasó por algo parecido con todos y cada uno de sus once embarazos. Después del nacimiento del octavo, me dijo que prefería los dolores de parto, por peores que fueran, porque al menos no duraban tanto. Si pudiera negociar, me dijo, preferiría sufrir, sin pensárselo dos veces, dos dolores de parto a cambio de eliminar los mareos de los tres primeros meses...

Alfieri se lo queda mirando fijamente, mudo, y vuelve a dejarse caer en la silla. El criado, que sigue sosteniendo el sombrero y los guantes, empieza a tartamudear.

—Lo siento muchísimo, maestro, no era mi intención comparar a la *signora* con mi hermana, no es eso, pero sus problemas son tan parecidos..., se me ha ocurrido que le tranquilizaría saber que las mujeres, cuando están en estado de buena esperanza, a veces se sienten indispuestas...

—Dios santo, nunca se me ocurrió que... El rostro de Alfieri es la viva imagen de la comprensión súbita—. Ni se me ha pasado por la cabeza una sola vez. ¿Cómo es posible que no lo haya pensado? Tendrían que ahorcarme por tonto. —Mira a Peters—. ¿Desde cuándo lo sospechas?

—Pues desde que regresaron de Filadelfia, señor. Vi lo pálida que estaba la señora, y Margaret empezó a contarme lo mucho que sufría, y recordé las palabras de mi hermana y todo lo que aguantó...

—¡Pero por Dios, hombre! ¿Por qué no me dijiste nada? ¡Me habrías ahorrado todo este infierno! A nadie se le ha ocurrido, a nadie, ni siquiera a Daniel Buchan, que ha averiguado todo lo demás. —Alfieri parece aturdido—. ¿Es posible que podamos haber sido todos tan tontos?

—Pero es que el señor y la señora Buchan no han tenido nunca hijos, ¿verdad? Supongo que no han podido relacionarlo de la misma manera.

—Pero, ¿y los médicos, Peters? ¿Qué me dices de los médicos? Si no la han visitado doce, no la ha visitado ninguno. ¿Pueden ser todos tan incompetentes? Mira que no contemplar la posibilidad de que una recién casada pudiera... —se pone la mano en la barriga.

—Tal vez los árboles no los dejaban ver el bosque, señor. —Peters responde a la cara de desconcierto del tenor con una sonrisa de disculpa—. Tal vez todos pensaban en la noche del estreno, cuando la señora se desmayó, y buscaban algo más serio que un, un... simple bebé.

—Un simple bebé... —Alfieri vuelve a ponerse de pie, aunque se agarra al respaldo de la silla en busca de apoyo. En este momento, su mundo se tambalea. Y mientras echa la cabeza hacia atrás y se ríe, se ríe a carcajadas por primera vez en un mes, enrojecido por una alegría repentina, en su mente, la balanza en la que pesa lo ganado y lo perdido empieza a nivelarse.

—¿Y cuántos hijos dices que tuvo tu hermana, Peters?

—Once, señor.

—¿Todos sanos?

—Todos sanos y robustos, señor, Gracias a Dios. Y mi hermana volvía al trabajo a la semana de haber dado a luz.

—¿En qué trabajaba?

—Era lavandera, señor, y fuerte como un hombre. Subía y bajaba la escalera con un cubo de hierro lleno de agua hirviendo en cada mano. Pero los primeros tres meses... Menea la cabeza a izquierda y derecha, muy serio.

—Antes has pedido que Dios la tenga en su gloria. Tu hermana está muerta entonces. Nada que ver con...

—No, por Dios, no. Catherine tenía veinte años más que yo, y había cumplido los sesenta y ocho cuando nos dejó. De eso hace ocho años. Pasó a mejor vida sin sufrir, con casi todos sus hijos alrededor de su lecho de muerte. Los demás no estaban a su lado porque no cabían, benditos, si no habrían estado allí con ella. Tuvo treinta y un nietos y nueve bisnietos.

Más tranquilo, Alfieri recoge los guantes y el sombrero que Peters sigue sosteniendo.

—Alice Buchan me ha recomendado su médico encarecidamente —dice—. Peters, pararemos en su consulta de camino a casa, y le pediremos que visite a Clara tan pronto como pueda. Y si tienes razón, tal como creo, me parece que estoy en condiciones de poder prometerte que la niña se llamará Caterina, en memoria de tu bendita hermana.

Peters se ruboriza de gozo, pero no llega a perder la lógica.

—Pero podría ser un niño, señor.

—Cierto. ¿Cuál es tu nombre de pila, Peters?

—Gregory, señor.

—¿Te gusta cómo suena el nombre de «Gregorio»?

Sin darle tiempo a responder, Alfieri se da media vuelta y emprende la marcha. Para asombro de los que se cruzan con él a la salida de teatro, cuando se monta en el coche de caballos junto a su criado, lo hace con paso juvenil.

Entre el dormitorio y la salita hay un corredor estrecho y sin puertas. Se trata de un elegante vestidor para uso de marido y mujer, dividido en dos partes, cada una de las cuales posee una jofaina independiente, un espejo triple de bisagras y diversos armarios y cajones. El doctor está de pie, junto a la jofaina que queda más cerca del dormitorio, lavándose las manos mientras Margaret recompone un poco la cama en la que Clara, roja de vergüenza, está tendida. Alfieri, que ha estado presente durante la revisión, permanece al lado de su esposa, y le apoya la mano en el hombro.

—Todo es perfectamente normal —dice el médico secándose las manos—. Como debe ser. Aún es pronto. Calculo que el bebé tendrá unos dos meses. El ciclo de la señora Alfieri es irregular, por lo que es difícil precisar más, pero es probable que la criatura haga su aparición entre finales de abril o principios de mayo. ¡Enhorabuena a los dos!

El médico de Alice Buchan es un hombre relativamente joven, y aún no ha aprendido a dar ese tipo de alegrías sin alterarse, mostrando indiferencia. Mientras se baja las mangas, se acerca a Alfieri con la mano extendida, le agarra del brazo con entusiasmo y sonrío a Clara, a la que sigue resultando difícil sostenerle la mirada. La revisión a la que la ha sometido —y que Mario ha tenido la decencia de no presenciar— es aún demasiado reciente como para poder sentirse del todo a gusto con ese desconocido, por más alegre que se muestre.

Ha sido Margaret la que se ha quedado a su lado durante el trance, acariciándole el pelo y dándole la mano para que se la apretara fuerte cuando el médico le apretaba demasiado o la palpaba muy profundamente; y es a ella a quien el doctor se dirige ahora, juzgando, con razón, que es la persona más sensata de todas las que se encuentran en el dormitorio.

—Las náuseas deberían remitir en las próximas dos semanas, más o menos. Hasta entonces, encárguese de que su señora repose lo más posible, y que coma lo que le apetezca, siempre y cuando lo tolere, claro. Pero que coma. Siempre es preferible que coma tostadas con natillas veinte veces al día a que no coma nada, porque estará privando al bebé de su alimento. Una vez que pasen los mareos matutinos, su señora debe hacer ejercicio. Lo mejor es caminar, si el tiempo lo permite, a una velocidad razonable.

»Por cierto, yo no soy de los que creen que una inminente maternidad sea algo que tiene que ocultarse. —Se gira para mirar a Clara—. Con ello quiero decir, señora Alfieri, que incluso cuando su estado se haga más visible, quiero que camine, y si la gente la mira mal por verla entrar y salir de su casa..., bueno, peor para ellos. No hay nada vergonzoso en que una mujer espere un hijo de su marido; al contrario, es algo natural y muy hermoso. Y quien crea que es algo indecente salir a la calle durante un embarazo —estado que hace público el compromiso de una esposa en sus relaciones conyugales, razón por la que se considera que es mejor mantenerlo oculto—, o está loco o es un hipócrita.

»Y ahora —añade, dirigiéndose a la pareja mientras se pone el abrigo— los dejaré solos. Deben de tener un montón de cosas de qué hablar. Si su doncella me acompaña abajo, acabaré de darle algunas indicaciones. Si no hay ninguna eventualidad, volveré la semana próxima, aunque no creo que surja ningún problema. Señor y señora Alfieri, reitero mis felicitaciones a ambos.

Sale y cierra la puerta, pero la vuelve a abrir casi inmediatamente y asoma la cabeza.

—Algo más. Nada de corsés ajustados, señora Alfieri. Le dejo que los lleve un mes más, y para la noche del estreno, claro, porque querrá estar elegante como ninguna. Pero no se los apriete mucho. Y después del estreno, no se los vuelva a poner. Lleva una criatura en su seno que necesita espacio para crecer. Y ahora sí, adiós, hasta dentro de una semana...

Durante unos segundos, la habitación queda sumida en el silencio. Esperan un poco, pero parece que la puerta no vuelve a abrirse. Maric sonrío con pesar. No estarán aquí dentro de una semana, y el doctor no podrá visitarla una segunda vez. Es una lástima.

—El doctor Fisher me recuerda a mi padre —dice—. Es mucho más joven, pero se parece mucho a él en la manera de dar esas instrucciones tan detalladas.

Baja la mirada para ver a su esposa.

Clara está tendida sobre almohadones, con los ojos cerrados y las manos apoyadas sobre el vientre, como si escuchara algo imposible de oír. El rubor encendido de las mejillas ha dejado paso a un tono rosado más pálido. Ha respondido a las preguntas del médico sobre los síntomas de su indisposición mensual en una voz rara, impostada, y, aparte de eso, no ha dicho nada más. Alfieri se sienta a su lado, en la cama, pensando durante un instante que son como dos niños que comparten un secreto tan delicioso que ninguno de los dos desea hablar.

—Amor mío, mi cielo —le dice al fin—. ¿Cómo te sientes?

Ella abre los ojos.

—No lo sé. —Pero sonrío. Es su primera sonrisa de verdad en varios meses, y para Alfieri es como si el sol saliera de nuevo tras una oscuridad larga y triste, y más encantadora si cabe porque la ha provocado una criatura que es de los dos. Su risa tímida se convierte en llanto, que ahoga de inmediato llevándose la mano a la boca—. No lo sé —repite ella secándose los ojos y sin dejar de reír—. Aún no me lo creo del todo.

Le agarra las manos con las suyas y juega con sus dedos.

—Pero creo que lo sabía sin saberlo. ¿Te acuerdas del otro día, en el jardín, cuando me dijiste que tendrías que haber estado en casa antes de que me despertara? ¿Y yo te respondí que tú estabas siempre conmigo, incluso cuando no estabas? Bueno, pues es verdad, Mario, aunque entonces aún no sabía cuánta verdad había en lo que te dije. Pero estás aquí —añade, presionándose con suavidad el vientre—. Siempre conmigo.

Minutos más tarde, llaman muy flojo a la puerta. Margaret, obedeciendo las órdenes del médico, vuelve con una bandeja repleta de cosas: té, tostadas y, sí, natillas para la futura madre. Pero nadie responde a su llamada la primera vez. Ni la segunda. Y ella ya no sigue insistiendo. Deja la bandeja en el suelo del pasillo, con los platos tapados y la tetera protegida por su funda de ganchillo, y vuelve a bajar la escalera de puntillas. Hay momentos en los que es mejor no molestar, aun contraviniendo las órdenes de un médico.

Lucy Pratt está sentada frente al espejo, observándose. Normalmente, a esta hora, tendría que estar vistiéndose para cenar y acicalándose con esmero, pues las invitaciones no han dejado de llegar, y Chadwick no declina ninguna.

Pero hoy Lucy no va a salir. Tampoco lo hizo ayer, ni anteayer, ni hace tres noches. En realidad, Lucy lleva desde el jueves sin moverse de casa, alegando sentirse indisputada. Por tanto, Chadwick ha tenido que irse solo todos estos días. Y ha vuelto cada noche muy animado, pero no ha conseguido atenuar el resentimiento creciente de Lucy, ni siquiera cuando, al hacer el alto de rigor para darle las buenas noches, camino de su dormitorio, le dice que su ausencia ha sido muy comentada, que la han echado mucho de menos y que la anfitriona le hace llegar sus deseos de una pronta recuperación del catarro que la retiene en casa.

Pero no es el catarro lo que la retiene en casa.

El viernes pasado, Chadwick —ya ha dejado de verlo como a su «tío»...; los insultos groseros que le dedicó han hecho que ya no piense en él en términos amistosos—, el viernes pasado, Chadwick volvió de su despacho con noticias frescas: Alfieri, al parecer, se había enterado de las mentiras de su esposa, de sus fechorías asesinas y de su comportamiento sucio y vil. En realidad, contra todo pronóstico, se lo había confesado ella misma, la muy zorra, y —lo que aún era más inconcebible— en contra de toda lógica y razón, Alfieri no la había estrangulado en el acto. Pero lo más asombroso de todo era que el tenor, en vez de darle la espalda a aquella furcia y arrojarla al arroyo, para que acabara sus días en la miseria y el fango, como se merece, había enviado a su lacayo a ver a Chadwick con la oferta de comprar su silencio respecto de la muerte de papá.

¿Cómo si ella fuera a revelar aquel escándalo en público! Como si fuera a admitir alguna vez que su santo padre —el mejor, el más bondadoso de los hombres— había sucumbido a los ardides viciosos de aquella niña ramera, y que al hacerlo se había olvidado de su esposa impedida y enferma y de su hermosa, preciosa hija. El deseo de Lucy de revelar la historia de aquella puta se limitaba sólo al tenor, en pago por la deuda que le debía a la memoria de papá para que Clara recibiera el castigo que se merecía por el pecado imperdonable de habérselo robado.

Pero, ¿declarar ante el mundo entero que papá era imperfecto? ¿Qué se había dejado seducir, que se había apartado de su pobre madre, y que había llevado la destrucción a su adorada familia? No, de ninguna manera, aquello era inconcebible. ¿Admitir que papá podía desear a otra? Se retuerce en lo más hondo de su ser sólo de pensarlo...

¡Todo se ha desvanecido! En un instante, todo se ha venido abajo. La alegre espera de Lucy, todos sus sueños de dulce venganza..., todo ha desaparecido, como una cerilla que se consume en un momento. Ya no va a tener el gusto de volver loco a Alfieri contándole con todo lujo de detalles cómo sedujo Clara a su padre y cómo lo mató. Estaba claro que aquella zorra no le había confesado todos sus crímenes a su esposo, pero lo que le había contado bastaba para echar por tierra la estrategia de Lucy.

Y en aquel momento Chadwick le había hecho aquella perversa sugerencia. Ruina y venganza para los dos, había clamado, cuéntale a toda Nueva York lo que esa rata te hizo, lo que le hizo a tu madre y a tu hermano. Cuéntale a todo el mundo que por su culpa te quedaste huérfana, desprovista de toda comodidad. Tu buen nombre está a salvo, y así habrá de seguir. ¿Cómo iba a ser de otro modo? ¿Acaso no estabas en Francia, recibiendo una educación distinguida mientras toda aquella vergüenza invadía tu casa? A ti nunca te salpicará ese lodo asqueroso...

¡Nunca!, había replicado ella. ¡Nunca! Nunca contaría algo así.

Qué horrible por parte de él sugerírselo. ¿Cómo se le ocurría que ella fuera a manchar la reputación de papá? ¿Dónde estaba el respeto que en otras ocasiones había demostrado por él, por su gran inteligencia, por su gran corazón, por el espíritu noble que siempre había alentado en él? Y entonces Chadwick se había reído de ella, se había reído y le había dicho que era una tonta sentimental, que era igual que las demás, como si ella tuviera que saber a quién se refería cuando hablaba de «las demás».

Lucy se mira en el espejo, y alivia su amargura con la visión placentera de su pelo suelto, del destello de sus ojos, de sus rotundos y sonrosados hombros, de sus pechos redondos y levantados como una nube sobre el borde del corsé.

¡Chadwick se había atrevido a reírse de ella! Se había disculpado casi al momento —aquella noche parecía más animado que de costumbre, como si estuviera más que encantado consigo mismo y con el balance del día—. Le había recordado que tenía poco tiempo para subir a vestirse, que tenían que ir a una cena y no estaba bien hacer esperar a su anfitriona, pero aquella noche ella declinó fríamente la invitación a ir con él, alegando que empezaba a sentirse indisputada y que el mal tiempo sólo podía hacerla empeorar.

Así, Chadwick se había ido sin ella aquella noche, y desde entonces no había vuelto a acompañarlo. A Lucy no le importa. Claro que le gusta ser popular y que todo el mundo la adore, pero en los cinco años que han transcurrido desde la muerte de su madre se ha acostumbrado a estar sola, y no le importa nada quedarse allí, cómodamente instalada en su hermoso dormitorio, cenando cosas deliciosas en una bandeja con mantel de hilo y dispuesta con copas de cristal y cubtería de plata, y admirando el reflejo de su imagen mientras come, medio desnuda, sobre la cama de palisandro con colcha y dosel azul de seda, a juego con sus ojos...

Así, a solas, puede hacer lo que quiere, probarse sus muchos vestidos nuevos, dejarlos amontonados en el suelo para que la criada los recoja y vuelva a guardarlos por la mañana, sentarse al tocador y adornarse con joyas —diamantes y zafiros, que realzan el color de sus ojos— que ha comprado con el dinero que Chadwick está sacando de la venta de las cosas de papá.

No le ha pasado por alto que estas últimas noches en las que ha permanecido en casa, un joven de ojos oscuros e imponente mostacho se sienta con frecuencia y la mira descaradamente desde una ventanilla de la cochera que hay al otro lado del jardín trasero, más allá de la verja y del seto. El domingo por la noche, seguramente animado por el alcohol, llegó incluso a asomarse por la ventana, insolente y risueño, con la chaqueta del uniforme medio abierta, la botella en una mano y el cigarrillo en la otra, y le había enviado un beso por los aires.

Su comportamiento es, claro está, escandaloso, y Lucy tendrá que averiguar quién es su patrón, para quejarse y hacer que lo despidan. Pero lo cierto es que es muy apuesto —se ríe al imaginar las cosquillas que sus mostachos le harían en los muslos— y, además, lleva demasiado tiempo en compañía de viejos maniáticos y está harta. Qué alivio ver a un joven atractivo, saber que la observa en la oscuridad. Para asegurarse de que es así, ha empezado a dejar las cortinas abiertas de par en par, las persianas levantadas y el dormitorio muy iluminado cuando oscurece, y a caminar arriba y abajo mientras se prueba los vestidos y, luego, se dispone a acostarse.

Hoy, sentada al tocador, las persianas están levantadas una vez más, las cortinas descorridas, y una mirada de soslayo le dice que hay una

luz tenue encendida en el edificio de enfrente. Aparta la bandeja para tener más sitio, y algo se le cae al suelo. Mientras se agacha para recogerlo se echa a reír, porque se acuerda de lo que decía su madre, que cuando se caía un cubierto era porque alguien estaba a punto de llegar. Si era un tenedor, el visitante sería mujer; si era una cuchara, una niña; si era un cuchillo, era un hombre. Ahora sonríe, mirando hacia la ventana por encima del filo del cuchillo y su mango de marfil, y lo deja en la bandeja. Canturreando, se prueba irnos pendientes largos, relucientes, y un collar con una piedra preciosa en el centro que se posa justo encima del profundo valle de sus pechos. A continuación, levanta los brazos macizos y se pone unos guantes de satén azul celeste que le llegan casi a los hombros y que se compró para que le hicieran juego con el traje de noche que va a llevar el día del estreno de la ópera.

El corsé de satén que lleva puesto ahora también es azul celeste, y está cuajado de encajes. Se levanta y se acerca al espejo de cuerpo entero que hay entre dos ventanas, dando vueltas a un lado y al otro para apreciar mejor la combinación de su pelo suelto, su figura opulenta, el corsé, los guantes y las joyas. Y consciente en todo momento —no le hace falta mirar— de los ojos negros que la miran desde el otro lado de la calle.

La visión de su propia hermosura la excita. Acalorada y en busca de aire fresco, deja el espejo y se acerca a la ventana, extendiendo los brazos hacia la noche a través de los barrotes. La luz de enfrente se apaga bruscamente. Lucy sólo ve que la ventana se abre en la oscuridad, un rectángulo negro en una pared algo más pálida, y la brasa encendida de un cigarrillo.

Sonriendo, se agarra a los barrotes y se tira hacia atrás con los brazos extendidos. Se inclina a izquierda y derecha, dejando que el pelo le caiga como una cortina dorada. Si su admirador quiere espectáculo, ella estará encantada de complacerlo. No es tímida. Papá la hacía muchas veces caminar arriba y abajo delante de él, girarse, agacharse y estirarse, totalmente desnuda; el pelo se le enredaba al cuerpo como un abrigo.

Oye un ruido tras de ella. Se gira al momento y casi se cae. Con los brazos cubiertos por los guantes intenta en vano cubrirse los pechos y el vientre, pues sólo logra ocultar una pequeña parte. Chadwick está en el quicio de la puerta y la contempla divertido, paseando la mirada, deliberadamente, por todo su cuerpo, de arriba abajo, una y otra vez.

—No me has oído llamar a la puerta —le dice—. Estaba a punto de irme y he querido entrar a desearte dulces sueños antes de que te acuestes. —Su mirada asciende lentamente por encima del hombro de Lucy y, cuando él también se percata del cigarrillo encendido en la oscuridad, arquea mucho las cejas.

»En tu inocencia, niña mía, tal vez no te hayas dado cuenta de que al otro lado de la verja hay unas caballerizas, pobladas por un reducido ejército de cocheros y mozos de cuadra. Tu honor está fuera de toda duda, por supuesto, pero un hombre de mi posición —especialmente si es soltero— que alberga a una joven en su casa debe ser cuidadoso hasta el escrúpulo. No quiero que los vecinos crean que regento una casa de mala nota. En el futuro, haz el favor de bajar las persianas y correr las cortinas si tienes la intención de pasearte en ese estado de desnudez.

Le hace una reverencia y se gira para salir.

—Por decencia, bien podría usted poner un cerrojo en la puerta que pudiera pasarse desde dentro. ¡Así no podría entrar por sorpresa en mi habitación! —grita Lucy, roja de ira.

Chadwick se da media vuelta y sonríe.

—Te presento mis excusas, querida, no era consciente de que te preocupara tanto que alguien irrumpiera así en tu dormitorio. Permíteme señalarte, de todos modos, que un cerrojo en tu lado de la puerta no te habría impedido seguir paseándote prácticamente desnuda delante de una ventana abierta; sólo implicaría que yo no habría tenido el privilegio de toparme con una visión tan exquisita. Es una imagen inolvidable que me acompañará siempre, igual que acompañará a tu admirador de ahí enfrente. Sin embargo —concluye, y la sonrisa abandona sus labios—, por decencia, que no vuelva a sorprenderte en esa actitud con las persianas levantadas. Creo que me he expresado con suficiente claridad.

La puerta se cierra con un golpe y Lucy se queda allí, con los ojos muy abiertos y la cara muy roja, mientras sigue intentando cubrirse las carnes con sus brazos enguantados.

Chadwick le desea buenas noches al mayordomo que le espera en la puerta, mientras se pone unos guantes ajustados de piel en las manos rechonchas y una capa sobre los hombros.

—No me esperes despierto —le dice mientras coge el sombrero y el bastón y se dispone a salir a la oscuridad de la noche—. Seguramente llegaré muy tarde.

Se acomoda en el asiento del coche de caballos, que emprende su trayecto hacia la parte alta de la ciudad. Alguien que mirara por cualquier ventanilla no vería más que a un señor de cierta edad que, plácidamente, disfruta de su puro. Pero su manera de fumar, ansiosa, desesperada, lo traiciona y deja traslucir su furia, mientras la cabina se va llenando de un humo espeso como la niebla.

Qué fracaso tan absoluto ha resultado ser esta joven, esta gorda cursi, con una opinión exagerada y totalmente errónea de sí misma y un apetito tan voraz que no se sacia con nada. Su único consuelo es que ha conseguido embolsarse la mitad del dinero obtenido hasta el momento por la venta de los tesoros de Fauvell. ¡Qué menos, a cambio de alimentarla y de tener que pasar tantas horas al día con ella!

¡Pero qué idiota es! ¡Qué zorra sensiblera! Llevarse a vivir a su casa ha sido un inmenso error; no le sirve de nada. Se suponía que había de ser el vehículo de su rescate, ¿no? De su implacable venganza, que no descansaría hasta que le hincara los dientes en el cuello a Clara, hasta que tuviera a Alfieri de rodillas para no volver a levantarse jamás. Pues no, ahora el burlado es él, Chadwick.

El buen nombre de Fauvell —¡el buen nombre de un corruptor de menores!— es más importante para ella que la venganza por la que tan ferozmente ha luchado ella misma. Y ahora que ha llegado la hora de rematar la jugada, ahora que la pequeña Adler ya no es más que una piltrafa inválida y que su esposo está perdido, debatiéndose entre su esposa enferma y sus obligaciones profesionales, ahora que ha llegado el momento de plantar la semilla del rumor que habrá de destruirlos a los dos para siempre, ¿qué ha hecho Lucy?

Se ha puesto a llorar. Se ha puesto a llorar a mares cuando él le ha propuesto que hiciera públicas las macabras circunstancias de la muerte del director de escuela, y devolverle así el golpe a la asesina de una vez por todas. Privada de la posibilidad de sorprender a Alfieri con la exposición de los pecados de su esposa, ¿qué ha decidido hacer? Nada, nada de nada, salvo quedarse en su habitación y comer hasta arruinarlo, además de pasearse delante de las ventanas abiertas, luciendo sus carnes ante todos los mozos de cuadra del vecindario.

Chadwick nota un latido en los ojos. Se saca los lentes y se aprieta el puente de la nariz. Verla allí, delante de la ventana, ha sido la gota que ha colmado el vaso. Tiene que librarse de ella. Ya sólo es un compromiso más, un agujero en su bolsillo y en su estado de ánimo, un obstáculo para sus planes...

Se baja del coche de caballos al llegar a su destino, arroja el puro, aún encendido, a una alcantarilla, sin fijarse en el arco de luz que describe. Un caballo que pasa se asusta ante el pequeño surtidor de chispas que se ilumina bajo su nariz. El conductor maldice a Chadwick, pero éste no

lo oye porque ya ha subido la escalera de la casa y un criado de librea le está abriendo la puerta. Aún balbuceando algo, el airado cochero hace chasquear el látigo y el caballo se pone en marcha. El puro encendido aún tarda un poco en extinguirse sobre los adoquines mojados.

Gennarino tensa la cuerda, hace un nudo y vuelve a incorporarse. Mira a su alrededor y ve todas las cajas y baúles en una especie de rápido inventario visual. *Bene, tutto è pronto*. Aún es sábado por la tarde, pero ya puede decir que todo está listo. No soporta las cosas dejadas a medias, ni el trabajo mal hecho. Mañana, Peters y él se encargarán de que todo quede debidamente almacenado a bordo, y prepararán el camarote *per il maestro e la sua sposa*. Cuando llegue el lunes, ya no quedará nada por hacer salvo recoger los cepillos de dientes y la ropa de noche y partir discretamente, ligeros de equipaje.

El maestro Alfieri irá solo a los ensayos esa mañana. Peters se quedará para ocuparse del equipaje restante. Gennarino acompañará a la *signora* y a su doncella hasta el barco, donde el maestro se reunirá con ella. Han estudiado hasta el más nimio de los detalles; el maestro tampoco soporta los cabos sueltos. Es otra de las muchas cosas que tienen en común.

Gennarino no ha tenido ningún reparo por tener que quedarse en casa mientras Peters acompañaba al maestro al teatro. Si hubiera ido a los ensayos, habría tenido mucho menos tiempo para encargarse de los preparativos. Y en casa ha sido mucho más útil. Además, como han puesto un coche de caballos a disposición del maestro Alfieri, no se ha preocupado demasiado por la seguridad de su señor. Gennarino ha conocido a otros hombres como Chadwick, y aunque a éste no ha tenido el placer de conocerlo personalmente, sabe muy bien lo que es y de lo que no es capaz de hacer.

Lo que no hará será actuar a cara descubierta, ni contratar a otros para que lo hagan. Nadie asaltarán al maestro con una navaja mientras esté subiendo o bajando la escalera del teatro. Ni le abordarán cuando el coche se detenga a causa del tráfico. El simple asesinato no es del estilo del abogado Chadwick.

Su especialidad es más bien la muerte lenta. Ese abogado es como una serpiente, y sus métodos, tan perversos como su alma. La violencia no es propia de los que son como él. Con ella también conseguiría su propósito, claro, pero de un modo demasiado crudo, sin poner al descubierto ni un ápice de la refinada mente que se esconde tras el plan. Gennarino conoce bien a ese tipo de hombres. No en vano es napolitano, y esas cosas las ha mamado desde la infancia y las tiene metidas en la sangre, en el tuétano de los huesos. El abogado Chadwick prefiere algo más pérfido, conseguir que las circunstancias trabajen para él. Obtiene gran placer no sólo destruyendo a sus enemigos, sino asegurándose de que sufran el mayor tiempo posible.

Lamenta que el maestro Alfieri no le deje ocuparse personalmente de Chadwick: ¡pero si hasta Dios está pidiendo a gritos la sangre de ese hombre!, y nada sería más fácil —un señor mayor que resbala en un bordillo de Broadway y es aplastado por cientos de ruedas inexorables; o incluso un ladrón muy ágil que lo apuñala en una calle concurrida cuando él se resiste a que le robe la cartera—, pero el maestro le ha prohibido expresamente cualquier muerte accidental de ese tipo. *Che peccato!*

Se encoge de hombros —las órdenes son órdenes—, hace una pausa y escucha. Es alguien que llama a la puerta de la entrada. Poniéndose la chaqueta, sube raudo la escalera que lleva hasta el vestíbulo. Él es el único que puede decidir quién entra y quién no. Hasta la cocinera está sobre aviso. No importa lo conocido que pueda ser alguien que se acerca a la puerta de servicio; no deben dejar entrar a nadie, ni aceptar ningún encargo, a menos que Gennarino esté presente. Porque tal vez Chadwick no piense recurrir a la violencia, *ma la pazza bionda*, la loca rubia... según el maestro, no se sabe lo que sería capaz de hacer. Y lo que antes ya era valiosísimo, merecedor de un cuidado extremo, ahora ya no tiene precio y exige una vigilancia suprema. La joven señora lleva en sus entrañas el hijo del maestro, y ahora su máximo deber es velar por la seguridad de ambos.

Pero en esta tarde lluviosa, quien aguarda tras la puerta no supone ninguna amenaza. Es Stafford Dyckman, aunque apenas se le ve la cara que se esconde tras una montaña de cajas envueltas en hermosos papeles de regalo.

—*Sono io il primo?* —pregunta el joven—. ¿Soy el primero?

—*Il primo? No, signore* —responde Gennarino mientras recoge los paquetes y los deja a un lado, para proceder al momento a sujetarle el sombrero y los guantes—. *Signora Buchan è qui*.

Es cierto. La señora Buchan ya lleva en casa varias horas, y está en el salón de arriba con Clara, pues el lunes habrán de separarse y eso va a resultarles muy duro, pues más que amigas, las dos mujeres se han convertido en algo parecido a madre e hija, y más ahora, con el bebé en camino. Ella también ha llegado cargada de regalos, y el tiempo se les ha ido abriéndolos y tomando el té que Clara —a la que, como el doctor predijo, le están remitiendo las náuseas— vuelve a disfrutar de nuevo.

Pero los regalos —los muchos que le ha traído la señora Buchan, a los que hay que añadir los que ahora le trae Stafford Dyckman— no son ni recuerdos de despedida ni cosas para el bebé. Son regalos de cumpleaños. Mañana, Clara Alfieri cumple los veinte. Han previsto para entonces una cena formal y elegante que conmemore el último encuentro en Nueva York del grupo de amigos antes de la partida de los Alfieri. Pero el día de hoy se ha reservado en exclusiva para celebrar algo más alegre: el cumpleaños de Clara, que se inicia con la apertura de los regalos.

La joven, sentada en el suelo entre un islote de cajas abiertas y papeles arrugados, levanta la vista para admirar una bata de satén rosa. En ese momento Stafford hace su entrada acompañado por Gennarino, que va tras él, cargado de más paquetes.

—... tendrías que reservarlo para cuando los familiares del *signor* Alfieri vayan a visitar al bebé. Te verás de lo más elegante... —le está diciendo Alice.

Stafford saluda a las damas y, ayudado por el criado, va dejando las cajas en el suelo, alrededor de Clara, rodeándola totalmente. Gennarino se dedica a recoger los papeles y las cajas vacías para hacer algo de sitio. La joven contempla todos esos regalos con una expresión mezcla de perplejidad y asombro.

—Me parece que tendremos que reservar otro camarote para llevar todo esto —dice—. Pobre Gennarino. —Observa al criado que dobla y aplana papeles y mete unas cajas dentro de otras—. Es imposible que encuentre sitio para tantas cosas.

Gennarino, con una sonrisa muy tímida, enrolla un trozo de cinta arrugada, se la mete en el bolsillo, y sale en silencio llevándose todo.

—Ya verás que Gennarino lo tiene todo bajo control —le dice Dyckman cuando se cierra la puerta. Besa a Alice en la mejilla y a Clara en la frente—. ¿Vendrán más tarde Daniel y Mario?

—Más tarde —responde Clara—. Mario quería revisar una última vez con Daniel todos los preparativos, asegurarse de que todo estará listo el lunes. Por el momento, tendrá que conformarse con nosotras dos.

Se dispone a abrir otro regalo, pero la visión de tantos tesoros le abruma. Suspirando, se lleva la mano a la frente.

—¿Te encuentras mal? —le pregunta Alice, acercándose inmediatamente.

—No —responde Clara, que se frota las sienes y esboza una sonrisa—. Al menos, no como antes. Pero me siento como un niño con demasiados dulces, eso es todo. He abierto demasiados regalos, y estoy un poco mareada. —Levanta la vista y mira a Stafford con cara de culpabilidad—. Qué desagradecida debo parecerle. ¿Le ofendo si espero un poco y abro los suyos más tarde?

—En absoluto —le aclara él, que le extiende una mano y le ayuda a levantarse del suelo, separándose de ella al momento—. Además, no es mi intención competir con los regalos de Alice. Las mujeres siempre tienen más ojo que los hombres para hacer regalos, en especial cuando son para otra mujer.

Alice le hace sitio a Clara en el sofá.

—Creo que se equivoca —dice, arreglándole las faldas a Clara, que se ha sentado a su lado—. A lo largo de estos años, Daniel me ha regalado algunas cosas preciosas. Por no hablar del *signor* Alfieri, que tiene un gusto exquisito con los presentes.

—Ya, pero es que Mario tiene un gusto exquisito para todo —exclama Stafford, estallando en una carcajada un poco excesiva—. Aunque para él es muy fácil. Una fruslería de esmeraldas por aquí, una bagatela de rubíes por allá, ¿cómo no va a acertar?

Los ojos de Alice se iluminan al oír su comentario.

—¡Qué maravilla! —dice—. ¿Estaba usted con él? ¿Qué ha sido esta vez? —Clara le dice algo al oído con lo que su amiga parece no estar de acuerdo—. Bueno, sí, pero veinte años no se cumplen todos los días, y tampoco se sabe todos los días que se está esperando un primer hijo. Me decepcionaría si no te hiciera un regalo muy especial.

Clara se limita a menear la cabeza, sin querer pensar en cuál va a ser el regalo de cumpleaños de Mario. Se siente mareada, empachada de regalos y sin ganas de seguir abriendo más; algo así como un hombre al que, tras una vida de hambre y privaciones, le ponen delante demasiada comida. En su vida ha vivido un cumpleaños como éste. Antes de conocer a papá, sus cumpleaños eran ignorados, pues su nacimiento no era motivo de celebración. Y los dos que había pasado con él se habían celebrado, por fuerza, de manera muy discreta; los dos solos..., aunque aquello, para Clara, había supuesto una dicha inmensa.

Pero este tributo abrumador, todos estos regalos y alabanzas..., se siente rara, no está del todo bien, igual que en Filadelfia la noche del estreno, como si la hubieran elevado por encima del mundo ordinario. Como se acuerda de lo que pasó aquella noche, está algo temerosa, seguramente sin motivo, pero temerosa. La vida le ha enseñado muy bien la lección: demasiada felicidad es siempre un aviso. Pero, ¿un aviso de qué? Mario le ha jurado que todo está bien, y así seguirá estando, pero ella sigue con el presentimiento de que algo no marcha como debe.

Además, ve claro que Stafford no actúa como siempre. Alice parece no darse cuenta, pero ella no se engaña, lo conoce muy bien. Hoy no le mira, le aparta la mirada cuando se cruza con la suya, hace todo lo posible por evitar dirigirse a ella directamente. Clara le pregunta en una ocasión qué es lo que le ocurre, pero él rechaza la acusación riéndose, de nuevo con demasiado ímpetu, antes de cambiar de tema.

Mario y Buchan llegan a las cuatro, justo cuando están encendiendo las lámparas. Hace un día de perros, y los dos están muy enrojecidos a causa del frío y la llovizna. A Clara, como siempre, se le corta un instante la respiración cuando ve entrar a su esposo. La razón le dice que el tiempo habrá de acostumbrarse a él, que algún día el corazón no le dará el vuelco que le da cuando se encuentran, que no le sudarán las manos; pero ese día aún no ha llegado. Levanta la mirada y, cuando él se agacha, le da un beso con tanta entrega que los demás apartan la vista, sonriendo, casi deslumbrados por tanta luz.

Alice se levanta del sofá para permitir que Mario se siente junto a su esposa, y Clara se acurruca a su lado, sana y salva al fin, porque sólo se siente segura del todo cuando está con él. Con todo, y a pesar de que él la está abrazando, la sensación de que algo no va bien persiste. Y sigue la alegre charla sin prestarle toda su atención.

—¿No os quedáis a cenar? —le oye decir a Mario—. ¿Por qué os vais? Nos queda tan poco tiempo para estar juntos...*Madonna* —añade, bajando la vista para mirarla—, ¿no te parece que nuestros amigos tendrían que quedarse?

Sí, ella está de acuerdo, por supuesto. La cena de esta noche será informal, no tienen que cambiarse de ropa ni hacer ceremonias. Sólo ellos cinco, disfrutando mutuamente de su compañía.

Clara cierra los ojos, desea que su angustia la abandone. Apenas oye lo que dicen los demás —Daniel Buchan ha reservado pasaje para ellos en el *Columbia* usando su propio nombre, por lo que es improbable que los molesten los cazadores de famosos, y Mario replica lo mucho que le apetece pasarse toda la travesía en el camarote, durmiendo todo el rato, y Alice dice que sí, que la verdad es que parece cansado—, pero entonces, ¿por qué no puede sacudirse esa corriente subterránea de miedo, si las voces que la rodean le son tan familiares y queridas, y si el hombro de Mario es tan cálido y los ojos le pesan tanto...?

Oye su voz que le llega desde muy lejos.

—Creo que a mi esposa le hace falta dormir un rato...

Ignorando su protesta susurrada, los invitados salen en silencio mientras él le levanta los pies, le pone un almohadón debajo y la cubre con un chal liviano. Se inclina sobre ella.

—Si te quedas dormida mucho rato, *piccola*, te despertaré a tiempo para la cena. Si no, estaremos en el salón de abajo, por si quieres reunirte con nosotros. No, amor mío, pero si no puedes ni mantener los ojos abiertos...

Baja un poco las luces. La sala queda bañada por una luz dorada y tenue, llena de sombras y sonidos amortiguados; el tictac del reloj de la chimenea, el crepitar del fuego... ¡Qué delicia hundirse en esa cálida penumbra...!

Abre los ojos. La sala está igual, pero el fuego no arde con tanta fuerza. Al principio no se mueve, se queda disfrutando de ese silencio tibio. Pero luego se sienta y mira el reloj. Aún no hace una hora que Mario la ha dejado allí descansando. Ha dormido poco, pero se siente muy renovada. Bosteza, coloca el almohadón en su sitio, dobla el chal y lo deja en el respaldo del sofá.

Se siente tan tranquila, tan relajada... El miedo de antes debía de ser pura fatiga. O tal vez —y al pensarlo esboza una sonrisa felina, mientras se pone la mano en el vientre para acariciar al bebé que lleva dentro— estar encinta la hace ser más voluble y asustadiza. Vuelve a bostezar, y

abre tanto la boca que se le llenan de lágrimas los ojos. Mueve la cabeza a izquierda y derecha. Ya es hora de ir a reunirse con los demás en el salón de abajo. Qué maleducada. Primero se ha negado a abrir los regalos de Stafford, y luego se ha quedado dormida mientras los invitados hablaban. ¡Qué pensarán de sus modales!

Sale y cierra la puerta. Baja en silencio la escalera —su calzado es tan ligero que no hace ningún ruido sobre la alfombra— y se acerca al salón. El pasillo que conduce a él está tenuemente iluminado por una única lámpara y por la rendija de luz que dejan pasar las puertas entornadas. La voz de Stafford, fuerte, estridente, se oye desde la escalera.

Clara se acerca a la puerta y vacila, con la mano en el tirador. A través de la rendija, ve a Daniel Buchan, sentado de espaldas, y a Alice cerca de la chimenea y mirando a Stafford, que está de pie junto al fuego, con el rostro pálido y angustiado. Mario queda fuera de su campo de visión. Alice se incorpora un poco para decir algo que Clara no consigue oír, y Stafford le responde iracundo, con voz fuerte y clara.

—¡No me importa lo que digáis Daniel y tú, y aún me importa mucho menos la ley! Lo que sé es que se está saliendo con la suya... y nada nadie le para los pies. ¡Es desesperante!

Ahora sí oye a Alice, que intenta calmarlo, sin éxito.

—Perdóname, Alice, pero no, no puedo calmarme. Se está detrayendo a un gran artista, se está acabando con su carrera, y eso va en contra de toda justicia y decencia.

Daniel Buchan dice algo, pero como está de espaldas a la puerta, Clara no lo oye. Entonces aparece Mario, que debe de haber estado todo el rato de pie junto a la ventana. Se acerca mucho a Stafford y le mira fijamente, con el rostro lleno de rabia.

—*¡Amico* —le dice—, la carrera es mía, no tuya! Y si yo he llegado a aceptar lo sucedido, ¿por qué no lo aceptas tú?

—¡Pero es que tú no lo has oído! —le responde Dyckman extendiendo los brazos y mirando a los demás invitados, intentando hacerle comprender—. Ya ha empezado. Fue ayer, en casa de la señora de Paran Stevens. Chadwick estaba allí. Estaba rodeado de un grupo de hombres, todos muy atentos, con las cabezas muy juntas... Cuando pasé por su lado, uno de ellos soltó una carcajada y dijo: «¿Y la niña Pratt te contó eso? No me lo creo», y entonces Chadwick dijo algo y todos se echaron a reír. —La voz de Dyckman tiembla y amenaza con quebrarse— Y en aquel momento Chadwick me vio y sonrió..., sonrió, el muy insolente. Dios mío, cómo me habría gustado partírle la cara, cómo me habría gustado. Ya ha empezado, Mario. No tenía ni idea de lo horrible que... —y entierra la cara en las manos.

Mario lo lleva hasta una silla y lo obliga a sentarse. Daniel Buchan se levanta y desaparece del ángulo de visión de Clara, para reaparecer a cabo de un momento con un vaso lleno que le ofrece al joven. Stafford lo acepta encantado pero no consigue llevárselo a la boca; le tiemblan las manos y se derrama encima parte del contenido. Mario, que sigue a su lado, agarrándole el hombro con una mano, se agacha un poco y le sostiene el vaso con la otra, para ayudarlo a beber. Al otro lado del salón, Alice sigue sentada en su silla, inmóvil, con la cabeza inclinada, como si estuviera rezando.

Tras unos instantes, Stafford tose y aparta el vaso. Cuando vuelve a hablar, parece más calmado, y Clara tiene que hacer un esfuerzo para oír lo que dice.

—Lucy Pratt lleva una semana sin salir con Chadwick. Se supone que se siente indispuesta y no ha salido de casa. No me creo que ella sepa lo que Chadwick está haciendo, que la esté usando como fuente de sus historias..., ni ella puede ser tan desvergonzada como para consentir algo así. Oh, Mario, si les hubieras visto las caras. —Librándose de la mano que le atenaza el hombro, le entierra la cara en el brazo, como si sus propios rasgos hubieran adoptado la expresión de aquellos y no quisiera ser visto.

Mario mira a Daniel por encima del cuerpo desmañado de su amigo.

—¿ti Qué se siente al tener tanta razón?

—Pues no bien del todo —responde Daniel, que se levanta, se acerca a su esposa y le acaricia una mejilla. Alice levanta la cara y le toma la mano.

—Ha empezado pronto —prosigue Buchan dirigiéndose a Alfieri, pero sin dejar de mirar a su esposa—. Estaba seguro de que esperaré hasta justo antes de la noche inaugural. Pero parece que su marcha no es para nada prematura.

Clara, atónita, se separa de la puerta y se sienta en un banco que hay contra la pared del pasillo, rodeada de los abrigos que penden del colgador. Así que Lucy Pratt está en la ciudad, como creía... Bueno, ¿y quién si no le habría podido contar a Mario lo de Rosebank? Pero ¿viviendo con Chadwick? Clara no tenía ni idea de que se conocieran. La imagen de su maldad combinada es sobrecogedora, terrorífica.

Y, por lo que ha oído, deduce que todos los que están en el salón —Alice, Stafford, el señor Buchan— conocen lo sucedido en Rosebank. Ha estado sentados con ella, le han hablado, la han mirado a la cara, sabiendo lo que sabían —¿desde hace cuánto tiempo?—, imaginándose... Durante un momento, la invade una oleada de vergüenza y siente que le falta el aire. Pero entonces se da cuenta de otra cosa que anula todo lo demás y le llena la mente de una inmensa oscuridad: la ruina de Mario. ¿Qué importa que Alice o Daniel sepan de su vergüenza? Si Stafford tiene razón, si Chadwick va por ahí contando su historia, entonces ya todo el mundo sabe, o sabrá muy pronto, lo que ella hizo. Mario se la lleva de Nueva York pasado mañana, pero no es por su salud, sino para escapar del deshonor que ella ha traído a su vida.

Su carrera está destruida, ha dicho Stafford. Cortada de raíz cuando estaba en la cumbre. Mario ha rescindido su contrato con el teatro para huir del escándalo. ¿Por qué otra cosa si no? Pero ella ha sido la prohijada de un hombre de negocios prominente y sabe las consecuencias que implica esa cancelación. Se le echarán encima con todas las armas que poseen; su vida será una pesadilla de demandas judiciales, de fianzas, de humillaciones, y al final saldrán ganando ellos, porque él está en el bando perdedor. No importan los motivos. Lo que importa es que ha incumplido el contrato.

Por ella. Por lo que hizo, y también por lo que no ha hecho. Por su cobardía, por su negativa a decirle la verdad cuando aún estaba a tiempo cuando aún era Ubre para echarse atrás en su oferta de matrimonio.

Este es el último desastre de la larga lista que ha provocado. Todo lo que toca, cada persona a la que ha amado, se destruye o muere antes de hora. Su madre, papá, su tutor. Y ahora Mario, a quien ama más que...

A ella misma. Mucho más. Si está en su mano, salvará su carrera, le librá de las consecuencias de haberla amado. Cree saber cómo lograrlo... algo que le ha oído decir a Stafford le da una pequeña esperanza... Ha dicho que es imposible que Lucy sepa lo que Chadwick está haciendo, y eso tiene que ser verdad. Por más loca que esté, por más que matara a papá, nunca consentiría que se ensuciara su nombre. Y si se entera de lo que Chadwick está haciendo, ¿acaso no intentará detenerlo? Al menos es una posibilidad. Lucy tiene que saberlo.

Pero, ¿y si no atiende, y si la ataca...?

Una sombra cubre la rendija de luz que ilumina el pasillo, a la altura de la puerta. Del salón llega el frufú de una falda que se acerca...; es

Alice, que se dispone a salir. Clara intenta esconderse entre los abrigos, pero es inútil. Si la puerta llega a abrirse, la descubrirán. Pero una voz se levanta en el salón.

—¿Sí? —dice Alice con la mano ya en la puerta. Clara le ve los dedos, que sujetan la madera. Su amiga hace una pausa, escucha la voz que le habla desde atrás—. Oh, Daniel... y se da la vuelta. La luz vuelve a pasar a través de la rendija e ilumina de nuevo ese trozo de pasillo.

No hay tiempo que perder. Clara busca su abrigo entre los que están colgados a su lado, y tira de un sombrero que cuelga de un gancho. En silencio, abre la puerta acristalada del vestíbulo y sale al amplio rellano desde el que parte la escalera que muere en la acera. Una vez allí, con la puerta —que es de madera maciza— cerrada tras de sí, se siente más segura; aunque Alice saliera del salón en ese momento, no vería quién está fuera poniéndose el abrigo y encasquetándose el sombrero a toda prisa.

La llovizna es débil pero persistente. Clara se saca los guantes de los bolsillos de abrigo. Ah, ahí está su monedero, gracias a Dios, y tendrá que quedarle algo... ¡sí! Más que suficiente para tomar un coche de punto. Se pone los guantes y baja la escalera mirando atrás por encima del hombro. Ahí mismo está la sala, pero no hay nadie junto a la ventana mirando al exterior en ese momento. Dobla a la derecha en dirección a la calle Veintiséis, y no tarda en quedar fuera del campo de visión de las ventanas de la casa. Se mueve rápido, pero se da cuenta de que ha cometido un serio error; sus zapatillas de suela finísima son ideales para estar en casa, pero no para caminar por las calles mojadas. Cuando llega a la esquina ya tiene los pies empapados.

No importa. Ya no hay marcha atrás. Caminará lo más deprisa que pueda. Si tiene suerte, claro. La Quinta Avenida, que sólo está a una manzana de allí, en dirección oeste, es la vía más rápida para llegar a Washington Square...

Mañana tendrá que encender una vela más en la iglesia. Si hubiera parpadeado justo en aquel momento, ella habría pasado de largo y no la habría visto. Entre el instante en que ve su pequeña silueta cruzar a toda prisa la entrada de servicio y el tiempo que tarda en agarrar su abrigo y salir a la calle para seguirla, aún tiene un momento para garrapatear una nota casi ilegible con un lapicero muy corto sobre un papel de envolver y arrojárselo a la atónita cocinera, al tiempo que le señala el piso de arriba con el dedo índice.

Al salir por la puerta de servicio, Gennarino dobla a la derecha, siguiendo los pasos de Clara; Madison Avenue está tranquila esta noche, y el bullicio normal del tráfico se ve reducido, a causa de la lluvia, a unos pocos landós, cabriolés con capota y carros cubiertos con lonas enceradas. Llega a toda prisa a la esquina de la calle Veintiséis e inspecciona rápidamente a izquierda y derecha. Hacia el este, en dirección a la Tercera Avenida, no se ve ni un alma; justo enfrente de donde se encuentra, está uno de los lados de Madison Square —con sus bancos alineados y con árboles empapados y casi totalmente desprovistos de hojas— que está totalmente vacía. A la derecha, a media manzana, hay un coche de punto detenido bajo una farola. Gennarino alcanza a ver el dobladillo de una falda y un pie diminuto que desaparecen en su interior antes de que el cochero cierre la portezuela y el caballo emprenda el trote en dirección a la Quinta Avenida.

Sale corriendo tras él, en silencio, con la esperanza no tanto de alcanzarlo, sino de no perderlo de vista. No tiene sentido que la llame para que se detenga...; al contrario, si descubre que le están siguiendo, le ordenará al cochero que vaya más rápido. Y sería una locura parar otro coche para que la siguiera, sería demasiado fácil perderla, porque los vehículos cruzan constantemente de un lado a otro. No, es mucho mejor moverse a pie...

El coche de punto dobla la esquina de la Quinta Avenida. Eso es bueno y es malo a la vez, porque el tráfico aquí se hace más lento, pero ahí está el Fifth Avenue Hotel, donde él y su maestro se alojaron cuando llegaron a Nueva York; está muy bien iluminado, y los vestíbulos y las aceras contiguas están llenas de gente, y los carruajes se alinean delante, entrando y saliendo continuamente de la corriente del tráfico que invade el gran bulevar. ¿Cómo va a hacer para no confundir su coche de punto con los otros miles que avanzan, idénticos, calle abajo, adelantándose irnos a otros constantemente? Además, en la confluencia de la Quinta Avenida con Broadway, la confusión se hace aún mayor una auténtica locura, y la cacofonía que forman los cocheros vociferantes, los cascos de los caballos y los chirridos de las ruedas de hierro sobre los adoquines parece salida del fondo del infierno.

¡Allí! ¡Ese es! Cruza corriendo la confluencia de las anchas calles, sordo a los gritos y los insultos de los cocheros y a los relinchos de desconcierto de los caballos, esquivando a los vehículos que salen de todas partes, y resbala un par de veces en el suelo mojado. En una de las dos ocasiones queda justo debajo del morro de un caballo, que retrocede y se encabrita y casi lo aplasta. Pero Gennarino se levanta en un segundo y está a punto de alcanzar la acera opuesta cuando una carreta cargada de barriles, tirada por seis hombres, se cruza en su camino pesadamente y no le deja ver nada.

—O *Dio m'assisti!* —exclama, desesperado. ¿Dónde está ahora? ¿Qué coche es el suyo? —Se sube a lo alto de la carreta, provocando la ira de su conductor, y estira el cuello al máximo, oteando las calles y casi llorando de frustración. ¡Es hombre muerto! Casi daría lo mismo que se arrojara contra las ruedas de los coches que le rodean, porque el maestro Alfieri lo matará sin dudar si regresa sin ella. O *Dio! Dio e la Santa Vergine*, ¿es ése? ¿El landó con un arañazo en el lado? *Sì! Ecco! Eccola là...!* avanzando por la Quinta Avenida.

Se baja de la carreta pero cae mal y se le tuerce el tobillo. De todos modos, llega a la acera y empieza a correr otra vez, mientras el conductor sigue insultándole y haciendo chasquear el látigo en el aire.

Desciende por la Quinta Avenida, abriéndose paso entre los paseantes y sus paraguas, sin perderla nunca de vista. Pero, ¿adónde irá? ¿Para qué ha salido? El landó sigue bajando, pasa de largo la calle Catorce. El caballo va a un trote lento, pisa con cuidado los adoquines resbaladizos y levanta mucho las patas, cosa que permite a Gennarino seguirle la pista. De todos modos, está empezando a cansarse, y el tobillo le duele mucho. Pasan por la calle Doce, por la calle Diez... por casas antiguas y elegantes. El cochero hace chasquear el látigo y el caballo gana velocidad. Al final de la Quinta Avenida hay un delicado arco que cruza la calle y, tras él, un césped iluminado por la luz de las farolas. El landó que le lleva dos calles de ventaja, gira a la altura del arco y desaparece de su vista.

¡Dios mío, perderla ahora! Jadeando, Gennarino hace un último esfuerzo y acelera el paso. Dos hombres que pasean con sus paraguas tienen que arrimarse mucho a una reja de hierro cuando pasa por su lado. Dobla la esquina y se detiene, agotado, respirando entrecortadamente. El coche ya ha vuelto a arrancar, pero la señora Alfieri, iluminada perfectamente por las luces que flanquean la puerta, está de pie en lo alto de la escalera que conduce a una gran casa con fachada de ladrillo. Se queda mirando, apoyado a una barandilla, y en ese momento la puerta se abre y la luz la ilumina aún mejor. La Alfieri entra y desaparece de su vista.

—¿La señorita Pratt? —El criado le hará saber si se encuentra en casa—. ¿Quién le digo que ha venido a verla?

Con esa pregunta, al menos se asegura de algo: Lucy vive allí. Por favor, Dios mío, no me dejes morir esta noche. Mario se enfadaría tanto. Le entrega una tarjeta al criado.

Pero las puertas que separan el vestíbulo del salón están abiertas y desde su interior llega una voz alegre.

—¿Una visita para la señora Pratt? ¿Y en una noche como ésta? No nos excedamos con el protocolo, John. Haz pasar a nuestra visita. ¡No! ¡Imposible! Cena fuera cada noche, no puede estar aquí. Se da la vuelta para salir corriendo, para bajar la escalera y marcharse, a cualquier parte, a cualquier sitio menos allí, pero si echa a correr, sellará la ruina de Mario y su propia vergüenza será perpetua; ninguno de los dos volverá jamás a ponerse en pie. No, ya está ahí, ha venido para algo y ahora no puede echarse atrás. Va a pedirle directamente que pare, que les ahorre ese...; se lo suplicará de rodillas si es necesario. Para eso no hace falta que se quite el abrigo y el sombrero. Puede arrodillarse con el abrigo puesto. Y tampoco hace falta que él se le acerque mucho...

Los ojos de Chadwick brillan cuando el criado la hace entrar en el salón bien iluminado, o tal vez sea sólo el reflejo de las lámparas en sus lentes. Es la imagen misma del bienestar y los placeres hogareños, reclinado en su butaca, junto a la chimenea encendida, con una pila de libros y periódicos jurídicos sobre una mesilla que tiene al lado, y en la que también reposan sus puros y una licorera. Cuando Clara entra, se levanta y se le acerca con la mano extendida.

—John, esta es la señora Alfieri, la mismísima señorita Adler que tenía que venir a vivir aquí. La recuerda usted, ¿verdad? A veces venía a cenar con su tutor, el señor Slade.

John da muestras de reconocer a la mismísima señorita Adler.

—Pero quítate el abrigo, querida. Ya que has venido hasta aquí, te quedarás un rato, ¿no? Insisto... —Se le acerca aún más, ignorando sus balbuceos de protesta, y le quita el sombrero y el abrigo como se haría con una niña de cinco años. Ella se encoge y retrocede, intentando mantener la compostura.

—Gracias, John, eso es todo. Ah, creo que tal vez será mejor no informar a la señorita Lucy de la presencia de nuestra invitada. Muy bien John, gracias, y cierra las puertas cuando salgas. Vaya, vaya, así que volvemos a estar juntos, los dos solos, querida. Qué considerada has sido viniendo a visitarme... después de tanto tiempo. Aquí me tienes, cautivo del mal tiempo y maldiciendo mi destino por tener que quedarme en casa, y de repente, ¿qué sucede? ¡Qué una joven encantadora viene a visitarme! No, no, querida, en esa silla no, está demasiado lejos. Después de tanto tiempo, te quiero cerca. Aquí, eso es, que el fuego de la chimenea te ilumine esa carita tan preciosa que tienes. Quiero verte mejor.

»Qué suerte he tenido de estar aquí esta noche...; tenía planes para ir a cenar a casa de la señora Grenville con algunos amigos, pero por desgracia he tenido que hacerles llegar mis disculpas, y eso que tenía que ser una velada encantadora; pero llevo todo el día presintiendo un catarro, y a mi edad nunca se es lo bastante precavido —dice encogiéndose de hombros y esbozando una sonrisa, como ahuyentando su pena.

Clara mira a Chadwick desde las profundidades de su sillón orejero. Él la observa desplazar la vista a un lado y a otro, igual que un animalillo indefenso que hubiera caído de repente en una trampa. Se fija en que sigue siendo tan pequeña como siempre y, a pesar de la delgadez de su rostro, está más hermosa, más guapa incluso que su madre. Tampoco le pasan inadvertidas sus formas, que se han redondeado y se van vuelto más femeninas..., por efecto, supone, de los galopes nocturnos a los que su italiano la somete. Le alegra descubrir que sigue mordiendo las uñas.

—Déjame que piense —le dice sentándose delante de ella y sonriendo al darse cuenta del gesto de alivio en los ojos de la joven, que ve que la distancia entre los dos aumenta—. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos? No, ¿es posible? ¿Cuatro meses? Recuerdo perfectamente nuestro último encuentro.

Ella también. Aparta la mirada sólo un instante y vuelve a toparse con sus ojos. Se ruboriza al momento con ese recuerdo. Su último encuentro tuvo lugar el día anterior a su boda. Chadwick había venido para comer con ella, como todos los martes, lleno de bondad y buen humor, y no hablaba de otra cosa que no fuera de su impaciencia por tenerla ya bajo su techo. Estaba emocionado pensando en el viernes, cuando al fin estaría bajo su tutela, y no había dejado de toquetearla... en la cara, en los brazos, en el cuello, en el pelo... Y, una vez que Margaret retiró los platos de la mesa y los dejó solos, la había besado; en aquella ocasión no esperó el momento de la despedida para hacerlo, atrayéndola hacia sí. Ella se resistió, él le dio un bofetón y la tiró al suelo, pero aquello pareció hacerle volver en sí. Se quedó allí de pie, con la respiración entrecortada, alisándose la ropa.

—Entiéndeme —le había dicho—. Cuando estés en mi casa, habrá cosas que se darán por sentadas.

Nunca se lo había contado a Mario, por miedo a lo que pudiera hacerle a Chadwick, pero también porque sabía que su propio pasado había hecho inevitables aquellas situaciones. Además, ¿cómo iba a contárselo a Mario, si en la noche de bodas él iba a darse cuenta de que lo que le había negado a Chadwick era algo que había hecho —hacía mucho tiempo, y con frecuencia— con otro hombre?

—Siento haberle decepcionado —es lo máximo que alcanza a decirle hoy.

—¿Decepcionado? ¿Largándote con ese pervertido en vez de aceptar mi hospitalidad? —Chadwick sonríe ampliamente con los labios muy apretados—. Supongo que debo echarle la culpa a Eros. Por desgracia, la pasión desbocada es la responsable de la mayor parte de las desgracias del mundo. Yo, claro, espero que tu futuro con el cantante sea feliz, querida. Pero me temo que unas costumbres de don Juan, como las que él ha cultivado, son difíciles de erradicar... —añade, recreándose en las palabras—. Al menos tú parece estar relativamente bien. Había oído historias terroríficas sobre tu estado de salud..., para el estreno de la ópera en Filadelfia, por ejemplo. —Hace chasquear la lengua—. Pero tu visita de esta noche disipa todos los cuentos que circulan por ahí. Parece que sí, que después de todo tu cantante te trata bien. Estaré encantado de poder acallar personalmente esos rumores.

Clara yergue la cabeza.

—Mario es mi esposo, no mi cantante. Y, hablando de rumores, ¿está Lucy en casa? Me gustaría hablar un momento con ella.

—¿No te habrás enfadado conmigo por comentar unos rumores que circulaban por ahí? Tienes que disculparme, ya sabes cómo me gusta el chismorreo. En cuanto a Lucy —añade ladeando la cabeza— ya sabrás que no te tiene demasiado afecto.

—Aun así, quiero hablar con ella.

—¿Estás segura? Está bastante..., bueno, dejémoslo en que parece haber desarrollado una gran animadversión hacia ti. No me parece sensato que te reúnas con ella.

—Es posible, pero insisto. Y a solas, por favor.

—Una idea irresponsable, querida.

—Sí, pero para eso he venido, no para verle a usted. Espero que no se ofenda.

Él se apoya en el respaldo de su butaca y sonríe.

—Clara, querida...

—Usted a mí no me quiere nada. Stafford Dyckman dice que ha estado contando cosas, diciéndole a la gente... —Enfrentada a la mirada burlona de Chadwick, de pronto se da cuenta de que no puede decir nada más. Pero, si no, ¿para qué está ahí, exponiéndose a esa humillación?—. Me ha dicho que le va contando a la gente lo de...

—¿Lo de qué?

—Lo del doctor Fauvell... —Se ha puesto muy pálida y se retuerce los dedos.

Chadwick asiente sin palabras.

—Pues es cierto. Su historia da para mantener conversaciones de lo más edificantes en las sobremesas. A él ya lo conocía mucho antes de que lo conocieras tú. Conocía a su esposa y a su hijastra..., por eso es que Lucy Pratt está viviendo aquí conmigo. Aquel hombre era todo un personaje..., aunque, claro, eso lo sabes tú mucho mejor que yo..., tal vez mejor que cualquiera, exceptuando a Lucy. Y a tu esposo, claro. Crec que le tiene un aprecio especial a la... singularidad del doctor Fauvell.

Clara se obliga a seguir mirándolo.

—¿Odia tanto a Mario?

—Verás, querida, se trata de una combinación de fuerzas. Al irte con él, tuviste la mala suerte de desbaratar unos planes en los que había invertido gran cantidad de tiempo y de esfuerzo. Tu cantante, por otro lado, me irrita con su arrogancia. Hay que bajarle los humos. Y los que me hacen daño, pagan su error, en eso soy inflexible. Tu madre, por ejemplo. Tu madre me insultó y, en tu persona, yo he podido, y puedo, devolverle lo que me hizo.

Clara parpadea y nota que la sangre le está subiendo a la cara.

—¿Conocía... conocía a mi madre? Nunca me lo dijo.

—No había tenido motivos para hacerlo —responde Chadwick—. Sí, la conocí, aunque no tanto como me habría gustado. Y sólo unos meses. Se parecía mucho a ti, querida. Mejor dicho, tú te pareces mucho a ella cuando la conocí, aunque tú eres mucho más guapa.

—¿Y cómo era? —le pregunta mirándolo con los ojos muy abiertos, como una niña en Navidad, sin pensar en nada más por un momento. Es la primera vez en su vida que oye hablar de una madre a la que nunca conoció—. Por favor, ¿cómo era?

—Era alegre y encantadora. Como un pajarillo. Tenía una sonrisa cautivadora y un espíritu divertido. Y el pelo castaño, como tú, y los ojos preciosos, querida, en eso has salido a ella. —Se le hielan las sonrisas—. Pero también tenía sus defectos, y uno sobresalía por encima de los demás. ¿Lo adivinas? Era orgullosa. Supongo que tenía que ver con el hecho de ser judía...; fuera por lo que fuera, lo cierto es que era demasiado orgullosa para su propio bien. No en vano la Biblia dice que «el orgullo precede a la destrucción, y el espíritu altivo a la caída». Tu madre intentó volar demasiado alto (pobre avecilla) y se le quemaron las hermosas plumas.

—Dice que ella lo insultó. Tal vez fue que no le entendió bien. Tal vez nunca fue su intención...

—Oh, no, querida, es imposible malinterpretar lo que hizo. Pero pagó por su insolencia. Bueno, más bien lo pagaste tú. Conseguí que Edward Fauvell te tomara como alumna, y la deuda no tardó en pagarse.

Chadwick contempla a Clara, que empieza a asimilar lo que le está diciendo. Se adelanta un poco y le acaricia el rostro helado, pasándole los dedos por debajo de la barbilla.

—Clara, pequeña. Yo ya casi te había perdonado por ser hija suya. Y tú tuviste que estropearlo todo fugándote con tu cantante. Qué lástima —concluye reclinándose de nuevo en la butaca.

Clara lo está mirando con ojos de horror y de incompreensión.

—¿Usted? ¿Usted me envió a estudiar con papá?

—Vaya, así que tú también lo llamabas papá —dice Chadwick riéndose y encogiéndose de hombros—. Conocía a una familia que necesitaba un lugar donde educar a su pequeña. Y conocía a un hombre que estaba muy bien preparado para educarla. Tenía una cuenta que saldar. Todo cuadraba tan bien... y resultaba tan adecuado...

Clara intenta hacer encajar las piezas de toda esa enorme monstruosidad.

—¿Mis familiares eran clientes suyos? ¿Por qué? ¿A dónde fue mi madre?

—En cuanto a la última pregunta, lo ignoro, pero al sitio al que deseo que vaya no la llevará mi deseo, sino su propia conducta. Y sobre si su familia... no, no eran clientes míos. Pero tenía la obligación de ayudarlos en todo lo concerniente a ti.

—¿Por qué?

Chadwick le responde con otra pregunta.

—¿Por qué nunca preguntas por tu padre?

De repente Clara se ve a sí misma como una marioneta a la que se mueve tirando de unas cuerdas desde lo alto. Y más allá de la mano que las sujeta, gigantesca, borrosa contra el cielo, está la cara de Thaddeus Chadwick. Nada de lo que pasa en su vida pasa sin que sus dedos muevan los hilos...

—No quiero saber nada más —susurra—. Por favor, déjeme marchar. Quiero irme a mi casa.

—¿Tan temprano? Pero si acabas de llegar. Y tenemos tanto que decirnos.

—No, ya basta. No debería haber venido.

—En eso estoy de acuerdo, ya ves. Por suerte, Lucy y yo ya no nos dirigimos la palabra, situación que nos satisface a ambos, te lo aseguro de no haber sido así, tu visita habría tenido un final bien distinto. Pero ahora, cuando yo estoy en casa, ella se queda casi siempre en su dormitorio, un dormitorio que tendría que haber sido tuyo.

»Además, no hace falta que hables con ella. Tú has venido para intentar que yo deje de difundir mis historias. Stafford Dyckman me oyó por casualidad en casa de alguien y se quedó horrorizado de que fuera divulgando esa información sobre una dama amiga suya. Pero tú no eres una dama, y nunca lo serás; tus pecados quedarán escritos para siempre, junto con los de papá Fauvell y los de Lucy Pratt. Además, tu esposo no es un caballero. Tanto tú como él estáis en deuda conmigo.

—Por favor, por favor, no.

Chadwick la mira y esboza una sonrisa de desprecio.

—Tu felicidad no significa nada para mí. ¿Podría ser de otro modo? Dame una razón válida por la que tenga que dejar de hacer públicos tus pecados.

Clara vacila, no sabe si debe contárselo.

—Estoy esperando un hijo —le dice finalmente—. Acabamos de saberlo. Nacerá en mayo, creemos. —Alza la vista para mirarlo—. Por favor tío Chadwick, no nos arruine la vida.

Chadwick asiente con la cabeza. Perfecto. Hija de su madre hasta el final. Qué fecundas. Qué asco. Se la imagina dentro de seis meses deformada, enorme, hinchada, a punto de explotar, con el hijo del italiano en las entrañas, con el mismo aspecto de su madre. Una pena, porque la hija es más guapa...

—Tengo una propuesta.

Ella levanta la vista, casi sin atreverse a esperar nada. Si pudiera llegar a algún tipo de acuerdo con él, si lograra salvar la carrera de Mario...

—Yo le hice una oferta a tu madre y ella me escupió en la cara. Como consecuencia de aquello, se pasó tres años enclaustrada en casa de sus padres (contigo, querida) antes de descolgarse por una tubería y desaparecer para siempre. Ahora voy a hacerte una oferta similar a la que le hice a ella. Y creo que hay bastantes cosas en juego...; no se trata de un encarcelamiento de tres años, pero sí del final brusco y definitivo de una carrera ilustre; y de la expulsión permanente, para ambos, de cualquier forma de contacto con la alta sociedad. La situación en vuestro caso es bastante distinta, por supuesto. Estáis casados, y ese dato tal vez te lleve a rechazar mi modesto ofrecimiento. Pero supongo que amarás a tu esposo. Por eso, y como sabes cuál sería el precio de tu negativa, estoy seguro de que tu amor por él acabará triunfando y aceptarás mi propuesta.

»Piénsalo un poco antes de rechazarla. Eres tan parecida a ella, mi niña, aunque, como ya te he dicho, más bonita aún. Seguro que hallaríamos el modo de encontrarnos un par de veces a la semana en algún sitio. Para mis necesidades, eso sería suficiente. Hasta que engordes demasiado y ya no me gustes, claro. ¿Cuánto tiempo falta para eso? ¿Unos tres meses?

Clara está muy blanca y parece enferma.

—No, no, nunca.

Chadwick arquea las cejas.

—¿De verdad, querida? Qué negativa tan rotunda, tan rápida. Y, en el fondo, ¿qué te estoy pidiendo? Nada que no hayas hecho antes. Además, en tres meses todo habrá terminado. Un precio muy pequeño para comprar el silencio, me parece a mí. Y más si tenemos en cuenta lo jovencita que empezaste.

Clara se levanta y se acerca a la puerta, tambaleándose, con una mano en la boca.

—Tu esposo podrá culparte de todo esto. ¿Crees que cuando no sea nadie te dará las gracias por tus escrúpulos? ¿Cuándo lo que la gente recuerde de él no sea más que un chiste verde? Bueno, en ese caso, buenas noches, querida —le dice cuando ella ya tiene la mano en el tirador—. Tu visita ha sido agradable. Sólo lamento que nuestro adiós tenga que ser tan definitivo. El lunes por la noche ceno en casa de la señora Hamilton Fish. Es de las que tienen una lenguaafiladísima. A ella y a los demás invitados les encantará la historia del doctor Fauvell y de su última alumna.

Clara se apoya en la puerta, con los ojos cerrados.

—No puedo —susurra—. No puedo. Por favor, no me obligue.

—Yo no te obligo a nada, niña. La decisión es enteramente tuya. Puedes irte ahora mismo si quieres.

Sale al momento del salón y se encuentra de pronto en el vestíbulo. De pie, justo delante de ella, en la escalera, está Lucy Pratt. Las dos mujeres se miran la una a la otra un largo instante. Lucy parpadea y sonríe, incrédula. Empieza a bajar, casi arrastrándose, de escalón en escalón, en un silencio que sorprende en alguien tan voluminoso, sin quitarle la vista encima a Clara.

Desde el salón se oye la voz de Chadwick.

—Recuerdos a tu esposo, querida.

Para ganar la puerta principal tiene que pasar delante de la escalera, y en un segundo Lucy se interpondrá en su camino. Se abalanza hacia la entrada con la esperanza de que el servicio no haya cerrado con llave. Con lágrimas en los ojos, sollozando, de repente ya está fuera, y baja a toda prisa hasta la calle, levantándose las faldas, corriendo, corriendo por las calles oscuras bajo una lluvia fría y persistente, con los gritos de Lucy que se le clavan en el oído...

Gennarino ha encontrado un banco que queda un poco metido en el parque y desde el que ve la casa sin que nada le tape la vista. Tanto si ella sale como si no, se dará cuenta. Una de las pocas ventajas de la lluvia es que la gente no hace cola precisamente para sentarse a su lado, y así puede estirar la pierna sobre el asiento. El pie se le ha hinchado tanto que el empeine de la bota le aprieta; no está seguro de si se lo ha roto o sólo se lo ha torcido, pero en todo caso no importa, el resultado es el mismo: no puede ponerlo en el suelo.

Allí sentado al borde del banco, se cruza de brazos e intenta taparse todo lo que puede con el abrigo, que ya está totalmente empapado. La lluvia le resbala cuello abajo, formando riachuelos que le recorren el cuello y le pegan el pelo a la cabeza. La *signora* ya debe de llevar irnos diez minutos en la casa. Si tarda diez minutos más, entrará y la sacará de allí..., aunque no sabe cómo, porque le va a ser casi imposible subir la escalera para llamar al timbre, y mucho más encaramarse a alguna ventana de la parte trasera. Con todo, tiene que hacer algo. Si esa casa es la del abogado Chadwick, como sospecha, no puede permitir que permanezca allí ni un minuto. Pensar en lo que puede estar sucediendo, en especial si la loca Pratt está dentro, le hace sudar a pesar de la lluvia.

Gesú Maria, en casa deben de estar como locos. A estas alturas, la cocinera ya le habrá dado la notita al maestro, pero sólo habrá podido contarle que él, Gennarino, ha salido persiguiendo a la *signora*, y no habrá sabido decirle adónde han ido. ¿A quién, en su sano juicio, se le ocurriría pensar que Clara habría venido hasta aquí? Fija la vista en la fachada de la casa y deja vagar su mente, intentando resolver el problema de cómo acceder a ella. Así, no se da cuenta de la presencia que tiene detrás hasta que nota la porra en las costillas.

—¿Qué está haciendo usted aquí, señor?

Gennarino levanta la cabeza. El aspecto que tiene en ese momento juega en su contra: empapado y sin sombrero y sentado en un parque, bajo la lluvia. Tampoco su respuesta le ayuda mucho. Al oír su acento extranjero, el policía asiente con la cabeza.

—Ah, «italiani» —le dice—. Muévase, no queremos vagabundos en estos bancos. Inténtelo en Mulberry Street. Allí son menos quisquillosos.

Le hace un gesto indicándole la calle de al lado y se queda allí de pie, dándose golpecitos de porra en una mano, esperando a que Gennarino se levante, cosa que hace apoyando sólo un pie en el suelo porque el otro es como un muñón dolorido. Despacio, se va a la derecha por Waverly Place, usando las barandillas a modo de muletas. No sabe dónde está Mulberry Street, ni le importa. Dobla la esquina de la Quinta Avenida. Justo detrás de las casas hay unas caballerizas que deben de dar a la parte trasera de la mansión de Chadwick. A la ida, con las prisas, no se había fijado en su existencia. Pero ahora entra en ellas, cojeando y sin hacer ruido.

Hay luces encendidas en varias cuadras. Un par de hombres entran y salen llevando arneses y bridas. Le miran un instante, pero no hacen siquiera el ademán de preguntarle nada o de cerrarle el paso. Haciendo un cálculo mental del número de casas, Gennarino avanza renqueando despacio hasta que se topa con una cerca de madera de dos metros de altura que sirve para separar las caballerizas del pequeño jardín trasero que hay en casa de Chadwick. No hay puerta ni entrada de ningún tipo. La única manera de acceder al interior sería trepar por esa valla, que es precisamente lo que no puede hacer. Derrotado, alza la mirada y se fija en las ventanas de la casa.

La planta baja no se ve, porque la tapa la verja. Pero las ventanas del piso de arriba están muy iluminadas. Y, en una de ellas, se distingue perfectamente la silueta de una mujer gorda que evoluciona por ese espacio con los brazos levantados, como si estuviera bailando al ritmo de una música que sólo ella es capaz de oír. Se agacha y se gira, y con los destellos de la luz, Gennarino se da cuenta de que es rubia.

La contempla unos minutos, fascinado y escandalizado a un tiempo, olvidándose casi del intenso dolor del tobillo, seguro de estar viendo a Lucy Pratt por primera vez. Qué alivio verla ahí, porque esa mujer lleva puesto poco más que el corsé y, a menos que haya invitado a la *signora* a su dormitorio para que la vea bailotear, lo más probable es que esa loca ni se haya enterado de la presencia de tan distinguida visitante.

Ahora sí oye unos pasos que lentamente se van acercando a él. Se gira al momento, temiendo el regreso del policía, pero se trata de un desconocido. Con la luz tenue que sale de los establos, Gennarino ve que se trata de un hombre joven, de piel oscura y complexión fuerte, con un mostacho negro, impresionante, como el de los bandoleros. Lleva una guerrera, unos pantalones de montar y botas altas; se trata, sin duda, de uno de los cocheros que viven en las caballerizas. Ahora la lluvia es más bien una llovizna muy fina, y el hombre se detiene a poca distancia, sin decir nada, mirándolo de arriba abajo. Entonces, aún en silencio, enciende un cigarrillo —el chasquido de la cerilla resuena en la noche— y sopla el humo en dirección a Gennarino.

Este hace un gesto de saludo con la cabeza. Será mejor mostrarse educado. Después de todo, ha invadido una propiedad privada, y además no está en condiciones de defenderse.

—Buona sera, *signore* —le dice.

El joven también le responde en italiano.

—¿Está buscando algo?

A Gennarino el corazón le da un vuelco. ¡Un compatriota!

—No algo, a alguien. La esposa de mi señor está haciendo una visita en esta casa —añade señalando tras él—. Y yo estoy esperando a que salga.

—Por aquí seguro que no lo hará. No hay salida —le responde el otro, señalando la valla.

Gennarino asiente.

—Sí, ya me doy cuenta. Estaba a punto de irme. Pero no he podido evitar detenerme para contemplar... —mira hacia la ventana. Lucy Pratt sigue girando y contoneándose, la masa de su cuerpo recortada a contraluz. El joven observa la aparición con la cabeza ladeada y una media sonrisa en el rostro.

—La esposa de su señor no es esa, ¿verdad? No, ya me parecía, pero siempre es mejor preguntar, no me gustaría insultar a su *padrone*.

Da una calada al cigarrillo sin dejar de mirar a Lucy.

—Mucha mujer ahí arriba —dice con voz profunda—. Un hombre podría ahogarse en tanta carne. Podría morir asfixiado. —Agita la mano mientras aspira aire ruidosamente—. Imagínese enterrar la cara entre ese par de melones. Si un hombre se cayera ahí dentro, nunca más se

sabría nada de él.

Se ríen.

—¿Lo hace a menudo? —pregunta Gennarino. Al parecer, el festival de danza ha terminado. Lucy se está arreglando el pelo, aunque sigue frente a la ventana.

—Empezó hará una semana. Al menos yo nunca la he visto antes y, créame, me habría dado cuenta, aunque sé que lleva uno o dos meses viviendo aquí. Ya la había visto en la ventana, aunque no moviendo el... —menea el trasero y echa a reír, antes de ofrecerle un cigarrillo a Gennarino, que acepta, dándole las gracias.

—¿Le gustan grandes? —le pregunta Gennarino, acercándose para encenderlo con la cerilla que le ofrece.

—Me gustan de todas las maneras..., grandes, pequeñas, jóvenes, viejas, rubias, morenas, pelirrojas. Pero las gordas, las gordas son más sabrosas. Gimen como locas cuando se la metes, y tiemblan como flanes.

Tira la colilla al suelo, la aplasta con la bota y se pasa la mano por la cara.

—La muy zorra sabe que la miro, y sabe que está a salvo porque no puedo llegar a ella. Ni siquiera escalando la valla y subiendo hasta su ventana. Hay barrotes de hierro. —Señala la habitación de Lucy—. ¿Lo ve?

Lucy se está vistiendo despacio, se abrocha los botones del corpiño, de abajo arriba, se encoge hacia delante cuando encierra sus pechos en la tela.

—Sí —dice Gennarino... ya veo. —Mira al joven y le extiende la mano—. Me llamo Salvatore Gennarino.

—Ferruccio Cirri —responde el joven al estrechársela, al tiempo que le señala el pie—. Parece que tiene problemas. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Señor Cirri, creo que Dios ha cruzado nuestros caminos. Sólo hace un momento que nos conocemos, pero me pregunto si puedo pedirle un gran favor...

La lluvia ha cesado. Alfieri está de pie junto a la ventana del salón, mirando a la calle, esperando que alguien aparezca, ansiándolo con cada pedazo de su ser. Sigue con la vista cada carruaje que se acerca, pero cuando lo ve pasar de largo sin detenerse, su mirada queda vacía, derrotada.

Tiene un trozo de papel marrón entre los dedos. Le da vueltas y más vueltas, lo dobla, lo sacude, lo aprieta como si fuera un talismán, haciendo que las palabras que hay escritas resulten casi ilegibles. Cuando se suban al barco el lunes, ¿cómo le gustaría poder decir que en su vida no ha habido ningún sobresalto! Pero es que duda incluso que llegue a vivir tanto. Dios sabe que no puede resistir mucho más. Cada vez que le parece que todo ha terminado, sucede aún algo...

«Ya no tengo nada más que ofrecer —piensa—, ya lo he dado todo, no me queda nada. Padre, no dejes que suceda. Devuélvemela... sana y salva, con nuestro hijo intacto. No te pido nada más, eso solo. Devuélvemela. Ya no tengo nada que darte, excepto la sangre de mi corazón, y también es tuya, si la traes de nuevo a mí...»

Alice entra en el salón. El roce de la falda al caminar resuena en la estancia. Alfieri se gira y ella se fija en su expresión de angustia. Le duele en el alma verlo así.

—¿Sabía —le dice él, como si hubieran estado hablando todo el rato— que me propuso abandonarme? Para mantenerme a salvo de Lucy Pratt, para protegerme...

En ese momento entra Daniel Buchan, que se queda de pie detrás de su esposa. Él también se queda mirando al tenor e, instintivamente, le agarra la mano a su esposa. Mario los observa a los dos, allí, cogidos de la mano, y vuelve a girarse.

Un carruaje privado, muy elegante, dobla la esquina de Madison Avenue procedente de la Calle Veintiséis. Es un coche reluciente de color borgoña, con dos lámparas encendidas. Alfieri levanta la cabeza, más por costumbre que por otra cosa, y lo mira con desinterés. El cochero, un joven moreno uniformado, que luce un fino mostacho negro, tira de las bridas y el carruaje se detiene frente a la casa. Alfieri, lívido, sale como una exhalación y se planta en la puerta justo cuando el cochero salta a la calle y abre la portezuela.

Gennarino sonrío, cansado, rodeado de cojines color vino. Parece agotado, y sostiene a Clara en sus brazos.

El último día completo de los Alfieri en Nueva York amanece húmedo y gris. El sol se esconde entre nubes altas que parecen siempre a punto de romperse, aunque nunca llegan a hacerlo. Es domingo, catorce de octubre, y en este día de descanso hay quien tiene mucho que hacer.

Gennarino, por ejemplo, supervisa todo lo relacionado con su partida, a pesar de tener una pierna inutilizada. El doctor Fisher, que llegó a poco de ser avisado anoche, le examinó el tobillo herido —tan hinchado que tuvieron que cortar la bota para poder sacársela— y aseguró que no estaba roto, que se trataba de un esguince. Aquello no alegró precisamente al paciente porque, en ambos casos, el periodo de inactividad es el mismo: un mes, como mínimo. Pero esta mañana Gennarino ha hecho que Peters coloque dos sillas estratégicamente dispuestas en la zona de servicio, una para sus posaderas y la otra para su pie vendado. Desde ahí, sentado con los brazos cruzados, todo un Napoleón Bonaparte controla la carga de los baúles y las cajas en los carros que los trasladarán hasta el muelle, donde serán introducidos en el barco rumbo a Inglaterra.

Todo se realiza con tanta eficiencia que el señor y la señora de la casa tienen muy poco que hacer, excepto intentar no estorbar, hasta que llegue la hora de empezar a preparar la pequeña fiesta de despedida y cumpleaños, la última celebración que vivirán bajo ese techo. Así, a las diez de la mañana, Alfieri entra en la sala buscando a su mujer. La hermosa estancia tiene un aspecto triste, de abandono, como los árboles de la calle, que ya casi no tienen hojas, porque le han quitado todos los elementos que la adornaban. Clara, sentada en medio de ese vacío, perdida en sus pensamientos, también parece desolada. Al observarla desde la puerta, Alfieri tiene de repente la visión de una niña sentada sola en una estación de tren desierta...

Aún no ha hablado con ella de su aventura nocturna de anoche. No ha habido tiempo. Cuando Gennarino la trajo a casa, estaba demasiado agotada, y lo único que hizo fue darse un baño, someterse a la revisión del médico —que afirmó que tanto ella como el niño estaban perfectamente— y dejar que la llevaran a la cama. Esta mañana, por primera vez desde poco antes de casarse, Alfieri ha ido a misa y le ha encendido unas velas a la Virgen María en agradecimiento por haber hecho que su esposa y su hijo regresaran sanos y salvos.

Y ahora, por fin, es el momento de hablar..., pero no aquí, en medio de ese sitio tan triste.

—*Madonna* —le dice—. ¿Quieres venir a pasear un poco conmigo? Está saliendo el sol, va a hacer un buen día. Si estás cansada, no hace falta que vayamos lejos.

Bajan juntos la escalera y llegan al vestíbulo. Sus planes quedan pospuestos media hora, porque el baúl que contiene la ropa de abrigo de Clara ya está montado en un carro, y tienen que encontrarlo, bajarlo y sacar de él un abrigo; buscar la sombrerera precisa que se esconde entre otra docena; seguir la pista de los guantes. Y todo porque ayer noche salió de casa de Chadwick dejándose en ella todo lo que llevaba, por lo que hay que buscar prendas de recambio.

La espera sólo consigue sumirla en una melancolía aún mayor. Se queda sentada en el salón principal, esperando, con la cabeza gacha y la mirada perdida. Se retuerce los dedos sin parar, tirándose de unas uñas y unas cutículas ya muy mordidas. Alfieri se le acerca en una ocasión, y le cubre las manos con las suyas para intentar que pare. Ella le obedece, mortificada, pero cuando él se aleja vuelve lenta e inconscientemente a ese ejercicio de automutilación.

No se da ni cuenta de cuando su esposo se ausenta del salón unos minutos. Regresa con algo escondido a la espalda. De todos modos, ella no se da más cuenta de su regreso que de su marcha, y Mario tiene que agacharse y darle un beso para atraer su atención. Desconcertada, Clara alza la vista.

—Me reservaba esto para dártelo cuando llegaran nuestros invitados esta noche, *diletta*. Pero tal vez quieras abrirlo ahora, mientras esperamos. A ver si te anima un poco. Es mi regalo especial para ti, en tu día especial, el primero de muchos que pasaremos juntos, si Dios quiere.

Ella mantiene la cabeza gacha, incapaz de mirarle a los ojos. A pesar de haberle aterrorizado, como ha hecho, a pesar de haberle fallado, él aún... Desata la cinta del estuche plano de terciopelo y levanta la tapa.

Es un verde que no ha visto nunca. Levanta la mirada, incrédula, boquiabierta, y luego vuelve a bajarla para contemplar el círculo perfecto de esmeraldas que reposan sobre un forro de satén blanco.

—A juego con tus ojos —le dice él—. Tus ojos tan hermosos. Feliz cumpleaños, amor mío.

Clara vuelve a levantar la cabeza. Esos ojos de los que habla Mario están arrasados en lágrimas. A pesar de haberle fallado, él le ha regalado esto. A pesar de haberle arruinado la vida.

—Puedo salvarte —le dice—. Salvar tu carrera.

La sonrisa se desvanece del rostro de Mario.

—¿Qué estás diciendo, *cara*?

—Yo puedo salvarte. ¡No! No me preguntes cómo. Sólo puedo decirte que sé que puedo. —Vuelve a estar muy pálida y parece enferma—. Por eso me escapé, Mario, por eso, Mario, dime que hice bien... —Se seca los ojos con la mano—. Si quieres que lo haga, lo haré —susurra—. Lo haré para salvarte, lo haré, si tú quieres. —Está temblando—. Mario, dime que no..., dime que hice bien, Mario, dime...

Y mientras tanto él no para de besarle las manos, la cara, de decirle una y mil veces que hizo bien, que deje por un momento de pensar en eso, que hizo bien. Y siente deseos de matar, la rabia le llena los pulmones, le atenaza la garganta, lo ahoga. Solloza una vez, atormentado por dentro, furioso por no poder cerrar sus manos alrededor del cuello de Chadwick y quitarle la vida. Pero Clara cree que está enfadado con ella, y él la saca una vez más de su error.

—No, no, nunca contigo, tú hiciste bien, hiciste bien...

Alfieri ve, a través de la ventana, el enorme carro muy arrimado a la entrada, y a los hombres que hacen esfuerzos para cargar los baúles. Mañana, Clara y él se habrán ido, por la noche ya estarán en alta mar, camino a casa..., á casa para siempre, en casa por siempre jamás. No lamenta nada de lo que ha hecho, sólo lamenta lo que le ha quedado por hacer. Chadwick sigue vivo; el hombre que envió a Clara a la cama de Fauvell sigue con vida para ensuciar su nombre, para denunciarla ante el mundo de una deshonra a la que él la envió, para reírse de una

desgracia a la que él dio forma. «La venganza es mía —dijo Dios—; yo me la cobraré.» Pero Chadwick sigue vivo: hombre de éxito, respetado libre de ir llenando de basura los oídos del mundo.

Casi lo piensa, casi reza para que suceda: «Dios, déjame ser el instrumento de tu venganza. Deja que sea yo». Pero ayer noche, en esa misma sala, le ofreció a Dios la sangre de su corazón a cambio del retorno de su esposa. Y aquí está. Asustada, avergonzada, pero allí, sana y salva, igual que su hijo. No tiene derecho a pedir nada más, y ya no tiene nada más que darle. Zarpará con ella y, si Dios se lo permite, se dedicará a su familia, tranquilamente. Cerrarán los oídos a lo que diga el mundo y vivirán el uno para el otro.

—Padre —dice—. Amén.

Por fin Margaret le trae a Clara el sombrero, el abrigo y los guantes. Marido y mujer caminan lentamente por Madison Square bañados por un sol tenue. Avanzan pisando hojas secas, saludan con una inclinación de cabeza a otras parejas que también pasean por los senderos en esta mañana de sábado. Después de un rato, se detienen junto a un banco húmedo y se sientan. Allí, Clara le cuenta toda la historia, que culmina con su huida frenética escaleras abajo, por las calles oscuras, sin dirección...

—No sé de dónde salió Gennarino. Al final paré frente a lo que me pareció una iglesia: vi un campanario en la distancia y me puse a correr hacia allá, porque pensé que estaría a salvo, pero cuando llegué me di cuenta de que no era una iglesia, y ya no podía más ni sabía dónde estaba. Era una calle ancha, con trenes que me pasaban por encima de la cabeza a toda velocidad. Empecé a subir la gran escalinata del edificio, de largos peldaños, como los de una iglesia, y me apreté mucho contra la puerta, para protegerme de la lluvia y ocultarme. No podía pensar más que en ti, Mario, en cuánto deseaba vivir para que el niño naciera.

»Y entonces el carruaje paró frente a la escalinata. El cochero se bajó, abrió la puerta y ayudó a salir a un hombre, que parecía herido, o lisiado; no podía andar, y el cochero tuvo que ayudarlo. Empezaron a subir la escalera y yo estaba allí arriba, preparada para escaparme por el otro lado —prosigue en un tono que mezcla la risa con el llanto— cuando oí la voz de Gennarino que salía del cuerpo de aquel tullido y me llamaba: «*Signora, signora, rimani, rimani! Non fuggire!*»

Sin dejar de reír, toma el pañuelo que Alfieri le alarga y se seca los ojos.

—Gennarino me contó —dice Alfieri— que Dios lo estaba viendo todo, desde el principio hasta el final. El cochero del carruaje trabaja en la casa contigua a la de Chadwick, y estamos en deuda con él. Fue muy amable de su parte acudir en vuestra ayuda. Si llegara a saberse que usé el carruaje, podría perder su empleo. Lo dispuso todo en un momento, ayudó a Gennarino a montarse y llegó a la puerta de casa de Chadwick justo a tiempo para verte bajar a toda prisa la escalera, como si te persiguieran todos los perros del infierno. Te fueron siguiendo en tu carrera. Gennarino me ha confesado que aunque Dios lo estaba viendo todo, él no dejó de rezar el *Ave María* mientras te seguían. Dos veces estuvieron a punto de atropellarte los coches.

—No me acuerdo.

—No —le dice Alfieri, y le roza los labios con un dedo—. Fue un acto de gran valor y de gran, gran estupidez.

Ella le mira a los ojos.

—¿Y no estás enfadado?

—Igual que una madre cuando el hijo se le escapa y se va corriendo hasta el medio de la carretera. —Le acaricia la mejilla—. Y, cuando pasa el susto, se alegra de que no haya ocurrido nada.

Esa respuesta le da la fuerza para seguir.

—La noche en que te conté mi historia, tú ya la sabías. ¿Quién te la contó?

—Daniel Buchan.

—¿Y cómo la sabía él?

—Chadwick nos amenazó cuando se enteró de que nos habíamos casado en secreto. Y como nadie sabía nada de tu pasado, *piccola*, a Daniel le pareció prudente indagar un poco. Y yo le di permiso.

—¿Y lo sabe todo de mí?

—¿Todo, *madonna*?

—Sí, todo. De dónde vengo, quién soy, qué pasó.

—Sí.

—¿Y tú también lo sabes?

—Sé lo mismo que él.

—¿Sabes quién es mi padre?

—Sí.

—Dímelo.

Alfieri la toma de las manos.

—*Cara*, tu padre era Henry Slade.

—Gracias —susurra—, gracias, gracias, gracias.

Entierra la cabeza en el brazo de su esposo y llora un poco por lo que pudo haber sido, de haber sabido lo que acaba de saber. Tras unos instantes, levanta la cabeza de nuevo.

—Nunca supe por qué me había prohijado. Creía que me había conocido en el reformatorio y que me había adoptado porque le di lástima. —Apoya la cabeza en el hombro de Alfieri—. Viví con él todos estos años y nunca me lo imaginé. ¿No es curioso? Llamaba papá a quien no era mi padre, y le quería. Y en cambio, en realidad no quise a quien sí lo era.

—¿No? Pues te pusiste muy enferma cuando murió.

—Estaba tan asustada... Parecía que todos los que me protegían o me cuidaban estaban desapareciendo de mi vida, o se morían. Él era el último, después de papá, y de mi madre. Volver a estar sola, no tener a nadie que se interpusiera entre yo y... —suspira profundamente—. Yo no lo quería, pero fue bueno conmigo, y no soportaba la idea de que hubiera muerto. Y después... él sabía que estaba asustada, me había

prometido que me dejaría lo bastante como para llevar una vida independiente, para no tener que depender de nadie..., pero de repente no había nada para mí..., sólo el señor Chadwick. Y yo sabía lo que quería él. Siempre lo supe. —Baja tanto la voz que casi no se le oye—. Me habría muerto. Me habría muerto muy pronto si no me hubieras encontrado, si no me hubieras sacado de allí. No soportaba la idea de que me tocara, de tener que...

—Tranquila, mi amor —dice Alfieri llevándose el dedo índice a los labios—. Ya te has librado de él, eres libre para siempre. Ya no tiene que importarte.

—Pero me importa. Por su culpa tenemos que irnos, por su culpa vas a perderlo todo.

—*Cara, ¿por qué no consigo hacerte entender? Tú eres lo único que temo perder. Creo que si sucediera, se me pararía el corazón. El resto..* —Menea la cabeza y luego le da un beso en la muñeca, por encima del guante, y ella le acaricia la mejilla antes de volver a apoyarle la cabeza en el hombro.

Se quedan en silencio, con las manos entrelazadas, mirando a otras parejas que pasan por delante de ellos, aunque sin verlas en realidad. Después de un rato, él se levanta, le extiende una mano y vuelven despacio a casa. Cuando llegan al borde de la plaza, Clara se detiene y él le mira a los ojos.

—Al principio —le dice ella—, cuando me encontraste..., ¿por qué me amaste?

—Porque tú me amabas.

Casi se ríe por lo absurdo de su respuesta.

—Pero si todo el mundo te amaba. La gente siempre te ha querido.

—No, quieren a Mario Alfieri.

Ella no lo entiende.

—Pero es que *eres* Mario Alfieri.

—Para ti no. No en aquel momento. Para ti yo era sólo un desconocido de nombre desconocido. Y aun así me querías. Lo notaba en tu mirada. Me amabas a mí, no a aquello en lo que me había convertido a ojos del mundo.

El carro ya no está a la entrada de la casa; sus pertenencias están camino del barco. Margaret y Peters se encargan de vigilarlas y van a acercarse al muelle para empezar a preparar sus camarotes para el viaje que empieza mañana. Clara se detiene en lo alto de la escalera, delante de la puerta de entrada. Hay algo más que le ronda por la mente.

—Mario —le dice, avergonzada—, respecto a mi regalo de cumpleaños... creo que esas esmeraldas son un exceso extravagante que no podemos permitirnos en este momento. Sé que ya no hay tiempo, pero Daniel podría quedárselas, devolverlas y enviarte a ti el dinero.

Alfieri echa hacia atrás la cabeza y estalla en carcajadas. Los transeúntes que en ese momento pasan por allí se giran para mirarlo y sonríen.

—Ahora sí que has tenido una reacción de esposa auténtica. *Una moglie genuina*. ¡Sabía que este día tenía que llegar! Pues bien, antes que nada, déjame decirte —le dice, mientras le sostiene la puerta— que aún puedo comprarle unas esmeraldas a mi esposa si me apetece. Y, además, las esmeraldas son una inversión estupenda. Siempre podemos empeñarlas y comprar carbón para el fuego, justo antes de que tengamos que enviar a nuestros hijos a vender cerillas en medio de una tormenta de nieve...

Chadwick mira en dirección al techo del salón. El mismo paso incesante arriba y abajo, una y otra vez, muy pesado. Cierra el libro que está leyendo y se lo apoya en el regazo, se separa las varillas de los lentes de las orejas y se aprieta con dos dedos el puente de la nariz. Se trata de un gesto que últimamente repite con frecuencia, destinado a aliviar el dolor que nota justo detrás de los ojos cada vez que algo le hace recordar que Lucy sigue viviendo bajo su techo.

Su campaña, sin ella, va bastante bien. Se ha fijado en la mirada de los muchos hombres que se congregan a escucharlo durante las sobremesas, mientras se toman unas copas de oporto. Cuando él habla, inhalan el humo de sus puros con excesivo ímpetu, se lo pasan por la boca con demasiada fuerza, y los ojos también les brillan más de la cuenta. Se acuerdan de la ahijada de Adler, por supuesto. Todos habrían hecho tratos con Slade y habrían visitado la casa de Gramercy Park. Una niña muy bonita. Chadwick los ve imaginándola mientras les habla de ella —dulce, suave, con la boquita muy roja y los ojos transparentes que miraban tímidos tras las largas pestañas—, imaginándola a los trece años, revolcándose con Edward Fauvell en el cobertizo cuando la puerta se abre...; ¡qué imagen tan irresistible, aunque sólo sea imaginada!

¡Sí, le va muy bien. En la noche del estreno, dentro de un mes, cuando el maravilloso tenor salga a escena, los ocupantes de los palcos de teatro, que ocupan dos pisos en forma de herradura —el Diamantino y el Dorado— podrán ver los cuernos que le asoman en la frente. Y, antes de que termine el primer acto, los que aún vivan en la ignorancia también se los verán.

¡Y que se atreva a actuar una segunda noche! Que salga a saludar al escenario frente a tres mil personas que saben que la esposa del tenor no es mejor que cualquiera de las fulanas que exhibe su mercancía en las callejuelas del puerto, que a su estrella viril e invencible, al devorador de mujeres, lo han engañado y degradado, y ha tomado por amada esposa a una ramera...

Vuelve a pasarse los dedos por el puente de la nariz y respira hondo. Ha hecho que arrojen al fuego el sombrero y el abrigo de esa zorra; ojalá hubiera podido arrojarla a ella también. ¿Llegó anoche a su casa? Salió de la suya y desapareció bajo la lluvia, en dirección al oeste, hacia donde está el río y los mataderos. Lucy se arañaba las faldas y sus gritos parecían los silbidos de una locomotora. Se la imagina vagando por el laberinto de calles, perdida en la noche mojada, asaltada por un curtidor apestoso, por un carnicero borracho ataviado con su delantal manchado de sangre y con un gancho de colgar reses en la mano. Un gancho así es algo mucho más convincente que una simple proposición; ante un gancho así no se dice que no. Y que se prepare si acaba tumbada boca arriba sobre un barril, en uno de los muelles de carga, rodeada de pedazos de carne, con las faldas levantadas hasta la cintura y rodeada de hombres que gritan y aguardan que llegue su turno.

Se pone en pie, temblando y sin resuello, y el libro se le cae del regazo. Se acerca al aparador y se sirve un vaso de whisky, que se bebe de un trago. El licor le resbala por las comisuras de los labios y se queda un instante allí, medio arqueado, escuchando las pisadas de Lucy que no paran de resonar a un lado y a otro, una y otra vez...

Su madre le había escupido a la cara, pero ella..., ella le había mirado con el asco con que uno se limpia el zapato tras pisar un excremento. Lo había mirado a él, a Chadwick, como si fuera basura, y se había alejado de allí mareada y temblorosa. A la madre, su propuesta la había ofendido, pero a la hija le había revuelto el estómago. Para él había sido como un bofetón en plena cara. ¡Aquel engendro de puta! ¿Quién era ella para mirarlo de aquella manera?

Otro vaso de whisky. Le tiembla la mano y derrama parte del líquido sobre la superficie brillante del aparador. Qué importa. Se frota una vez más el arco de la nariz y respira hondo, allí de pie, medio doblado. De no haber sido la persona equilibrada y racional que es, habría cogido el atizador, podría haberla detenido antes de que saliera por la puerta... Se imagina su brazo que sube y que baja, que sube y que baja, la sensación dulce de la furia que se le escapa con cada azote...

Tarda unos minutos, pero el whisky hace su efecto. El temblor le desaparece y la respiración se le hace más lenta. Se echa el pelo hacia atrás con los dedos y se pasa un pañuelo por la pechera del abrigo y por la camisa.

Instantes después, pasa por delante de la puerta de Lucy, camino de su habitación. Tiene que cambiarse antes de la cena. Desde luego, la estancia de la joven en su casa ha llegado a su fin. Quiere que se vaya lo antes posible. La bochornosa escena de ayer noche, una vez que la niña Adler se hubo ido, hace imposible que la mantenga en casa por más tiempo.

Se había abalanzado sobre Clara cuando ésta empezó a bajar la escalera, y Chadwick se había puesto a bailar de alegría, instigándola a seguir. No la interceptó por cuestión de milímetros. Sus manos rechonchas se cerraron en el vacío, frustradas, como las tenazas de un cangrejo al que se le escapa la presa. Si la hubiera interceptado y no la hubiera dejado escapar..., se habría llevado a Clara al piso de arriba y le habría roto el cuello, o la habría estrangulado allí mismo..., y al momento, con sumo placer, habría avisado a la policía, y la habría defendido sólo lo justo para que cuando la condenaran a morir ahorcada por asesinato, nadie pudiera acusarlo de frialdad.

Dios mío, qué maravilla librarse de, las dos tan limpiamente. Pero no había sido así. Perseguir a una joven delgada que corre para salvar la vida es algo de lo que Lucy no es capaz. ¡Vaca inútil y tonta! Se había quedado en lo alto de la escalera y se había puesto a gritar el nombre de Clara mientras ésta desaparecía en la oscuridad. La había llamado «puta»; le había gritado «puta, no mereces vivir...» Había necesitado la ayuda de John, además de la de la cocinera y la doncella, para arrastrarla hacia el interior de la casa, donde había seguido gritando durante una hora más, insultándole a él de todas las maneras posibles en el florido francés que había aprendido cuando se fue a Europa a ampliar estudios, por haber dejado que se marchara. Y hoy ha tenido que pasarse la mañana de casa en casa, por toda la calle, disculpándose en nombre de la joven que reside en su casa, y asegurando a todo el mundo que ya está a punto de irse.

De pie frente al espejo, con un cepillo de plata en cada mano, se peina. Serenidad, serenidad ante todo. De ahora en adelante tiene que cuidar más de sí mismo, debe recordar que la serenidad ha de ser su consigna. Últimamente la tiene un poco olvidada, en detrimento propio. Pero es que parece que le cuesta más que antes mantener sus emociones bajo control. Tal vez sea un signo de la edad, tal vez todo sea culpa de un exceso de bilis. Respira hondo varias veces. No importa. Una vez que Lucy se haya ido, podrá volver a su plácida rutina, y habrá pocas cosas que le perturben o que interrumpan el suave flujo de sus horas ordenadas y planificadas, como pétalos que caen en el pozo del tiempo...

Cuando pasa de nuevo junto a la puerta de Lucy, esta vez camino de la calle, John sube con la bandeja de la cena para la joven. A pesar de ser un hombre fornido, el criado apenas puede con el peso de todos esos platos tapados y todos esos cubiertos. Tiene ya un puño levantado para llamar a la puerta cuando ésta se abre desde dentro. Chadwick y Lucy se miran un instante. Entonces ella se da media vuelta y vuelve a meterse en su habitación. Él sigue bajando la escalera y se dirige al comedor, donde le aguarda su propia cena. No deja de resultarle divertido ver que Lucy lleva un salto de cama que más bien parece la carpa de un circo profusamente adornada. Apostaría lo que fuera a que debajo no

lleva más que el corsé, y está seguro de que ha vuelto a exhibirse contorsionándose frente a la ventana, mostrando sus encantos a los mozos.

La cena es excelente, y transcurre sin sobresaltos, y Chadwick la completa con una copa de oporto y un cigarro en la sala. Hoy se acostará pronto. La excitación de ayer lo dejó fatigado. Tal vez sí se está haciendo viejo, después de todo. Mañana tiene que ver y dejarse ver; la cena en casa de la señora Fish siempre lleva a agudas conversaciones. El desprecio que ella siente por el resto del mundo es comparable al suyo, y disfruta de las réplicas mordaces —sobre todo de las intervenciones mordaces que ella misma protagoniza, ya que es la anfitriona— ante él, su invitado. Y después, tras la cena, habrá mucha gente que aún no haya oído la increíble historia del anterior director del colegio de Santa Justina Mártir y de la pequeña que ha llegado a ser la esposa de Mario Alfieri...

Cuando regresa a su cuarto se encuentra con la puerta de Lucy entreabierta. Llama débilmente y oye el roce de sus faldas que se acercan. La puerta se abre de golpe y ella se queda allí plantada, con la mirada fija.

—¿Puedo pasar? —le pregunta, y ella se hace a un lado sin decir palabra.

Chadwick avanza hasta el centro de la habitación. Las persianas están levantadas de nuevo, y las cortinas descorridas, pero al menos en ese momento va tapada. La visión de semejante montaña de carne justo después de cenar lo haría vomitar. El dormitorio parece una pocilga, llena de ropa tirada por todas partes, joyas, frascos de cremas, libros, pasadores de pelo, botellas de esencias, papeles, cajas de dulces abiertas que muestran su contenido a medio comer sobresaliendo de las tapas..., todo mezclado en un impresionante desorden, por todas partes, el remedo horrible y en miniatura de sus aposentos de Rosebank. Sobre el tocador reposa la bandeja con los restos de la cena. Los cubreplatos están esparcidos por todas partes, la servilleta de damasco cubierta de un charco de salsa solidificada, las copas volcadas, unos huesos muy repelados encima de los platos. Hay un cuchillo clavado en una costilla de cerdo, y el mango de marfil destaca escandalosamente. El espíritu quisquilloso de Chadwick se sulfura ante esa visión.

—Los vecinos no se mostraron precisamente entusiasmados ante tus gritos y obscenidades de ayer noche, a la puerta de la casa. —A Chadwick no le gusta andarse por las ramas, ni con las buenas ni con las malas noticias—. Debo pedirte que te vayas de mi casa.

—Encantada, estoy impaciente por perderlo de vista.

Lucy tiene la cara toda hinchada y abotargada, como si hubiera estado llorando; no está en su mejor momento.

Chadwick hace un gesto de asentimiento y sonríe.

—Bueno, parece que, por primera vez en muchas semanas, estamos totalmente de acuerdo en algo —dice, dándose media vuelta para irse.

—¿Por qué no me avisó ayer noche? ¿Por qué no me dijo que estaba aquí?

El abogado vuelve a girarse.

—Te traje aquí por un motivo muy concreto, querida. Y ese motivo era informar al maestro Alfieri de los pecadillos de su esposa. Cuando se hizo evidente que había obtenido esa información por otras vías, tu razón para permanecer aquí dejó de existir. Yo, generosamente, te hice otra propuesta, que contaras al resto del mundo lo que Alfieri sabía de su mujer, para así poder destruirla. Pero no quisiste saber nada de eso. No quisiste que se manchara el nombre de tu querido papá. Muy bien. Pero considerando que eres ligeramente inestable emocionalmente, tal como demostraste ayer noche, no me pareció buena idea enfrentarnos a las dos, cara a cara. El cerebro y la sangre se esparcen con facilidad por todas partes, como bien sabrás. ¿O no fuiste tú quien intentó limpiar los restos que se quedaron pegados a la pared del cobertizo? Yo, sinceramente, si puedo evitarlo, prefiero que mi casa no se convierta en un matadero.

—¿Usted me trajo aquí para que se hiciera justicia! —exclama Lucy con los ojos muy entornados—. ¿Y por qué, después de tantos años, se mostraba de pronto tan interesado en que se hiciera justicia en mi caso? Nunca hasta ahora se lo he preguntado. Usted tenía tanto interés en que hablara con el señor Alfieri como el que yo misma tenía en hablar con él. ¿Por qué?

Chadwick sonríe.

—Me parece que tú te acuerdas sólo de lo que te conviene, querida. Fuiste tú la que dijiste que el marido de la niña Adler debía saber de sus desmanes.

—Sí —responde Lucy—, pero fue usted quien dijo que podría presentarme a su esposo, que lo conocía... un poco, dijo. Y se ofreció a traerme a Nueva York. Y eso no fue todo. Me sugirió que fuéramos a Filadelfia para estar allí y poder verlos cuando llegaran. Fue usted quien me llevó hasta al andén para que ella me viera. Fue idea suya que regresáramos para la noche del estreno, y fue idea suya que le enviáramos aquel prisma de cristal. —Lucy ladea un poco la cabeza—. Su interés en mi venganza ha sido tan intenso como el mío. Por eso le pregunto de nuevo... ¿por qué?

—¿Por qué? Porque mi única preocupación era aliviar tu malestar.

Lucy menea la cabeza, escéptica.

—Eso no se lo cree nadie, tío. Fue precisamente su visita a Rosebank para contarme de su boda lo que inició mi «malestar». De no haber sido por usted, nunca me habría enterado. Fue ayer cuando empezaron a encajarme las piezas. Por ejemplo, ¿por qué la envió su familia a estudiar con papá? Nunca hasta ahora se me ha ocurrido preguntármelo. Papá, en Rosebank, nunca buscó alumnos. ¿Cómo llegó a saber una familia de comerciantes judíos de su existencia? ¿Cómo dio con él? Y entonces me acordé... Usted conocía a papá de Santa Justina, ¿verdad? Y sabí adónde se fue después. Y cuando papá murió, la zorrita acabó en un reformatorio que le pagaba su cliente, y luego en casa de ese mismo cliente. De repente se me ocurrió, tío Chadwick, que todas las pistas me conducían a usted.

Chadwick sonríe, levanta las manos y empieza a aplaudir lentamente.

—*Bravo*, querida. Acabas de hacerme cambiar de opinión. Siempre me había parecido que eras demasiado tonta como para darte cuenta de mi pequeño plan. Pero sí, tienes razón, fui yo la que envió a esa rata a casa de tu querido papá. El porqué no te incumbe. Digamos que el «interés» peculiar de tu padre me dio la idea para ejecutar la venganza que buscaba.

En el rostro hinchado de Lucy se dibuja una sonrisa.

—Una venganza insuficiente, tío, claramente. Oh, no, para ella cualquier venganza es poca. Porque cuando usted vino a verme me dijo que quería verla destruida o, mejor aún, muerta. Pero no quería ensuciarse las manos, así que me iba a dejar a mí el honor de hacerlo en su lugar. ¿Por qué? ¿Qué le había hecho ella? ¿Qué razón tiene usted para odiarla tanto, para odiarla tanto como yo? Y entonces me acordé de su cara. Cuando ella salió corriendo de la sala y estaba bajando por la escalera. Y lo vi claramente. Tenía pánico, tío, y escapaba de usted. No, no, no intente echarme la culpa a mí. Ya estaba aterrorizada antes de verme. Fue *usted* quien la asustó.

Levanta la cabeza coqueta, grotesca, y esboza una sonrisa horrible.

—Ayer me quedé despierta toda la noche, pensando, y sólo hay una explicación que dé sentido a todo esto. Usted la deseaba, tío, pero no la tuvo nunca. Su cliente murió y usted la quería para usted solo, pero ella se le escapó, se fugó con el tenor, y eso a usted lo volvió loco. Pero aún la desea, ¿verdad? ¿Qué pasó, tío, para que se asustara tanto? Porque algo de lo que dijo o hizo ayer noche la hizo salir huyendo despavorida. —Hace una pausa, como si reviviera la escena en su memoria—. No, no me he expresado bien. No fue el miedo lo que la hizo salir corriendo. Recuerdo perfectamente la expresión de su rostro. No era miedo; era repugnancia. Algo de lo que dijo le repugnó —creo saber qué era— y salió corriendo. —El color vuelve al rostro de Lucy y los ojos se le agrandan—. Usted le repugna, tío Chadwick. La desea, pero a ella le da asco y nunca será suya.

La sangre late con fuerza en las sienas de Chadwick. Los ojos parecen a punto de salirse de las órbitas.

—¿Repugnancia? Querida, creo que esa es una palabra que tú deberías evitar a toda costa. ¿O qué crees tú acaso que pensaba de ti tu querido papá? ¿Crees que, una vez que la vio a ella, volviste a tener alguna esperanza con él? Dios mío, mira que he llegado a reírme de ti, de la lástima que sentías de ti misma, de todas esas patrañas absurdas, esas piadosas imbecilidades sobre lo bueno que era. ¿Bueno? Se casó para salvar el pellejo, pero escogió a tu madre para poder seguir acostándose contigo. ¿O es que creías que yo no lo sabía? No eres lo bastante lista como para tener secretos para mí.

»Pero te estabas haciendo mayor, ¿verdad? Podías ocupar el lugar de tu madre en la cama y reírte de su enfermedad, pero no podías evitar convertirte en mujer y perderlo. Mírate. Tienes las ubres de una vaca, montañas de carne, y aun así, ¿creías que podrías retenerlo? —Chadwick le mira la cara, que va enrojeciendo más y más, y los ojos, a los que afloran lágrimas de rabia—. Si tenemos que hablar de repugnancia, hablemos de la que despiertas tú. Hablemos de la pequeña Clara. ¿Cómo era Clarita cuando llegó? ¿Pequeña? ¿Mágica? ¿Encantadora? —Sonríe, condescendiente—. Seguro que al verla supiste de inmediato que todo había terminado entre tú y tu padre, que nunca volvería a mirarte. ¿Cuánto tardó en enviarte al extranjero? ¿Semanas? ¿Días? Tú te fuiste y ella se quedó. ¿Te los imaginabas juntos cuando estabas en tu colegio de Francia, convirtiéndote en toda una damita?

—¡Ya basta!

—Y de noche, cuando estabas en tu casto lecho francés, ¿soñabas con ellos dos juntos, revolcándose entre las sábanas, riéndose de ti?

—¡Ya basta! —repite ella, con la voz que se va volviendo grito.

—Para él era perfecta, claro. No era una vaca inmensa, toda tetas y culo; era una delicada ratita, la pequeña hada que necesitaba ese buen hombre, tu papá. ¡Qué hombre tan bueno, tan amable, tan santo! ¡San Eduardo el Depravado! El que dejaba que las niñas se acercaran a él. ¡Yo sabía que no podría resistirse, lo sabía, lo sabía.

Chadwick mira los ojos húmedos de Lucy, y en los lentes se refleja la luz de la habitación.

—Sinceramente, querida, tendrías que estar agradecida. Lo habrías perdido de todos modos. Al menos así recibiste una refinada educación francesa a cambio de tu dolor. Sé que no lo admitirás, pero en el fondo te hice un favor logrando que Clara acabara en la cama de tu padrastro. Te habrías quedado encerrada en Rosebank para siempre, y no habrías visto mundo. —Se da media vuelta y se dispone a salir, pero hace una pausa y vuelve a girarse—. Por cierto, hablando de Rosebank —añade—, quiero que te vayas lo antes posible. Puedes volver a tu granja, claro está, o también puedes quedarte en la ciudad, lo que prefieras. Estoy seguro de que puedes permitirte una vivienda cómoda, con todo el dinero que has sacado por la venta de las cosas de Fauvell. Pero, decidas lo que decidas, quiero que te vayas de mi casa, y pronto. No quiero saber nada más de mujeres. Dais más problemas que satisfacciones. —Le hace una reverencia—. Y ahora, querida, debo despedirme de ti. He tenido un día agotador. No he parado de disculparme ante los vecinos por tu mala educación.

Se dirige a la puerta. Lucy lo mira fijamente. Si está pensando en algo, la expresión de su rostro no deja traslucir nada. Avanza hacia él en silencio, rápida, y sin detenerse agarra el cuchillo con mango de marfil. La mano de Chadwick sujeta ya el tirador de la puerta. No la oye acercarse. Lucy le pasa un brazo por el cuello y con la otra mano le clava el cuchillo con todas sus fuerzas en el costado, tirando hacia arriba a cada embestida.

Chadwick grita, con los ojos muy abiertos, e intenta zafarse del brazo que le atenaza el cuello. Balbucea y se agita sin dejar de gritar, mientras se incorpora más y más. Tiene el cuchillo clavado hasta la empuñadura. La cuchilla se le rompe dentro y ella arroja al suelo el mango de marfil. Chadwick chilla y se tambalea como un loco por toda la habitación, arrastrándola a ella en su viaje. Se abalanza contra las paredes, contra los muebles, desesperado por quitarse el demonio que lleva metido en el costado, pero ella se le tira encima, jadeando, sin decirle nada. Con la misma mano que le ha clavado el cuchillo, manchada de sangre, le busca los ojos debajo de los lentes.

La puerta se abre de par en par. Los cinco criados, que han subido a toda prisa al oír el escándalo, separan a la asesina de la grupa de su víctima. Tres de ellos la retienen mientras los dos restantes sacan a su señor de la habitación de Lucy y lo llevan a la suya. Ella forcejea con todos, sin decir nada, demasiado concentrada en el acto de matar como para desperdiciar el aliento con palabras. Agita piernas y brazos, da patadas, hace caer el tocador al suelo, creando un gran caos. El espejo de cuerpo entero se rompe en mil pedazos. Los sirvientes, magullados, agotados, salen corriendo y la encierran desde fuera, como a una alimaña herida.

Chadwick está estirado en la cama, moribundo, con la cara sudorosa. En su agonía, aún lleva el cuchillo clavado dentro. Los ojos, turbios miran al techo. Le cuesta respirar, el pecho le sube y le baja, y un hilillo de sangre se le escapa por la comisura de los labios. Un criado ha salido de inmediato a avisar al médico. Los demás están de pie o arrodillados en torno a la cama, rezando y llorando. La cocinera le humedece la cara con un paño empapado en agua fresca.

Desde el dormitorio de Lucy llega el sonido de cosas que se estrellan contra el suelo y se rompen, y de gritos pavorosos. La puerta tiembla con los puñetazos y las patadas que da, pero es maciza, y la cerradura, muy resistente. Los criados no le hacen caso..., es una loca que grita y que chilla, como si estuviera en el manicomio. Cierran la puerta del dormitorio de Chadwick para amortiguar el sonido de sus gritos.

La agonía sigue su curso. En dos ocasiones, Chadwick se agita en la cama e intenta girarse para extraerse el cuchillo que tiene clavado; pero el más mínimo movimiento le supone una tortura, y sus gritos eclipsan los de Lucy hasta que vuelve a calmarse, empapado en sudor y con la boca llena de sangre. Los golpes que da la loca en su habitación se hacen cada vez más fuertes, y sus gritos son desesperados. Los criados se tapan los oídos y los ignoran. Que rabie y que grite todo lo que quiera. ¿Es que no ve lo que ha hecho? Que se rompa en pedazos en su locura.

Es normal que no oigan el timbre de la puerta principal. Hasta que los gritos que vienen de fuera se combinan con los golpes en la puerta y con las campanas de los coches de bomberos que se acercan, no alzan la vista y empiezan a reaccionar. John, el mayordomo, abre la ventana y asoma por ella la cabeza.

Abajo se ha congregado bastante gente, y todos los rostros miran hacia arriba, consternados. Cuando lo ven asomarse, todos gritan al unísono: «¡Salgan! ¡Salgan! ¡Fuego! ¡Fuego!». El mayordomo vuelve a entrar, aterrorizado, corre hacia la puerta y la abre de par en par.

El pasillo, el rellano y la escalera están llenos de humo, que sale por debajo de la puerta de Lucy. Un vistazo rápido al piso inferior evidencia

que la planta baja es relativamente segura. Los sirvientes, aterrados, juntan un montón de mantas y ponen encima a Chadwick, cuyos gritos, al levantarlo, se oyen desde la calle. Lo llevan, con tanta delicadeza como pueden, fuera de la casa en llamas, hasta la acera opuesta, mientras esperan al médico, que llegará demasiado tarde.

Los labios de Chadwick se mueven. John baja la cabeza —es casi imposible oír en medio de semejante confusión— y pega la oreja a la boca del moribundo.

—La caja —susurra Chadwick con la mirada fija en la casa, de la que salen nubes de humo iluminadas por el fuego—. La caja fuer...

—Sí, señor —empieza a decir el mayordomo con los ojos arrasados en lágrimas—. Baja, ya baja, no se preocupe. —Y le mira justo en el momento en que Chadwick cierra los ojos.

Parece que el incendio se ha limitado a la parte trasera de la casa. Incluso en este momento los coches de bomberos se concentran junto a las caballerizas que se alinean detrás, y Ferruccio Cirri, sentado junto a su ventana, que es el mejor palco de toda la casa, contempla el desarrollo del último acto de la tragedia mientras las lágrimas le surcan el rostro.

El ya estaba ahí cuando se levantó el telón, y presencié la confrontación muda entre la gorda y el anciano; vio que ella se abalanzaba sobre él y le atacaba por la espalda. Al principio aplaudió, convencido de estar asistiendo a una farsa, pero luego se dio cuenta de que, con tanto forcejeo, la habitación estaba quedando destrozada de verdad. Entonces entraron los criados, se llevaron a uno y encerraron a la otra desde fuera. Pero entonces vio lo que nadie más pudo ver: una pequeña nube de humo que se convertía en llama brillante cuando una cortina, que había caído demasiado cerca de la chimenea, había prendido. El fuego súbito se había extendido de pared a pared a través del suelo, lleno de objetos y muebles, y había engullido la cama y el dosel.

Ferruccio había salido a toda prisa escaleras abajo, e hizo sonar la alarma contra incendios en busca de ayuda. Ella estaba junto a la puerta, la había visto a través de las llamas, apretándose contra ella, dando patadas, golpeándola, antes que él bajara a dar la alarma. Luego se fue a la entrada principal de la casa, llamó a la puerta con todas sus fuerzas, alertó a todos los vecinos y volvió a su cuarto, seguro de que a aquellas alturas algún miembro del servicio ya la habría oído y la habría librado de aquel infierno...

Pero seguía allí —¡Dios mío, seguía allí!—, ahora junto a la ventana, con los ojos llenos de horror, gritando en la noche, alargando los brazos hacia él, y él tuvo que verla morir porque no podía salvarla, porque aunque hubiera saltado la valla y escalado hasta arriba, nunca habría llegado a la ventana, cerrada por aquellos barrotes, aquellos barrotes de hierro...

Al asistente de Maurice Grau le cambia un poco el color y se levanta del escritorio que ocupa en la antesala del despacho. Es un hombre joven, inteligente, rápido y muy competente, aptitudes fundamentales en alguien que tiene que tratar a diario con un amplio elenco de directores de orquesta, agentes artísticos, miembros de la junta directiva y sus respectivas esposas, directores, vendedores, críticos, cantantes —hombres y mujeres— de muy distinto temperamento y en diversos estadios de sus respectivas carreras —algunas ascendentes y otras descendentes—. De todos modos, se seca la mano en los pantalones antes de extenderla al hombre que acaba de entrar.

Reconoce a Alfieri, por supuesto —no cree que el señor Grau le hubiera contratado de no haber sido un ferviente aficionado a la ópera— pero no lo conoce personalmente, y tartamudea un poco cuando lo saluda. El pequeño discurso que tiene preparado se le olvida al calor del momento.

Alfieri le sonrío; ese joven le recuerda a Stafford, aunque más serio a causa de sus mayores responsabilidades. Se sienta donde el asistente le invita a hacerlo, y aguarda mientras éste desaparece en el despacho del director, al que debe de estar comunicando que la visita programada para las diez ha llegado a la hora prevista.

Mientras espera, Alfieri se mete la mano en el abrigo y toca el sobre que reposa sobre su corazón. Ayer celebraron la fiesta, el cumpleaños de Clara, se dijeron adiós oficialmente, brindaron con champán por su amistad. Hoy se siente raro, extrañamente distante de todo lo que tiene que ver con sus razones para estar ahí; sus pensamientos están con Clara, que ya le aguarda a bordo del barco. Su entrevista con el señor Grau será tan breve como se lo permitan las normas de la cortesía.

El director sale de su despacho, deshecho en sonrisas y muestras de respeto, para agradecerle a Mario que haya venido a verle tan poco tiempo después de iniciados los ensayos.

—Estrictamente, maestro, debería ser yo quien tendría que haber ido a visitarle a usted, por supuesto.

—Ah —le responde Alfieri mirando a su alrededor—. Pero es que mi *camerino* es demasiado pequeño para recibir visitas.

La oficina del director general es espaciosa y está decorada con gusto, como corresponde a quien lleva las riendas de la institución cultural más importante de Nueva York, aunque sin llegar a ser ostentosa, como corresponde a un hombre cuya responsabilidad principal consiste, sobre todo, en dirigir una organización lucrativa.

Sí, le agradecería una taza de café; sabe que allí, al menos, le ofrecerán café italiano y no ese brebaje aguado al que en Estados Unidos dar el mismo nombre. Mientras esperan, los dos hombres conversan de la pasión que los une: la ópera y, más concretamente, la grandeza del Metropolitan Opera House.

—Su triunfo en Filadelfia fue sonado —le dice Grau—. Me alegro por usted, Maestro, aunque no por el pobre Metropolitan.

—Es un triunfo sin el que podría pasar perfectamente. Mi estancia allí... replica Mario meneando la cabeza.

—Pero *Manon Lescaut*... ¡y tan bien recibida!

—Gratificante, sí, pero la enfermedad de mi esposa me robó gran parte de la dicha.

La expresión de Grau se ensombrece.

—Sí, claro —le dice—. Estoy tan emocionado con el éxito de su trabajo que no se me ha ocurrido...; por favor, discúlpeme. ¿Cómo se encuentra? Espero sinceramente que esté mejor.

—Es de eso de lo que he venido a hablarle, señor Grau.

En ese momento llaman a la puerta; traen el café. Mientras lo sirven, la conversación se detiene unos instantes. El camarero sale y cierra la puerta. Grau da un sorbo —verdadero café italiano—, deja la taza en la mesa y entrelaza las manos en el regazo, a la espera de que Alfieri empiece a hablar.

—Usted y yo hemos estado ocupados en distintos continentes, señor Grau, aunque los dos jugamos al mismo juego. Uno de los motivos por los que acepté venir a Nueva York fue por su reputación. Y sería absurdo por mi parte fingir que usted no había oído hablar de la mía. —Vacila y sonrío—. Y no sólo como cantante. Pero desde mi llegada han cambiado tantas cosas. Sólo por eso siempre le estaré agradecido. Nunca habría conocido a mi esposa si usted no me hubiera contratado.

Grau le escucha en silencio, incapaz de adivinar adónde quiere llevarlo.

—Y ahora que soy un hombre casado, mi vida ya no volverá a ser la misma. Eso es lo que he venido a decirle, y usted es el primero en saber, como debe ser...

Suenan unos golpes en la puerta, impacientes, apresurados. Los dos hombres se giran para mirar. Los golpes se reanudan.

—Discúlpeme, por favor, maestro Alfieri —dice Grau visiblemente irritado—, mientras salgo a ver de qué se trata. He dado instrucciones muy claras de que no nos moleste nadie.

Pero la puerta se abre antes de que el director llegue hasta ella, y al otro lado aparece el asistente acompañado de Dyckman, con una expresión indescriptible.

Al verlo, Alfieri se acerca al instante a la puerta, pálido, temiendo algún nuevo horror, algún desastre imprevisto.

—¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado?

—Debo hablar con usted —dice Dyckman agarrándolo por la muñeca. Le tiembla la mano—. Señor Grau, perdone mi intromisión, pero debo hablar a solas con el maestro Alfieri. No serán más que cinco minutos. ¿Podemos ir a algún sitio privado?

Grau, que conoce vagamente a Dyckman, asiente asombrado ante esa interrupción intempestiva y los conduce a un pequeño gabinete contiguo al suyo. Apenas cierran la puerta, Alfieri le agarra del brazo.

—¿Por el amor de Dios! ¿Qué ha ocurrido? Dímelo.

—Mario, ¿le has dado la carta de renuncia? ¿Se la has dado?

—No. ¿Por qué?

—Me envía Daniel —Dyckman no deja de temblar—. Íbamos camino del barco, para hacer compañía a Clara hasta que tú llegaras, cuando nos hemos enterado de la noticia. Él se ha quedado para averiguar todo lo que pueda. Y Alice se ha ido a contárselo a Clara. A mí me ha enviado a decírtelo, a ver si aún llegaba a tiempo para impedírtelo.

—¿Qué noticias? Habla, Stafford, pues Dios es testigo de que...

—Mario, está muerto—. El joven se ríe con estridencia—. Chadwick está muerto.

Las palabras son como los sonidos de un sueño; no significan nada.

—Muerto...

—Sí, muerto! Thaddeus Chadwick está muerto. Lucy Pratt lo mató. Y ella también ha muerto. Hubo un incendio...

Alfieri no dice nada. Sólo cierra los ojos.

—Mario, ¿me has oído bien? Chadwick...

—Sí, sí, te he oído.

Se acerca una silla y se sienta, intentando encontrar sentido a lo que acaba de oír. Pero las palabras siguen estando vacías. En todo caso, siente algo, es confusión, incluso dolor. Ya se había preparado para el olvido y estaba avanzando en su dirección, metiéndose más y más en él a cada día que pasaba; su viaje descendente hacia el vacío se ha interrumpido de pronto, como si se hubiera estrellado contra un muro. Para volver a ponerse en pie ahora le hace falta más fuerza de la que le queda.

—¿No te alegras? —le dice Dyckman frenético ante su indiferencia.

—¿Si me alegro? —Levanta la cabeza. A un hombre que ha visto su propia tumba abierta debe dársele tiempo, debe dar un paso atrás desde el borde para poder entender que le permiten seguir viviendo—. Debo alegrarme, ¿no? Sí, seguro que me alegro. —Se fija en la expresión de Dyckman—. ¿Vuelvo a decepcionarte? Querido Stafford..., qué ídolo más pobre has ido a escoger. Primero salgo huyendo, y ahora ni celebro la muerte de mi enemigo.

—Mario, yo nunca...

Pero poco a poco las sensaciones vuelven a él... como si fuera recuperando los sentidos tras darse un golpe en la cabeza. Y sigue vivo, respira y se siente más ligero, porque no se había dado cuenta de que tenía una piedra metida en el pecho y de repente se la han quitado.

—*Ragazzo* —le dice amistosamente—, ¿cómo es posible que después de todos estos años aún no te des cuenta de cuándo te tomo el pelo? —Se levanta—. Tengo que ir a ver inmediatamente al señor Grau. Es un hombre muy ocupado, Stafford, y no quiero quitarle mucho tiempo. ¿Te vas a acercar al barco? ¿Vas a ver a Clara?

Dyckman asiente.

—Bien. Entonces dale esto. Con todo mi amor. Dile que es un regalo para nuestro hijo. —Se saca el sobre del bolsillo del abrigo, lo rompe en cuatro trozos y se los da a Dyckman—. Iré a verla tan pronto pueda.

Dyckman se levanta y se dispone a marcharse. Alfieri lo detiene en la puerta.

—¿Stafford? —El joven se da la vuelta—. *Mille grazie, caro amico. Per tutti.*

—¿Va todo bien? —pregunta Grau cuando vuelven a encontrarse frente a frente en su despacho. Su preocupación es sincera, porque el teatro se sostiene en ese hombre—. Nada serio, espero. ¿Ningún problema con la salud de su esposa?

—No —responde Alfieri—, gracias a Dios. Nada serio. A veces Stafford se emociona más de la cuenta. —El tenor se encoge de hombros y sonríe—. Es la exageración propia de la juventud. Pero en cuanto a la salud de mi esposa...

Suelta una risotada repentina, una sonora y exultante carcajada y se apoya en el respaldo de la silla como si fuera el amo del mundo.

—La salud de mi esposa..., de eso he venido a hablarle antes de que nos interrumpieran. Oh, no, en absoluto. ¿Creía que le traía malas noticias? Perdóneme, de verdad. No, todo lo contrario. ¿Y yo? Creo, señor Grau, que muy bien puedo ser el ser más feliz del mundo. Parecería que ningún hombre ha sido padre antes que yo. Estamos esperando un hijo, ¿sabe? Y creemos que nacerá hacia el final de la temporada..., y claro, queríamos que usted fuera el primero en saberlo.

Epílogo

Como tema de conversación, ningún otro supera a la muerte. Y nada como el final violento de personas que conocemos para obtener la atención más absoluta y entregada de quienes escuchan. El asesinato de Thaddeus Chadwick a manos de Lucy Pratt y la posterior muerte de ésta en el incendio que se declaró en su casa fueron el único tema de conversación en Nueva York al menos durante las dos semanas siguientes a aquel terrible suceso.

¡Con aquel aspecto tan alegre, abierto y luminoso! ¡Con aquel encanto tan único! Ni los criados de Chadwick, a los que los amigos y conocidos de su señor interrogaron profusamente, ni las autoridades que investigaban la tragedia pudieron dar una razón concluyente que explicara aquel ataque mortal o que diera cuenta de la ira malsana que prendió la chispa de aquel incendio desgraciado. Por qué la había tomado con el hombre al que parecía respetar tanto seguiría siendo un misterio; una deliciosa comezón en un costado de la sociedad que todos se habrían de rascar en los años venideros.

Pero aún había más y mejores cosas que descubrir.

La mañana del martes seis de noviembre, poco más de tres semanas después de las muertes en Washington Square, unos cerrajeros consiguieron abrir una caja fuerte de hierro que había aparecido entre las paredes carbonizadas del dormitorio en el que había muerto Lucy. Junto a los cerrajeros, allí se había congregado una multitud de abogados que esperaban sin excepción sacar mayor o menor partido del patrimonio de Chadwick y para los que, por tanto, el contenido de aquella caja fuerte era de vital importancia.

La caja había estado oculta al fondo de un armario muy pequeño. No había duda de que llevaba allí mucho tiempo, pues nadie, aparte del propio Chadwick, parecía saber de su existencia, exceptuando a un albañil que, durante las reformas que habían hecho de aquel dormitorio de soltero el vestidor de una dama joven, había construido una falsa cubierta para meterla dentro y la había empapelado, razón por la cual a la chica, durante su estancia en la casa, le había pasado totalmente inadvertida.

Llevara allí el tiempo que llevara, lo cierto es que la caja fuerte había servido al propósito para el que había sido construida. Porque había vivido un incendio y había salido de él intacta, igual que su contenido, que ahora se mostraba ante los ojos ávidos de los hombres que la rodeaban. A saber: veinte mil dólares en efectivo, en billetes de denominación pequeña y en monedas de oro; el daguerrotipo magníficamente detallado de una matrona joven con la que, los que habían conocido al difunto señor Chadwick, veían un claro parecido. Y —para incredulidad de los abogados que se quedaron boquiabiertos mientras lo extraían de la caja, como si se tratara de la reliquia exótica perteneciente a la tumba de algún faraón olvidada—, un sobre largo de pergamino, de aspecto inofensivo, en el que se leían las palabras: «Las últimas voluntades testamentarias de Henry Ogden Slade».

Con más de doce abogados presenciando su salida a la luz, no había riesgo alguno de que el documento desapareciera. Fue entregado a las autoridades por un breve período para su autenticación y, tras constatar que estaba convenientemente firmado y que se había redactado en presencia de testigos, se vio que era unos veinticinco años más reciente que el que Thaddeus Chadwick había abierto y leído en la biblioteca de la mansión de Slade hacía sólo siete meses.

Menos de una semana después, el lunes doce de noviembre, una reducida delegación del estamento legal de Nueva York, entre la que se encontraban dos ilustres jueces y un Daniel Buchan triunfante, fueron a visitar a Clara Adler Alfieri. Su esposo, comprensiblemente, no estaba en casa para ayudar a su esposa a recibir a aquellos visitantes inesperados, pues su presencia había sido requerida en el Metropolitan Opera House donde, dentro de una semana, iba a tener lugar la inauguración de la temporada. Así que Mario, oficialmente, no se enteró hasta que volvió a casa a la hora de la cena de que, en el transcurso de una sola tarde, su esposa había pasado a poseer treinta y cinco millones de dólares y una mansión de cuarenta y dos habitaciones en Gramercy Park y era, por derecho propio, la mujer más rica de Nueva York.

La única reacción de la señora Alfieri, encantadora por lo discreta, ante el sorprendente giro de su fortuna, fue comprarse un carruaje y unos caballos, y contratar a un cochero joven provisto de un gran mostacho, oriundo de la patria de Alfieri, que guiñaba el ojo descaradamente a todas las mujeres bonitas cuando pasaba por su lado. Y la única e inevitable reacción de la alta sociedad ante el nacimiento de una nueva millonaria —a quien Slade, en su testamento, reconocía como su única y querida hija— fue mostrarle su apoyo más incondicional, como habrían hecho ante el descubrimiento de cualquier Cenicienta en cuyo pie, de pronto, milagrosamente, encajara el zapato de cristal de la inmensa riqueza.

No hubo duda alguna de que así sería. Empezando por la señora Astor, todo el mundo opinaba que siempre les había gustado aquella niña y que por desgracia apenas habían tenido ocasión de tratarla. Muchos recordaban perfectamente haberle dicho a su padre —a pesar de que en aquella época creían que era sólo su tutor— que una mujer tan encantadora no tenía que pasar tanto tiempo escondida, y que era bueno que frecuentara más la vida social. Otros iban más allá, y comentaban con todo lujo de detalle el notable parecido físico que había entre padre e hija y que nunca les había pasado inadvertido —¿o no era cierto que la señora de Bradley Martin se lo había estado diciendo a la de Paran Stevens precisamente pocos días antes de la muerte del señor Slade?—, y no entendían cómo era posible que tan pocos hubieran tenido la agudeza y la perspicacia de verlo.

Cómo se alegraban de que al fin todo hubiera salido a la luz, y que todo el mundo reconociera lo encantadora y noble que era. En cuanto a su matrimonio con su Príncipe Azul, aquello sí que era algo que parecía sacado de un cuento de hadas. El «fueron felices y comieron perdices» de aquella historia, ni que decir tiene, fue el anuncio del estado de buena esperanza de la señora Alfieri, que Maurice Grau, primer conocedor de la noticia, y muy consciente del efecto potencial que podía tener sobre una taquilla ya muy hinchada, hizo público de inmediato.

Sin embargo, los nacimientos no son temas fáciles de conversación. Aunque claramente imprescindibles para la perpetuación de la especie, resultan con todo difíciles de abordar. Por supuesto que los recién nacidos son, en sí mismos, inocentes y alegres, pequeños querubines que están lo más cerca que se puede estar de los brillantes moradores del cielo. Pero la manera en que los niños llegan a este mundo es mejor no tratarla; se trata de un tema que debe evitarse a toda costa en las conversaciones de buen tono..., hasta el punto de que cualquier persona que no esté familiarizada con el nacimiento de los niños puede llegar a creer que los padres de la alta sociedad no tienen nada que ver con la creación de sus propios descendientes, que sencillamente se despiertan una mañana y encuentran a los bebés en sus habitaciones, ya totalmente formados, como si los hubieran encargado, especificando todas sus características, a alguna fábrica celestial.

Así, los nuevos admiradores de Clara hablaron de su estado con los circunloquios propios de estos casos. Las conversaciones sobre el tema giraron sólo en torno al momento en que había de producirse el desenlace que, según fuentes solventes —es decir, el futuro padre de la criatura—, tendría lugar en mayo, y obviaron por completo la habilidad de ese mismo futuro padre —muy comentada en tiempos pasados— para hacer precisamente lo que había que hacer si se quería culminar con un acontecimiento de aquellas características.

Todo el mundo estuvo de acuerdo en que una felicidad tan completa sólo podía atribuirse al lugar preeminente que la ciudad de Nueva York ocupaba a los ojos de Dios Todopoderoso. Ahora la ciudad tenía las mejores cartas, podía pasárselas por la cara a la pretenciosa Filadelfia. Puede que la señora Alfieri se hubiera desmayado dos veces en la ciudad del amor fraternal, pero la razón más probable de aquellos desmayos era seguramente su estado de gravidez..., y cualquier persona que supiera contar hasta nueve sabría también que el hijo deseado del tenor más famoso del mundo, y de su esposa, hija de una de las familias más antiguas y más ricas de Nueva York, nacería allí.

Siempre lo habían sabido, por supuesto. Nueva York lo había sabido siempre. La señora Astor y toda su corte, expertos en tasar el verdadero valor de una dama o un caballero, habían sabido desde siempre cómo serían las cosas. No eran tontos. Clara Adler era una princesa criada entre ceniza. En cuanto a lo informal de los lazos que habían unido a sus padres..., bueno, ¿quién, en la alta sociedad, no tenía un muerto o dos llamando a la puerta del armario de sus ancestros? Pero lo bueno siempre acaba por imponerse, y la justicia, al final, impera. De no ser así, ¿estaría alguno de ellos donde está ahora? ¡Qué magnífica es la vida para los pocos que lo merecen!

Poco más queda por decir. Sólo que algunos rumores obscenos sobre Clara Adler, que Thaddeus Chadwick intentó propagar —escandalosos, aunque no más que el descubrimiento de su maldad oculta—, se borraron de la memoria colectiva de la ciudad y fueron pronto olvidados. No es que no se viera cierta conexión entre dichos rumores y la ocultación del testamento de Slade; pero nunca llegó a saberse cuáles habían sido las intenciones del abogado, ni de qué manera había pretendido beneficiarse de sus delitos. Los que habían hecho negocios a través de su empresa —negocios que demostraron estar en perfecto orden— los trasladaron a otras firmas; los que no, se alegraron por haber sido lo bastante perspicaces y haberlo evitado. Y, para ilustrar la máxima que dice que de algo malo puede salir algo bueno, a Daniel Buchan le tocó una parte importante del pastel de aquella transferencia de negocios, y más cuando se supo que su bufete llevaba todos los asuntos de la pareja dorada, el maestro y la señora Alfieri.

Sobre su felicidad es imposible escribir. Algunos la envidiaban, claro, y se preguntaban por qué hay quien atrae toda la suerte del mundo y no conoce nunca el sufrimiento ni el dolor, por qué el dinero atrae al dinero, por qué la buena suerte trae más buena suerte, por qué para ellos el cielo siempre es azul, por qué la vida siempre es dulce. Pero siempre hay quien envidia la felicidad ajena, y es mejor no hacerles caso.

Fin

Título original: Gramercy Park
Editor original: St. Martin's Press, Nueva York
© 2002 by Paula Cohen
© de la traducción, 2002 by Juanjo Estrella
© 2002 by Ediciones Urano, S. A.
ISBN: 84-95618-37-0

Peabody & LTC

